LUCÍA CEREZO



LOS HILOS DEL IMPERIO

Los hilos del imperio

Lucía Cerezo

La gente ama a sus salvadores, siempre que no descubran que son diferentes a ellos.

Prólogo

Hace siete milenios

Hace más de siete milenios, la extinción de la magia era algo impensable.

¿Cómo podía desaparecer aquello que había definido cada rincón de la vida de Savannah O'Hara? ¿Cómo iban a desvanecerse las alas de los cientos de dragones que surcaban los cielos de su imperio, las criaturas que la seguían a cada paso, fieles como su propia sombra, los árboles de mil colores del bosque que veía al asomarse a la ventana, el polvo brillante que se elevaba bajo sus pies cuando corría por los pasillos interminables y luminosos del palacio?

La magia era la esencia misma de su mundo. La respiraba, la sentía en la piel, y era la que mantenía latiendo su pequeño corazón humano.

Con apenas diez años, Savannah ya se peinaba sola. Lo hacía con la naturalidad de quien ha pasado media vida observando a las doncellas de palacio, copiando cada gesto hasta que sus manos aprendieron la coreografía de memoria. También cosía sus propios vestidos, los más caros de todo el imperio, confeccionados con las telas más exquisitas, elegidas por puro capricho. Lo mismo ocurría con sus zapatos, que se negaba a estrenar sin haberlos remendado antes. Nada debía rozarle la piel si no había pasado primero por sus

manos. Y nada —absolutamente nada— que no fuera rosa o brillara lo suficiente como para llamar la atención.

Pero Savannah no resultaba excepcional solo por su aspecto a una edad tan temprana, también lo era por la forma en que se movía, por cómo hablaba con los demás, por la disciplina con la que entrenaba y luchaba cada día, convencida de que estaba destinada a convertirse en jinete cuando, por fin, su fuego fatuo apareciera y un dragón la eligiese.

Soñaba con formar parte de la estirpe mágica del imperio de Pramvera, aun sabiendo que vincularse a un dragón era casi un milagro. Aquellas criaturas escogían a su jinete entre millones de mortales repartidos por todo el imperio; nadie crecía con la certeza —ni siquiera con una esperanza tangible— de que algún día un fuego del color de su alma comenzaría a seguirlo, marcándolo como elegido. Ese fuego futuro podía aparecer en cualquier momento: al pie de la cama, durante un baño, flotando como una esfera de brasa viva que solo el jinete podía ver, invisible para cualquiera más.

Muchos mortales, obsesionados con la idea de ser elegidos, fingían percibirlo, pero el tiempo siempre los delataba. Porque, llegado el día, ese fuego terminaba por convertirse en un huevo de dragón y la verdadera vinculación comenzaba. Entonces el cuerpo del mortal cambiaba: los sentidos se aguzaban, la fuerza crecía y la magia despertaba. Se trataba de un proceso doloroso, pero la recompensa era innegable: la inmortalidad del jinete.

En otros lugares, como en el territorio de Valdemar, al otro lado de la niebla y del mar, las vinculaciones no ocurrían de igual forma. Allí los jinetes no lo eran de dragones, sino de criaturas feéricas nacidas

de la propia tierra. Ellas elegían al mortal de Valdemar. Aun así, el proceso de cambio hacia la inmortalidad acababa siendo el mismo.

Savannah estaba convencida de que su dragón llegaría porque ser de la realeza, formar parte directa de la sucesión de un imperio, siempre había ido de la mano de un dragón. Era paciente con respecto a su vínculo, pues sabía que resultaba imposible forzarlo, pero no lo era con aquello que sí dependía de ella: demostrar que podía con todo. Entrenar más. Exigirse más. No permitirse nunca ser menos de lo que el mundo esperaba. O, peor aún, de lo que su padre, el emperador de Pramvera, había decidido que debía ser.

«Trágate el dolor y escóndelo en los zapatos que llevas puestos. Camina recta —le repetía con esa voz fría que no admitía réplica—. No mires a las sombras, no cuestiones nada, no sientas. Quédate en el centro, bajo la luz, donde todos puedan mirarte y aplaudir mientras haces lo que se espera de ti».

Savannah obedecía las enseñanzas de su padre. En los grandes bailes imperiales o en los paseos mensuales por la ciudad, se dejaba contemplar. Todos la observaban, la aplaudían, la deseaban. Aun siendo apenas una niña, la señalaban como la heredera intocable.

Admiraban la pulcritud de su sonrisa, la elegancia de su porte, la melena rubia recogida en una trenza impecable elaborada con sus propias manos.

Erguida.

Radiante.

Intachable.

Pero lo que nadie sabía de Savannah O'Hara era que, cuando no había ojos vigilándola en su enorme habitación llena de lujos, apagaba las velas de un soplido y se arrinconaba en la esquina más

oscura. Con sus pijamas de seda rosa, se abrazaba a sí misma y se acunaba. Allí respiraba la penumbra hasta que ya no le cabía más en los pulmones.

Cuando su pequeño corazón latía como un colibrí nervioso y las lágrimas le cruzaban el rostro, las sombras de la habitación siempre se movían. Y eso solo significaba una cosa: él había vuelto.

Además de Marcelin —su mejor amiga, y en realidad la única, que vivía en Valdemar, demasiado lejos— a Savannah solo le quedaban las sombras de su habitación. No contaba con el amor de su padre, pero sí con ellas, fieles y protectoras.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Savannah una noche, hace ya mucho tiempo, en uno de aquellos encuentros en la penumbra de su habitación.

Hubo un silencio espeso antes de que la voz susurrara:

—No creo tener nombre. Algunos me llaman oscuridad, otros me llaman vacío… Pero a ninguno le he tomado cariño. ¿Acaso importa, pequeña?

¿Importaba?

Savannah frunció el ceño, acurrucada en su rincón con las rodillas abrazadas.

—Claro que importa —respondió al fin—. Hasta las criaturas más pequeñas lo tienen. Incluso los dragones.

Las sombras se deslizaron por la pared, estirándose en siluetas que parecían alas negras que se abrían y cerraban con pereza. Savannah rio agotada. Le dolían las piernas de correr hasta que el cuerpo dejaba de responder, le ardían las manos de empuñar una espada que pesaba más que sus años. A nadie le parecía extraño que una niña entrenara hasta sangrar. Nadie se preguntaba si tenía

miedo, si estaba cansada, si quería parar. Lo llamaban disciplina. Lo llamaban deber. Decían que el sacrificio forjaba carácter, que cada ampolla era una lección y cada hueso roto una victoria. Que debía agradecer las noches sin lágrimas, porque la futura emperatriz no lloraba.

Las sombras se acercaron y lamieron sus heridas.

—¿Y si te dijera que yo también soy un dragón? —murmuró la oscuridad—. Uno sin nombre.

—Pero… ¿tu jinete no te puso un nombre? ¿Y por qué puedes hablar? Los dragones no hablan.

Sabía que los jinetes siempre les ponían nombre a sus dragones; era lo primero que nacía del vínculo. A veces el viento parecía susurrarlo al oído, como si fuera el propio dragón quien lo dictara.

La sombra titubeó un instante y rio sin boca.

—Yo soy mi propio dueño. No tengo jinete ni cadenas. Nadie me controla. Los nombres que me han dado nunca han sido míos, son solo máscaras que no me pertenecen. Todo lo que dicen que soy no me define.

Savannah no insistió en cómo era posible que pudiera hablar. Bajó la mirada hacia la oscuridad, que había tomado la forma de un lazo y se enroscaba alrededor de su mano.

—¿Qué te parece si me das un nombre? —propuso—. Así, cuando quieras hablar conmigo, bastará con pronunciarlo.

Hubo un breve silencio antes de que ella respondiera:

—Skylar —dijo al fin—. En los cuentos así se llamaban los dragones que volaban libres por el cielo. No obedecían a nadie, ni siquiera tenían dueño. Su fuego no quemaba, brillaba como las

estrellas y ayudaba a quienes se habían perdido en la noche. Ese… ese nombre me gusta.

La penumbra pareció estremecerse.

—Skylar… —rio el dragón, complacido—. Entonces ese será mi nombre. Solo para ti.

—Solo para mí.

Desde aquella noche le había hecho compañía cuando lloraba y había aprendido demasiado sobre Skylar: el hombre que custodiaba las almas tras la muerte, el que gobernaba un ejército de espíritus perdidos y corrompidos dentro de su territorio.

Según lo que él le contaba antes de dormir, el equilibrio en Bankai no se sostenía solo. La tierra de los muertos existía gracias a dos fuerzas opuestas, enlazadas como el yin y el yang, pero esa armonía necesitaba algo más para mantenerse estable. Desde el principio de los tiempos, el mundo había sido regido por tres llamas, fuerzas vivas encargadas de garantizar el orden entre la vida, la muerte y todo lo que había entre ambas.

La llama idealis era el fuego del emperador, heredado de generación en generación dentro de la familia imperial, negro como un cielo sin estrellas. Idealis siempre había pertenecido al imperio y representaba poder, dominio y continuidad, la prueba de que el trono no solo se ocupaba, sino que se merecía.

La llama valirio ardía en un verde esmeralda profundo. Durante siglos había gobernado Valdemar, vinculándose a jinetes nacidos bajo su influjo. Pero hacía más de un milenio que permanecía latente, sin despertar en nadie. Con el paso del tiempo, valirio dejó de ser una fuerza viva para convertirse en leyenda, un eco del pasado que muchos ya dudaban de que pudiera regresar.

Y luego estaba la primera: Kaiserin, la más antigua. Un fuego azul que no pertenecía al imperio ni a ningún territorio mortal, sino a Bankai. No gobernaba desde un trono ni respondía a linajes; existía para sostener el equilibrio último, el límite invisible que separaba la vida de la muerte.

Kaiserin era el fénix.

Un símbolo de resurrección y renacimiento, casi una deidad para quienes aguardaban el final. Muchos esperaban encontrarla en Bankai de algún modo, como una promesa de plenitud, de cierre, incluso de buena fortuna. Pero esa misma llama era también la más peligrosa. Si Kaiserin absorbía demasiada luz o demasiada oscuridad de Skylar, el equilibrio se quebraba. Y cuando ese balance cedía, no caía solo una parte del mundo, todo lo conocido podía desmoronarse en un solo parpadeo.

Skylar nunca hablaba de Kaiserin, pero cuando Savannah se atrevía a preguntarle si el fénix era real, algo cambiaba en él. El dorado de sus ojos se apagaba, oscureciéndose hasta rozar el negro, y en ese cambio se acumulaba un odio tan denso que no necesitaba explicación.

—El imperio espera de mí cosas que no sé si podré ofrecer —confesó Savannah, años después del primer encuentro—. Esta mañana lo he vuelto a notar en el emperador. No me lo ha dicho tal cual, pero estaba ahí…, en cómo me miraba, en la forma en que hablaba del futuro. —Se mordió el labio—. Me da miedo lo que espera de mí como su hija.

—¿Y qué es lo que se espera de ti?

—El imperio de Pramvera necesita aliados… —Apretó los dedos hasta hacerse daño para no temblar—. Soy hija única, y eso significa

que las alianzas dependen… dependen de mí.

El aire de la habitación se volvió helado. Savannah sintió las sombras cerrarse a su alrededor.

La oscuridad habló, y su tono sonó distinto, casi enfadado:

—Eres demasiado joven para cargar con esos pensamientos.

—Pero soy observadora, sé cuál es mi deber. Mi padre me lo ha recordado siempre. No basta con ser una buena jinete, él espera que el poder de vinculación que mi dragón me conceda sea extraordinario…, tan poderoso como el suyo. —Se le encogió el estómago—. He escuchado cosas que no debería. He oído mi nombre junto al de lord Adras… —titubeó—. Él preside el Parlamento de Valdemar. Lo he visto cuando mi amiga Marcelin visita el palacio. Es… es un hombre muy mayor.

La oscuridad envolvió de nuevo la habitación con su calor. Savannah alzó la vista y lo vio: una figura grande, recortada en la penumbra, con unos ojos dorados que brillaban como brasas. El hombre se arrodilló a una distancia prudente, mucho mayor de la que la mayoría de la gente solía guardar con ella.

—No temas por ese hombre, nunca pondrá un pie en tu imperio. Así que mañana levántate, recorre los jardines, deja que el sol te roce la piel. No cargues con cadenas que aún no son tuyas.

—Pero…

—Ahora duerme, pequeña.

Ella obedeció. Se metió en su enorme cama, que cada año parecía hacerse más grande, más ajena. Las sombras se deslizaron sobre el colchón y la arroparon hasta el cuello, suaves y protectoras. Savannah cerró los ojos y, mientras el sueño la reclamaba poco a poco, pensó que algún día quería ser como Skylar.

Aquella noche, mucho después de la conversación, deseó que ese hombre con el que pretendían casarla jamás llegara a pisar sus tierras. Repitió aquel deseo una y otra vez hasta quedarse sin voz.

A la mañana siguiente, lord Adras había muerto.

PRIMERA PARTE

Las hilanderas



1

El amor había llevado al emperador de Pramvera a la muerte.

Dalton aún podía sentir el filo de su espada cortándole los músculos, desgarrándole el alma. Recordaba la voz de la Dama doblegando su voluntad hasta convertirlo en la herramienta de su propia destrucción. Su espada, envuelta en fuego negro, se alzó una última vez bajo su mando… y fue su propia mano la que le atravesó el corazón.

La Dama lo había matado, pero fue el amor lo que lo llevó hasta ese lugar, hasta ese momento. Ese mismo amor que durante siglos había guiado su vida terminó arrastrándolo hacia su final.

Dalton murió de la misma forma en que, más de trescientos años atrás, él había dado muerte a su esposa Kaiserin al atravesarla con una espada. Había sido manipulado igual que entonces. Alzó el arma una última vez y la historia se repitió. Aceptó ese final sin resistencia, porque en el fondo siempre creyó que era el único destino que merecía; su castigo por no haber sido capaz de proteger lo que amaba.

Dalton Basilius era un emperador, el último jinete de dragón…, pero también era un maldito cobarde.

«Dalton, no… —dijo aquella mujer a la que amaba. La misma que había resurgido de las cenizas del fénix, con la que se había casado hacía más de trescientos años, a la que había matado—. Este no es el final. ¡Maldita sea!».

Dalton apretó los dientes. No… Kaiserin y Eda no eran la misma persona. Podían tener idéntico rostro, voz, sonrisa…, pero no eran iguales. Le había costado mucho aceptar esa verdad. Kaiserin fue suya durante cien años. Eda, en cambio, no le pertenecía, se había enamorado de otro hombre, de alguien que no era él.

Como pudo, Dalton alzó una mano temblorosa, tomó el rostro de Eda entre sus dedos y, con esfuerzo, acercó sus labios a su frente.

«Lo siento… Siento haber creído que eras otra persona —quiso decirle—. Siento haber pensado que podías llenar el vacío que ella dejó».

«No es una despedida, maldita sea, Dalton… ¡No lo es! —gimió Eda entre lágrimas—. Déjame salvarte, ¡te lo debo todo, todo!».

«¿Acaso ella me debía algo?», pensó Dalton.

No, Eda no le debía nada, él había sido injusto, había intentado usarla para llenar un vacío que nunca dejó de doler. Quiso convencerse de que podía reemplazar lo que perdió hacía siglos, pero Eda no era suya, jamás lo fue, ella pertenecía a otro hombre, a otro tiempo. Y él lo aceptaba porque lo merecía. Merecía esa muerte, merecía ver a todos seguir adelante y ser felices… menos él. Merecía todo lo malo, todo lo oscuro.

Aceptaba el sufrimiento.

«Solo puede sentarse en el trono quien tenga el poder de destruir el mundo… y aun así elija no hacerlo. Ahora el imperio de Pramvera es tuyo, Eda. No porque hayas sido mi esposa, ni porque seas la primera llama, sino porque eres mi mejor amiga. Y hoy… hoy te doy todo lo que soy».

Eda alzó la cabeza y negó con los labios temblorosos.

«No… —Su mano seguía en su pecho—. No puedes hacerme esto, Dalton —susurró—. No estoy preparada…».

Dalton se sintió la peor persona del mundo en ese momento, pero… ¿cómo no iba a dejárselo todo? Eda, al igual que él, era una de las tres portadoras de las llamas que regían la magia, esas que habían existido mucho antes de que Dalton naciera; siglos, milenios, cambiando de portador cuando el equilibrio lo exigía. La idealis había recaído en él. La valirio, en la Dama. Y la Kaiserin, en Eda. Ella tenía tanto derecho como él a gobernar un imperio. No porque Dalton se lo hubiera concedido, sino porque la llama que llevaba en el alma la hacía heredera de un poder que trascendía cualquier corona. Le había entregado todo, sí…, pero no por amor ni por culpa, lo había hecho porque Eda había nacido para sostener el imperio tanto como él.

Junto a Eda, de pie con los ojos desorbitados, estaba el hombre que ella había elegido, con quien se había comprometido y casado.

Iron Shadow, la muerte encarnada.

El mismo hombre al que Dalton había considerado siempre su enemigo. El creador de las tierras de Bankai, un lugar que, durante toda su vida, había supuesto para él la mayor de las amenazas: una tierra donde los muertos caminaban, donde la oscuridad parecía

devorarlo todo. En su mente, Bankai había sido siempre sinónimo de mal absoluto.

Pero Eda le había revelado una verdad muy distinta.

Bankai no era una condena, se trataba de un refugio.

El lugar del deseo.

El hogar de las almas que encontraban descanso cuando el viaje terminaba.

No representaba el final, sino la paz que llegaba después de la vida.

«Cuida del imperio y de Long por mí» fueron las últimas palabras que Dalton le dedicó a Eda.

Una figura se inclinó junto a ella mientras lloraba. Era una mujer. Su piel translúcida, casi azulada, parecía hecha de luz más que de carne. El cabello rubio le caía sobre un hombro, y su vestido rosa ondeaba con una suavidad imposible en medio de aquel campo de batalla.

Era como si la violencia del mundo no pudiera alcanzarla.

Dalton había oído hablar de ella antes, en las páginas de cientos de libros, en las leyendas más antiguas. Iron Shadow era la muerte, sí…, pero jamás venía solo. Siempre lo seguían dos figuras: el cuervo que todo lo observaba desde lo alto y la guadaña.

Ella había venido a por él.

Había acudido para llevárselo a Bankai.

Dalton inclinó la cabeza ante la guadaña aceptando su destino y extendió la mano, listo por primera vez en siglos para descansar. Pero lo que nunca habría imaginado ocurrió cuando tocó aquella piel translúcida. En cuanto sus dedos rozaron los de ella, una energía le

recorrió el brazo y subió hasta su pecho, hasta ese corazón que él mismo había atravesado con su espada.

¿Qué demonios había sido eso? ¿Por qué sentía aire en los pulmones como si respirara por primera vez? ¿Por qué, con el cuerpo destrozado, rodeado de muerte, sentía paz…, una jodidamente real, como nunca antes en su vida?

Lo último que escuchó fue una dulce voz decirle:

«Ahora, querido emperador, tu alma me pertenece».

Dalton podría haber cerrado los ojos cuando la oscuridad lo reclamó, cuando la mano de la guadaña tiró de él hacia las entrañas de Bankai. Pero se negó, quería mirar de frente el juicio que lo aguardaba en esas tierras donde el sol no se atrevía a salir.

Su cuerpo inmortal cayó como un peso muerto sobre un lecho de hojas secas, y el impacto le arrancó un gruñido. No fue una caída cualquiera, fue un duro golpe contra el suelo, como si Bankai quisiera recordarle que allí no era nadie. Sus dedos se clavaron en la tierra húmeda y se incorporó de un salto, negándose a darle a aquella tierra el privilegio de retenerlo ni un segundo. Su mano acudió directa a su espalda, o al menos al lugar donde su espada había descansado durante siglos…, pero solo encontró vacío.

A su alrededor no había ni rastro del Bankai que Eda le había descrito. Nada de árboles luminosos, ni senderos suaves, ni paz. Solo un silencio tan absoluto que le pitaba en los oídos, y los troncos que lo rodeaban eran negros y retorcidos, secos como huesos.

Al levantar la vista se encontró con un cielo sin estrellas, un abismo perpetuo que se extendía sin horizonte. Y en medio de esa

negrura, una luna blanca y redonda lo observaba desde lo alto.

«¿Dónde demonios estoy?», alcanzó a pensar justo antes de tropezar con una raíz oculta bajo las hojas marchitas. Cayó hacia atrás y su espalda golpeó la corteza del árbol.

Odiaba no tener el control.

Apretó los dientes, cerró el puño hasta que los huesos le crujieron y buscó su llama, intentando llamarla, forzarla a encenderse… Pero antes de que el fuego respondiera, una mano translúcida se cerró sobre su boca y un brazo firme lo rodeó por la cintura y lo arrastró hacia atrás.

—Quédate muy pero que muy quieto, morenazo —susurró una voz femenina junto a su oído—. Este no es tu imperio, aquí no hay reglas. Y si las hubiese, créeme, no serían las tuyas.

Sabía quién era.

La guadaña se había aprovechado de su maldita desorientación y lo había empujado hasta situarlo tras un árbol con una facilidad que lo enfurecía.

Su pequeña mano seguía firme sobre su boca, impidiéndole hablar. Dalton la vio. Su rostro era translúcido, demasiado humano para pertenecer por completo al mundo de los muertos. Pómulos altos, un leve tono rosado en la piel, una belleza serena que resultaba casi provocadora, casi insultante para alguien que no debía estar viva. Y aun así, todo aquel resplandor quedaba oculto bajo la capa blanca con capucha, que apagaba su luz como si el propio mundo intentara esconderla.

—Ahora vas a hacer exactamente lo que yo te diga. Aquí mando yo. Y si no quieres que otros devoren tu alma, será mejor que mantengas la boca cerrada.

Dalton asintió a regañadientes, y ella retiró la mano de su boca justo cuando el suelo tembló, como si algo se arrastrara bajo la superficie.

El temblor vino acompañado del sonido de unos pasos sobre tierra, y el bosque —hasta entonces vacío— comenzó a poblarse de figuras encapuchadas que emergían de entre los troncos. Caminaban en dos filas perfectas, sincronizadas, sin desviarse ni un ápice, sin emitir una sola palabra.

No eran personas. Su piel, tan translúcida como la de la mujer que lo había inmovilizado, carecía, sin embargo, de todo brillo. Avanzaban como si obedecieran una llamada que solo ellos podían oír, como si llevaran siglos marchando.

Sabía que las reglas de aquel lugar no eran las mismas que en el mundo de los vivos, pero Eda le había asegurado que la magia aún funcionaba. Aun así, no alzó la voz ni intentó moverse; se limitó a guardar silencio.

Al fin y al cabo, Dalton podía comunicarse de otras formas.

Miró a la guadaña, que seguía con la vista clavada en la procesión, y viajó por su mente. Tanteó con cuidado en aquella oscuridad, buscando una puerta, una rendija, algo. Entonces lo vio: un leve brillo rosado titilando detrás de sus ojos, y entró sin esfuerzo.

Las puertas de su mente estaban abiertas.

¿Dónde estamos? ¿Quiénes son esas almas?, preguntó Dalton.

Ella giró despacio la cabeza hacia él con los ojos marrones muy abiertos. Abrió la boca para responder, pero él levantó una mano y negó con la cabeza.

No. Solo piénsalo y dímelo.

La guadaña apartó por fin la mano de su boca y, sin decir nada, lo empujó con suavidad para ocultarlo mejor tras el árbol.

Sé perfectamente cómo comunicarme con la mente, Dalton Basilius. Lo que estás viendo se llama la Santa Compaña, una procesión de almas estancadas, corruptas y muy violentas.

Dalton no ignoraba con exactitud dónde estaba, pero que la guadaña pareciese inquieta no podía significar nada bueno. Estaba dispuesto a entrar en su consciencia, leerla…

Ni se te ocurra, morenazo. Su mano translúcida voló hacia su codo y lo apretó con fuerza. *Sé quién eres, sé lo que haces y sé de lo que eres capaz. No intentes meterte en mi mente ni pasearte por ella. Olvídalo.*

Entonces explícame por qué me has traído aquí.

La Santa Compaña dejaba un hedor insoportable a su paso, como la carne que no termina de pudrirse.

Yo no te he traído aquí, le soltó ella sin mirarlo. *Ha sido tu alma la que te ha arrastrado hasta este lugar. Yo no decido a dónde va tu cuerpo.*

Solo sabes que mi alma te pertenece, ¿no es así?, espetó él, alzando una ceja mientras apretaba la mandíbula por, al menos, la octava vez en lo que iba de día. Con cada siglo que pasaba, se volvía más impaciente, más directo… y mucho más gruñón.

Ella imitó su gesto.

¿Vas a quedarte callada? Cuéntame de una maldita vez qué está pasando o tendré que hurgar en tu cabeza para averiguar cuál es mi puto destino. ¿Dónde estamos? ¿Por qué he aparecido aquí?

La tierra volvió a temblar bajo ellos.

Cálmate, por favor, le pidió ella. *Guarda esa maldita rabia. Si te huelen, estoy atada de pies y manos. Y créeme, no quieres saber lo que te harán cuando decidan cazarte.*

La guadaña puso una mano en su pecho, justo sobre el corazón que ya no debería latir, y Dalton se tensó, pegándose más a la corteza, intentando fundirse con el árbol y alejarse de ese contacto.

Lo habían tocado ahí antes, de esa forma, y no… no había sido Eda. Aquello despertaba algo más sucio, algo que prefería no recordar.

Lo sé, lo siento, es la única forma de distraer tus sentimientos.

Dalton abrió los ojos de golpe. Ella sabía lo que estaba sintiendo, sabía lo jodido que estaba.

N-no… no me pongas las manos encima.

Pero entonces, todo lo que asfixiaba su mente —los recuerdos enterrados, el dolor, las imágenes que lo perseguían— comenzaron a desvanecerse. Desde la palma que la guadaña mantenía sobre su pecho brotaron finos hilos de energía de un rosa pálido que no ardían, sino, al contrario, conseguían calmarlo. Aquella magia se estaba deslizando por su interior como si tejiera una red bajo la piel, remendando cada fisura, cada grieta.

Solo déjame unos segundos más, susurró ella. *Y te prometo que no volveré a tocarte.*

Dalton apoyó la cabeza contra el árbol, sintiendo cómo algo dentro de él se aflojaba por primera vez en siglos.

¿Qué estás…?

Mantén los músculos relajados, no te muevas.

Por el rabillo del ojo vio a una figura arrodillada junto al camino, el alma de una mujer con el rostro hundido entre las manos. Su llanto,

agudo y desgarrado, atravesó el bosque.

La procesión, que hasta entonces avanzaba sin detenerse, se paralizó al unísono.

Antes de que Dalton pudiera reaccionar, algo invisible se aferró a la mujer por la espalda, la arrastró hacia la negrura entre los árboles y la engulló sin siquiera un grito final. Y, unos pasos más atrás, al final de la fila interminable, una nueva silueta encapuchada tomó su lugar sin resistencia, como si siempre hubiera estado destinada a ocupar ese hueco.

La Santa Compaña busca almas como la tuya. Rotas, llenas de ruido, con pensamientos que no cesan. Almas que se odian, que no se perdonan. Son las más fáciles de absorber porque ya no luchan.

Su mano seguía apoyada sobre su pecho y, aunque él no sabía qué le estaba haciendo, sentía una paz que no comprendía del todo. Como cuando ella lo había tomado de la mano para llevárselo.

Pero tú…, continuó ella, *eres demasiado importante, y no puedo dejar que te unas a sus filas.*

¿Cómo salimos de aquí?, le preguntó Dalton.

No es tan fácil abandonar el Tártaro.

Dalton parpadeó incrédulo. No… no podía ser. Siempre lo había tomado por una fábula, un mito para asustar a los vivos más rotos, a los que crecían en los márgenes, llenos de culpa o miseria.

Los wendigos —como Eda le había explicado— formaban el temido ejército de muertos. Eran almas condenadas por lo que habían hecho en vida: criminales, asesinos, monstruos con nombres propios y víctimas reales. No estaban allí por error. Pagaban su precio en el infierno que Iron Shadow había construido especialmente para ellos.

Pero el Tártaro era otra cosa. No juzgaba lo que habías hecho, sino lo que llevabas dentro. No castigaba actos, castigaba sentimientos. Era un lugar para los que no podían perdonarse, para los que se volvían contra sí mismos. No necesitaba cadenas ni barrotes porque las almas llegaban rotas. Y una vez dentro, el ciclo comenzaba: revivir el mismo dolor, una y otra vez, hasta que dejaras de resistirte.

Por eso no había árboles brillantes ni cielo estrellado…

Estás en el limbo, Dalton Basilius, y ahora solo depende de ti salir de él.



2

Savannah supo en el instante en el que se llevó el alma de Dalton Basilius a su territorio que él no sería como los demás. No era un mortal tembloroso que aceptaba su destino sin resistencia.

Era un emperador.

Un jinete de dragón.

Savannah tenía el poder de ver el dolor de todas las almas: sus asuntos pendientes, las grietas que nunca cerraron y las heridas que las habían empujado hasta el limbo donde ahora vagaban. Pero el dolor de Dalton era una espiral de fuego negro, una llama que no ardía hacia fuera, sino hacia dentro; una magia oscura que se retorcía en su pecho y devoraba todo lo que un día lo sostuvo. Podía verla moverse bajo su piel, como una bestia hecha de culpa, alimentándose de cada recuerdo.

Tragó saliva. Nunca habría imaginado una magnitud de dolor así dentro de él; al parecer, el emperador sabía disimular aquel vacío mucho mejor de lo que ella creía. Y entendió que con ese pesar jamás cruzaría el Tártaro. Por eso estaban allí, atrapados en ese

bosque, mientras la Santa Compaña marchaba paciente entre los árboles, a la espera de que Dalton se rindiera, dejara de luchar y se uniera a sus filas.

Pero ella no iba a permitirlo.

El alma de Dalton era suya.

Necesito que desees un lugar, uno que te haga sentir en calma y donde querrías pasar el resto de tus días. No te sacará del Tártaro, pero sí puede esconder tu alma.

No había tiempo para explicaciones, la Santa Compaña se desvanecía entre la niebla… y eso solo podía significar una cosa: los verdaderos cazadores de almas estaban por aparecer.

¿Desear?, le contestó desconcertado.

¿Eda te explicó cómo funciona Bankai?

Él asintió.

Entonces cierra los ojos y concéntrate. Pase lo que pase, oigas lo que oigas…, no los abras. Solo tenemos unos minutos.

Él obedeció, y Savannah se mantuvo pegada a su cuerpo. Miró a ambos lados; podía escucharlos moviéndose entre los árboles, deslizándose como si la tierra les perteneciera. Sus patas de araña crujían contra las raíces en busca de almas perdidas.

Los kholdrath.

«Rápido, rápido, rápido…», rogó para sí misma.

Estaban cada vez más cerca. Savannah los vio deslizarse entre los troncos con una rapidez antinatural. No eran simples arañas gigantes; eran algo mucho peor. Sus cuerpos respondían a un cruce imposible: patas negras y huesudas, torsos humanoides y espinas que sobresalían de sus espaldas.

Habían olido a Dalton.

La cacería había empezado.

Dalton, solo deséalo.

—¡Lo estoy intentando, joder! —gruñó por lo bajo con los dientes apretados y frustrado.

Ella se separó del tronco y giró sobre la tierra con un leve chasquido de tacones. La capa blanca y el vestido rosa se arremolinaron a su alrededor. Al menos había elegido un buen vestido para esa matanza.

—No abras los ojos —le pidió una última vez mientras se desabrochaba la capa y la dejaba caer al suelo.

El deseo ardió en su interior como un latido salvaje, y Bankai respondió. Un destello se condensó en su palma y apareció una lanza en su mano, formada no por magia, sino por voluntad. No necesitaba poder. Solo hacía falta lo que a ella siempre le había sobrado: milenios de entrenamiento y una rabia terriblemente afilada.

Visualizó a cinco kholdrath acercándose desde distintos flancos y lo único en lo que pensó fue en no rasgar el vestido, ni en mancharse los tacones con la sangre de esas malditas arañas.

Los kholdrath se lanzaron al unísono desde las ramas, las patas de araña crujieron al impactar contra la tierra, pero Savannah ya se había movido. Su cuerpo se deslizó hacia atrás, girando sobre un talón como si estuviera en una pasarela y no en una cacería infernal. La lanza giró con ella, veloz y elegante, y trazó un arco perfecto que cortó el aire… y luego la carne. Una de las criaturas cayó, rajada desde el cuello hasta el vientre.

La siguiente llegó desde arriba. Savannah alzó la lanza sin mirar, bloqueó las fauces abiertas y clavó el filo en la base del pecho. Saltó

sobre su espalda antes de que el cadáver tocara el suelo, se impulsó hacia las ramas altas y desde allí descendió girando en el aire. Su vestido rosa se abrió como una flor carnívora y, al caer, la lanza encontró otra garganta.

Cada movimiento suyo dejaba tras de sí un leve rastro de polvo rosa, como si incluso la muerte estuviera perfumada cuando ella la entregaba.

Los kholdrath chillaban y gruñían, pero no podían tocarla.

Al quinto y último lo atravesó con una estocada limpia, certera, directa al corazón. El monstruo se desplomó con un golpe seco y Savannah bajó la lanza y la dejó caer sobre la tierra despreocupada.

Hacía mucho que no luchaba así, con todo su cuerpo recordando lo que era ser un arma. Solo entonces bajó la mirada, inquieta por lo único que de verdad podía arruinarle el día: su vestido.

Una única gota de sangre marcaba el borde del dobladillo.

—Mierda, me he manchado —murmuró apartando la gota viscosa con los dedos.

Ahora sí estaba enfadada de verdad. Y además, no podía entender cómo Dalton no había logrado imaginar otro lugar que aquel bosque de mala muerte.

Cuando Savannah se giró para ver qué demonios estaba haciendo, lo encontró con la boca abierta, sin siquiera pestañear.

—¡Te he dicho que no abrieras los ojos! —le soltó exasperada—. ¡Van a venir más de esas cosas y no llevo puesta la ropa de matar arañas gigantes! ¡Por favor! Quiero largarme de aquí ya.

—Yo… —tartamudeó Dalton—. ¿Cómo…?

Tal vez fue la desorientación o la falta de comprensión del emperador sobre lo que estaba ocurriendo lo que hizo que el bosque

comenzara a desdibujarse a su alrededor. Las sombras se estiraron, se curvaron, y empezaron a moldear el mundo en torno a ellos. Las raíces dieron paso a estructuras sólidas. Paredes. Estanterías altas que parecían no tener fin surgieron de la niebla, y libros de todos los tamaños comenzaron a llenar los huecos, uno tras otro.

Estaban en una biblioteca.

Savannah dio un paso hacia atrás, aturdida por el golpe mágico que la arrastró hasta el centro del nuevo escenario. Un enorme escritorio reinaba la sala, rodeado de sillones, alfombras gruesas… y en lo alto, en el techo, un cielo estrellado donde brillaba una constelación flotante y auroras que se movían despacio, como si el universo estuviera encerrado allí dentro.

—¿Por qué has deseado este lugar? —Savannah dio una vuelta lenta mientras sus ojos recorrían los estantes.

La recordaba.

Esa biblioteca… Ella ya había estado allí hacía muchos, muchos años.

—Vale —soltó Dalton de golpe, quien no miraba el lugar, sino a ella, y lo hacía con los ojos desorbitados—. Creo que yo debería empezar con las preguntas, ¿no? —Alzó un dedo sin esperar respuesta—. Primero: tu nombre. Segundo: ¿qué demonios eran esas cosas con cuerpo de araña y torso humano? Tercero: ¿cómo has matado a cinco…, sí, cinco, en menos de un minuto… sin usar ningún poder?

Se pasó la mano por el pelo, aún empapado de sudor, y comenzó a caminar por la biblioteca como una bestia enjaulada.

—Mira, entiendo que estés desorientado, que no tengas ni idea de lo que está pasando, pero deja de exigir como si todo el mundo aquí

te debiera algo, cuando lo único que estamos haciendo es intentar ayudarte. Ese es tu maldito problema. —Dio un paso hacia él—. Vas a tener que empezar a prestar atención, a entender dónde estás, qué criaturas se arrastran por este lugar y cómo piensan. Porque, te guste o no, te cruzarás con muchas. Y si sigues creyendo que el mundo va a inclinarse ante ti como hacía tu imperio, vas a acabar…

Él resopló y apretó los puños. Entonces ella se irguió y gritó:

—¡No, Dalton! ¡Aquí no tienes poder! ¡Aquí no eres nadie!

La frase quedó suspendida en el aire y, un segundo después, Savannah se llevó la mano a la boca arrepentida. Cerró los ojos y se arregló el cabello con dedos tensos.

—Esto no es… —Apretó los labios—. Perdón, esto no es propio de mí.

Dalton guardaba silencio, aún de pie, sin moverse. Savannah, en cambio, se dejó caer en uno de los sillones, alisando su vestido con las manos.

«Contrólate».

—Bankai no tiene reglas —explicó ella—. Lo que deseas se te concede. Tu alma puede aparecer en cualquier lugar que imagines, incluso en sitios donde jamás estuviste en vida. Hay ciudades enteras que imitan el imperio, Valdemar…, cualquier rincón que tu mente sea capaz de construir. Aquí el tiempo y el espacio no funcionan como deberían. Puedes desear que un camino se reduzca a unos pasos o estirarlo hasta perderte en él para siempre.

Él asintió y se sentó.

En cuanto Savannah lo vio allí, en aquel sofá frente ella, los dedos de los pies se le encogieron dentro de los tacones, y las palmas de

las manos empezaron a picarle. Una reacción inmediata y visceral que no pudo controlar.

—En realidad, ahora que lo recuerdo, Eda me habló de esas criaturas con cuerpo de araña, de aquella grieta donde los acorralaron. ¿Son cazadores de almas, como los zarkass?

Las hembras zarkass —criaturas de piel grisácea, cabellos negros y garras que parecían nacidas para destripar a la mismísima oscuridad— siempre habían sido hermosas de una manera peligrosa, casi hipnótica. Savannah sabía que aquellas que sobrevivieron a la masacre perpetrada por sus propios machos estaban del lado de Eda y de su hermano, Iron Shadow. Habían sido aceptadas en el ejército del imperio pese a haber nacido en Bankai porque habían demostrado su valor, su lealtad… y, como todos en el imperio, querían ver a la Dama caer.

—Hay muchos tipos de cazadores de almas —explicó ella cruzando una pierna sobre la otra—. Como hay millones de almas aquí, también hay millones de formas de devorarlas. Las zarkass, por ejemplo, se alimentaban de ellas porque lo necesitaban; hacerlo les daba energía, fuerza para seguir existiendo, no lo hacían por crueldad, sino por supervivencia. Los kholdrath, en cambio, son otra historia. No buscan alimentarse, sino erradicar. Quieren arrasar con todas las almas de estas tierras y reinar sobre lo que quede. Es un plan grotesco, pero bastante claro. Aunque, para ser sinceros, son tan estúpidos que no sé si merecen el mérito de haberlo pensado.

Dalton la observaba con atención, pero de pronto se levantó de un salto.

—¿Dónde he dejado mis cosas? —murmuró acercándose al escritorio. Removió unos papeles hasta encontrar una pluma y, sin

más, empezó a escribir.

Savannah frunció el ceño desconcertada.

—¿Qué estás haciendo?

—Eda me dijo que los kholdrath llegaban a Bankai a través de fisuras mágicas. Pero si dices que esto es el Tártaro, entonces ellos también pertenecen al limbo, ¿no?

Savannah se encogió aún más en el sofá, con un nudo en la garganta que casi la ahogaba al ver su comportamiento. El temido emperador, ese que había resucitado la magia hacía más de cuatro siglos… en el fondo no era más que un ratón de biblioteca.

Dalton siguió delirando:

—Si lo de las fisuras mágicas es cierto, si esas arañas entran por ahí, entonces no estamos solo en Bankai. Este es un plano diferente, una capa más profunda. Como si dentro del mundo de los muertos existiera otro nivel…, un subsuelo. Y ese sería el Tártaro. —No detuvo su escritura.

—Sí, pero…

—Tú puedes salir, ¿verdad? Puedes moverte entre planos, entre territorios —la interrumpió con brusquedad, alzando por fin la cabeza—. Pero yo no. Yo estoy atrapado. ¿No es así?

La pluma se le resbaló de los dedos. Y fue entonces cuando vio las ojeras marcadas, los ojos desbordados de ansiedad, la mandíbula tensa como si estuviera conteniendo un grito.

El ciclo ya había comenzado.

Dalton estaba atrapado, y el Tártaro empezaba a desgastarlo desde dentro, empujándolo, poco a poco, hacia la ruptura. No venía a borrarle el pasado ni a calmarle el dolor…, venía a obligarlo a revivirlo. Una y otra vez. No le quitaría las ojeras, ni el temblor en la

mandíbula, ni el tic nervioso que lo hacía pasarse la mano por el cabello sin parar.

—Solo dime cómo llegar a Bankai… —pidió Dalton—. ¿Eda puede venir aquí? Le dejé todo, mi imperio, mi legado… Sé que tu hermano la ayudará a gobernar, que no estará sola, pero necesito explicarle por qué decidimos hacerlo.

«Decidimos…». Savannah parpadeó confundida.

—¿Tú hablaste con mi hermano? ¿Decidisteis que el imperio terminaría en manos de Eda?

Él no contestó. Había vuelto a coger la pluma y su mano se deslizaba sobre el papel de forma frenética. Savannah se levantó y, al acercarse, vio el dibujo. Eran dos planos: uno superior, bañado de luz, y otro debajo, más sombrío, hecho de trazos oscuros.

Un mundo bajo otro mundo.

Dalton había comprendido la estructura del territorio de la muerte. No solo era Bankai, era un terreno fragmentado, una tierra estratificada con distintos niveles. El emperador ya no estaba especulando, lo estaba viendo. Lo estaba entendiendo.

—Dalton —lo llamó.

—Solo era un trato. Si él moría, yo ayudaría a Eda. Si moría yo, él permanecería a su lado para gobernar. Al final…, de cualquier forma…, ella se quedaba con todo. Lo tenía planeado.

—Dalton.

—Solo necesito salir del Tártaro y hablar con ella. Explicarme.

—El Tártaro no es algo que puedas abandonar así como así.

—¡No quiero romper el ciclo! —estalló él alzando por fin la vista—. No quiero redención ni salvación, solo… explicarme. ¿Tan difícil es eso?

Estaba cada vez más nervioso y Savannah, casi por instinto, quiso calmarlo. Era normal que las almas llegaran perdidas, desbordadas, con mil emociones cruzadas golpeando al mismo tiempo. Esa espiral de dolor en su pecho, negra y viva, giraba con más fuerza, más deprisa, alimentándose del miedo y la desesperación. En vez de apagarse, crecía.

Savannah extendió la mano y buscó con suavidad su brazo. Solo quería detener esa espiral negra que giraba con furia en su pecho, pero en cuanto su piel rozó la suya, un latigazo de energía le recorrió el brazo hasta el codo.

Dalton se apartó de golpe, con una fuerza que tiró los papeles al suelo y lo hizo chocar contra el escritorio.

—¡No vuelvas a tocarme! —rugió aferrado al borde de madera. Tenía esa mirada de terror que vio en el bosque—. ¡Por favor, no lo hagas otra vez!

—Solo… solo intento ayudarte. Estás entrando en un bucle. No ves lo que está pasando, pero yo sí. Déjame explicártelo.

Dalton se llevó una mano al pecho, y entonces sus rodillas chocaron contra el suelo junto al escritorio y sus manos subieron hasta cubrirle el rostro. Se apretó las cuencas de los ojos con las palmas.

Savannah dio un paso atrás.

—Volveré más tarde.

Pero justo cuando se giró para marcharse sus tacones se enredaron con el borde de la alfombra y su cuerpo perdió el equilibrio. Cayó hacia atrás como una torpe mortal. Sin embargo, antes de tocar el suelo, unos brazos la sujetaron por los codos, estabilizándola.

El recuerdo la golpeó sin aviso: un lago congelado, dos figuras danzando sobre el hielo y unas manos invisibles rozándole la cintura, tocando su cuerpo joven. Manos que no deberían existir, pero que estaban allí, tan reales como el hielo que brillaba bajo sus pies, resplandecientes como una aurora atrapada en la superficie.

«Olvídate de eso, Savannah», se ordenó clavándose las uñas en las palmas.

Se volvió con el corazón desbocado, esperando encontrar a alguien detrás de ella. Pero no había nadie.

«Claro que no lo hay».

Muy despacio, miró hacia Dalton, quien la observaba desde el suelo con los ojos rojos y húmedos.

—¿Has sido tú? —preguntó ella en voz baja.

Dalton apartó la vista y giró el rostro hacia un lado, como si la pregunta lo incomodara más que su propio dolor.

Savannah solo quería volver a aquel lago, a ese instante congelado en el tiempo…, pero sabía que era imposible. Habían pasado demasiados años desde que aquellas manos invisibles la tocaron, desde que aquellos labios la besaron.

—Lárgate de aquí —gruñó el emperador.

Sin una palabra más, ella chasqueó los dedos y desapareció de la biblioteca.

Dalton la vio esfumarse con un destello, dejando tras de sí un rastro de brillos rosados que se desvanecieron en el aire.

Ahora estaba sentado con las rodillas recogidas y la cabeza hundida entre ellas, sofocado por una ansiedad que lo oprimía desde

dentro. Palpó su propio pecho a ciegas, buscando un aire que no entraba, un latido que no existía. Y entonces lo notó. El rasguño en la tela de su uniforme, el que marcaba el lugar donde la espada lo atravesó, ya no estaba. Pero tampoco lo hacía el corazón que debería latir bajo la piel, ni el leve ascenso de los pulmones.

Nada.

Aun sin respirar, seguía sintiendo aquella opresión en el maldito pecho, la misma que volvió el día que Eda se fue, la que lo desgarró en silencio cuando Iron Shadow se la llevó, y la que se volvió insoportable cuando entendió que ella no quiso regresar. Que, de algún modo, Eda se había enamorado de otro hombre que no era él.

Dalton sabía que nunca sería la primera elección de nadie. Había esperado por ella durante siglos, pero aquello nunca significó que él fuera suyo. Y descubrirlo fue peor que cualquier espada que se clavara en su corazón. Porque no era solo que Eda hubiera elegido a otro, sino darse cuenta de que él no pertenecía a nadie, que siempre había sido la sombra que acompaña, el que sostiene, el que pierde… y jamás el hombre por quien alguien regresaría.

Ese vacío que llevaba siglos fingiendo no sentir volvió a golpearlo con brutalidad dentro de aquella biblioteca nacida de su propia mente. Un lugar que había amado, donde pasó incontables horas leyendo, estudiando, y que ahora solo podía devolverle una cosa: el eco punzante del dolor.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, encogido en el suelo, con la frente hundida entre las rodillas y la garganta cerrada por un nudo que no sabía deshacer. Horas, o quizá días; el tiempo carecía de sentido en Bankai. Pero en esa eternidad, Dalton Basilius entendió por fin lo que jamás se había permitido aceptar: su castigo era

recordar, una y otra vez, la misma condena que siempre lo había perseguido.



3

Dalton se incorporó sobre su cama; la reconoció por el roce áspero de las sábanas contra su piel, por el olor a papel viejo y polvo. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero algo en lo más profundo de su alma le susurraba que había sido su propio deseo el que lo había arrastrado de vuelta a su habitación.

Aunque no estaba solo. Una figura espectral brillaba con suavidad en la penumbra. La guadaña se encontraba allí, de espaldas a él, frente a una gran ventana con las cortinas descorridas. Su silueta se recortaba contra la luz pálida de la luna, como si fuera una extensión de la noche, aguardando en silencio a que él despertara.

Dalton pudo ver cómo sus dedos acariciaban un collar, algo pequeño y brillante. La luz de la luna atravesó la gema y el reflejo rosado lo cegó.

—¿Cuál era el trato si mi hermano y tú moríais? —preguntó ella sin girarse—. ¿Qué pasaría con Eda? ¿Quién la ayudaría a gobernar el imperio, quién la ayudaría a gobernar Bankai?

Dalton, aún desconcertado por su presencia y por cómo había acabado en aquella cama, se sentó en el borde.

¿Qué había pasado?

Recordaba su muerte, el dolor, el último aliento…, pero, ¿qué había pasado antes de aquello? ¿Cuál había sido su propósito en aquel campo de batalla?

La Dama…, sí, la Dama buscaba algo que el imperio debía destruir…, algo que el propio Iron Shadow debía ayudar a aniquilar.

La guadaña siguió mirando por la ventana mientras hablaba:

—Tú sabías que destruir el Ojo de Nyxar podría acabar también con mi hermano, ¿verdad? —Soltó un resoplido—. Claro que lo sabías. Debería haberlo imaginado cuando te vi morir… Nunca había visto a mi hermano reaccionar así. Él no habría sentido nada por ti, pero sí lo haría si supiera que tu muerte, de algún modo, iba a perjudicar a Eda.

«Vas a arruinar el maldito plan, Basilius —le había gritado Iron Shadow cuando la Dama lo estaba manipulando, cuando tenía la espada en la mano—. ¡Tú eres el que debe vivir, joder! ¡Tú! ¡Por Eda!».

—Sí, lo sabía —confesó, recordando aquella conversación en el desierto de Arcadia hacía apenas siete días.

«Si destruir el Ojo me exige dar algo de mí, si significa perderla para siempre, quiero que estés ahí. Que la protejas. Que sigas con vida, cueste lo que cueste», le había pedido Iron Shadow.

«¿Qué estás diciendo?», preguntó Dalton desconcertado.

«Bankai pasará a ser suyo y, cuando ocurra, necesitará a alguien a su lado para recordarle que sigue siendo humana».

«No puedes decirlo en serio… —Dalton soltó el aire con rabia—. ¿Acaso es necesario destruir el Ojo? El imperio te necesita, ella te necesita. Si Eda te pierde, podría ser el fin».

«¿El fin? El fin es esa maldita cosa, Basilius —escupió Iron—. Algo tan antiguo y podrido que ha logrado apagar mi magia…, una que ha resistido intacta durante milenios. Y lo hizo con solo un pequeño cristal colgado del cuello de una dama. Imagínate lo que podría hacer un monolito entero».

Aquel día lo recordaba como una bruma espesa, lleno de huecos y escenas sueltas. Solo había una idea que regresaba una y otra vez: tenían que sacar a alguien de la ciudad enterrada bajo el imperio. Allí abajo estaba el Ojo de Nyxar, el monolito capaz de anular la magia…

La guadaña se apartó de la ventana y se giró. El colgante se resbaló entre sus dedos y rebotó contra su pecho. Por primera vez lo vio: era un anillo de diamantes Argyle.

La miró de arriba abajo sin molestarse en disimular. Su piel atrapaba la luz como la luna sobre el hielo y, aun siendo un espectro, su cuerpo y su rostro se delineaban con claridad. Dalton sintió cómo los ojos de Savannah también lo recorrían de arriba abajo…, y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que solo llevaba puestos unos pantalones.

Un maldito escalofrío le subió por la columna traicionándolo. Ella se dio cuenta, porque enseguida desvió la mirada.

—Algo está pasando —comentó inquieta—. Desde hace unas horas, el flujo de magia ha comenzado a debilitarse, el vínculo que me une al poder de mi hermano ya no es tan estable y eso no

debería ocurrir, no sin un motivo. Nadie ha abierto todavía un portal hacia Bankai.

—¿Un portal?

—Así es como Eda y mi hermano vuelven aquí. Abren portales. Solo la magia vinculada a este territorio permite hacerlo.

—Y como Eda es su mitad comparte su poder, por eso puede hacer lo mismo que él.

Apretó el colchón con los dedos, notando cómo el tic en su mano regresaba sin piedad. Se pasó la mano por el cabello negro despeinándolo. Ya ni siquiera intentaba disimularlo.

—Has muerto en el campo de batalla. Y sé que, cuando el imperio vuelva a estabilizarse, Eda intentará buscarte, pero no te encontrará. Ni ella, ni mi hermano, ni nadie. Porque el Tártaro no se abre con poder, ni con amor, ni con magia. Solo yo puedo entrar…, pero no puedo sacarte de aquí. —Escuchó en su voz un leve temblor—. Tenemos que esperar, no tardará mucho.

—¿Esperar? ¿A qué?

—A que llegue el momento, sé paciente. —Sus ojos marrones y redondos volvieron a desviarse hacia la ventana.

—¿Qué hay ahí fuera?

La guadaña no respondió, ni siquiera se movió.

Desorientado, Dalton se puso de pie y la esquivó. Apenas la rozó con el hombro, pero ese mínimo contacto bastó para darse cuenta de que su cuerpo no estaba del todo anclado a esa realidad.

Se acercó al ventanal, arrastrando los pies por la alfombra, y lo que vio al otro lado del cristal le cortó el aliento.

El paisaje más allá del ventanal parecía desdibujado por una bruma sobrenatural, teñida de lilas profundos, azul oscuro y sombras

que no obedecían a ninguna lógica natural. No había gravedad. Fragmentos de escaleras, columnas negras y arcos rotos flotaban suspendidos en el aire, como si una ciudad entera se hubiera partido en mil pedazos y aún se negara a derrumbarse del todo.

Algo avanzaba sobre el suelo fracturado, deslizándose entre las ruinas suspendidas. Eran figuras femeninas, demasiado altas para ser humanas, cuerpos huesudos envueltos en velos blancos desgarrados. Entre sus dedos largos sostenían hilos de luz, y uno de ellos, más grueso y brillante que el resto, se tensaba directamente hacia la ventana.

Hacia él.

—¿Qué…?

—Se llaman las hilanderas —explicó ella—. Lo que ves en sus manos no es luz, sino memoria hilada.

Dalton entrecerró los ojos. Las figuras envolvían sus hilos alrededor de ruinas flotantes, ramas muertas e incluso columnas partidas. Algunas hilanderas desaparecían tras el palacio, otras se desvanecían sin más en la bruma.

—¿Son como los kholdrath? —Rozó por instinto el cristal de la ventana para comprobar si estaba cerrada.

—No. —Ella giró un poco el rostro hacia él—. Las hilanderas no cazan ni devoran. No tienen hambre, y eso, en Bankai, es lo único que las vuelve inofensivas. —Su mirada se desvió hacia una pared de la habitación—. No suelen acercarse tanto, pero puedo imaginar por qué están aquí.

La guadaña se despegó del ventanal y caminó hacia la pared junto al cabezal de la cama. Allí, alineados como si nunca se hubieran ido, seguían los retratos. Decenas de ellos. Dalton los había arrancado en

Pramvera, uno por uno, pero en aquel espacio ficticio dentro de Bankai todavía estaban allí, fieles a su memoria.

—¿Dibujabas a Kaiserin? —preguntó la guadaña con un tono difícil de descifrar.

En efecto, la emperatriz estaba por todas partes. La curva de su boca, la caída del cabello, cada trazo del cuerpo dibujado. Era insoportable. Nadie —excepto Eda— había visto jamás aquellos retratos, y sin embargo verla ahora pasando los dedos por los dibujos hizo que algo en el interior de Dalton se encogiera. La vergüenza lo mordía por dentro.

Savannah continuó:

—Las hilanderas fueron, alguna vez, almas que amaron. Amores truncados, traiciones, despedidas que nunca llegaron, muertes. Solo se acercan a quienes amaron más de lo que pudieron sostener, a los que dejaron corazones abiertos detrás, a quienes nunca encontraron las palabras para decir adiós. —Tragó saliva—. Cosen el amor que no terminó, los vínculos que jamás se cerraron.

—Pero ¿por qué aparecen ahora? ¿Por qué aquí?

—El amor no correspondido es una maldición más eficaz que cualquier hechizo.

—¿No habías dicho que eran inofensivas?

—Están tejiendo hilos por todo el palacio. En unos días, no podrás mirar por la ventana sin verlas enredándolo todo.

—Pero si el palacio tiene cientos de metros de largaria.

—Pueden ser muy rápidas.

Dalton se estaba cansando de que le hablara con acertijos, de que no le diera respuestas claras, de que al parecer ya nada tuviera lógica.

—¿Vas a explicarme lo que significan o eso también lo tengo que adivinar por mí mismo? —espetó—. Lo estás haciendo a propósito, ¿verdad? ¿Para torturarme? ¿Por lo que le hice a Eda? ¿Por contarle solo la mitad de la historia…?

De una zancada, le arrancó el dibujo de las manos. Ella no se inmutó, se limitó a sonreír entre las sombras, dejando ver sus dientes blancos, perfectos y peligrosos.

—Donde las dan, las toman, querido emperador. Sabrás de Bankai lo que yo decida contarte, y solo cuando me parezca útil. Después del numerito de ayer, ha quedado claro que entiendes este lugar mejor que muchas almas que llevan años aquí. No estás tan perdido como te gusta creer, míralo por el lado bueno.

—¿Que lo mire por el lado bueno? —Se rio con desgana—. ¿De verdad crees que es positivo que unas mujeres espectrales estén ahí fuera, tejiendo mi maldito palacio con hilos, solo porque les parece interesante que yo esté hecho mierda por dentro? ¿Porque el amor me mató?

Dalton la miraba desde arriba exasperado. El día anterior la había visto colapsar, gritar, perder los estribos… y luego alisarse el vestido rosa como si nada hubiera pasado. La había oído llamarlo por su nombre, incluso mostrarse algo más amable, más humana. Pero ahora… ahora solo conseguía sacarlo de quicio.

—Además —continuó él—, ayer te vi matar a esas arañas devora almas como si nada. ¿Por qué no sales ahí fuera y acabas con las hilanderas también?

Eso pareció enfadarla, pero a Dalton le daba igual. Le daba igual todo. Lo que sintieran los demás, lo que gritaran, lo que esperaran de él.

—No se puede matar a todas las almas de Bankai —dijo ella cruzándose de brazos—. No tienen la culpa de haber muerto sintiendo que el mundo les falló, que las personas les fallaron. Igual que yo no puedo hacer desaparecer a la Santa Compaña, porque esto, Dalton, se llama duelo. Aquí atraes lo que eres, lo que sientes. Y no, no es culpa de las hilanderas que estén aquí, tejiendo tu palacio. Ellas no cazan, no hieren, solo intentan ayudarte. Porque creen, de algún modo, que si te cosen por dentro…

Dalton explotó.

—¿Y la culpa es mía? ¿De verdad es culpa mía sentirme así? Llevo siglos castigándome, convenciéndome de que solo merezco desaparecer. Que no merezco a los amigos que encontré, ni el respeto de mi pueblo, ni el perdón de Eda. Que no merezco nada. Y cada día, cada maldito día, me lo repito hasta creerlo, hasta que se me mete en los huesos.

Ella se quedó completamente quieta. Y fue entonces cuando se dio cuenta de lo cerca que estaban, de cuánto había cruzado una línea que antes —en otra vida, en otro imperio— jamás se habría permitido atravesar. Un emperador no suplicaba, no alzaba la voz, no dejaba que el dolor lo desbordara de esa forma. Había perdido los putos estribos, había dicho todo lo que quemaba por dentro, y lo peor era que no sentía ni un gramo de arrepentimiento.

—Si de verdad crees que no entiendo cómo te sientes, entonces retiro lo que he dicho —respondió ella sin levantar la voz—. Tal vez seas emperador, Dalton Basilius, pero no sabes nada de Bankai. Y me atrevería a decir que tampoco sabes nada del pasado del trono sobre el que te sentaste.

—¿Qué tiene que ver el pasado ahora?

La guadaña, sin apartar la mirada, se llevó otra vez la mano al anillo de diamantes rosados Argyle antes de responder:

—La guerra de las Tres Llamas no solo arrasó el imperio. Quemó las tierras, borró nombres, memorias, legados enteros. Lo poco que conocéis del mundo se construyó sobre cenizas. Nadie sobrevivió para contar lo que vino antes. Yo solo heredé ruinas y silencio.

¿Y si ella sabía lo que él no había conseguido descubrir en siglos? ¿Y si conocía ese pasado que lo perseguía incluso en sueños? ¿Y si entendía lo que había ocurrido antes de que la primera llama descendiera y el mundo se deshiciera en fuego?

Si alguien lo sabía…, era ella.

—Nadie sobrevivió —susurró la guadaña—, pero todos aquellos que murieron están aquí. Todos estamos aquí.

Dalton abrió la boca. Con la mente chisporroteando, inquieta y curiosa, por un segundo quiso preguntarlo todo. Quiso sentarse frente a ella, dibujar y anotar cada detalle como había hecho toda su vida. Quiso volver a ser ese emperador obsesionado con entender el mundo.

Pero esa chispa se apagó antes de prender.

Se dejó caer otra vez en la cama y no volvió a mirarla. Tiró de las sábanas hasta cubrirse casi por completo, intentado esconderse del mundo, de ella… o de sí mismo. Cerró los ojos con fuerza, deseando desaparecer, no estar allí, ansiando —por primera vez en siglos— una felicidad que nunca había tenido.

—Avísame si Eda o Iron Shadow vuelven a Bankai.

Dalton no supo cuántas horas había pasado allí, encerrado en aquella lúgubre habitación.

En algún momento, sus pies lo arrastraron hasta el sillón junto a la ventana, y allí se quedó, con la mirada fija en el cristal empañado por la humedad del exterior. Sus ojos no se apartaban de las hilanderas, que seguían tejiendo sin descanso en el exterior. Los hilos brillantes colgaban como telarañas desde las esquinas del balcón y se estiraban hacia los pilares de mármol que sostenían la fachada opuesta del palacio.

No sentía hambre, ni sed, y el sueño tampoco lo alcanzaba. No había comido, ni dormido, ni sentido el menor cansancio físico. Y eso bastaba para confirmarle que estaba muerto.

Muerto sin remedio.

La guadaña no volvió a aparecer en todo ese tiempo. Si Eda e Iron Shadow habían logrado abrir un portal hacia Bankai después de destruir el Ojo de Nyxar, no tenía forma de saberlo. Había sido el centro del huracán durante la guerra y, ahora, simplemente… no era nadie.

Solo le quedaba el sonido.

El tictac de un reloj solitario sobre la cómoda, marcando segundos que no significaban nada. Sus ojos iban de este a las hilanderas que se hallaban tras la ventana.

Ellas tejían.

Y el reloj hacía tictac.

Tejían.

Y el reloj seguía.

Dalton se puso de pie, harto de ver cómo aquellos seres hacían lo que les venía en gana, harto de dejar que se burlaran de él, de su

maldito corazón roto en mil pedazos. Salió de la habitación sin mirar atrás y siguió el corredor que lo conducía hacia el exterior del palacio. Aquel espacio que una vez fue su hogar, su imperio, ahora no era más que una cáscara hueca.

Cuando cruzó las puertas, las ruinas que había visto desde la ventana habían desaparecido. En su lugar, una niebla espesa cubría el mundo, tragándoselo todo hasta borrar cada contorno. Entonces, la bruma frente a él se onduló con suavidad.

Las hilanderas se habían acercado.

Bajo los velos blancos, rasgados y flotantes, sus rostros esqueléticos apenas se intuían, pero sus ojos —vacíos y sin párpados — lo miraban con fijeza a través del tejido fino.

—¡Ni un puto paso más u os prendo fuego aquí mismo! —escupió Dalton invocando su fuego. Lo llamó como lo había hecho toda su vida, con la misma autoridad que había obligado a arrodillarse a ejércitos enteros.

Pero no respondió…

La llama idealis no acudió. Se había extinguido.

Uno de aquellos hilos comenzó a separarse del telar y avanzó hacia él, como si reconociera su destino. Dalton bajó la mirada justo cuando el hilo se estiraba, directo al centro de su pecho…, al lugar donde antes latía un corazón y en el que ahora no quedaba más que silencio.

—¿Qué mierda estáis haciendo? —gruñó mientras intentaba atrapar los hilos, detenerlos, destruirlos…, pero sus dedos los atravesaban como si no existieran, como si solo estuvieran en su mente—. ¡He dicho que paréis!

En un parpadeo, Dalton ya estaba cubierto por aquellos filamentos. Se agitó, forcejeó, trató de arrancárselos del cuerpo…, pero no sirvió de nada. Lo único que logró fue alzar la vista hacia las hilanderas. Fue entonces cuando la figura del centro levantó las manos y retiró su velo. Y, en medio de aquella noche sin estrellas, le dijo:

—Ahora tus ojos estarán en su pasado. Observa qué amores no terminaron, qué vínculos no se cerraron, querido emperador. —Las hebras ascendieron por su cuello, trepando hasta cubrirle los ojos y dejarlo ciego—. El ciclo del Tártaro ha comenzado.

SEGUNDA PARTE

La emperatriz



4

La espalda de Dalton chocó contra algo duro.

Si sus pulmones hubieran funcionado como antes, aquel impacto le habría robado el aliento. Instintivamente se llevó las manos a los ojos, intentando apartar los hilos que creía tener sobre ellos, pero no había nada. Solo una oscuridad espesa, viva, que se negaba a disolverse. Parpadeó una y otra vez, forzando la vista, hasta que la sombra comenzó a fracturarse y dejó entrever, poco a poco, el lugar que lo rodeaba.

Delante de él se alzaba un muro de piedra descomunal, cubierto de un musgo húmedo que trepaba hacia lo alto, devorando la roca. Alzó la mirada y se dio cuenta de que estaba bajo un arco, un puente de piedra que se curvaba sobre su cabeza. A ambos lados descendían cascadas finas, alimentadas por la lluvia que caía. Pero lo que en realidad lo desconcertó fue el cielo que, cubierto de nubes, dejaba pasar destellos inciertos de luz.

En Bankai, la tierra de los muertos, no existía el sol.

Se pasó una mano por el rostro, aún sintiendo el roce de aquellos hilos, y se preguntó qué le habían hecho las hilanderas, a dónde lo habían enviado y, sobre todo, qué era aquel lugar…

Su oído inmortal captó el sonido apresurado de unos pasos, un taconeo sobre la calle empedrada, rota en algunos tramos. Desde la esquina, una figura emergió bajo el arco del puente. Llevaba una capa gruesa de tono rosado, bordada con hilos dorados que le llegaba hasta los talones. Dalton no alcanzó a verle el rostro oculto bajo la capucha, pero tampoco le hizo falta. Cuando pasó frente a él, reconoció aquel torrente de energía que lo atravesaba cada vez que ella lo rozaba.

Esa mujer era la hermana de la muerte.

Esa mujer era la guadaña.

El sonido de sus tacones se detuvo de golpe, y ella se giró hacia él con una mezcla de sorpresa y cautela. En sus brazos sostenía una bolsa de cuero, presionada contra el pecho.

—¿Eres tú nuestra salvación?

Si Dalton no hubiera tenido una pared detrás, se habría derrumbado. La guadaña —o lo que fuera aquella versión humana de ella— ya no tenía el aspecto espectral que recordaba. Su piel, aunque pálida, mostraba un matiz cálido; sus mejillas tenían un leve rubor, y el cabello dorado caía en ondas desordenadas sobre los hombros, reflejando un brillo suave bajo la luz gris.

Parpadeó confuso. ¿Salvación? ¿Él? ¿Salvar a quién… y de qué?

«Ahora tus ojos estarán en su pasado. Observa qué amores no terminaron, qué vínculos no se cerraron, querido emperador. El ciclo del Tártaro ha comenzado». Esas habían sido las palabras de la hilandera.

La guadaña, al ver que él no respondía, apretó aún más la bolsa contra su pecho y bajó la cabeza.

—Perdona, me he equivocado de persona. —Giró sobre los tacones sin esperar respuesta y se alejó con paso rápido.

Dalton permaneció inmóvil unos segundos, desconcertado. ¿Acaso no lo había reconocido? ¿O era aquella otra de las pruebas del Tártaro? En ese caso, no tenía intención de fallarla.

—¡Soy yo! —Avanzó un paso en su dirección—. Yo soy el hombre que buscas.

Ella se detuvo y el eco de sus tacones se desvaneció entre las paredes de piedra. Sin pronunciar palabra, dio media vuelta y volvió hacia él. En un segundo lo tenía acorralado contra el muro.

—¿Eres tú El jinete que viene de Valdemar? ¿El que tiene dones de vinculación? ¿El que puede sanar? —La sonrisa de la guadaña se volvió más viva, y sus ojos color avellana se llenaron de lágrimas—. Por todos los dioses…

¿Jinete de Valdemar? ¿Vinculación para sanar? Nada de eso encajaba con lo que Dalton sabía. Conocía los siete tipos de vinculación: el fuego —el suyo, el de Eda y el de la Dama—; la sombra de los nightmares y las bestias desplazadoras; los escudos de los zeng; el control de visiones de los hipogrifos; la energía de las mantícoras, y la vinculación mental que le proporcionaba el vínculo con su dragón. Pero sanar… Jamás había oído hablar de algo así.

No le dio tiempo a responder. Ella lo sujetó del brazo con fuerza y lo arrastró calle abajo, manteniéndolo pegado a la pared, hasta que se hubieron refugiado bajo un conjunto de techados. Solo entonces, mientras corrían por los adoquines resbaladizos, se dio cuenta de que él también llevaba una capa con capucha negra, igual que ella.

—Perdona por las prisas, los niños tienen hambre. Ayer Marcelin no pudo venir a darles de cenar y yo no conseguí escaparme. Debería haber llegado hace una hora, lo siento por hacerte esperar.

La guadaña hablaba deprisa, como si el tiempo se deshiciera entre sus dientes, y zigzagueaba por las calles con la misma urgencia.

—Por lo general, este centro de sanación atiende sobre todo a niños huérfanos —continuó—, a los que no pueden pagar un sanador, porque aquí no cobramos. Jamás. —Se detuvo de golpe y se giró hacia él—. Te lo han dicho, ¿verdad? Sabes que este trabajo es voluntario, ¿cierto? No aceptamos dinero; cobrar por curar va en contra de todo lo que defendemos. ¿Estás de acuerdo con eso?

Dalton vio cómo ella pestañeaba varias veces.

—Sí —respondió al fin. ¿Qué más podía decirle? Necesitaba seguirla, entender qué cojones estaba pasando—. Ayudaré en todo lo posible de forma voluntaria.

La guadaña sonrió de nuevo y apenas ladeó la cabeza hacia una puerta sin distintivos. La casa parecía igual que todas en aquella calle: fachada de madera vieja y astillada por los años, con enredaderas trepando por los bordes y musgo acumulado en las esquinas. Junto a la entrada, un candelabro sostenía una llama frostfire, la cual no ardía, no quemaba y nunca se apagaba.

—Es aquí. Por razones obvias, el centro de sanación está escondido; los guardias imperiales patrullan mucho por estas zonas, así que es mejor pasar desapercibidos. —Tenía la mano ya en el picaporte—. Si me gusta lo que haces, te daré una pequeña llave, así podrás entrar sin necesidad de que Marcelin o yo te abramos.

—Entendido.

—Bien. —Ella tomó aire, y eso volvió a desconcertarlo. ¿Respiraba? ¿Estaba viva? ¿Cómo era posible?—. Entremos.

Empujó la puerta con una sola mano mientras con la otra seguía sujetando la bolsa. El interior era una casa reconvertida, con las paredes derribadas para formar una única sala abierta. A ambos lados se extendían camillas alineadas con mantas gastadas, y en el centro, dos largas mesas de madera servían como improvisados bancos de trabajo. Estaban cubiertas de frascos de cristal, vendajes enrollados, morteros de piedra, pinzas de hierro curvadas y pequeños botes de esencias con etiquetas dibujadas a mano. En las estanterías bajas se amontonaban libros abiertos, instrumentos de curación y velas encendidas junto a una ventana entreabierta que dejaba entrar el aire.

Todo olía a hierbas, alcohol y cera.

—Bueno…, según lo que me dijeron, tenías experiencia con enfermos, y estás acostumbrado a ver cuerpos heridos, fiebre y dolor —dijo mientras se acercaba a él. Luego se desabrochó la capa antes de colgarla en un perchero de hierro—. Pero… ¿estás acostumbrado a verlo en niños?

Asintió, aún aturdido, con la garganta seca y la mente tambaleándose entre el presente y los recuerdos que nunca se habían ido del todo. La guerra de las Sombras Eternas había terminado hacía más de tres siglos, pero en su memoria seguía tan viva como el primer día. Había presenciado cosas que ningún ser —ni siquiera un inmortal— debería haber visto jamás. Dalton, apenas unos días atrás, había sido testigo de aldeas consumidas por la llama valirio, de la mirada vacía de los niños poseídos por los noctífagos,

de cómo familias enteras gritaban desde dentro de sus propios cuerpos mientras se las utilizaba como armas.

Creyó que eso lo había preparado.

Creyó que ya nada podría romperlo.

Lo miró una última vez antes de ponerse un delantal fucsia sobre el vestido rosa claro con volantes que llevaba. Se recogió el cabello rubio en un moño alto y se arremangó. Fue entonces cuando Dalton se dio cuenta. Desde las camillas, algunos niños pequeños empezaban a incorporarse entre toses, todavía adormecidos.

—Me ha costado salir hoy, pero ya estoy aquí. Os he traído el desayuno: queso y pan para los que podéis masticar, y avena con leche para los que no. —Empezó a moverse, sacando cosas de la bolsa para después repartirlas uno a uno. A cada pequeño le decía su nombre al entregarle el alimento, incluso a los que no se levantaban y sollozaban bajo las mantas.

—Olivia no ha pasado buena noche —dijo un niño muy delgaducho mientras mordía su trozo de queso—. Ha llorado mucho.

La guadaña asintió con un leve gesto; luego lo miró a él.

—¿Tu nombre?

—Dalton. Dalton Basilius.

—Yo me llamo Savannah. —Se giró hacia los catres—. A partir de ahora, Dalton también será vuestro sanador, es su primer día.

Los niños dejaron de comer para observarlo con los ojos muy abiertos. Una niña pelirroja, con la cara manchada de avena, frunció el ceño.

—¿Por qué tu piel brilla? ¿Estás enfermo como nosotros?

—Me haces daño en los ojos —añadió otro.

Dalton seguía quieto junto a la puerta, sin reaccionar.

—¿No habla? —preguntó de nuevo, pero, antes de obtener respuesta, el niño alzó las manos y comenzó a comunicarse con la lengua de signos. Dalton, que la conocía, entendió las palabras: «¿Te encuentras bien? Estás muy pálido».

La guadaña se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Será mejor que empecemos. Cuando despiertan después de tantas horas sin comer les cuesta distinguir lo real. Sígueme.

Llegaron a una pequeña puerta encajada en la pared del fondo. Ella la abrió, esperó a que él pasara y la cerró con cuidado detrás de ambos. La habitación estaba sumida en penumbra, iluminada apenas por la luz temblorosa de una vela. Dalton distinguió dos camillas: una vacía, con una sábana recién lavada y unas flores marchitas sobre el colchón; y otra ocupada por una figura encogida bajo las sábanas, tan quieta que por un momento dudó de si aún respiraba.

—Oli, ya estamos aquí. ¿Te acuerdas del jinete del que te hablé? Aquel que podía calmar tu dolor… Pues ya ha llegado. Ha venido a ayudarte, se llama Dalton. ¿A que es un nombre precioso?

La niña se incorporó con dificultad y, al girar el rostro, Dalton vio la cicatriz larga y mal cerrada que le cruzaba ambos ojos.

Su cuerpo se tensó de inmediato cuando un recuerdo, enterrado hacía más de cuatrocientos años, lo golpeó con fuerza: un bosque envuelto en niebla, un hipogrifo herido y una niña escondida bajo sus alas… y con esa misma cicatriz marcada en el rostro.

—¿Savannah? —se escuchó una vocecita temblorosa—. ¿Eres tú?

En la oscuridad, la guadaña encendió otra vela y le indicó a Dalton que se acercara. Él se movió por instinto y se inclinó junto a la camilla, aunque sabía que ella no podía verlo.

—Dalton está a tu lado ahora, Oli.

El jinete se preguntó qué era exactamente lo que el Tártaro esperaba de él. No tenía una respuesta clara; solo sabía que estaba allí por una razón. Sin embargo, al mirar a la niña, recordó quién era y lo que siempre había sido capaz de hacer.

—¿Me dejas ayudarte? —le preguntó sentándose en el borde del catre—. Solo tengo que deslizarme un poco por esa cabecita tuya. No te haré daño, lo prometo.

—S-sí, por favor.

Dalton se la tomó con delicadeza. Había hecho aquello mil veces antes, con Eda, con los soldados imperiales, incluso había probado a hacerlo con animales. Cerró los ojos y dejó que su magia se abriera paso como una corriente cálida por la mente de la niña. No invadía, solo tocaba lo necesario, reconociendo y aliviando las fisuras.

Como si tejiera con hilos invisibles, Dalton fue soltando el peso que oprimía su mente. Sintió la punzada que aún ardía en ella y, con suavidad, la deshizo hasta que el dolor se disipó como humo.

La niña suspiró y el temblor que la recorría empezó a ceder.

—N-no me duele, Savi… La herida… no la siento. —Se tocó el rostro, pero retiró los dedos al instante. La cicatriz seguía ahí, pero el dolor había desaparecido.

Dalton asintió y se incorporó despacio, con la sensación de que algo dentro de él se había vaciado. Había cumplido su parte, o eso creía. ¿Volvería ahora al limbo? ¿Era eso todo lo que el Tártaro esperaba de él?

—¿Cómo…? —Savannah lo miraba con la boca entreabierta y una lágrima resbalándole por la mejilla—. ¿Cómo es posible que todo su dolor haya desaparecido?

—¿No era eso lo que esperabas de mí?

Ella le hizo un gesto hacia la puerta. Salieron sin decir nada y se quedaron apoyados junto al marco.

—Quería probar si era cierto eso de que funcionabas como anestesia. Pero esto… ¿es permanente? ¿Ella podría vivir sin dolor mientras la herida cicatriza?

—Depende. Si es una herida limpia y no hay infección, el cuerpo puede sanar sin interferencias. Yo no acelero el proceso fisiológico, solo desconecto el umbral del dolor.

—Ya, sé lo que pasa si la herida se infecta. —Carraspeó—. Pero no quiero niños muriendo con una sonrisa solo porque no sienten lo que les consume por dentro.

—Yo tampoco.

Savannah se giró hacia él.

—¿Qué tipo de poder tienes exactamente? Apenas se sabía nada de ti cuando nos llegó la recomendación.

Dalton se quedó sin palabras. ¿Qué se suponía que debía decirle?

La observó de arriba abajo; era tan mortal, tan terrenal…, tan viva. No sabía si lo que veía era real o una ilusión tejida por el Tártaro, ni si aquella mujer conservaba el mismo poder que recordaba, aquel toque capaz de apaciguar incluso las sombras más oscuras de su alma.

Desvió la mirada hacia los niños que desayunaban en la sala contigua. Allí, ella no parecía la guadaña. No había rastro de su aura espectral ni de aquella presencia intangible capaz de cruzar mundos con un solo pensamiento.

Entonces, por primera vez, se preguntó quién era en realidad la mujer que tenía delante.

—¿Y tú? ¿Qué tipo de poder tienes? —preguntó él sin pensar, pero en cuanto vio su reacción comprendió el error. Ella frunció el ceño, desconcertada al principio, y luego sus mejillas se tiñeron de rabia.

—¿De verdad crees apropiado atacarme con eso? ¿Te hace gracia burlarte de los que no tenemos magia?

—Oh, venga ya.

La había visto en acción, sabía lo que era capaz de hacer.

—Cuidado con tu tono, Dalton Basilius. Recuerda con quién estás hablando. Puede que pase la mayor parte de mi tiempo escondida, pero sigo siendo una de ellos. —Señaló con el dedo hacia el techo—. Así que te pido, por favor, que hagas tu trabajo. Hoy solo dispongo de unas horas por la mañana, luego debo volver al palacio. Esta noche tengo que viajar a la cordillera de Novadia.

Dalton parpadeó sorprendido. Hasta ese momento, había asumido que estaba atrapado en algún tipo de visión, en algún lugar perdido en el mundo, pero Novadia era una de las tres cordilleras que formaban el imperio, y si se hallaba cerca…, entonces ¿estaba en Pramvera? ¿En su propia ciudad?

—¿Novadia? ¿Por qué vas allí?

—Porque también hay niños, Dalton. Huérfanos, heridos, enfermos y gente muriendo de frío. La muerte no solo deambula por aquí.

—¿Y cómo piensas llegar? A pie tardarías semanas. —Su voz pareció retarla. Aquella versión de la guadaña empezaba a mosquearlo.

—Entonces tengo suerte de ser una jinete y de tener un dragón.

El mundo pareció derrumbarse a sus pies y, por un instante, todo dentro de él se quedó en silencio.

—¿Una jinete de dragón? Eso no puede ser —murmuró Dalton—. Hace más de siete mil años que los dragones se extinguieron. Cada uno de ellos.

Ella volvió a reír, esa vez más fuerte, y él estuvo a punto de estallar. Por el amor de los dioses, ¿qué clase de broma cruel estaba presenciando?

—¿Te parece gracioso? —le soltó con un tono afilado.

Antes de que pudiera replicar, le agarró el rostro con ambas manos, con una naturalidad que le heló la espalda. Lo acercó tanto que pudo verle las pecas sobre la nariz.

—¿Qué estás…? —Pero la frase se le apagó en la garganta. El tacto de ella lo atravesó y se quedó quieto, presa de un pavor que sabía de dónde venía.

—Estoy comprobando si te has dado un buen golpe en la cabeza —susurró ella, concentrada—. O si…, espera. ¿Sientes que tus recuerdos se han desordenado? ¿Tienes lagunas, confusión? Ay, por todos los dioses…, ¿tus recuerdos están bien?

Lo soltó de repente como si le quemara y él retrocedió, doblándose sobre sí mismo mientras se llevaba una mano al pecho para tratar de recuperar el control.

—Mis recuerdos están perfectamente.

Ella no se lo creyó, pero la forma en que se tensó, la preocupación en su rostro cuando mencionó lo de los recuerdos… fue real.

«La guerra de las Tres Llamas no solo arrasó el imperio. Quemó las tierras, borró nombres, memorias, legados enteros. Nadie sobrevivió para contar lo que vino antes. Yo solo heredé ruinas y silencio». Recordó las palabras de Savannah apenas unas horas antes.

«Nadie sobrevivió —le había dicho ella—, pero todos aquellos que murieron están aquí. Todos estamos aquí».

—¿Quién eres?

La última vez que le habían hecho esa pregunta, ella había respondido: «Soy la ejecución de Bankai». Pero ahora, con piel humana, ojos brillantes y esa calidez que lo descolocaba, era como si frente a él estuviera otra persona.

—¿Es que acaso no sabes quién soy?

Dalton negó con la cabeza.

—Pues, al parecer, soy la hija de unos padres que me desprecian por hacer las cosas de forma distinta, porque no sigo las reglas que la corona impone, porque no lidero con miedo ni con poder, sino con la cabeza y con el corazón. —Se giró un momento y señaló con un gesto suave a los niños, quienes ahora la miraban en silencio—. Por desgracia, este mundo no está hecho para una emperatriz que odia su propia corona, para alguien que cree que el deber no se mide por el linaje, sino por cuánto estás dispuesto a cuidar a los que no tienen a nadie.



5

Escabullirse del palacio imperial no era una tarea sencilla para nadie, y mucho menos para Savannah, cuya presencia se vigilaba casi a cada paso.

Durante los últimos meses, la habían mantenido bajo constante custodia tras varios encuentros con los llamados «rebeldes», como los jinetes imperiales se empeñaban en etiquetarlos. Pero Savannah los conocía por lo que realmente eran: su pueblo. Hombres, mujeres y niños cansados de la opresión, de la mentira disfrazada de orden. Aunque la corona fingiera tolerar que pasara tiempo entre ellos —como gesto de diplomacia o simple vigilancia—, la verdad era otra: no querían que la heredera se mezclara con los que sufrían.

A Savannah, sin embargo, le daba igual. Ella no creía en las líneas trazadas por el poder, ni en las barreras entre privilegio y necesidad. Creía en la verdad, en el cuidado y en algo que el trono había olvidado hacía mucho tiempo.

La compasión.

Llevaba ciento veintidós años viviendo dentro de las paredes del palacio, y en ese tiempo había visto cómo el imperio se resquebrajaba. Se habían formado bandos: los jinetes inmortales, leales a las antiguas tradiciones, y los mortales, aquellos que habitaban las ciudades bajas y las tierras adyacentes de Valdemar, que ya no creían en el viejo orden de la magia.

Salir del palacio era complicado, y más aún con sus capas rosadas, sus vestidos de volantes y esos tacones ruidosos que no pasaban desapercibidos.

Pero ni muerta pensaba quitárselos.

Savannah tenía sus propios métodos. No oía voces, pero la oscuridad le hablaba a su manera. Las sombras eran sus aliadas y le susurraban cuándo avanzar, cuándo detenerse, por dónde deslizarse sin ser vista.

Todo lo demás era cálculo.

Los guardias frente a su habitación cambiaban turno cada treinta y cinco minutos, las cocineras tardaban veintidós en preparar los brebajes matinales y, durante ese lapso, el ala este del palacio quedaba desierta. Podía distinguir mediante el sonido si alguien caminaba solo o acompañado y si eran botas de soldado o pasos de sirviente.

El acceso comenzaba en la biblioteca. Una de las columnas huecas se desplazaba con un leve empuje y revelaba el inicio de un corredor en espiral que descendía por las catacumbas, serpenteando bajo el palacio. Allí no llegaba la luz del día, solo la humedad persistente y el susurro ocasional de alguna magia antigua que aún dormía entre las piedras. Savannah tardaba catorce minutos exactos en cruzarlo. Conocía cada giro, cada escalón irregular, cada marca tallada que

señalaba un desvío seguro. El pasadizo desembocaba en una cripta, oculta detrás del mercado de los barrios bajos, donde las patrullas imperiales rara vez se aventuraban. Desde allí, llegaba al centro de curación en menos de cinco minutos.

Debía reunirse con un nuevo sanador, un jinete de Valdemar que, según Marcelin, compartía su visión: salvar vidas no debía considerarse un crimen. Entre los suyos, ofrecer cuidados —mágicos o no— a los mortales era casi un sacrilegio. Curarlos se consideraba una traición, una forma de contaminar la pureza de la magia con lo efímero de la carne humana.

«Tonterías y mentiras de viejos aburridos», solían decir entre risas. Marcelin añadía siempre: «Si curar a alguien es un crimen, que me encierren con mi botiquín». Y entonces Savannah respondía: «Y que me pasen hilo y aguja, que pienso coserles la boca a todos».

Marcelin era jinete, igual que ella, y también sanadora. Su amiga más antigua, por no decir la única que había tenido.

Savannah, desde niña, había creído que ningún color combinaba con el rosa, pero cambió de idea el día que vio a Marcelin —hija de un jinete de Valdemar y una mortal— entrar por las puertas del palacio vestida de verde esmeralda. En ese instante entendió que el rosa y el verde no solo podían convivir, sino que eran la mejor combinación que el mundo había creado.

Al parecer, Marcelin era mucho más que un color: tenía la misma mente afilada y el mismo fuego rebelde que Savannah a tan temprana edad. La primera vez que habló con ella, le soltó sin temblarle la voz:

«Mataron a mi perro delante de mí. Mi padre decidió que tocaba un corcel feérico con alas emplumadas, blanco y pompón. Ahora

viene a mi ventana y relincha como si no hubiera un mañana; quiere que lo saque a pasear. —Se encogió de hombros—. Debí haber matado a mi padre aquel día. Así tendría un perro y un caballo».

Fue en ese momento —con aquellas palabras tan brutales como sinceras— cuando Savannah sintió paz por primera vez en su vida. No volvieron a separarse desde entonces.

Los jinetes de Valdemar —vinculados a criaturas feéricas que no eran dragones— apenas mantenían una relación cordial con los jinetes. Los que montaban dragones eran considerados la cúspide del linaje: altivos, poderosos, guardianes de un estatus que casi rozaba lo divino. Compartir rango con quienes cabalgaban corceles, hipogrifos o bestias menores era, para ellos, poco menos que una ofensa. Pero aquello había empezado a cambiar. Las criaturas feéricas estaban despertando, su magia crecía, su fuerza se igualaba —y a veces superaba— a la de los dragones. Ese cambio inquietaba al emperador, el padre de Savannah, porque significaba que el orden que había mantenido el imperio en equilibrio durante siglos comenzaba a resquebrajarse.

Moonveil, la dragona de escamas rosadas de Savannah, nunca entendió de jerarquías. Parecía disfrutar más de la compañía de Bonibell —el corcel feérico de Marcelin— que de los de su propia especie. Tal vez porque las criaturas, a diferencia de los humanos, no conocían el orgullo.

«Qué chica más lista, Moonveil —gritó Marcelin desde Bonibell, riendo mientras el aire salado del mar les azotaba el rostro y las crines de su montura se entrelazaban con el viento—. Los jinetes de dragón son unos malditos arrogantes. Se creen dueños del cielo solo porque nacieron con alas prestadas».

«Pues deberían vivir bajo tierra —replicó Savannah con una sonrisa torcida, inclinándose sobre el cuello de su dragona a la vez que descendían en picado hacia el agua—. Que sientan lo que es cargar con el mundo encima, tragarse su propio polvo. A ver si así aprenden que volar no es un derecho…, es un maldito privilegio que se gana».

Su rebeldía contra los suyos las llevó a usar, en secreto, los conocimientos que adquirían a escondidas sobre medicina para ayudar a los mortales. Al principio fue un acto de desafío, una manera de oponerse al imperio…, pero con los años se convirtió en su propósito, en su vocación.

Savannah, sin embargo, no usaba la magia. No porque no quisiera, sino porque no podía. No tenía ni una sola chispa en su interior. En un mundo donde esta definía el valor, ella era el vacío, la heredera sin poder. Pero aun así Marcelin —que poseía una habilidad extraordinaria— nunca la miró con lástima, sino con algo mucho más peligroso: esperanza.

«El saber también es poder —le dijo su hermano Skylar una noche, cuando la encontró llorando sobre un libro de anatomía humana—. Algunos jinetes están tan obsesionados con lo que su magia puede hacer que se olvidan de lo que su mente puede comprender. El fuego se apaga, pero el conocimiento no. Somos inmortales; y una mente inmortal puede aguardar más poder del que mil llamas podrían quemar».

Savannah se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

«Soy un castigo, Sky. Una heredera destinada al trono, pero marcada por una vinculación incompleta. Mi unión con Moonveil fue

un fraude. Soy el castigo de los dioses al imperio… y mi padre lo sabe. Por eso me odia».

«No eres un castigo, sino la consecuencia que nadie tuvo el valor de asumir. —Se inclinó hacia ella y la tomó del rostro—. Cabeza bien alta, jinete. Que el mundo tiemble antes de verte caer».

En efecto, todo lo que sabía lo había aprendido sola: estudiando medicina en las torres del archivo, escabulléndose entre pasillos cuando las sombras le abrían paso, observando a escondidas a los sanadores de guerra durante los entrenamientos imperiales.

Y nunca agachó la cabeza, ni entonces ni en los cien años que siguieron.

El día ya había empezado torcido, Savannah lo supo en cuanto se puso los tacones equivocados. Le tocaban los de los martes, pero se había calzado los de los domingos. Para ella, eso era empezar con el pie izquierdo. Sin embargo, el destino decidió ir más allá de la torpeza y empujarla directamente hacia lo absurdo, porque el sanador al que esperaba no solo existía, sino que era un hombre de ojos verdes y rostro imposible de olvidar.

No debería haberse detenido —tenía prisa, y la lluvia arreciaba—, pero algo en su interior se tensó, un tirón invisible, como si un hilo que partía desde su estómago la obligara a girarse.

Salvación… Aquel hombre era su salvación, pensó al ver aquella mirada que le pareció cansada y asustada. Las ojeras bajo sus ojos delataban que no había dormido en días, algo habitual entre los sanadores. Sin duda, él era la ayuda que había estado esperando. Otro jinete como ella, alguien dispuesto a desafiar las creencias del imperio y usar su poder de vinculación para sanar a los mortales.

Dalton Basilius, se llamaba. Un apellido curioso…, tal vez inventado. Pero a Savannah eso le daba igual. Lo único que importaba era lo que acababa de presenciar con Olivia. La niña había estado sufriendo por aquella herida que le cruzaba los dos ojos durante días. Savannah había hecho todo lo posible, la había cosido con cuidado, le había aplicado ungüentos, había vigilado la infección…, pero el dolor no cedía. Durante ese tiempo, había anhelado con todo su corazón encontrar a alguien que la ayudara. Alguien que no solo entendiera su causa, sino que la compartiera. Y, como tantas veces antes, el mundo había respondido a su plegaria.

Sin embargo, ¿quién le iba a decir, cuando se calzó los tacones de los domingos, que una hora después tendría a un hombre alto y de hombros anchos acorralado contra una pared?

—¿Estás bien? —Qué estupidez de pregunta. Por supuesto que no estaba bien. El tal Dalton se hallaba al borde del colapso, se pasaba la mano una y otra vez por el cabello, despeinándolo sin darse cuenta.

—Tú eres… —le costaba hablar—, ¿eres jinete de dragón? ¿Cuántos hay? ¿En qué año… en qué año estamos?

Savannah sintió que el mundo se detenía durante un segundo. Nunca había estado muerta ni había imaginado cómo debía de ser eso. Pero en aquel instante, se acercó peligrosamente a esa experiencia.

Por todos los dioses…, ¿qué le ocurría a ese hombre?

—¿Cómo que en qué año estamos? —Rio nerviosa—. ¿No me digas que ahora los jinetes también viajan en el tiempo? ¿O es que te han tenido encerrado tanto que has perdido la cuenta de los siglos?

—Yo…

—¿Tú…?

Permanecía ahí, apoyado contra la pared, pálido como un espectro.

—Esto no puede estar pasando —murmuró Dalton mientras cruzaba la sala con pasos torpes y abría la puerta.

Los niños seguían en silencio, aunque algunos no podían evitar toser. Todos miraban con los ojos muy abiertos cómo la persona que, en teoría, había venido a ayudarlos parecía ser quien más ayuda necesitaba.

Ella lo siguió, y al salir lo vio en medio de la calle, desorientado, sin dejar de pasarse una y otra vez la mano por el cabello, con los ojos clavados en el cielo. Savannah frunció el ceño confundida, pero, antes de poder acercarse, el aire cambió. Un silbido grave rasgó las nubes y, desde el este, un dragón cruzó justo por encima de los tejados y descendió volando.

Reconoció el tono azul metálico de sus escamas y supo al instante que se trataba de Kaelth. Pero no venía solo, cuatro dragones más lo seguían, surcando el aire en formación cerrada, cada uno con su jinete erguido sobre el lomo. Fue solo un segundo, pero bastó para que Savannah se ocultara bajo el alero del centro de curación. Dalton, en cambio, no se movió. Permanecía en medio de la calle, la boca entreabierta y la mirada perdida en el cielo.

Un carromato apareció de pronto doblando la esquina a toda velocidad, los caballos encabritados, los sacos de grano golpeando la madera con estrépito.

No frenó.

—¡Cuidado! —gritó Savannah, y se lanzó hacia él sin pensar.

El carromato lo atravesó.

Dalton no se movió, no gritó, no sangró; y por un instante, tan largo que pareció ajeno al tiempo, Savannah juraría que ni siquiera parpadeó. El carro, indiferente, siguió su camino por los adoquines mojados sin mostrar la más mínima señal de que alguien se hubiera interpuesto en su trayectoria.

Savannah dio un paso atrás, el corazón desbocado, buscando en vano una explicación que encajara en su cabeza. Nada tenía sentido. Debía de estar volviéndose loca, no había otra forma de llamarlo. Y todo por culpa de los malditos tacones de los domingos.

—¿Cómo has hecho eso?

Caminó hacia él sin preocuparse de que la lluvia le empapara la ropa. Dalton tenía una mano en el pecho, como si esperara sentir algo que no estaba allí. Cuando al fin levantó la vista, la miró sin decir palabra, negando suavemente con la cabeza.

—¿Quién eres? —susurró ella, y se detuvo a un paso de él.

—«Ahora tus ojos están en su pasado…» —empezó a balbucear para sí—. Siete… siete milenios.

En ese momento, otro carromato dobló la esquina, directo hacia él.

—¡Dalton! —gritó Savannah, dando un paso atrás. La gente en la calle se volvió a mirarla. Algunos comenzaron a murmurar, otros se apartaron con recelo.

Dioses…, sí, debía de parecer completamente loca.

El carromato lo atravesó.

Otra vez.

—¿Es que nadie puede verme? —La voz de Dalton subió de tono. Empezó a caminar, a alzar las manos hacia la gente que pasaba—.

¡Eh! ¡Tú! ¡Mírame! —Intentó agarrar el brazo de un hombre, pero sus dedos lo atravesaron. Se volvió hacia una mujer, la llamó, pero ella siguió andando como si nada.

Dalton se giró hacia Savannah con el rostro pálido de puro pánico.

—Soy… ¿soy un fantasma?

Savannah no podía creer lo que veían sus ojos inmortales, y eso que llevaba más de cien años caminando por aquel mundo. Sin embargo, algo en su interior no se estremeció de miedo, sino de fascinación. Porque, en ese instante, comprendió que aquel hombre no estaba loco… y que, quizá, ella tampoco lo había estado nunca.

Skylar, la sombra que la había protegido desde niña —su voz en la oscuridad, su consuelo en el silencio del palacio, su hermano cuando no tenía familia— era real. Durante años creyó que solo existía en su mente, que era algo que debía esconder, una vergüenza que la hacía parecer menos cuerda, porque ella era la única que lo veía, la única que lo escuchaba. Pero ahora, con Dalton allí y tras lo que acababa de presenciar, comprendía que no era una alucinación.

Savannah se atrevió a acercarse, extendió el brazo y, al rozarle el codo, sintió cómo Dalton se tambaleaba hacia ella. Quedaron a apenas unos centímetros de distancia, tan cerca que pudo ver el desconcierto en sus ojos… y entonces, sin previo aviso, desapareció.

Habían pasado tres días y Dalton Basilius no había vuelto.

Savannah no había dejado de pensar en él, preguntándose si todo había sido una invención de su mente agotada. Pero no podía serlo; los niños también lo habían visto, le hablaron y preguntaron por qué se había ido tan deprisa y por qué no había vuelto. Era como si, para

el resto del mundo fuera de aquel centro de curación, él simplemente no existiera.

—Me quedaré yo estas semanas a pasar la noche, tengo que visitar a algunos pacientes. Por si estabas preocupada por dejarlos solos tantos días, ¿tienes pensado marcharte hoy? —preguntó Marcelin mientras usaba su poder de vinculación sobre una niña con bronquitis.

Su don no servía para curar heridas graves, pero sí era capaz de manipular la mente para aliviar síntomas, bajar fiebres o calmar dolores. No sanaba con las manos, sino con la sugestión.

—Sí, volaré esta misma tarde a Novadia. Debería haberlo hecho hace dos días, pero mi padre me necesitaba aquí.

—¿Y qué quería esta vez? —bufó sin apartar la vista de la niña mientras le acariciaba con suavidad el esternón.

—Adivina.

—Déjame pensar. —Levantó una ceja oscura—. ¿Te ha vuelto a encerrar en la biblioteca? ¿Otra sesión de castigo ilustrado, pasándote libros por debajo de la puerta por huir del palacio? Manuales sobre cómo debe comportarse una futura emperatriz, cómo debe gobernar… y, por supuesto, cómo debe obedecer.

Savannah soltó una risa baja, resignada. Si eso era lo que Marcelin creía que hacía su padre cuando se enfadaba, estaba muy equivocada. La realidad era mucho más cruel.

—Ajá. —Bostezó de forma exagerada—. Uno tras otro. Historia imperial, diplomacia, deberes de una heredera, economía…, todo muy edificante. Ideal si quisiera reinar desde una torre de mármol sin mancharme las manos. Pero ya sabes qué es lo que de verdad les molesta —añadió encogiéndose de hombros—. No que

desobedezca, sino que prefiera malgastar mis días salvando mortales en lugar de aprender a mandar sobre ellos.

—Un crimen imperdonable. —Le ofreció una pequeña pastilla con forma de hoja—. Ya sabes…, eso de tener un buen corazón. Joder, Savannah, deberían darte cadena perpetua por una debilidad así.

La niña tosió de nuevo, le dio las gracias con un hilo de voz y se acomodó entre las mantas hasta quedarse dormida. Savannah le apartó con cuidado un mechón del rostro antes de hacerle una seña a su amiga para guiarla hacia un rincón más apartado de la estancia.

En cuanto se alejaron, la sonrisa de Marcelin se desdibujó.

—¿Los pacientes que vas a visitar en Novadia…?

—Tienen los mismos síntomas —respondió Savannah mientras se quitaba los guantes manchados de ungüento—. Pérdida de recuerdos, lagunas mentales, confusión. Ayer por la tarde me pidieron trece consultas a domicilio más, procedentes de distintos barrios de Pramvera.

Marcelin se apoyó contra la pared, cruzando los brazos con el delantal verde arrugado sobre el pecho.

—Una mujer de treinta años no recordaba su propio nombre. Un comerciante juró haber perdido los últimos diez años de su vida. Su esposa estaba frente a él… y no la reconocía. Les prometí que haríamos lo posible, pero cada vez son más, Marcelin. Hace nueve años solo lo veíamos en aldeas lejanas, luego empezó a aparecer en los límites del imperio. Ahora está llegando a la ciudad. Ya está aquí.

Su mejor amiga alzó la mirada. Su rostro, de piel pálida como la porcelana, enmarcado por rizos oscuros y rebeldes, seguía tan sereno como siempre, pero sus ojos verdes —tan vivos antes— ahora se veían apagados, cansados.

Llevaban nueve años luchando contra el Olvido, una enfermedad que no dejaba fiebre ni heridas visibles, pero se llevaba lo más íntimo. Comenzaba con lapsos pequeños: un nombre, un camino de siempre que de pronto no conducía a ningún lugar. Después desaparecían los rostros, los días, incluso la certeza de quién eras. Resultaba como una plaga que se filtraba en la mente, una magia corrupta que deshilachaba los recuerdos uno a uno, arrancándolos del alma sin dejar rastro.

—Mi padre me ha concedido una semana en Novadia. Al saber que asistí a varios partos allí hace unos años, considera que en esta ocasión puedo resultar útil. Quiere que supervise el nacimiento del hijo de una jinete de dragón.

—Eso es imposible —replicó Marcelin—. Los jinetes no pueden engendrar hijos entre sí. Que se lo digan a nuestros padres, siempre tan dispuestos a buscar mujeres mortales solo para asegurar una descendencia que naciera viva.

Era una verdad amarga. Con los años, habían aprendido que no servía de nada enfadarse por algo que la magia había decidido mucho antes que ellas.

Entre los inmortales, las mujeres estaban condenadas a no tener descendencia, mientras que los hombres sí podían engendrar hijos con mujeres mortales. Esos niños, sin embargo, nacían humanos, privados de la inmortalidad, porque la eternidad no se heredaba por sangre, se concedía mediante un vínculo con un dragón o con una criatura feérica. Solo entonces la magia despertaba… y, con ella, la inmortalidad.

—Lo sé…, pero ¿y si existiera una posibilidad? Mi padre cree que, si todo sale bien y el niño sobrevive, podría interpretarse como un

regalo de los dioses. No le entusiasma que me dedique a la medicina, pero la jinete insistió en que fuera yo quien asistiera el parto. Dice que mi presencia le trae suerte.

—¿Y crees que, si consigues ese milagro, tu padre por fin verá tu vocación?

—Marcelin…

Su amiga puso los ojos en blanco.

—Bueno, al menos me alegra que, aunque sea por conveniencia, tu padre empiece a entender que tu destino no está sobre un dragón dando órdenes, sino aquí, salvando vidas. —Le tomó la mano con suavidad y la apretó entre las suyas—. Que lo haga por interés da igual. Vas a hacer lo que más amas en este mundo: traer una vida milagrosa a este imperio podrido. Pero escúchame, si el bebé no sobrevive, no cargues con eso. No todo está en tus manos. Ya haces más de lo que nadie podría pedirte.

Ella asintió, muy consciente de que las posibilidades eran casi nulas, pero no por ello iba a perder el ánimo.

—Pasaré la semana allí —dijo intentando sonar más tranquila de lo que se sentía—. Sale de cuentas en unos días, pero prefiero estar en Novadia por si el parto se adelanta.

Marcelin rio.

—Sabía que no ibas a quedarte quieta. Tu padre te da un poco de libertad y ya estás planeando ir puerta por puerta dando asistencia médica.

—Quiero saber cómo avanza la enfermedad allí.

—¿El Olvido?

Savannah asintió.

—Los jinetes no hablan del tema conmigo. Creo que mi padre se lo tiene prohibido, pero necesito saber si la situación en Novadia es tan grave como aquí. —Se cruzó de brazos con la mente ya en marcha, repasando síntomas y patrones—. Hace años que no viajo allí, y si el brote de pérdida de memoria ha llegado también hasta esas tierras, podría significar que no estamos ante una dolencia aislada, sino ante una infección mágica. —Alzó la mirada, decidida—. Quiero ayudar, aunque tenga que hacerlo a escondidas.

—Savannah O'Hara. —Marcelin negó con la cabeza, con una sonrisa triste dibujada en su rostro—. Tu padre no teme que fracases, le aterra que algún día alguien como tú gobierne el mundo.

Una niebla espesa cubría la cordillera nevada y rocosa de Novadia, ocultando el mundo más allá del horizonte mientras Savannah volaba sobre su dragona.

Moonveil descendió con elegancia, plegando las alas para aterrizar sobre una extensión de nieve en medio de un claro rodeado por las montañas escarpadas. Junto a ella descansaban cinco dragones más, formando una media luna sobre la llanura helada. Savannah reconoció a dos de ellos, eran las monturas de los jinetes que esperaban descendencia, parte de la razón por la que había viajado hasta allí. Los otros pertenecían a jinetes que residían en la región de forma permanente, algo inusual, ya que la mayoría prefería establecerse en climas más cálidos, como el desierto de la cordillera de Arcadia o las laderas encantadas de Aurik, donde la magia fluía con tanta intensidad que parecía un lugar en el que los dioses dormían. Aún desde la altura, supo que uno de aquellos dragones

pertenecía al jinete más insoportable de todo el imperio y, aunque aún no lo había visto, estaba segura de que el encuentro sería inevitable.

Al descender de la dragona, los botines de tacón se le hundieron en la nieve blanda. Se ajustó la capa rosa pálido y bajó la capucha, dejando que los copos se derritieran sobre sus mejillas.

Su cuerpo inmortal no sentía el frío, pero había echado de menos esa caricia mortal, ese recordatorio de lo que una vez fue.

Alzó la vista y recorrió el paisaje. Las montañas dentadas se alzaban a su alrededor, formando un anillo natural que protegía la ciudad encajada en su centro. Gracias a esa barrera de piedra, las peores tormentas se quebraban antes de alcanzar los tejados, manteniendo a los mortales a salvo bajo su resguardo.

—Bienvenida a Novadia, Su Alteza Imperial —la saludó uno de los soldados con una inclinación leve de cabeza junto con los demás—. Permítanos escoltarla hasta la ciudad. Se avecina una tormenta fuerte por el oeste, el clima empeora con rapidez.

Savannah se quitó el guante con calma, sin apresurarse, y pasó la mano desnuda por las escamas de Moonveil, que dejó escapar un gruñido.

—Soy muy consciente de la tormenta. Confío en que en Aurik hayan sido informados, sobre todo en los barrios donde viven los más vulnerables. Ningún mortal sin techo debería quedar expuesto a una tormenta mágica.

Era algo común en aquella región, pues la magia viajaba con los vientos. Las corrientes la arrastraban desde Aurik hasta allí y se disipaba lentamente al alcanzar tierras donde la magia era más débil. Ella y Marcelin siempre habían sostenido la teoría de que la

magia no dependía solo de lo visible, de aquello que se alzaba hacia el cielo, sino de lo que permanecía oculto bajo la tierra, de lo que dormía en las entrañas del mundo.

Los soldados se miraron entre ellos incómodos.

—Haremos todo lo posible, Alteza.

—Eso espero. Si aparecen cuerpos congelados a la entrada de los refugios por falta de previsión, las consecuencias no recaerán en el clima, sino sobre ustedes. —Se colocó de nuevo el guante con delicadeza. Moonveil giró la cabeza con un gesto brusco y enseñó los dientes—. Iré caminando. Gracias por el gesto, pero, por fortuna, la inmortalidad me permite ver más allá de la niebla. Buen día, soldados.

Moonveil rugió, un chorro de fuego brotó de sus fauces y fundió la nieve hasta abrir un sendero humeante frente a ella. La dragona batió las alas con tal fuerza que levantó una nube de escarcha antes de perderse de nuevo en el cielo.

Savannah echó a andar por el sendero recién fundido con una sonrisa.

Se ajustó la bolsa de cuero violeta que llevaba oculta bajo la capa. Era compacta, práctica, pensada para no estorbarle al moverse. En su interior guardaba instrumental médico envuelto con esmero, pequeños frascos de polvo de seremal —eficaz contra la fiebre— y tres dosis de néctar de laurel, una sustancia extraída de una criatura que habitaba los ríos de Aurik, conocida por estabilizar embarazos frágiles sin poner en riesgo a la madre.

Mientras caminaba, Savannah repasaba en su mente sus planes. Pasaría primero por la escuela para realizar exámenes rutinarios y, después, indagaría con discreción si había nuevos embarazos en los

barrios con menos acceso a la medicina, así podría incluirlos en las visitas para el resto de la semana.

Pero Savannah no esperaba que la niebla se espesara de pronto ni que una sombra se desprendiera de ella.

Un cuerpo alto y masculino se materializó a escasos centímetros, tan cerca que apenas pudo distinguir sus rasgos.

—Pero ¿qué…? —exclamó, clavando el botín en la nieve para no resbalar. Pero fue inútil. Dos manos firmes se cerraron sobre su cuerpo y la giraron con brusquedad, y, para cuando quiso soltar una maldición, ya estaba cayendo.

Acabó encima del desconocido, con los pechos aplastados contra sus pectorales. Y durante un segundo ninguno se movió.

—¿Savannah? —susurró el hombre, con las manos aún aferradas a sus caderas.

Ella bajó la mirada, y la distancia entre ambos se redujo a un suspiro. No necesitó más para reconocerlo: ojos verdes, cabello negro y esa expresión desorientada que ya había visto antes.

El fantasma de Dalton Basilius había vuelto.



6

Dalton se había materializado justo delante de la guadaña, y ahora la tenía encajada contra su cuerpo. Sus manos se encontraban en sus caderas, los mechones dorados que caían sobre su rostro le hacía cosquillas en la piel y su respiración le rozaba la boca.

No había ni rastro de una sonrisa en ella. Solo unas mejillas encendidas, una mirada fulminante y el ceño fruncido de quien debía de estar decidiendo si despellejarlo.

—Por fin te has dignado a aparecer. ¿Tienes idea de lo que fue pensar, aunque fuera un segundo, que no estaba sola? ¿Que por fin había otros jinetes dispuestos a unirse a esta causa, a proteger a los mortales, aunque el mundo siga diciendo que usar nuestra vinculación para sanar nos vuelve indignos? —Su cuerpo tembló de rabia—. Maldita sea, cuando creí que al fin tenía ayuda, vas y desapareces sin decir sola palabra.

Dalton estaba paralizado.

—¡¿Me estás escuchando?! —gritó Savannah separándose de golpe. El tul rosa de su vestido cayó a ambos lados del cuerpo de

Dalton como un vendaval de seda. Él apretó los dientes al notar cierta presión en su maldita entrepierna—. Espero que, al menos, hayas venido a disculparte después de tres días. Podrías empezar por eso. Deberías saber cuándo aparecer, como él, que al menos lo hace con sentido. Tú eres un oportunista que se materializa en medio de la niebla… ¡y me tira al suelo!

«¿Él? ¿Quién es él?».

Guiado por puro instinto —o tal vez por la urgencia de hacerla callar antes de que dijera algo más para lo que no estaba preparado —le cubrió la boca con la palma de la mano.

—¿Has dicho tres días?

Savannah asintió despacio.

—Pero eso… eso es imposible. Hace un segundo estábamos en… —se interrumpió. La nieve bajo ellos tenía ese extraño tono azulado, mezclado con blanco puro. La niebla los envolvía, aislándolos del resto del mundo. Solo había un lugar en todo el imperio con ese clima tan particular—. ¿Estamos en Novadia?

Savannah volvió a asentir. Dalton cerró los ojos.

—Bien. Entonces ¿podrías…? —Hizo un leve gesto y apartó incómodo la mano de su boca—. ¿Podrías bajarte de encima? Porque… —Tragó saliva, evitando mirarla directamente. Le ardía el cuerpo.

—No vuelvas a mandarme callar —lo amenazó antes de apartarse y deslizarse hasta quedar arrodillada sobre la nieve.

Dalton se incorporó con lentitud, todavía con la sensación de su peso sobre el cuerpo. La cabeza le daba vueltas. No entendía qué hacía allí ni por qué había vuelto a encontrarse de frente con la guadaña.

Aquello tenía que ser una puta broma del limbo.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó Savannah, consciente de que algo no iba bien—. Puedo ser comprensiva con tu… extraña situación.

Joder. Por supuesto que era extraña.

—Estábamos en el centro de curación. Salí por la puerta y… nadie me veía. Recuerdo el carro, me atravesó, pero no sentí nada. —Se llevó la mano a la frente, frustrado—. Y ahora, el maldito universo me ha escupido aquí, justo delante de ti.

Ella, sin decir una palabra, se giró hacia su bolsa de cuero, la misma que Dalton recordaba haber visto en sus brazos la última vez, y comenzó a rebuscar entre frascos y objetos envueltos en tela.

—¿Qué estás haciendo?

—Cállate un segundo. Déjame probar algo.

—¿Tú sí puedes mandarme callar?

—Ahora mismo no estás en posición de llevarme la contraria.

Sacó una pequeña esfera metálica del tamaño de una nuez y de superficie irregular, y se la lanzó al pecho. La esfera rebotó en su regazo y cayó sobre la nieve. Ella la recogió con rapidez y volvió a lanzársela. Él gruñó incrédulo. Cuando levantó el brazo para frenar un tercer intento, le atrapó la muñeca.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Confirmando una teoría. —Tomó la esfera entre sus manos y la levantó a la altura de la luz—. El carro te atravesó, pero esto no. —Sus ojos buscaron los de él—. De alguna forma, puedo tocarte. Eso descarta la proyección o la ilusión. Los niños también te vieron; han preguntado por ti desde que desapareciste. Pero las personas en la calle…, ellas no. Para ellas, simplemente, no estabas allí. —Su voz se

volvió un murmullo pensativo—. Así que existes…, aunque no para todos.

—Pero los fantasmas tienen la piel luminosa, casi transparente, azulada… —Se miró las manos, comprobando que estaban formadas por la carne rosada—. Yo no puedo ser un fantasma.

—¿Sueles ver muchos?

—No creo en los fantasmas —respondió él poniendo los ojos en blanco.

Ella rio, y al menos la furia desapareció de sus delicadas facciones.

—Pues me temo que eres uno, y bastante inoportuno, si te da por aparecerte así de la nada —añadió encogiéndose de hombros, tranquila incluso arrodillada en la nieve, como si aquello entrara dentro de lo normal.

Si la situación se hubiera invertido, él ya estaría buscando explicaciones, repasando posibilidades, intentando imponer orden al caos. Siempre había sido así, calculador e inquieto.

Pero ella no.

Savannah se incorporó de un salto y se sacudió la nieve del vestido, del mismo rosa pálido que su capa. Dalton estuvo a punto de asomarse a sus pensamientos, de cruzar ese umbral invisible y descubrir qué se escondía detrás de esa mirada obstinada. Pero se contuvo. Eda le había enseñado que la mente era un santuario, y que invadirla sin permiso constituía una forma de violencia, así que se limitó a intentar descifrarla desde fuera.

Se ajustó la bolsa al hombro y lo miró, ladeando la cabeza.

—¿Vas a levantarte o piensas quedarte ahí todo el día? Tenemos muchas cosas que hacer.

Parpadeó confuso.

—¿Qué tipo de cosas?

Ella no respondió de inmediato. Tan solo se dio la vuelta y retomó el camino que había estado siguiendo antes de que él apareciera y la derribara.

—Va a ser complicado. De normal solo hablo con él en mi habitación, o en lugares donde sé que nadie puede oírme hablar sola. No quiero que piensen que su futura emperatriz está completamente ida.

«Futura emperatriz…». Dalton tragó saliva al escuchar aquello. Recordó lo que ella había dicho sobre los dragones, sobre su familia y, de pronto, todo encajó: el Tártaro no lo había transportado a otro lugar, sino a otro tiempo.

Savannah no era todavía la guadaña, la sombra que gobernaría entre los muertos. Aún no conocía el peso del poder ni el precio de la sangre. Era una simple mujer de carne y hueso, hija de emperadores, jinete de dragón. Una versión intacta de lo que, algún día, el destino se encargaría de destruir.

El vértigo de la paradoja le apretó el pecho. Si aquello era real, si de verdad estaba en el pasado, entonces Savannah había vivido la misma vida que él, solo que mucho antes de la guerra de las Tres Llamas. En un mundo donde cientos de dragones dominaban los cielos y miles de criaturas, las mismas que él había estudiado en libros, aún caminaban libres, respirando el mismo aire que los mortales.

Dalton ignoraba si debía confesarle la verdad: que conocía su futuro, que sabía en lo que se convertiría, o si era mejor callar y fingir que todo era nuevo, que no había quebrado las reglas del tiempo, que no la conocía.

Savannah continuó hablando mientras caminaba:

—Si de verdad eres un fantasma, y resulta que solo yo puedo verte, entonces tenemos un serio problema. Así que deberemos encontrar otra forma de comunicarnos sin que parezca que hablo sola. ¿Sabes leer labios? O prefieres que empiece a simular ataques de tos cada vez que quieras decirme algo.

Podemos hablar por aquí. La voz de Dalton se coló en su mente.

Savannah se detuvo en seco y sus ojos marrones se abrieron de par en par.

—Vale, eso es nuevo.

Tú también puedes responder sin hablar, añadió él*. Solo concéntrate en lo que quieres decir y yo lo oiré.*

Ella apretó los párpados con fuerza, como si fuera a lanzarse al vacío.

—No hace falta que cierres los ojos.

Idiota, pensó Savannah con todas sus ganas frunciendo los labios.

—Te escucho, gracias por el cumplido.

—¡Lo has oído! —soltó, y se tapó la boca con una risita nerviosa. Sus guantes rosas apenas amortiguaban el entusiasmo—. ¡Madre mía! ¿Cómo es que puedo hacer eso? ¿Acaso… acaso es porque eres…?

—No, mi poder de vinculación siempre ha sido la comunicación directa con la conciencia de otros. Puedo oírlos si me lo permiten, y ellos pueden oírme a mí si se abren lo suficiente. —Tragó saliva, aunque no sirvió de nada; lo peor aún estaba por decirse—. También puedo leer pensamientos.

Savannah no borró la sonrisa; al contrario, esta se profundizó, y el hoyuelo en su mejilla apareció traicionero.

—Vaya… Pues dime, ¿en qué estoy pensando ahora?

La niebla empezó a moverse, deslizándose lentamente hasta abrirse frente a ellos y dejar entrever a personas abrigadas que caminaban por las calles. Algunos iban de la mano, riendo entre nubes de vaho, otros empujaban carros cargados de leña o provisiones, con bufandas y gorros que les ocultaban los rostros enrojecidos por el frío. Las voces se entrelazaban con el crujido de las botas sobre el hielo y todo parecía ajeno a la guerra que sabía que estaba por llegar.

Dalton se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que el destino decidiera hacer acto de presencia.

—Ya no leo pensamientos. —Metió las manos en los bolsillos con un suspiro, y solo entonces notó que llevaba puesta una camisa cruzada, abrochada al lado del cuello con finos botones metálicos, y sobre ella, una capa negra de tela pesada.

—Estaba pensando en una necrosis gaseosa por infección mal drenada. Ya sabes, ese tipo de cosas me rondan la cabeza constantemente. A veces incluso sueño con ello. ¿No te pasa? Estar tanto tiempo rodeado de heridas y enfermedades… Al final, uno piensa en ese idioma incluso cuando duerme.

Dalton la miró, desconcertado. Para ella, él no era más que otro curandero… y, en cierto modo, no se equivocaba. Había visto más cuerpos destrozados de los que quería recordar, había sostenido vidas con nada más que sus manos y un poco de instinto. En aquellos momentos de muerte y urgencia, agradeció haber pasado días enteros encerrado en su escritorio, escudriñando libros de medicina solo por el afán de calmar su insaciable curiosidad.

Estaba a punto de responder cuando un joven de cabello rubio, peinado a la perfección y con un abrigo azulado, se acercó con paso altivo.

—¿Se puede saber con quién estás hablando, Savannah? No es apropiado conversar sola con la niebla, ni digno de una futura emperatriz. —Carraspeó, alzando la barbilla—. Si necesitas discutir temas delicados, hazlo conmigo…, en privado, claro. —Hizo un gesto con la mano, dejando que la nieve se deshiciera entre sus dedos.

—Kilian, sabía que no tardarías en aparecer —dijo Savannah con una sonrisa—. He visto a tu dragón, parecía más animado que tú. ¿Qué te trae por Novadia esta vez?

El aludido infló el pecho como un pavo real.

—Bueno, el emperador confía en mí. Le pareció lógico que, si tú ibas a quedarte aquí una semana, alguien capacitado estuviera cerca. Ya sabes, por si los mortales se alteran. Han estado muy inquietos últimamente.

—Qué considerado de tu parte.

Savannah se llevó una mano tras la espalda y, con un leve movimiento de los dedos, le hizo una señal a Dalton para que la siguiera. Cuando cambió de dirección y tuvo al hombre más cerca, lo observó con detenimiento.

El abrigo que llevaba estaba hecho de escamas…, y no de unas cualesquiera. Dalton las reconocería en cualquier parte, ya que su dragón mudaba las suyas cada cierto tiempo y solía guardarlas como si fueran tesoros. Pero aquellos jinetes, al parecer, no las coleccionaban, las usaban para vestirse.

Escamas de sus propios dragones convertidas en armaduras y adornos.

—Además —prosiguió el hombre altivo—, el emperador también consideró apropiado que pasáramos tiempo juntos durante tus tardes libres. Un vuelo, quizá. Después, una cena. Puedo organizar algo… memorable.

—Estoy segura de que puedes.

Dalton agradeció que nadie pudiera verlo cuando hizo una mueca de asco al ver cómo aquel tal Kilian se pavoneaba con cada palabra. Savannah no lo miraba, ni a él ni a nadie en particular, pero seguía caminando con su sonrisa intacta. Saludaba con cortesía a los ciudadanos, quienes se inclinaban con reverencias profundas, algunas tan cercanas que sus cuerpos atravesaban el de Dalton, dejándole una sensación helada en la piel. Estaba claro: nadie más podía verlo ni tocarlo…, solo ella.

—No era una sugerencia —replicó él—. Es una orden del emperador.

—Ya… —Savannah ladeó la cabeza, como si lo pensara—. Es que a Moonveil y a mí nos gusta volar solas. Ya sabes que a ella no le agrada tu dragón; siente que siempre intenta impresionarla y termina haciendo lo contrario. —Fue entonces cuando lo miró de verdad, sin rastro de sonrisa—. Además, por las tardes ceno temprano y procuro acostarme antes de que caiga la noche. Por las mañanas quiero estar disponible para Lorelei y preparar su parto. —Se encogió de hombros con una educación impecable—. En otra ocasión, Kilian.

Al parecer, el remilgado no captó el tono irónico. Para sorpresa incluso de Dalton, dio un paso más, apoyó una mano en su hombro y acercó demasiado la boca para susurrarle:

—No estarás pensando en volver a mezclarte con los mortales, ¿verdad? Ten cuidado, tu padre sabe perfectamente qué tramas y yo me tomo muy en serio mi papel de guarda. —Pareció apretar su hombro con más fuerza—. Tu deber es ayudar a los jinetes, que ese maldito niño nazca vivo. No te metas donde no te llaman, Savannah.

Dalton dio un paso adelante, la rabia le crispaba los músculos. Quiso apartar la mano de Kilian del hombro de Savannah, arrancársela si era necesario, pero su cuerpo atravesó el del otro hombre como si no existiera.

Savannah reaccionó al instante y se apartó del imbécil.

—No vuelvas a tocarme o tendremos un problema.

Él dejó escapar una risa breve, como si la amenaza le resultara divertida.

—Siempre tan exagerada. Supongo que es lo que pasa cuando una mujer empieza a creerse más importante de lo que realmente es.

—Puede que seas la criatura favorita de mi padre y que, en sus delirios, aún fantasee con que tú y yo acabemos casados. Pero eso está muy lejos de la realidad.

Kilian esbozó una lenta sonrisa, con una seguridad que rozaba la insolencia.

—No es un delirio, sino política. Y deberías agradecer que alguien como yo esté dispuesto a asumir la carga. No todas las mujeres tienen la suerte de que se las elija.

—Yo no me caso. —Savannah se alisó el vestido con calma, como si aquella conversación no mereciera alterar ni un pliegue de su ropa. Después regaló una sonrisa impecable a los curiosos que

pasaban y fingían no observar la escena—. Lorelei me necesita. Déjame hacer mi trabajo.

Kilian casi le gruñó.

—Volveré a preguntártelo mañana. Espero que para entonces hayas recapacitado, Su Alteza.

Hizo hincapié en aquello último y, sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó con paso firme y la capa ondeando tras él.

—Perfecto —murmuró Savannah cuando estuvo lo bastante lejos —. Una humillación pública menos que tachar de la lista de tareas de la semana.

Luego retomó el paso con la cabeza erguida, saludando con leves inclinaciones y sonrisas medidas a quienes la reconocían.

Durante veinte minutos recorrieron calles estrechas cubiertas de nieve, donde el aire olía a leña y a pan recién horneado. Novadia, antes de ser arrasada por la guerra y siglos más tarde reconstruida por los antepasados de Dalton, era inmensa. Quizá tan grande como Pramvera, o incluso más. Las estructuras eran de piedra, no de madera, y muchas de ellas seguían el patrón triangular en sus tejados, diseñados para que la nieve no se acumulara.

«¿Quién demonios era ese hombre?». Dalton apretó los dientes. «¿Y con qué derecho se atreve a tocarla así?». La pregunta siguiente le ardió aún más. «¿De verdad el emperador permite que sus propios jinetes traten de ese modo a su hija?».

Cada paso que daba a su lado alimentaba la rabia que le subía por el pecho. Dalton tenía demasiadas preguntas, pero, antes de que pudiera hacer ninguna, Savannah se detuvo en una calle angosta.

Desde una pequeña tienda se acercó una mujer mayor, encorvada por los años, con las manos ocupadas por un pequeño paquete

envuelto en tela gruesa. Dalton se puso en guardia, pero Savannah, en cambio, solo sonrió.

—Adela…, ¿cómo lo sabía?

—Soy una anciana mortal, Alteza, pero conozco la magia. —Miró el cielo encapotado—. Hay presencias que no pueden ocultarse, la tierra reconoce su regreso. —Le tendió el paquete—. He dejado la lista con las direcciones sobre la mesa. Todo está limpio y ordenado, el fuego encendido y la comida preparada. Mi marido se ha encargado personalmente de que no falte de nada.

Savannah agachó la cabeza con cortesía.

—¿Cómo está su familia?

—Todos sanos, gracias a los dioses. Ninguno ha sido afectado… todavía.

—¿Han aparecido más casos? —preguntó Savannah en voz baja.

Dalton no sabía de qué hablaban, pero reconoció el peso de la palabra «casos». La anciana asintió con el ceño fruncido.

—Cada día más, pero no es solo eso. Hay disturbios, vandalismo… Los guardias miran hacia otro lado, como si la voluntad se les hubiese drenado del cuerpo. Son malos tiempos para el imperio, Alteza. La magia ya no duerme tranquila, se remueve inquieta. Tenga cuidado mientras esté aquí.

—Gracias, Adela. Ya sabe lo mucho que valoro su cuidado.

La anciana le tocó el brazo con afecto.

—Se hace lo que se puede por la princesa del pueblo.

Llegaron a una puerta al otro lado de la calle.

Savannah no dijo nada, pero, aunque Dalton apenas la conocía, intuía que su silencio no era algo común. Cuando la abrió, la casa estaba tal y como la anciana la había descrito: limpia y ordenada. Savannah le indicó que pasara mientras se quitaba la capa empapada de nieve. Él cerró la puerta tras ellos y se quedó apoyado en el marco.

—No me hospedo donde mi padre cree que lo hago —explicó ella quitándose los guantes sin mirarlo—. La vigilancia es constante y, cuando vengo aquí, prefiero este lugar. Es discreto y me permite moverme con libertad para atender a los pacientes sin tantos ojos encima.

—Los guardias informarán al emperador.

—No lo harán. Él se encargará de que no digan nada.

Dalton alzó una ceja.

—Otra vez con «él».

Si sus sospechas eran ciertas, «él» podía ser Iron Shadow, su hermano, aunque cada vez estaba más convencido de que el término «hermano» no se refería a la sangre.

Savannah se giró despacio. El fuego de la chimenea danzaba en sus pupilas encendiéndolas.

—Él es como tú, alguien a quien solo yo puedo ver y escuchar. Lleva cuidándome desde que era niña, siempre aparece cuando más lo necesito, aunque el resto del mundo jure que no existe. —Se pasó una mano por el pecho y añadió—: Yo sé que es real, porque nunca me ha fallado.

Dalton no necesitó más.

La certeza le cayó encima como una losa.

Se refería a Iron Shadow.

A la muerte.

Por primera vez, Dalton no supo si temía más a Iron Shadow o a la naturalidad con la que Savannah lo aceptaba, aun siendo humana, aun viviendo entre los vivos. Pero hacer preguntas —cómo se habían conocido, cuánto sabía ella de lo que él era en realidad— sería imprudente y sospechoso.

Savannah no era ingenua; si él empezaba a tirar de ese hilo, ella haría lo mismo. Y Dalton no estaba seguro de poder responder cuando las preguntas volvieran hacia él.

—¿Quién es ese tal Kilian? —cambió de tema—. ¿Y por qué se le tiene permitido hablarte así?

—Porque cree que puede. Es un hombre hambriento de poder y piensa que casarse conmigo le daría acceso a cosas que nunca conseguiría por sí mismo. Territorio. Influencia. Un nombre más alto que el suyo. —Se acercó al recibidor sin prisa, tomó uno de los dulces del cuenco y lo partió entre los dedos antes de llevarse un bocado a la boca—. No le intereso yo, sino lo que represento.

—Te desprecia —objetó Dalton.

—Detesta mis creencias, mi forma de actuar, que no encaje en el molde que adora. Odia que no le tenga miedo. Y, sobre todo, que no lo necesite. —Su voz se endureció—. Kilian no es una excepción al deprecio que recibo. Es solo el más ruidoso de todos, el imbécil que no sabe cuándo cerrar la boca.

—Pero la mortal dueña de esta casa no te detesta. Tampoco las decenas de mortales que se han cruzado contigo por el camino. Te respetan.

Dalton sabía reconocer el respeto cuando lo veía. Como emperador, había aprendido que no bastaba con ser temido: un

pueblo tenía que confiar en su líder para sostenerse. Y eso era justo lo que había percibido en esas miradas, en la forma en que la gente se apartaba para dejarla pasar sin miedo ni servilismo.

—Algunos, sí —admitió Savannah—. Porque me conocen y saben lo que hago aquí, lejos del palacio. —Suspiró—. Pero otros me detestan solo por ser jinete. Para ellos represento un imperio que los oprime, aunque nunca haya ejercido ese poder contra ellos. Aun así, la mayoría sabe que la hija del emperador no tiene magia en la sangre, y eso me vuelve vulnerable. Más humana.

A Dalton no le gustaba nada la palabra «vulnerable» aplicada a ella. Y mucho menos en boca de un mundo que parecía ansioso por recordárselo.

—Curioso —murmuró Dalton—. En un imperio donde la magia lo es todo, te respetan precisamente por no tenerla.

—Supongo que para ellos no soy una amenaza.

Dalton empezaba a comprender cómo funcionaba la jerarquía del imperio, pero había algo que no encajaba.

—Si eres jinete de dragón, al estar vinculada a uno, la magia debería haber despertado en ti. ¿Hace cuánto te vinculaste?

Ella lo evaluó en silencio mientras el salón, iluminado por la chimenea crepitante y presidido por una mesa de madera gastada, parecía encogerse a su alrededor.

—Tú no eres un jinete de Valdemar. —Dio un paso hacia él cuando no respondió—. Tampoco hueles como alguien que haya nacido allí. El aire de esas regiones suele quedarse pegado a la piel, impregnándolo todo…, pero tú no lo llevas encima. No. Tú hueles diferente.

—Savannah… —Era la primera vez que pronunciaba su nombre.

—Aun así tienes poderes de vinculación, lo que significa que estás unido a alguna criatura feérica. —Ladeó la cabeza—. Vienes de Bankai, ¿verdad?

No esperaba que los ojos marrones de Savannah se abrieran tanto y lo miraran grandes y atentos, ni que su rostro se suavizara de ese modo, como si deseara que él le confirmara lo que ya sospechaba: que procedía del mismo lugar que Iron Shadow, del mismo rincón oscuro donde nacían las sombras.

Y no se equivocaba.

—¿Qué eres, Dalton Basilius? —le preguntó cuando estuvo más cerca.

«Solo sé que estoy muerto».

«Solo sé que tú también lo estás».

«Solo sé que todos aquí lo estarán».

—Estoy…, estuve —se corrigió— vinculado a una criatura, sí. Mis poderes siguen conmigo. Algunos de ellos. —Pensó en la llama idealis, en lo que había sido, en todo lo que había perdido—. Pero respecto a lo que soy ahora… —alzó los ojos—, no lo sé.

Ella tomó asiento en una de las sillas que rodeaban la mesa central. El fuego creaba ondas en su rostro en tonos dorados, suavizando sus facciones. Se apartó un mechón de cabello detrás de la oreja antes de hablar:

—Me vinculé hace más de ciento diez años, cuando solo tenía doce. A esa edad, mi padre ya estaba decidido a casarme con un hombre que me doblaba la vida. Con eso creo que lo entiendes todo, lo poco que le importan la moralidad, la infancia o incluso su propia hija.

Sintió la sangre hervirle bajo la piel al oírla.

Dalton sabía cómo funcionaba el imperio, conocía las alianzas forzadas, los matrimonios pactados y lo poco que valía la voluntad de una niña cuando el trono estaba de por medio. Pero escucharlo de su propia boca… era distinto.

«Una niña —pensó—. Tenía doce años y él lo consideró aceptable».

Aunque, al mismo tiempo, todo lo que ella acababa de contarle era un recordatorio brutal de lo que él ya sabía sobre el imperio y sus leyes no escritas.

Los jinetes no podían tener hijos entre ellos.

Nunca.

La magia feérica los volvía inmortales, pero también estériles entre sí. Solo los jinetes varones podían engendrar descendencia con mortales y, aun así, muy pocos bebés sobrevivían. En cambio, una mujer jinete… jamás podría dar a luz, pues su cuerpo inmortal no lo permitía.

Así que, si Savannah estaba allí —hija del emperador, heredera del trono—, solo había una posibilidad: su madre había sido mortal. Y debía de estar muerta.

Dalton se sentó frente a ella.

—Supongo que no llegaste a casarte.

—Murió. Él lo mató. —Apoyó los codos en la mesa y hundió las mejillas entre las manos—. La noche antes de que se anunciara el compromiso deseé con todas mis fuerzas que no llegara a tocarme, que desapareciera…

—Y al amanecer estaba muerto —terminó Dalton por ella.

El silencio le confirmó sus sospechas.

—Nunca se lo he contado a nadie —continuó Savannah—. ¿Cómo dices en voz alta que, con doce años, deseaste el fin de un hombre… y que la muerte te escuchó?

Dalton sabía quién era Iron Shadow y hasta dónde podía llegar su protección. Era capaz de arrasar mundos enteros por una sola persona a la que considerara suya, de matar a millones si con eso salvaba a uno.

Y él habría hecho lo mismo por aquella niña de doce años.

—¿Puedo preguntarte a qué os referíais tú y la anciana? —se atrevió a preguntar.

—Si no vives aquí, es normal que no hayas escuchado nada. —Se irguió y tomó aire—. Hace algunos años comenzó a manifestarse una enfermedad a la que llamamos el Olvido. No deja marcas en el cuerpo ni señales visibles, pero es devastadora. Afecta solo a los mortales y no ataca al cuerpo, sino a la memoria, llevándose años enteros, momentos que definieron una vida, vínculos, identidades… Y lo peor es que no puede curarse con magia, ni siquiera los mejores sanadores pueden frenarla.

Dalton nunca había oído hablar de algo así.

—Por eso, cuando me desorienté en el centro, me preguntaste si sentía que mis recuerdos estaban desordenados.

—Es uno de los síntomas —asintió ella.

—¿El emperador lo sabe?

—Lo sabe todo el mundo. Cada semana aparecen más casos, y en los barrios bajos ya han empezado las revueltas. Es donde menos vigilancia hay, donde casi no quedan soldados. —Apretó las manos contra la mesa—. Así que, mientras el Olvido no alcance las zonas

nobles, al emperador le da exactamente igual. Para él solo son números que se pierden en los márgenes del imperio.

—¿Por qué hay revueltas? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—Los mortales han empezado a culpar a los jinetes y a los dragones, creen que tenemos algo que ver con lo que está ocurriendo.

—Y nadie hace nada por desmentirlo.

—Exacto.

Dalton no recordaba que la guerra de las Tres Llamas hubiera tenido algo que ver con los mortales. Lo poco que sabía de lo ocurrido hacía siete milenios era que la primera llama, Kaiserin, fue una mujer con la que él, siglos después, llegaría a casarse. Fue ella quien, manipulada por la tercera llama —la valirio—, desató el fuego que destruyó el mundo.

Savannah continuó:

—En ciudades como Aurik, la magia es abundante, y los mortales pueden usarla para cosas básicas: cocinar, curarse, proteger sus hogares. Pero en otros lugares no es así, y esa desigualdad genera tensiones. Algunos grupos de mortales quieren acceso a la magia, dicen que la necesitan para defenderse de nosotros…, de los jinetes.

—¿Creen que, si consiguen magia, los jinetes no les robarán los recuerdos?

Savannah frunció el ceño.

—¿Robar recuerdos…? Nunca lo había visto así.

—No digo que sea la respuesta, pero encaja demasiado bien. Y cuando la magia está de por medio, las coincidencias suelen ser mentiras mal disfrazadas.

—Si eso es cierto —admitió al fin—, entonces yo soy la única a la que no se lo han contado. Hace años que los jinetes dejaron de compartir información conmigo. Me han apartado de los escuadrones, de las rutas, de los viajes a Valdemar… —Bajó la mirada—. Creen que no soy digna.

Ahí estaba la raíz de todo: el aislamiento. La forma en que la trataban por creerla vacía de magia.

Dalton sintió una punzada extraña en el pecho. ¿Cuándo había empezado la historia de Savannah —una joven con un corazón demasiado grande para el mundo que habitaba— a torcerse? ¿En qué punto una sanadora, alguien dispuesta a arriesgarlo todo por salvar vidas, había terminado convertida en una mujer cuyo poder ya no tenía nada que ver con proteger la vida, sino con arrebatarla? ¿Cómo podía un imperio convertir a alguien así en una villana?

Necesitaba entender la razón de aquella paradoja.

—Tengo un cometido en este mundo. Para ti han pasado tres días desde que desaparecí, pero, para mí, solo unos segundos. No sé si volveré a desvanecerme, pero lo que sí sé es que mi alma no va a dejar de seguirte. Así que, mientras esté aquí, te ayudaré con los mortales y a descubrir qué o quién está detrás de esa enfermedad. Si los jinetes tienen algo que ver, lo sabremos.

Savannah no sonrió.

—Entonces… ¿estás muerto? ¿Lo que veo es tu alma? —Él asintió una sola vez—. ¿Puedo preguntar cómo moriste?

Podía decirle que fue en una guerra, que él mismo se clavó una espada en el pecho y, aunque nada de eso era mentira, solo respondió:

—Fue el amor lo que me mató.



7

—Ya he visto este tipo de embarazos antes —dijo Dalton, de pie junto a la cama de Lorelei, con los brazos cruzados—. Y siempre acaban de la misma manera. El bebé va a morir.

Savannah no le respondió. Tenía el ceño fruncido, completamente absorta, mientras deslizaba los dedos sobre el vientre tenso de la jinete, siguiendo la forma del feto bajo la piel. El ungüento perlado que extendía desprendía un vapor azul pálido, elaborado para calmar el tejido uterino y permitirle sentir mejor cualquier alteración interna.

—¿Todo bien, Alteza? —preguntó Lorelei con la respiración agitada y el rostro empapado en sudor.

A su lado, su marido Alvi le sostenía la mano con fuerza, aferrado a ella como la única certeza que le quedaba, convencido de que, mientras no la soltara, ni ella ni el bebé se perderían.

A Savannah le dolía en lo más hondo admitir que Dalton tenía razón. Aquel embarazo, el simple hecho de que hubiera avanzado tanto, ya era una anomalía. En los jinetes, la gestación rara vez duraba más de unos días; casi nunca superaba la semana. Pero

aquel caso rompía todas las reglas: la jinete llevaba nueve meses embarazada y el bebé había sobrevivido contra toda lógica. Y aun así, el cuerpo seguía interpretando esa vida como una amenaza, como si la magia que los sostenía se volviera contra ellos.

—Un embarazo es transformación constante, y la magia no tolera eso —explicó Dalton, como si hubiera leído sus pensamientos—. Lo interpreta como un peligro y actúa en consecuencia, volviendo a la madre incompatible con cualquier cambio.

Soy muy consciente de cómo funciona un embarazo inmortal, gracias. Savannah desplazó el pensamiento, tal y como le había enseñado.

—¿Alteza…? —preguntó Alvi con nerviosismo al ver que no respondía a su pregunta.

—El bebé se está moviendo, está sano ahí dentro —enunció Savannah, y retiró las manos del vientre para limpiar el exceso de ungüento con un paño. Se inclinó un poco para cubrir con la manta el abdomen de Lorelei y volvió a incorporarse—. La actividad fetal es buena, y el ritmo cardiaco constante. Eso es exactamente lo que quería ver hoy. Volveré mañana. Si todo sigue estable, en unos días podrías ponerte de parto. Si notas una presión anormal, sangrado o cualquier cosa que te haga dudar, manda llamar a los guardias. Llegaré enseguida, te lo prometo.

Respiraron aliviados, pero ella no lo hizo.

Sé que lo más probable es que el bebé no nazca con vida, pero aun así haré todo lo que esté en mi mano hasta el final.

Mientras recogía sus cosas y guardaba los frascos, solo deseaba que ese bebé naciera, que esa pareja tuviera lo que a ella siempre le había sido negado: la oportunidad de formar una familia.

Entiendo el sentimiento, le respondió él.

Al alzar la vista, Savannah lo encontró en mitad de la sala, observando a la pareja con una expresión que no supo descifrar. Se pasó una mano por el cabello oscuro, como si intentara calmar un pensamiento que solo él oía.

«Fue el amor lo que me mató».

Después de decirle aquello, él le prometió que la dejaría tranquila esa noche, que se marcharía a donde su alma quisiera arrastrarlo. Y, aun así, por la mañana llamó a su puerta y la acompañó hasta allí.

Savannah estaba acostumbrada al dolor físico: huesos rotos, fiebres, cuerpos agotados. Pero el de Dalton era distinto. Cuanto más lo observaba, más lo veía reflejado en sus ojeras, en su forma de andar, en cómo hablaba. Dalton no parecía solo herido; aparentaba ser alguien que había perdido un mundo entero y seguía caminando entre sus restos.

Como él mismo había dicho, por algún motivo su alma se negaba a dejar de seguirla. Y por eso intuía que Dalton sabía mucho más de lo que admitía. Aquel vínculo no le resultaba ajeno; ya había vivido algo parecido con Skylar. Así que se preguntó si Dalton sería algo similar, otro guardián más, otra presencia que el destino había decidido colocar en su camino.

Savannah solo fue consciente del temblor cuando el frasco empezó a deslizarse. Dalton reaccionó antes que ella, se acercó y cubrió su mano con la suya. Entonces ocurrió. Un destello salió de entre sus pieles, breve y contenido, como un rayo atrapado. El frasco cayó de todos modos y se hizo añicos contra el suelo.

—¿Alteza? ¿Se encuentra bien? —preguntó Lorelei desde la cama, llevándose una mano protectora al vientre.

Savannah parpadeó, desconcertada, y al levantar la vista encontró a Dalton mirándola igual de sorprendido. Sus manos apenas se rozaban, pero el contacto era suficiente para que ambos sintieran que algo había pasado.

Él apartó la mano de inmediato.

—Perdona…, estabas temblando.

Savannah abrió la boca para responder, pero se detuvo al recordar que él no estaba allí de verdad, que solo ella podía verlo.

Se agachó para recoger los trozos del frasco, pero Alvi cruzó la habitación en dos zancadas y se adelantó.

—No, por favor, Alteza —la detuvo con suavidad—. Tenga cuidado, no se vaya a cortar. Llamaré a alguien para limpiarlo.

Varias asistentes se movieron de inmediato y la pequeña estancia se llenó de pasos y murmullos, pero Savannah apenas los oyó. Todo había quedado eclipsado por el pulso insistente en su mano, por ese latido eléctrico que seguía vibrando justo donde Dalton la había tocado.

—Gracias por venir —habló Lorelei desde la cama—. Le dije a mi marido que no había sanadora mejor que usted. Sé que muchos aseguran que no tiene poder, pero yo sé que sí. Usted trae suerte y estamos muy agradecidos de que haya volado hasta aquí.

Savannah notó cómo el mareo empezaba a disiparse. Apoyó los dedos en la mesa que se hallaba a su espalda, más en busca de estabilidad que de verdadero apoyo, cuidando que el gesto pasara desapercibido. Entonces rozó algo distinto: un sobre oculto entre un montón de papeles. Lo deslizó apenas unos centímetros hacia ella, fingiendo que ordenaba la mesa. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver

el sello de cera, cuatro dragones entrelazados formando un único círculo, cada uno orientado hacia un punto cardinal.

El emblema oficial del imperio.

Acércate y mira la carta que estoy tocando, pensó Savannah sin mover los labios. *Creo que mi padre va a reunir a los jinetes y, como siempre, yo no estoy invitada.*

Dalton, que seguía algo aturdido al igual que ella, caminó hacia la mesa.

—No puedo leerla si tienes los dedos encima.

Savannah disimuló y retiró la mano con lentitud mientras hablaba en voz alta, sin apartar la vista de Lorelei:

—Me alegra mucho que pienses así, intento ser útil aunque no tenga magia. —Recogió su bolsa—. Descansa todo lo que puedas, es lo más importante ahora.

A la vez, su pensamiento se deslizó hacia Dalton: *¿Crees que esto tiene que ver con el Olvido? ¿Con la pérdida de memoria?*

Lorelei le dedicó una sonrisa dulce mientras su esposo abría la puerta. Savannah se despidió y cruzó el umbral. Ya en la calle, bajo la nieve suave que comenzaba a caer, se detuvo para ajustarse el vestido bajo la capa. Un minuto después, Dalton atravesó la pared de piedra.

—No estaba del todo seguro de que pudiera hacer eso.

Savannah se limitó a alisar el broche dorado de su capa; no quería que la gente de las calles la viera mirando una pared vacía.

¿La has leído?

—Sí, y vas a tener que explicarme dónde está el Refugio de las Escamas, porque, al parecer, dentro de veinte días todos los jinetes del imperio y de Valdemar se reunirán allí.

—Tenemos una hora antes de que llegue mi siguiente paciente —anunció Savannah, apartando frascos y vendas hacia un lado de la mesa. En el otro colocó varias hojas en blanco y una pluma mojada en tinta—. También debemos tener en cuenta que puedes desaparecer en cualquier momento, esperemos que no sea ahora, justo cuando tenemos que planear cómo vas a colarte en esa reunión.

Le indicó con la barbilla que se sentara frente a ella. Dalton resopló —un gesto muy vivo para alguien que no lo estaba— y obedeció. Al tomar asiento, la silla emitió un leve crujido bajo su peso incorpóreo.

La pequeña casa permanecía en penumbra, con las cortinas cerradas y apenas unas velas iluminando la mesa. Savannah, sentada frente a él, revisaba los papeles con absoluta concentración, como si nada en aquella escena resultara extraño. No parecía alterada por la cercanía, ni por el encierro, ni por el hecho de estar a solas con un hombre al que nadie más podía ver.

Dalton no podía decir lo mismo.

La penumbra le tensaba los músculos. Podía haber gobernado un imperio durante más de cuatrocientos años, negociar con la muerte, condenar a traidores y vencer guerras con una sola palabra, pero una habitación pequeña, cerrada y con una mujer al otro lado de una mesa seguía siendo territorio desconocido.

Incómodo.

Demasiado íntimo.

Había estado a solas con pocas mujeres en toda su vida. Kaiserin, Eda y… Tragó saliva y apartó la mirada. Sacudió aquel maldito

recuerdo de su mente igual que se desharía de una brizna de ceniza de la ropa.

—¿Quieres que sea yo quien se cuele en esa reunión?

—Supongo que nadie allí ve fantasmas, por mucha magia que corra por sus venas. —Agitó las pestañas—. Yo solo tengo que llevarte hasta el Refugio; tú atravesarás un par de paredes de piedra y escucharás todo lo que se diga. Fácil.

—Entiendo.

—¿Y…?

—Pero creo que tú deberías venir conmigo.

Ella resopló.

—Como has podido ver, no he recibido ni una sola carta de mi emperador. Da igual que sea jinete o que tenga más años de experiencia que la mitad de los que estarán allí. Sigo sin ser invitada a sentarme en esa mesa. —Se encogió de hombros—. Así que… lo veo bastante complicado.

Dalton sintió la rabia subirle por la columna, lenta y afilada. Le hervía la sangre cada vez que lo sorprendía cómo la apartaban sus propios jinetes, su propia familia.

—¿Qué hay de él?

Conocía bien los poderes de Iron Shadow: las sombras, la transformación, la capacidad de moverse entre tierras. La Savannah del futuro —la guadaña— dominaba todo eso con una facilidad aterradora, pero la mujer que tenía ahora delante aún no lo era. No tenía poder visible como los demás jinetes, pero había algo latente bajo su piel.

—¿Qué sabes de él para hacer esa pregunta?

«Territorio peligroso», se recordó.

—Todos en Bankai conocen los poderes de la muerte. Dicen que puede entregar una gota de su esencia a quien él elija. Podría dártela a ti.

Por primera vez, la sonrisa de Savannah desapareció.

—¿Y qué se supone que haría yo con una gota de su poder? Él me protege, sí, pero no creo conveniente pedirle algo así.

—Te daría cualquier cosa que le pidieras, Savannah. —Además de Eda, una de las personas más importantes para Iron Shadow era su círculo cercano y, dentro de este, ella.

Dalton la había visto gobernar ante las almas de Bankai e incluso ejercer su autoridad sobre el propio territorio de la muerte. Iron Shadow jamás le negaría nada a la mujer que tenía delante, aunque aún faltaran siete milenios para que todo lo que Dalton sabía se cumpliera.

—Puedo hablar con él —reflexionó Savannah—. Pero… ¿qué poderes podría darme?

—El de las sombras es mucho más complejo que solo oscuridad. Su verdadera fuerza es la transformación. Lo he visto convertirse en un dragón, y también… —dudó un instante, midiendo sus palabras— he visto cómo entrega parte de su poder, cómo permite que inmortales adopten formas feéricas. Incluso puede cruzar el mundo en un parpadeo.

—Por eso siempre me dice que él es un dragón, porque puede transformarse en uno… —murmuró tensando los labios—. Nunca habla de sus poderes, cree que me dolería saber todo lo que él puede hacer y yo no.

Dalton se mordió la lengua. Tenía ganas de decirle que quizá todo aquello no fuera más que una mentira cuidadosamente construida.

Que su poder no tenía por qué manifestarse como el de los demás. Sí, había conocido la magia de la vinculación con su propio dragón…, pero ¿y el resto? ¿Cómo era el poder de los otros cientos de jinetes? ¿Quién había decidido cómo debía despertar la magia y cuándo?

Iba a descubrir cuál era su verdadero don, aunque no se pareciera en nada al de esa élite de jinetes que la miraban por encima del hombro.

—Cuéntame qué es el Refugio de las Escamas. —Dalton cambió de tema con toda la intención del mundo.

—Sabía que aceptarías.

—No lo he hecho.

Savannah chasqueó la lengua, pero la comisura de sus labios traicionó la sonrisa que intentaba ocultar.

Imbécil, pensó. *Imbécil, imbécil, imbécil.*

—Te escucho perfectamente. Sigue así y quizá hasta acepte lo que tienes planeado.

—Aceptarás de todos modos. Y si no…, te lo ordenaré.

Dalton soltó una risa baja, peligrosa.

—Adelante, inténtalo.

Como respuesta, Savannah cogió uno de los papeles de la mesa, tomó la pluma con naturalidad y comenzó a dibujar. Sus trazos eran rápidos, precisos.

Una montaña empezó a tomar forma bajo su mano.

Dalton sintió que el corazón se le detenía durante un segundo.

—¿Sabes dibujar?

—Siempre me he diseñado mi propia vestimenta. Antes de coserla, la esbozo. —Sus líneas eran impecables, seguras. En cuestión de minutos, giró el papel y se lo mostró—. La reunión de

jinetes se lleva a cabo en un lugar oculto dentro de Novadia, conocido como el Refugio de las Escamas. Es un antiguo salón subterráneo, tallado en la roca bajo una de las montañas nevadas más altas de la cordillera, a unos treinta kilómetros de la ciudad. Solo puede accederse por un pasadizo oculto, detrás de una cascada congelada.

Dalton tenía la boca entreabierta, incapaz de apartar la mirada. Apenas escuchó la mitad de lo que Savannah le explicaba.

—Joder, este dibujo es… —Tomó la hoja y la sostuvo frente al fuego—. Es increíble.

Los trazos no eran simples líneas, tenían alma, equilibrio, algo que solo alguien con un don natural podría crear. La miró, todavía fascinado, y ella arqueó una ceja, sin comprender por qué aquel gesto le resultaba tan importante. La última vez que había dibujado con esa misma pasión fue la noche en que durmió junto a Eda por primera vez. La había dibujado mientras ella dormía. Aquello fue antes de que todo se derrumbara, antes de que ella dejara de amarlo, antes de que el fuego lo consumiera todo.

—¿Te he convencido? —preguntó Savannah con un brillo desafiante en la mirada—. Y no te preocupes si te pesa en la conciencia infiltrarte como espía, ni si te incomoda plantarte en medio de una reunión de jinetes y frente al emperador. Esto es la guerra. Y en la guerra, nadie juega limpio.

«Si tú supieras».

Dalton abandonó el dibujo sobre la mesa.

—Será mejor que dejemos la conversación para más tarde.

—¿Cómo que más tarde? No tenemos tiempo y ni siquiera te he contado…

—Tenemos más de dos semanas para hablar del plan —la interrumpió él, levantándose de la silla—. Antes de todo eso, pregúntale a la muerte si puede darte una gota de su poder.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Completamente.

—¿Y si me lo niega? —estalló molesta—. ¿Vas a ignorar mi plan? Podemos trazar otro, yo solo había pensado…

«Mierda».

—El plan será ese —la cortó.

—¿Entonces…?

Savannah no podía entenderlo todavía. Lo que Dalton le estaba pidiendo no tenía nada que ver con colarse en una reunión sin ser vistos ni con jugar a los espías. Iba mucho más allá. Así que Dalton eligió la mejor opción: dejar que pensara que era un imbécil testarudo antes que confesar lo inexplicable.

—Habla con él —repitió sin titubear—. Si te da la gota, te ayudaré.

Notó su mirada siguiéndolo hasta la puerta, una que él no necesitó abrir. La atravesó como si fuera humo y salió a las calles nevadas de Novadia.

Dalton no tenía corazón; él mismo se lo había atravesado con una espada. Pero si aún latiera dentro de su pecho, se habría acelerado al verla dibujar así, con esa concentración que parecía invocar mundos. Y fue entonces cuando empezó, al fin, a entenderlo: el Tártaro no lo había arrojado siete milenios atrás por capricho. Lo había llevado hasta aquí por una sola razón: obligarlo a ver que la guadaña no era su enemiga, sino su reflejo.

No eran opuestos.

Eran la misma esencia desdoblada en tiempos distintos.

Dos destinos tejidos con el mismo hilo.



8

Savannah debería haberlo insultado más antes de que Dalton se levantara de la silla y atravesara la maldita pared. Podría haberse pasado el resto del día mascullando improperios, dejándose arruinar el humor y jurándose a sí misma que no volvería a dirigirle la palabra a un fantasma arrogante ni aunque apareciera envuelto en llamas pidiendo auxilio.

Pero no.

No tenía tiempo para enfados inútiles. En vez de estallar, se recogió la melena dorada con un enorme lazo rosa —el mismo que usaba cuando necesitaba recordarse que era fuerte y preciosa a la vez—, se ajustó el abrigo y siguió adelante. Atendió paciente tras paciente, sin descanso. La tarde se volvió noche mientras cosía heridas, bajaba fiebres y calmaba dolores.

La noticia de que la heredera imperial ofrecía sus servicios como sanadora se había difundido con rapidez entre los ciudadanos, aunque de manera cuidadosamente velada, para evitar que ni los guardias imperiales ni los jinetes supieran que, además de

supervisar el embarazo de Lorelei, Savannah ofrecía su ayuda a quien la necesitara.

Apenas había dormido cuatro horas, pero nada que unos buenos polvos para las mejillas, un vestido impecable y unos tacones del color adecuado no pudieran arreglar.

Durante la noche atendió a varias mortales embarazadas y a personas que llevaban semanas perdiendo la memoria sin recuperarla. No se permitió flaquear ante aquello que no podía curar.

Entre paciente y paciente comenzaron a llegarle rumores, siempre después de un silencio incómodo, y siempre con el nombre de Kilian flotando en medio, ligado a mujeres y a su maldito poder de vinculación. Savannah lo fue anotando todo, fechas, nombres, detalles que por separado parecían insignificantes pero que juntos empezaban a dibujar algo turbio, algo que le revolvía el estómago. Porque sí, Kilian siempre había tenido fama en el imperio, siempre había sido un idiota arrogante, pero aquello no era simple reputación ni chismes de pasillo, aquello tenía intención, y cuanto más lo pensaba más le hervía la sangre.

Al amanecer, se quitó el delantal manchado de sangre seca, se lavó las manos hasta que el agua salió clara y se dirigió a la escuela para revisar a todos los niños, asegurándose de que no hubiera enfermedades contagiosas en la zona. La mañana se le fue entre exámenes y anotaciones, pero no alteró su rutina. Poco después volvió a la casa de Lorelei y Alvi. El bebé seguía estable, aunque aún faltaban algunos días para que se cumpliera el plazo del parto.

Durante toda la jornada, el fantasma de Dalton no volvió a aparecer.

Savannah sabía que seguía en algún lugar de Novadia; lo sentía, como un frío persistente en la nuca. Pero, por alguna razón, había desaparecido sin dejar rastro justo después de prometerle que la ayudaría en tanto su alma permaneciera en aquel mundo. «Promesas vacías», pensó mientras atendía al anciano que había visitado el día anterior. Se trataba de un hombre de mirada serena, pero con el cuerpo consumido por el cáncer. Cada movimiento solía dolerle, cada gesto era un esfuerzo… y, sin embargo, ese día algo había cambiado.

—Sea lo que sea lo que hizo usted ayer, Alteza… —balbuceó desde la cama—, después de su visita, el cuerpo dejó de dolerme. Por primera vez en meses, no sentí que el cáncer me comía por dentro.

—¿A qué se refiere, señor?

—Sé que voy a morir. No me queda mucho, quizá una semana. Pero lo que usted me hizo ayer… No sé qué fue, pero me dio paz, me permitió dormir mejor. Y creo que me hará dormir bien hasta el final. —Hizo una pausa, respirando con esfuerzo—. Gracias, de corazón.

El anciano, con el rostro surcado por el tiempo, le apretó la mano. La de Savannah se mantuvo rígida, atrapada entre la cortesía y la confusión. Ella solo le había administrado unas gotas de aceite de lunaria, una preparación suave a base de savia diluida y corteza que se usaba para aliviar la inflamación de los nervios y mitigar el dolor en pacientes terminales. Nada que justificara un cambio tan brusco.

Su mente de sanadora empezó a repasar dosis, síntomas, posibles reacciones y…

Dalton.

Tenía que ser él.

Cuando se despidió del anciano, salió a la calle y alzó la mirada. La gente caminaba bajo la nieve, el olor a pan recién hecho y a sopa caliente llenaba el aire. Savannah, con su abrigo, no era más que una chispa de color entre la multitud, una gota de luz en medio del invierno.

¿Con cuántas personas lo has hecho? Envió aquel pensamiento sabiendo que no estaría lejos.

Con todas a las que tú has deseado que ayudara.

Volvió a recorrer su entorno con la mirada hasta que lo vio.

Dalton estaba allí, en medio de la calle nevada, tan inmóvil como una estatua entre el bullicio. La multitud lo atravesaba sin darse cuenta; los niños corrían a través de su cuerpo como si fuera niebla, riendo, sin saber que rozaban a un fantasma.

Él no se movió. El abrigo azul marino le llegaba hasta las botas, y el cabello oscuro le caía sobre la frente de un modo irritantemente perfecto, como si la muerte misma le hubiera dado un último toque de vanidad.

Pero no fue eso lo que le cortó el aliento.

Sino la forma en que la miraba.

Savannah apretó la mandíbula, recordándose lo enfadada que estaba y que debía ignorarlo. Pero su estómago traicionero dio un pequeño vuelco.

Muy pequeño.

Imperdonable.

Me dijiste que ya no leías los pensamientos.

Lo intento, respondió él sin cambiar ese semblante melancólico que lo acompañaba. *Pero me es inevitable escucharlos cuando estás*

desesperada, cuando piensas en ello una y otra vez, cuando me lo gritas.

Eso no es… Gracias por ayudarlos.

Solo lo hago con algunos de ellos, para que el final sea menos doloroso.

Aquellas palabras le recordaron lo que Dalton le había pedido. Alzó la vista hacia el cielo, el anochecer teñía de púrpura las nubes.

Había llegado la hora de tener una conversación con la muerte.

Ya era casi medianoche, y Skylar aún no había respondido a su llamada.

Las palmas de sus manos sangraban; los cortes, inútiles, no habían servido para invocarlo. El dolor que siempre había abierto el vínculo no había sido suficiente esa vez. Su hermano no había venido…, no cuando más lo necesitaba.

Si no lograba contactar con él, tal vez perdería su única oportunidad de saber de qué se hablaría en aquel encuentro entre jinetes.

Fuera, la nieve azotaba con furia, golpeando los ventanales como si quisiera entrar. Por un segundo —uno muy breve y mezquino— deseó que Dalton estuviera enterrado bajo toda esa nieve, congelado en algún tejado, perdido entre las ráfagas heladas.

Lejos de ella.

Lejos de sus exigencias.

«¿Por qué demonios es tan importante pedirle poderes a la muerte?».

—Vamos, Sky —rogó con los ojos cerrados, apretando los dientes mientras se hincaba las uñas en las heridas aún abiertas de sus palmas—. Por favor…, por favor…

Nada.

—¡Joder!

Se incorporó de golpe, como si algo hubiera estallado dentro de ella. Cogió el cuchillo aún manchado con su sangre y, sin dudar un segundo, lo lanzó contra la puerta. La hoja se hundió hasta la empuñadura con un chasquido que retumbó por toda la pequeña casa.

—¡Si no vienes por las buenas, lo harás por las malas, maldita sea!

Se dirigió a la habitación, abrió el armario y dejó que sus dedos recorrieran las telas vaporosas, los tonos rosa y pastel, los tules delicados que habían terminado por definir su vida pública.

Colores suaves, amables, bonitos.

Colores que decían: «Soy inofensiva, soy lo que esperáis que sea».

Solo una prenda negra colgaba entre las demás, aislada como una mancha en un cuadro perfecto. La rozó con dos dedos y dibujó una mueca. El negro no tenía sitio en su vida; lo había desterrado por completo, pero para lo que tenía que hacer ese día… no iba a estropear ninguno de sus vestidos.

Se enfundó el uniforme de guerrera, ajustó varios cuchillos de mango fucsia a las correas de sus caderas y se recogió la melena con una horquilla de flores de metal, el único detalle que le recordaba quién era bajo todo ese negro.

Por último, hizo lo que siempre hacía cuando la distancia se interponía entre su mejor amiga y ella: tomó el libro que las unía y una pluma. En una página en blanco escribió: «Vuela cuanto antes a la grieta. Nos vemos allí. Es de máxima urgencia».

El mensaje desapareció con un destello y, segundos después, surgió una respuesta: «¿Rememorando viejos tiempos? Han pasado cien años desde la última vez que estuvimos en la ciudad del pecado».

Ese mensaje se desvaneció y dio paso a otro: «Salgo de Pramvera en cinco minutos, cuenta conmigo».

Savannah suspiró, cerró el libro y luego se cubrió el rostro con un pañuelo oscuro, dejando al descubierto solo los ojos.

Haría lo necesario para que Skylar se reuniera con ella, aunque tuviera que cubrirse de sangre para lograrlo.

Más de un siglo de entrenamiento le había enseñado a moverse sin ser vista cuando así lo quería, a caminar sin hacer ruido ni siquiera para oídos inmortales, a controlar el sonido de su propia respiración hasta volverlo imperceptible.

Savannah se deslizó entre las casas, esquivando a los guardias imperiales con la facilidad de quien conoce cada sombra de la ciudad. Al pasar junto a una taberna, frunció el ceño. Los jinetes nunca se emborrachaban en Novadia —claro que no—, para eso tenían la ciudad a la que se dirigía, donde se metían en camas ajenas como los hipócritas que eran. Tan obsesionados con la pureza del linaje, con la rectitud, con la maldita etiqueta imperial… y tan rápidos para quitarse la ropa cuando nadie los veía.

Esa doble moral le hervía en la sangre.

El fantasma de Dalton no apareció, pero, cada vez que parpadeaba, Savannah habría jurado ver dos ojos verdes observándola desde el otro lado de la calle, como un recuerdo empeñado en seguirla. Le daba igual. Le daba exactamente igual. Por muy agradecida que estuviera por lo que él había hecho por algunos de sus pacientes, esa vez no necesitaba una sombra acechándola.

Donde estaba a punto de entrar no quería compañía.

Ni siquiera la suya.

Moonveil la esperaba en el mismo lugar donde la había dejado. Durante el día volaba, cazando y explorando, pero, cuando caía la noche, siempre regresaba a su lugar de descanso.

Bajo la luz de la luna, sus ojos rosados la miraron.

—Siento no haber pasado más tiempo contigo. —Acarició la frente escamosa y dura de Moonveil. La dragona exhaló hondo y la dejó trepar por su pata hasta acomodarse sobre su lomo. Antes de asentarse por completo, Savannah comprobó que llevaba lo importante: la esfera oculta entre las capas de su uniforme negro, bien protegida—. Que empiece la noche.



9

La cordillera de Arcadia, una vez caía el sol, no tenía nada que ver con el hielo solemne de Novadia. Allí, el calor del desierto no desaparecía, se transformaba. Las calles se llenaban de vida, de música, de cuerpos que se movían sin prisa; brillantes de sudor y deseo.

Aterrizó con Moonveil sobre las dunas, lejos del punto donde solían descender los demás jinetes. Si la veían los guardias imperiales, todo su plan se iría al traste. Aun así, deseó con cierta ironía que esa noche todos en Arcadia estuvieran lo bastante ebrios como para no notar su llegada. Allí los mortales bebían, reían, bailaban…, y después se perdían entre callejones, apretados contra muros calientes de piedra.

Savannah sabía que, si ofrecía algo más que su cuerpo desnudo, nadie la miraría dos veces.

—No creo que Marcelin haya llegado todavía —le dijo a la dragona mientras alzaba la vista al cielo estrellado—. Será mejor que no te

vean merodeando por aquí. La última cosa que necesito son más habladurías de las que ya circulan.

Moonveil desapareció en las alturas, y Savannah volvió a fundirse con las sombras. Le tomaría varios minutos llegar al lugar donde comenzaría su noche: la grieta.

Mientras caminaba por las calles, no veía más que unos pegados a otros: besos con prisa, manos inquietas que no sabían detenerse. El aire olía a alcohol y a sexo, como si la ciudad entera estuviese fuera de control.

Savannah se ajustó el pañuelo sobre la nariz. Sabía que, como respirara hondo, acabaría igual que siempre: con la cabeza embotada, los sentidos revueltos y arrastrada por esa maldita bruma de lujuria que Arcadia parecía exudar por cada esquina.

Como temía, comenzaron los susurros:

—¿Sola, preciosa? Déjame ayudarte con eso.

—Piernas largas, justo como me gustan —dijo una mujer desde el regazo de otra, despatarrada sobre una mesa.

—Yo, querida, podría enseñarte muchas cosas… —canturreó un mortal que se le acercó por detrás, salido de entre la multitud como una alimaña.

Savannah desvainó la daga fucsia de su funda y se la apoyó en el costado.

—Soy demasiado mayor para ti, querido. Muchas más décadas, además. Si vuelves a acercarte, te abriré el estómago como a un pescado.

El hombre la miró con asombro, miedo y esa sonrisa satisfecha de los idiotas que creen que todo es un juego. Luego, como si nada, se giró, cogió a una mujer por la cintura y la besó de forma grotesca.

Nadie se inmutó.

Savannah se quitó de encima a unos cuantos más con un par de empujones. Al fondo, por fin, las vio: las escaleras que descendían en espiral camino a las entrañas de Arcadia. Cientos de peldaños de piedra serpenteaban hacia abajo. Y allí, partiendo la arena, se extendía la grieta de Cristales Rojos. Su fulgor teñía las paredes de escarlata, alimentado por las gemas ígneas que brotaban de sus bordes como sangre petrificada.

Los dragones estaban tumbados cerca del borde, los unos junto a los otros, con sus cabezas colgando perezosas hacia el abismo. Sus ojos brillaban con desgana y bostezaban fuego, aburridos de esperar. A su alrededor, mantícoras con cuerpo de león y alas membranosas vigilaban con indiferencia, y más allá, los hipogrifos —mitad caballo, mitad ave— observaban a todos con expresión tediosa.

Savannah apoyó una mano en la barandilla de piedra y descendió.

Sus ojos recorrieron la aglomeración en busca de Marcelin. La necesitaba para que el plan que tenía en mente esa noche se ejecutara a la perfección.

El estruendo de tambores, los alaridos, las risas ebrias y los abucheos de los mortales lo cubrían todo. Frente a ella se alzaban los famosos balcones de observación, suspendidos sobre la grieta. La multitud se apretujaba a los lados del abismo, dejando libre el centro, donde comenzaba el verdadero espectáculo: combates ilegales entre inmortales y mortales, una forma brutal de venerar la fuerza y la resistencia.

Un carnaval de violencia.

—Cien años no son suficientes para olvidar la adrenalina que se siente al estar ahí, al oír cómo ruge el mundo, ni cómo la sangre martillea en las sienes, ni ese olor a muerte que se te cuela en la maldita nariz. Ni tampoco se olvida la rabia que te empuja a seguir peleando —proclamó Marcelin, vestida igual que ella, con el pañuelo negro cubriéndole el rostro. Solo sus ojos verdes delataban quién era—. ¿A qué viene la brillante idea de volver aquí? Pensaba que todo esto había quedado enterrado bajo las dunas. Aunque admito que romperle un par de huesos a unos jinetes fanfarrones no suena tan mal.

—Necesito llamar la atención de cierta persona —respondió Savannah, sin apartar la mirada de la arena—. Para conseguir… cierta cosa.

—Ajá. ¿Sexo?

—¿¡Qué!? ¡No!

—¿Tiene algo que ver con el Olvido o solo estás intentando molestar a tu padre?

—Te lo contaré más adelante.

—Entonces seguiré creyendo que lo haces solo para fastidiar al gilipollas del emperador.

—En realidad, es importante que mi padre no sepa que estoy aquí. Ningún jinete debe saberlo —replicó Savannah—. Por eso te he pedido que vinieras. Sin tu poder, no podría pasar desapercibida.

Nunca le había hablado a Marcelin de Skylar, pero su amiga siempre había intuido que, desde niñas, algo oscuro caminaba detrás de Savannah.

Sin embargo, Marcelin nunca lo había mencionado.

—Estás de suerte, justo estoy aquí, y tengo muchas ganas de hacer sangrar a unos cuantos jinetes. Los de mantícoras últimamente se creen superiores en Valdemar por lo que he odio. Hay que bajarles los humos y recordarles quién tuvo las mejores peleas aquí hace más de cien años.

—Ay, Mar, no digas lo de los cien años, me haces sentir vieja.

—Pues espérate a cumplir unos cuantos milenios. ¿Crees que te saldrá alguna cana en ese pelo rubio perfecto? ¿O una arruguita aquí? —Le tocó el párpado—. A los mortales se les caen…

Savannah la apartó de un manotazo.

—Eso jamás va a pasar. Al menos en esta larguísima vida no tendré que preocuparme por las arrugas.

El retumbar de la música en la grieta le erizó la piel. Quizá era la magia de Arcadia o ella misma recordando lo que había sido antes de que el imperio empezara a desmoronarse desde dentro. Pero quería bailar, beber hasta olvidar su nombre, como hacía a los veinte con Marcelin. Deseaba volver a aquellas madrugadas en las dunas, corriendo a toda velocidad junto a los takers, esas criaturas medio huecas y luminosas del desierto, rápidas como tormentas. Se emborrachaban hasta caer rendidas en la arena, sin una sola preocupación. Y al amanecer siempre las despertaba la sombra de su dragona pasando sobre sus cabezas o los empujones impacientes de Bonibell, el pegaso, que exigía que dejaran de hacer el idiota y volvieran a la realidad.

—Esta noche no somos sanadoras —se recordó Savannah.

—Esta noche no eres la princesa del pueblo —asintió su amiga.

—Esta noche soy una jinete.

Marcelin se bajó el pañuelo y dejó ver una sonrisa feroz.

—Solo esta noche. Sé que lo haces por algo importante. Confío en ti, Savi.

La tomó de la mano y comenzó a abrirse paso entre la multitud. Era impresionante el poder de Marcelin. La forma en que manipulaba las mentes sin esfuerzo, cómo la gente se apartaba de su camino sin saber por qué.

La adrenalina empezó a recorrerle el cuerpo como un veneno dulce. Savannah se repitió a sí misma que solo era la ciudad jugando con sus sentidos, que no debía dejarse arrastrar por la atmósfera.

Marcelin se detuvo justo al borde de la arena. El combate entre dos mortales había terminado y la multitud abucheaba, decepcionada por la falta de sangre. Savannah, en cambio, lo agradeció. Ninguno estaba herido de gravedad, y eso le evitaba la tentación de lanzarse a socorrerlos.

—No es la pelea que esperan ver —dijo a su lado—. Pero es la que les vamos a dar. Vamos, Savi… Dime, ¿qué elegimos?

Savannah no dudó.

—Dos jinetes. Hombres.

Ella asintió complacida.

—Buena elección. Muy muy buena elección. Un dos contra dos siempre enciende al público, mañana volveremos a ser historia, recuérdalo.

Savannah observó a su amiga. Era fascinante cómo con solo una mirada movía los hilos de la voluntad ajena. Nadie notaba la manipulación. Las decisiones parecían propias, espontáneas…, pero detrás de cada una estaba ella.

—Tu querido Kilian está aquí —la informó Marcelin sin mirarla—. ¿Vas a intentar partirle la cara sin que sepa que eres tú?

En efecto, Kilian estaba en uno de los balcones exclusivos, rodeado de jinetes que lo tocaban con descaro mientras otras se peleaban por su atención. Kilian sonreía con una copa de vino en la mano, como si el mundo estuviera a sus pies. Savannah apretó la mandíbula, el espectáculo era insoportable. Si ella se hubiera permitido una mínima muestra de deseo o poder sobre un hombre, la habrían señalado, criticado y apartado. Pero ellos podían tenerlo todo y seguir siendo admirados.

Todos conocían el poder del vínculo de Kilian, y por eso su padre lo tenía entre sus criaturas favoritas. El dragón al que estaba vinculado le había otorgado una de las magias más corruptas: el veneno. Las armas que blandía no cortaban, envenenaban. Cada hoja, cada filo, cada punta estaba imbuida con toxinas que no se encontraban en la naturaleza, sino que nacían directamente de su vínculo.

Por eso lo llamaban el ejecutor del imperio.

Por eso él se creía invencible.

—Arrástralo hasta aquí.

—Esa es mi chica. —Marcelin se giró para observar el resto del palco y entrecerró los ojos—. Oh, fantástico… Corvan también ha venido.

—¿Qué pasa con él ahora?

—Pues que su hipogrifo le dio ese poder de mierda para distorsionar la percepción de los mortales. Hace que lo vean como un dios, o como su amor prohibido, o como lo que le salga del ego…, y luego les quita lo que quiere —bufó—. Para él los mortales son solo materia blanda que moldear, y nadie lo detiene, porque su vínculo lo hace útil.

—¿Y tú vas a detenerlo?

—Voy a enseñarle que las sanadoras también sabemos romper huesos.

En cuestión de segundos, la manipulación surtió efecto. Como marionetas, ambos comenzaron a moverse.

Kilian salió de su balcón con esa sonrisa de idiota aún en el rostro. Minutos después ya bajaba hacia el enorme hueco de la arena pavoneándose como siempre. Corvan no tardó en seguirlo. Su melena pelirroja recogida en un moño alto le daba un aire arrogante y salvaje. Descendió despacio, como si el mundo entero tuviera que agradecerle cada paso.

Se encontraron en el centro del círculo, donde se estrecharon la mano y la multitud rugió. Con un gesto ensayado, ambos se arrancaron la parte superior del uniforme, dejando al descubierto unos torsos esculpidos a base de entrenamiento, ego y pura vanidad.

—Arrogantes asquerosos —escupió Savannah, más furiosa de lo habitual.

Mientras ella se desvivía por usar su conocimiento para sanar a quienes no tenían nada, para cuidar a los hambrientos o a los olvidados…, los jinetes, las criaturas elegidas por los dragones, pasaban sus noches allí, derramando sangre como si fuera un deporte.

Aquel lugar mostraba con total claridad cuánto habían fracasado como sociedad. Los dioses les habían dado magia, poder, dones para sanar, para proteger. ¿Y qué habían hecho con ellos? Negarlos. Usarlos para dominar y humillar. Una parte de ella se rompía al

presenciarlo. Pero la otra… la otra lo guardaba todo en su memoria. Porque todos ellos pagarían algún día por lo que habían hecho.

Marcelin le cogió la mano y se la apretó con fuerza. No hicieron falta palabras, no necesitó mirarla para saber que estaban pensando lo mismo.

—Todos ellos pagarán por esto, cada maldito jinete. Uno por uno. Te lo juro, y sabes que yo no rompo mis promesas. —Sin apartar la vista del centro de la grieta, comenzó a desatarse el pañuelo que le cubría el rostro hasta descubrir sus facciones al mundo y se recolocó la trenza castaña—. Nadie va a reconocernos ahora.

Savannah la imitó, se quitó el pañuelo y se lo ató a la cintura. Su trenza dorada brilló bajo la luz roja de los cristales. Las dos, hombro con hombro, exhibían sin miedo los emblemas de las criaturas a las que estaban vinculadas.

Al instante, el rugido del público se volvió ensordecedor.

—¡Cuatro jinetes esta noche!

—¿Son mujeres? Bah…, ya sabemos cómo va a terminar esto.

—Apuesto todo por los hombres, es el mismísimo ejecutor.

—Las van a destrozar.

—Llorarán antes del primer golpe.

—A ver si aprenden a no meterse donde no las llaman.

Kilian y Corvan saludaban a los mortales como si fueran dioses descendidos para ofrecer un espectáculo. Sonreían, se dejaban tocar, estrechaban manos y lanzaban miradas encantadas a quienes los aclamaban desde los balcones.

Ambos levantaron sus espadas, tomadas del arsenal, un depósito de armas reservado solo para noches como aquella.

Espadas. Claro. Qué típico.

—Mirad con quién tenemos el privilegio de combatir hoy —anunció Kilian. Por un segundo, Savannah sintió que la reconocía…, pero no. Como siempre, Marcelin había alterado la realidad lo justo, ocultando lo necesario. Ellos no sabían a quién se iban a enfrentar, y eso lo volvía aún mejor—. ¿Estáis seguras de querer esto? Corvan y yo prometemos portarnos bien, ¿a que sí?

—Seremos caballerosos —añadió Corvan con una reverencia burlona—. Muy muy buenos chicos.

Aunque hubieran pasado diez décadas, caminaron hacia el arsenal sin una sola duda en el rostro. No miraron al público ni a los hombres. Solo avanzaron, decididas, a por sus armas.

Un jinete del escuadrón de zengs, desde uno de los balcones, alzó la mano e invocó un escudo, una cúpula de protección que envolvió la arena para evitar que la batalla dañara al público. Se trataba de una formalidad habitual cuando se enfrentaban jinetes.

—Seguro que cuando nadie los ve esos dos se comen la boca —murmuró Marcelin guiñándole un ojo a Savannah mientras tomaba una lanza—. Míralos, toda esa tensión solo puede acabar en una cama.

—Yo diría que están casados.

—Casados, follando o peleándose desnudos…, todo les pega —remató Marcelin mientras ambas se posicionaban una al lado de la otra, listas para comenzar.

—Apuesto lo que quieras a que Corvan será el primero en atacar.

—Por supuesto que ese maldito arrogante se lanzará primero, Savi.

Al otro lado del círculo, Kilian y Corvan reían, aún confiados, sin saber que ya habían perdido.

—Sin magia —recordó Savannah.

—Sin magia —repitió Kilian.

Miró un último segundo a Marcelin, quien, con apenas un gesto, le advirtió lo que ya sospechaba: Kilian utilizaría su vínculo. Tal vez no para atacar directamente —eso rompería las normas—, pero sí para imbuir sus espadas con veneno, lo justo para que las heridas no pudieran cerrarse.

El primero en moverse fue Corvan, tal y como Savannah había anticipado. No pensó, no midió, no esperó. Embistió con la espada en alto, decidido a abrirse camino desde el primer segundo.

Pero Marcelin ya lo estaba esperando.

Con la lanza en las manos, giró sobre un pie y desvió el golpe. La hoja silbó al rozar su trenza, apenas a un suspiro de distancia, antes de clavarse en la arena con violencia. Cuando Corvan se dio cuenta, Marcelin ya no estaba frente a él.

Se hallaba detrás.

Savannah no tuvo tiempo de seguir observando. Kilian avanzó con lentitud felina, midiendo cada paso. A diferencia de su compañero, él sabía esperar, no se precipitaba. Era un depredador que había aprendido a oler el miedo antes de atacar.

Ella no se movió. Ajustó el agarre sobre la lanza, bajó ligeramente la postura y dejó que el combate hablara en su idioma.

«Ven a por mí, cabrón —ronroneó en sus pensamientos—. Soy toda tuya».

Como si la hubiera escuchado Kilian amagó un tajo a la altura de sus costillas. Savannah lo esquivó girando sobre el eje de su pierna izquierda, apenas unos centímetros, y en el mismo movimiento contraatacó con un barrido de lanza dirigido a sus tobillos. Él saltó

hacia atrás con agilidad y sonrió con esa maldita mueca torcida que siempre mostraba cuando creía tener el control. Pero Savannah ya no era la joven jinete que, décadas atrás, lo había admirado.

Había pasado años entrenando con los mejores. Conocía el estilo de cada jinete imperial. Había observado sus debilidades, corregido errores. Había sido maestra y alumna al mismo tiempo.

Kilian dio un paso más y ella retrocedió. Sus pies se deslizaban sobre la arena, calculando cada ángulo, cada movimiento, para evitar que el filo envenenado se acercara demasiado.

A unos metros, Marcelin y Corvan libraban su propia danza de violencia. Las armas giraban como extensiones de sus brazos, y el aire se llenaba de chispazos metálicos. Marcelin reía con cada bloqueo, mientras que Corvan gruñía frustrado, cayendo sin remedio en el juego que ella tejía para desarmarlo.

—¿Ya se te ha olvidado cómo se pelea, Corvan?

—Verás lo que sé hacer cuando te saque los dientes, zorra —gruñó él.

Savannah no podía perder la concentración.

Kilian atacó de nuevo, esta vez apuntando al hombro. Ella bajó la cabeza, sintió el silbido de la hoja al rozarle el uniforme, y con un giro seco golpeó con el extremo de la lanza su antebrazo, forzándolo a retroceder. No iba a arriesgarse a que esa espada llegara a tocarla.

—¿Quién eres? —espetó él con la respiración acelerada—. ¿Acaso crees que una jinete de tu puto nivel puede ganarme?

Sabes usar una lanza mejor de lo que lo estás haciendo. Una emperatriz no se arrastra, no se limita a esquivar. Hace temblar el suelo con cada golpe. Lucha como si tu corona dependiera de ello. La voz de su fantasma le atravesó la mente como una orden.

Savannah parpadeó y, por instinto, alzó la vista por encima del hombro de Kilian, que seguía moviéndose como un depredador. Allí estaba Dalton, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mandíbula tensa y los ojos clavados en ella.

Se le revolvió el estómago.

El impacto de verlo allí, vestido con un uniforme de guerra que no pertenecía a aquel mundo, la desarmó por dentro. Ira. Dolor. Y algo más.

No me mires a mí, míralo a él. Concéntrate.

—¿Tienes miedo, preciosa? —Kilian sonrió con esa mueca repugnante.

Va a atacar por la derecha. Busca envenenarte, no ganarte. Está borracho y muy cachondo. Cree que te tiene distraída, pero sus movimientos son lentos, predecibles. Usa eso. Dalton lo estaba analizando, leía sus intenciones.

—Te veo distraída —volvió a provocarla Kilian.

A la mierda.

En menos de un segundo, lo derribó.

Kilian cayó de espaldas sobre la arena sin entender qué lo había golpeado, y Savannah se le echó encima con la furia acumulada durante décadas. Le hundió el puño en la mejilla.

No necesito que me digas lo que ya sé, bufó Savannah, bajando más el peso de su cuerpo sobre el de Kilian, rozándolo justo donde sabía que le haría perder la cabeza. *Conozco a mi contrincante mejor que nadie. Su debilidad no es su técnica ni su puta arrogancia…, sino esto.* Hizo una ligera fricción de caderas y el cuerpo de Kilian reaccionó como un resorte. *En Arcadia, con la*

magia descontrolándole las hormonas y el ego inflado por la bebida, Kilian deja de pensar con la cabeza correcta.

Mientras tanto, Corvan y Marcelin se despedazaban en el otro extremo de la arena, sangre y arena volando con cada choque. Una pelea de verdad.

Marcelin se agachó junto a ellos, jadeando por el esfuerzo, con una sonrisa afilada.

—Míralo… —se burló—. Está más cerca de correrse que de darte un golpe.

En efecto, Kilian había perdido el control. Su cuerpo reaccionaba, pero su mente iba a la deriva, nublada por el deseo. Mientras tanto, Corvan y Marcelin luchaban con una violencia mucho más feroz.

Levántate de su puto regazo. Ahora. Dalton estaba encima de ellos y parecía menos un fantasma y más un hombre a punto de arrancarle la cabeza a Kilian.

—Si lo que querías era follar conmigo, podrías haberlo pedido sin armar este maldito circo —escupió Kilian del todo ajeno a la presencia de Dalton—. No necesito verte la cara para saber que eres tú, Savannah. Siempre has tenido ese veneno en la mirada.

El corazón se le detuvo un instante.

¿Cómo era posible que lo supiera…?

Ese segundo de desconcierto fue todo lo que Kilian necesitó. Se impulsó con fuerza y la empujó hacia el suelo hasta quedar encima de ella. Savannah sintió náuseas y pánico al tenerlo tan cerca, al percibir el olor agrio del vino, la arrogancia en su aliento.

Entonces llegó el dolor.

Una daga oculta en su lado izquierdo se hundió bajo sus costillas. El metal iba acompañado de algo peor que el filo: veneno. Sintió

cómo el líquido ardía en sus venas, ramificándose, nublándole la vista, entumeciéndole los músculos.

Su cuerpo empezó a traicionarla.

—¡Levántate, joder! —gruñó Dalton a su derecha—. Saca las dagas y rómpele las costillas si hace falta.

¡No te atrevas a usar tu poder de vinculación, Dalton Basilius!, le gritó Savannah directamente en su mente, a través del dolor que le nublaba los sentidos. *Esta es mi pelea. Mía.*

Kilian se inclinó hacia su oído.

—Sanarás en unos días, pero te va a dejar coja, inútil, por si te habías hecho ilusiones de seguir jugando a ser sanadora. Sé que te mezclas con los mortales, Savannah. Y mi deber, tal como me encomendó el emperador, es educarte. Y eso voy a hacer. Prefiero verte arrastrándote por el suelo, moribunda, antes que verte haciendo lo que te dé la gana. —Le rozó la oreja con la lengua—. Además…, seguro que esta noche la pasamos mucho mejor si te tengo así, emperatriz.

O te levantas ahora o le aplastaré la puta cabeza yo mismo.

—Ya he ganado —proclamó ella para que el mundo la escuchara.

La rabia la devoraba, sí, y la voz de Dalton retumbaba una y otra vez en su mente: «Levántate, levántate, levántate». Pero maldita sea…, ya había ganado, había cumplido su cometido.

Con el pulso desbocado y algo oscuro trepándole por la columna, Savannah se impulsó hacia arriba. El dolor del costado le quemaba, pero ya no importaba.

Se colocó encima de él, desenvainó ambas dagas fucsias de sus costados y lo apuñaló en el pecho.

Una vez.

Dos.

Cinco.

Diez.

No se detuvo.

Unas tras otras, las hojas se hundían en su carne mientras ella gritaba. No gritaba por dolor ni por miedo, sino por todos los silencios que la obligaron a tragar, por el desprecio acumulado, por la rabia de haber sido apartada, anulada, reducida a un adorno frágil en un mundo que la quería quieta, perfecta y callada.

—Os enterraré a todos —sentenció Savannah—. Y tú, Kilian…, tú serás el último. Serás quien lo vea todo, quien escuche cada grito, cada súplica. Serás el que mire cómo caen uno por uno, y no podrás hacer nada.

Sintió unas manos fuertes rodearla por detrás y tirar de ella para apartarla del cuerpo empapado de sangre del jinete de dragón.

Forcejeó.

—¡Déjame acabar!

—Joder, Savannah. —Marcelin la sujetó con fuerza—. Quiero que sigas apuñalándolo, te juro que sí. Pero si no salimos ya, mañana te arrepentirás de esto. Tienes que dejar la grieta, y tienes que hacerlo sin levantar más sospechas, y yo no puedo ayudarte si estás así. Necesito usar mi magia para que te dejen pasar, para que nadie se pregunte quién demonios eres ni por qué has apuñalado diez veces al favorito del emperador.

La arena ahora era roja. Ya no se escuchaban vítores ni tambores; incluso la música se había rendido. Todo el mundo la observaba con una mezcla de fascinación y terror.

Con el pecho aún agitado y los dedos manchados, alzó la vista.

Dalton estaba frente al cuerpo mutilado de Kilian, observándolo sin pestañear. No mostraba sorpresa, ni juicio, ni horror; su rostro era una máscara imperturbable y desprovista de toda emoción.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de ella su expresión tampoco cambió.

—Ahora empiezo a entender por qué estoy aquí —murmuró Dalton —. Comienzo a ver con claridad que la mujer que tengo delante fue la revolución que nadie vio venir, la historia que nunca se atrevieron a contar.



10

Dalton llevaba lo que a él le parecía una eternidad sumergido en el vacío.

Había aprendido a sobrevivir sin permitir que nada lo alcanzara, porque sentir significaba abrir puertas que él mismo había sellado con sangre. Pero cuando vio a ese jinete encima de Savannah, algo en su interior se sacudió.

Volvió a sentir aquel instinto protector que siempre había tenido, el mismo que había crecido con él y lo había convertido en emperador. Un impulso tan primitivo y antiguo como el que casi lo derribó. Y le aterraba, porque se había jurado no volver a sentir nada capaz de despertar la destrucción que sabía que podía desatar.

Todo pasó demasiado rápido para Dalton, que seguía clavado en el sitio, a un paso del cuerpo apuñalado del jinete. Poco importaba eso. El muy gilipollas de Kilian sanaría en unos días; la inmortalidad tenía sus ventajas para los idiotas. Lo que de verdad le preocupó fue ver cómo la furia arrancaba, centímetro a centímetro, la luz de los ojos a Savannah.

Una mujer morena la sostenía, impidiéndole volver a lanzarse sobre el cuerpo. Savannah aún murmuraba entre dientes, ahogada en su rabia. La desconocida le cubrió de nuevo el rostro con el pañuelo para ocultar su identidad antes de que alguien pudiera reconocerla. Más tarde, Dalton se haría preguntas sobre aquella mujer, pero en ese momento, lo único que importaba era que ella estaba sangrando. La daga envenenada de Kilian le había abierto el costado, y el veneno, hecho para burlar la inmortalidad, impedía que su cuerpo sanara.

Dalton miró hacia la salida. Las escaleras parecían interminables, y Savannah no podría subirlas sin desmayarse del dolor. Desvió la vista hacia una abertura excavada en las paredes de la grieta. Había estado allí antes —aquel lugar le pertenecía, al menos en su tiempo —, aunque siete mil años atrás, las cosas eran distintas. No conocía las normas de aquella época, pero recordaba que, bajo la grieta, existía una red de cámaras y túneles subterráneos.

Si quería mantenerla con vida, debía llevarla por allí.

Levántate y ven conmigo, Savannah. No podía borrar lo que había hecho, pero sí lo que vendría. Borraría los recuerdos de esos miles de personas, aunque solo fuera de su huida.

Ella asintió y se incorporó como pudo.

—Te he dicho que tenía que llamar la atención de alguien, déjame terminar lo que he empezado. Sal de aquí como puedas. Nos vemos en Pramvera.

—Pero, Savi…

—Es una orden, Marcelin.

Dalton se acercó y la sostuvo con disimulo. Para los ojos de todos, ella caminaba sola por la arena, pero era él quien la mantenía en

pie.

No hagas preguntas, gruñó ella.

Me da igual lo que hagas cuando no estás ayudando a la gente.

¿Ah, sí? Entonces dime, ¿por qué estás aquí?

Qué error el mío enseñarte a comunicarte por aquí.

Se metieron por uno de los pasadizos laterales, donde olía a sexo, sudor y magia retorcida. No era el camino ideal, pero no había otro. Dalton no miró atrás mientras la arrastraba y, con cada paso, borraba de la memoria colectiva su salida de la arena.

¿A dónde me estás llevando, Basilius?

El cuerpo de Savannah se le escurría por el hombro, casi sin fuerza, pero ella apenas parecía consciente de nada. El veneno no solo la estaba destrozando por dentro, también le había nublado la mente.

Intentó calmarle el dolor todo lo posible, pero era inútil. El veneno arrastraba sus intentos como una ola negra, devorando cualquier alivio que trataba de ofrecerle.

Joder, iba matar a Kilian, muy lentamente.

—Preocúpate de mantenerte consciente.

En efecto, los pasillos estaban llenos de habitaciones, y Dalton no podía permitirse abrir puertas al azar, no en un lugar donde detrás de cada umbral podía haber placer, violencia o algo peor. Así que cerró los ojos y extendió su conciencia como una niebla que se filtró a través de las paredes buscando vibraciones mentales. En algunas estancias encontró demasiadas: pensamientos sucios, respiraciones entrecortadas, jadeos desordenados, mentes agitadas por el deseo. Pero más al fondo, casi al final del pasillo, percibió una estancia envuelta en un silencio absoluto.

Cuando se acercó, la puerta estaba cerrada con llave.

Dejó a Savannah apoyada contra la pared y rezó, por una vez en siglos, a los dioses, esperando que incluso siendo un maldito fantasma pudiera derribarla.

Apretó los puños y, con una patada, la puerta cedió.

Savannah tenía los ojos cerrados y la cabeza ladeada, casi inconsciente. Dalton la tomó en brazos, entró en la habitación y cerró la puerta. Luego la dejó con cuidado sobre una cama de barrotes altos que llegaban hasta el techo. Echó un vistazo rápido. El cuarto era sencillo, con paredes de piedra y una chimenea encajada a los pies de la cama, que encendió para arrancarle algo de luz y calidez a la habitación.

—Eh… —se inclinó sobre ella—, mírame, no te duermas.

Savannah yacía bocarriba sobre el colchón, su cuerpo estaba empapado de sudor y respiraba de forma entrecortada.

Dalton le tomó el rostro con una mano, sus dedos fueron cuidadosos al envolverle la mandíbula. Intentó que lo mirara, pero sus ojos seguían cerrados, vencidos por el veneno.

Con el ceño fruncido, deslizó la yema de los dedos por su cuello en busca del pulso… y cuando lo encontró, se dio cuenta de que era muy lento.

Peligrosamente lento.

Había tratado con múltiples heridas en la guerra: cuerpos mutilados, miembros arrancados, sangre derramada en cantidades imposibles. Pero los venenos se le escapaban.

Sus dedos descendieron por su cuerpo hasta el costado y rozó la herida. La sangre seguía manando, sin el más mínimo indicio de querer detenerse.

—Dime qué tengo que hacer.

Savannah abrió los ojos apenas un instante.

—Desnúdame…, por favor.

Se quedó helado.

—No voy a…

—¡Por los dioses, Dalton! ¡Quítame la maldita ropa!

Los ojos de él se abrieron como si le hubieran dado una bofetada. Había vivido siglos —demasiados— y, aun así, nunca había visto desnudo a nadie que no fueran Kaiserin o Eda. El último cuerpo que le habían obligado a tocar… ni siquiera lo recordaba bien. La magia que lo ató entonces le borró fragmentos enteros de la memoria; otros se los dejó distorsionados, envueltos en una niebla que todavía era incapaz de atravesar sin sentir náuseas.

Aun así, tragó saliva, apretó los dientes para contener el temblor que amenazaba con delatarlo y obedeció.

Desenvainó una de las dagas del muslo de Savannah y la pasó por la costura del uniforme, abriéndolo desde el abdomen hacia arriba. La tela cedió y reveló sus redondos pechos manchados de sangre.

«Concéntrate, joder», se ordenó, apartando la mirada un segundo porque sabía demasiado bien que, si se permitía ver más de lo necesario, perdería el foco.

Tiró el uniforme a un lado, y sus dedos regresaron a la herida. Bastó un toque para sentirlo: Kilian no solo la había apuñalado, había girado la hoja con la intención de desgarrar músculo y carne.

—Hijo de puta…

—Dalton. —Sus delicados dedos buscaron los suyos—. Debes… debes llenar una bañera y meterme en ella.

—El agua no va a arrancarte el puto veneno del cuerpo.

Savannah le cogió la mano y, con la poca fuerza que le quedaba, empezó a bajarla hacia su vientre.

—¿Qué estás…? —Llevó la mano al interior del muslo y sus dedos rozaron algo pequeño y redondo, oculto en uno de esos bolsillos íntimos. Reconoció la perla, la misma que ella le había lanzado días atrás solo para comprobar si podía atravesarlo.

Ella habló antes de que él pudiera preguntar:

—Ya sabía cuáles eran las consecuencias de pelear con Kilian, pero siempre voy un paso por delante de ese malnacido. Llena la bañera y mete la perla dentro, no hay otra forma de hacerlo.

Rápido, Dalton se aproximó al baño, llenó la bañera y lanzó la perla al agua. Cuando volvió, Savannah estaba completamente desnuda al borde de la cama. Se había deshecho de toda la ropa; su cabello rubio y teñido de sangre le caía sobre los hombros sudorosos.

Casi se cayó hacia atrás al verla así.

Las llamas de la chimenea parecieron cobrar vida durante unos segundos, iluminando su piel desnuda. El golpe fue inmediato y volvió aquella sensación, la de estar atrapado dentro de un cuerpo que no controlaba, obligado a tocar, a mirar, a participar.

Por un instante, no la vio a ella. No vio a Savannah.

Vio aquella habitación.

Vio aquella luz temblorosa sobre la piel equivocada.

Vio aquel cuerpo que no era el suyo.

—No… —Cerró los ojos para obligarse a volver, recordándose a sí mismo que era Savannah.

Solo ella.

Nadie más.

—Dalton. —La mujer giró la cabeza con esfuerzo, y sus ojos, cansados y dulces como los de un cervatillo herido, se quedaron fijos en él—. ¿P-puedes ayudarme?

Sus pies se movieron, tenía que dejar a un lado sus propios fantasmas. No había lugar para el pasado ni para la vergüenza, solo para el presente.

Se arrodilló junto a ella.

—Pasa el brazo por mi cuello —le indicó, y ella obedeció sin protestar—. Voy a tener que cogerte en brazos, ¿vale? Déjame que te toque.

Deslizó un brazo bajo sus piernas y otro por su espalda y la levantó. Savannah se acurrucó contra él, aferrándose a su camisa, y sus lágrimas de dolor comenzaron a deslizarse por su cuello.

Caminó con ella hasta la enorme bañera, hecha para albergar a diez personas, y la sumergió en el agua, sintiendo cómo se le escurría entre los brazos, demasiado débil para mantenerse sentada. No sabía qué demonios hacer, ni si tenía derecho a quedarse allí…, pero cuando vio su cuerpo resbalar hacia un lado, se arrodilló sin pensarlo y metió los brazos en el agua para sostenerla.

—Voy a ayudarte a quitarte la sangre.

Ella no respondió.

—Savannah… —Tragó saliva—. Dime si puedo limpiarte. No lo haré si no sale de tu boca.

Ella se movió hasta alcanzar un paño y lo puso en su mano.

—Frótame fuerte —dijo entre dientes—. No quiero la sangre de ese gilipollas en mi cuerpo.

Empapó el paño y empezó a limpiarla, viendo cómo el agua se teñía de rojo. La tela era lo único que separaba su mano de la

suavidad de su piel, y aun así, era demasiado.

Intentó centrarse en la tarea, pero sus traidores ojos se detuvieron en cada curva: en los pezones rosados, endurecidos por el dolor; en la línea de su abdomen tenso; en la cadera que emergía del agua; en el temblor de sus muslos al respirar.

Su mano se quedó quieta un segundo.

«Concéntrate».

Savannah, floja como una muñeca de trapo, volvió a deslizarse hacia un lado. Había perdido el conocimiento otra vez.

—Voy a meterme contigo, si no te ahogarás —le advirtió, pero ella no pareció escucharlo.

No tenía alternativa.

Dalton empezó a desvestirse y, cuando se quitó la camisa, la vio: la herida que lo había matado. No era un corte limpio ni una marca digna de un guerrero, sino una cicatriz monstruosa que le cruzaba el centro del pecho.

«Esto ahora no importa».

Se deshizo de los pantalones y de las botas, quedándose únicamente con la ropa interior. Sin darle más vueltas, se metió en la bañera que seguía llenándose y el agua tibia le lamió la piel mientras se hundía hasta sentarse.

Luego tomó a Savannah y la acomodó entre sus piernas, recostándola contra su pecho, de espaldas a él. Pasó un brazo por debajo de su abdomen, lo justo para mantenerla a flote sin invadir más de lo necesario, y con la otra mano la guio hasta que su cabeza reposó sobre su hombro.

—No voy a tocarte más de lo necesario, no… no tengas miedo, ¿vale? Solo quiero ayudarte. —Siguió limpiándole la herida del

costado—. Por favor, no pienses mal de mí.

Savannah no contestó.

Dalton cerró los ojos con fuerza, como si eso bastara para no verla, para no sentir su cuerpo desnudo bajo las manos. Pensó en cómo se había desatado en la arena, en la furia con la que había clavado esas dagas. Savannah no había ido a Arcadia por error, ni se había metido en aquella pelea por azar. Parecía que buscaba justo esto: que la hirieran.

Necesitaba respuestas, pero no iba a invadir su mente para conseguirlas. Si ella quería decírselo, lo haría.

Le apartó un mechón de cabello con suavidad y se lo colocó detrás de la oreja, justo como la había visto hacerlo a ella.

—Maldita sea…, ¿cuánto va a tardar esto? —bufó sin aflojar ni un instante el agarre con el que la sostenía.

En medio de aquella bañera, Dalton pensó en Kaiserin, la mujer con la que se había casado más de trescientos años atrás; ella sacaba su lado más joven, más voraz. Eran dos almas sentadas en un mismo trono, un amor que despertaba mil emociones a la vez. Eda, en cambio, le había arrancado la paciencia con su carácter impetuoso y su necesidad constante de saberlo todo. A veces era una auténtica cascarrabias… y, aun así, también la amó por ello.

Pero Savannah… Savannah no se parecía a ninguna de las dos.

Ella solo le había dado paz.

Tal vez por eso era la guadaña. No porque arrebatara vidas, sino porque sabía acompañarlas al otro lado sin dolor, como había hecho con él.

Le daba tanta paz que, en aquella bañera, Dalton se permitió algo que no se había permitido en siglos: cerrar los ojos y simplemente

sentir.

Dalton no tenía corazón. Al menos, no uno que latiera. Pero quizá algo llevaba tiempo formándose en esa oscuridad que lo habitaba, algo parecido a un latido. Y tal vez…, solo tal vez…, era Savannah quien, sin proponérselo, le estaba dando forma.



11

La sensación de fuego en el vientre y en el pecho la arrastró de vuelta a la tierra de los vivos.

Un leve movimiento bajo ella la hizo abrir un ojo. La luz cálida de un fuego tras una puerta entreabierta le reveló que estaba en un baño, sumergida en una bañera. No tenía idea de cómo había llegado hasta allí…, pero entonces, vinieron los destellos: imágenes, voces, fragmentos difusos que no podía distinguir si eran sueños, recuerdos… o pesadillas.

Había ido a Arcadia, se había reencontrado con Marcelin y, por primera vez en décadas, había luchado en las arenas de la grieta de Cristales Rojos.

La asaltó la imagen de Kilian encima de ella, aplastándola con su peso mientras le hundía la daga en el costado, sintió de nuevo el giro cruel del metal desgarrándole la carne. Y después… Dalton. Recordaba su voz, sus órdenes, sus ojos analizándolo todo mientras ella apuñalaba al jinete una y otra vez. Diez veces. Quizá más. No sabía si habían sido sueños o recuerdos, pero lo siguiente era aún

más confuso. Dalton la sostenía entre sus brazos y le gritaba que se levantara. Notaba su piel contra la suya… Y luego el agua, la oscuridad, el olvido que siempre llega después del dolor.

Sus ojos, aún pesados, se fijaron en una pequeña perla que flotaba en la superficie acercándose a ella. La reconoció al instante. Era una perla de lis, una esfera nacarada, apenas más grande que una avellana, que exhalaba un resplandor azulado y desprendía un olor extraño, como de lluvia recién caída sobre metal caliente.

Los sanadores hablaban de esas perlas con cierta superstición. Decían que eran lágrimas condensadas de la lis, un ser semiacuático de forma humanoide y piel nacarada que habita en las zonas más profundas de los lagos. La magia de la lis se manifestaba en lágrimas que eran capaces de neutralizar venenos que ni siquiera la medicina común conseguía anular. Al sumergirse en agua, la perla liberaba un vapor plateado que coagulaba las toxinas y las mantenía unidas; no siempre curaba, pero evitaba que el daño se propagara.

La mano de Savannah se movió de forma impulsiva hacia su costado, buscando la herida que aún recordaba con nitidez. Pero entonces sus dedos rozaron otra mano, una que la sujetaba con firmeza por el estómago.

Su cuerpo, aún medio inconsciente, se agitó hacia atrás, invadido por una nueva oleada de calor. Fue en ese instante cuando empezó a darse cuenta de que detrás de ella había un cuerpo que la sostenía… y no la dejaba ir.

Debería haber sentido miedo. La Savannah lúcida, la que aún pensaba con lógica, habría buscado un arma, cualquier cosa, y la habría clavado sin dudar en el cuerpo de quien la sujetaba así.

Pero la Savannah de entonces giró lentamente su cuerpo, aún medio flotando, para ver al carcelero que la mantenía prisionera entre sus brazos.

Pésima idea.

Lo primero que vio fue su rostro inclinado hacia ella, demasiado cerca, esos labios entreabiertos, carnosos, que parecían hechos para pecar. Y los mechones negros cayéndole sobre la frente, húmedos y rebeldes.

Dalton Basilius tenía los ojos cerrados y el ceño un poco fruncido.

El deseo se le enredó en la garganta como una cuerda cuando su mirada descendió por su cuello, siguió el trazado de sus clavículas, bajó por los hombros amplios y definidos y recorrió su pecho… hasta detenerse en una cicatriz justo sobre su corazón.

La marca de su muerte escrita en la piel.

Dioses…, estaba desnudo, hundido en esa misma bañera junto a ella.

Savannah creyó, por un instante, que se había encendido como una antorcha. Era como si alguien le hubiera vertido aceite hirviendo en las venas.

—Dalton…

Sus ojos verdes se abrieron y se posaron en ella, todavía algo perdidos, como si no recordara del todo dónde estaban. Luego miró a su alrededor, la bañera, el agua… y finalmente volvió a enfocarse en ella.

—Puedo explicarlo.

—¿Explicar qué? —Su voz no le sonó propia.

Estaba arrodillada frente a él, el agua les llegaba hasta la cintura. Se inclinó apenas unos centímetros, fascinada por esa línea en su

ceño, esa sombra de duda que cruzaba su mirada. Alzó la mano y le tocó la frente.

—¿Savannah…?

Ella entrecerró los ojos, intentando contener el temblor. Sus muslos se frotaron entre sí con una urgencia involuntaria en busca de presión, de cualquier tipo de alivio que el agua no podía darle.

—Me gusta cómo dices mi nombre. Dilo otra vez…, pero más cerca.

Se acomodó encima de él como si fuese su trono, hundiendo las manos en sus hombros mientras se dejaba caer sobre su regazo. A través de la fina tela de la ropa interior de Dalton sintió cada centímetro de su dureza contra ella, lo que hizo que se le escapara un gemido.

Se movió contra él.

Hacia delante.

Hacia atrás.

—¿Qué…? —Dalton soltó un jadeo ahogado. Su cabeza cayó hacia atrás, dejando al descubierto su garganta tensa—. Mierda, ¿qué demonios estás haciendo?

Sus manos fueron a su cintura, no para apartarla…, sino para sujetarla, para impedir que siguiera moviéndose como si quisiera arrancarle el alma a golpes de cadera.

—Savannah. —Apretó los dedos sobre su piel—. Para. Te lo digo en serio.

—Tócame, por favor. Sé lo que puedes hacerme, sé que puedes darme todo lo que te pida.

Se frotó más fuerte, guiada solo por ese instinto nuevo y abrasador que le recorría el cuerpo. Sentía que podía explotar

encima de él, que algo en su interior iba a romperse si no seguía moviéndose así, rozándose contra su dureza, dominándolo sin saber exactamente cómo…

—Quiero tus dedos dentro de mí, Dalton. Quiero tu boca haciéndome perder la cabeza. Quiero correrme en tu lengua… —Casi podía imaginarse aquello—. Dioses, sí…, eso estaría muy muy bien.

Sintió cómo él se quedaba petrificado, su rostro a escasos centímetros del suyo. Entonces, de repente, los dedos de Dalton se cerraron con fuerza en sus caderas —diez puntos de fuego marcándole la piel— y la apartó de golpe hacia un lado. El movimiento fue tan brusco que el agua salpicó fuera de la bañera.

Savannah se quedó mirándolo pasmada. Por un instante, el cuerpo entero le gritó para que se lanzara encima de él y le besara cada centímetro de esa piel que parecía hecha para la guerra… y para el pecado.

—Joder, Savannah —masculló Dalton con el pecho aún agitado—. ¿Qué secuelas puede tener el veneno de Kilian? Dímelo. Ahora.

Ella ladeó la cabeza con una sonrisa somnolienta que no le llegaba a los ojos. Se mordió el labio, divertida y extrañamente tranquila.

—Mmm…, ahora no lo recuerdo del todo, pero tiene muchas propiedades —dijo arrastrando las palabras como si le costara mantenerse enfocada—. Es un poder de vinculación muy poderoso… y muy peligroso. No solo puede matarte si así lo desea, puede hacerte muchas otras cosas, depende de lo que el jinete quiera desencadenar en su víctima.

—¿Qué más puede provocar?

A Savannah no le gustó ese tono. Lenta, sin perder la calma, alzó un dedo mojado y estiró el hoyuelo de su mejilla, obligándolo a

sonreír.

—Así estás más guapo.

Él no respondió.

—En el imperio se dice que mi padre utiliza a Kilian en los interrogatorios más difíciles —continuó ella, mientras bajaba el dedo hasta su cuello y trazaba la línea de su clavícula—. El veneno puede hacerte hablar. Puede inducirte recuerdos, provocar alucinaciones y manipular emociones. También puede hacer que sientas deseo, culpa, placer… o miedo. Según lo que él necesite.

Dalton le agarró la mano y la detuvo.

—Creo que ya sé lo que ese cabrón quería hacerte —bufó—. Joder, ¿en qué demonios estabas pensando al dejar que te apuñalara? ¿De verdad creías que era un plan brillante? Sé que estaba tu amiga, sí, pero ¿y si hubieras estado sola? ¿Tienes idea de lo que ese enfermo podría haberte hecho con ese veneno corriéndote por las venas?

—No…

—No. No tienes ni puta idea.

Savannah sintió que el corazón le latía demasiado rápido. Ya no veía solo enfado en el rostro de Dalton, estaba asustado.

—Sé cuidarme sola, siempre lo he hecho.

—No, al parecer no lo sabes. Vives en un mundo que crees que puedes controlar, uno hecho de ideales y colores bonitos, pero no funciona así. Eres una mujer en un imperio que solo te ve como carne con poder, Savannah. Como un trofeo, un vientre útil, una excusa para follarte y dejarte embarazada si eso les da acceso a un puto trono. Para esa gente no eres una jinete, no eres una guerrera, ni una sanadora, eres una herramienta.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada al principio. El deseo y el fuego que la habían dominado hacía unos minutos se apagaban poco a poco, como si las palabras de Dalton los hubieran ahogado.

—Eso no es…

—¿Que no es verdad? —la interrumpió él furioso—. Entonces dime por qué ese cabrón usó el veneno de esa forma. ¡Pudo haberte hecho cualquier cosa! ¿Tienes idea del tipo de control que ese vínculo le da? Podría haberte pedido que le rogaras, que te arrodillaras, que hicieras cualquier maldita cosa… ¡y lo habrías hecho!

—No habría llegado a eso. ¡Marcelin estaba conmigo!

—¿Y si no hubiera estado?

—¡Pero estaba! —soltó alzando la voz por fin—. Y luego decidí irme contigo, porque confío en ti, joder.

—No sé qué plan tenías en mente, pero me da la jodida impresión de que crees que esto no importa. —Avanzó hacia ella en el agua—. ¿Crees que es una maldita tontería que alguien toque tu cuerpo sin permiso? ¿Que te envenene de tal forma que pierdas el sentido de lo que haces y de dónde estás? —Se detuvo a un palmo de su rostro con los ojos encendidos—. No tienes ni idea de lo que se siente que te hagan eso. Y te aseguro que no se olvida, Savannah.

Dalton salió de la bañera, el agua resbaló por su cuerpo, marcando cada músculo, cada cicatriz que decoraba su piel, hasta chocar contra el suelo. Cogió una toalla y se la pasó por el rostro primero, luego por el cabello empapado, y finalmente por el torso y los brazos.

Savannah solo lo miraba en silencio, con los ojos abiertos de par en par. Cuando vio cómo él se alejaba, tomó consciencia de su

propia desnudez. Se encogió sobre sí misma para cubrirse con los brazos, como si de pronto la piel le ardiera de vergüenza. Se sintió expuesta. No solo por su cuerpo, sino por todo lo que había pasado entre ellos en los últimos minutos: el veneno, la lujuria, el enfado, la confesión.

—Siento lo que te pasó. —No sabía si había entendido del todo lo que Dalton le había confesado, pero lo intuía. A pesar del caos emocional, aquella frase se le quedó grabada en los huesos: «Y te aseguro que no se olvida, Savannah».

Él se quedó de espaldas, aún secándose, como si necesitara más tiempo para enfriar la rabia que se le había acumulado por dentro. Solo se oía el crepitar del fuego en la chimenea y el susurro del agua cuando ella se movía en la bañera.

Finalmente habló sin girarse.

—¿Te duele la herida? ¿Ya ha cicatrizado?

Ella se palpó el costado.

—Se ha cerrado.

Él asintió con un gesto leve, casi imperceptible, y lo vio moverse por fin. Tomó otra toalla, la desplegó y la sostuvo frente a sí, sin mirarla, con los ojos cerrados. Savannah permaneció inmóvil en el agua unos segundos más, como si el peso de la vergüenza la anclara allí.

¿Qué demonios le había pasado? Se había lanzado sobre él, le había pedido que la tocara, lo había montado, se había restregado contra su erección como una criatura en celo.

Pensó en todo lo que Dalton podía haber sufrido, en lo que alguien le había hecho alguna vez, y comprendió con horror que quizá ella había abierto esa misma herida. El remordimiento le subió

por la garganta hasta casi hacerla vomitar. Aun así, su cuerpo seguía temblando, aferrado a un impulso carnal que no entendía. Casi lloró al darse cuenta de que no podía detenerlo, de que todavía una parte de ella quería volver a acercarse y acariciarlo.

—Siento haberte tocado de esa forma, no era consciente, aunque sé que eso no es una excusa. —Salió del agua y se envolvió en la toalla sin levantar la mirada—. Todo esto es culpa mía, debería haber sido más cuidadosa…

Los dedos de Dalton buscaron su barbilla y la obligaron a alzar la cabeza.

—Que alguien tuviera intenciones inhumanas y te envenenara para aprovecharse de ti no es culpa tuya. Nunca lo será, no cargues con la responsabilidad de las acciones ajenas. El problema no está en ti, sino en quienes creen que el deseo o el poder les da derecho a tomar lo que no les pertenece. ¿Entendido?

Savannah asintió.

—¿Cuál era tu maldito plan?

—Llamar la atención de la muerte, como tú me dijiste que hiciera —respondió directa.

—¿Todo esto es por…?

—Me dijiste que no hablaríamos de la reunión de los jinetes si yo no lo hacía antes con él.

Dalton dejó escapar un suspiro.

—Joder, eso no es…

—Entonces ¿por qué te levantaste y te fuiste?

—No puedo creer que quisieras que te hirieran solo para llamar su atención. Si hubiese sabido que era así, jamás te habría dicho que lo

intentaras. —Se llevó la mano al pecho desnudo—. ¿Por qué el daño tenía que ser la única forma de conseguir que apareciera?

—No es que deba hacerse así siempre. Antes solía venir cuando lo llamaba, cuando necesitaba su ayuda. Pero hace meses que… que ya no existo para él. Apenas ha venido a verme, y cuando lo busqué, me respondió el silencio.

—¿Así que pensabas que, si te herían de forma brutal y te ponían en peligro, él aparecería?

No estaba orgullosa; ahora que lo veía con claridad, comprendía lo insensata que había sido. Skylar se enfadaría, y con razón. En las últimas semanas todo parecía desmoronarse, como si cada paso que daba la alejara un poco más de lo correcto.

En ese momento, creyó que Dalton le había leído el pensamiento, porque le dijo:

—Mañana me encargaré de sacarte de aquí sin que nadie recuerde haberte visto. Ahora preocúpate de dormir y descansar.

Ella se encaminó sin saber muy bien dónde estaba ni reconocer su entorno. No veía los detalles, solo se acercó hasta la cama y se dejó caer, con una toalla cubriendo su cuerpo y con otra envolviéndole el cabello. Tal vez estaba así por la emoción, o tal vez se trataba del efecto del veneno, pero fuera lo que fuese, la sensación resultaba insoportable.

Dalton salió del baño ya vestido; su ropa seguía intacta, sin desgarros ni una sola gota de sangre. Savannah, en cambio, no tenía ni idea de cómo iba a abandonar aquella habitación sin la suya.

Él se acercó, le tomó el cabello mojado entre las manos y empezó a secarlo con la toalla. Después, lo dejó caer entre sus dedos,

desenredándolo con una paciencia que Savannah no recordaba haber visto jamás en nadie.

Ella intentó incorporarse, pero el cansancio la empujó hacia atrás. Sus muslos volvieron a juntarse y se rozaron con esa fricción involuntaria que todavía no podía controlar.

Dalton bajó los ojos y luego los cerró con fuerza.

—Lo siento, aún… aún no se me pasa. Yo… no puedo…

Dalton levantó la mano y el pulgar rozó su mejilla.

—Mírame.

Ella lo hizo, aunque le temblaba la barbilla.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. Tu cuerpo está peleando contra un maldito veneno. Eso no te hace débil. No te roba la dignidad. No te quita nada, ¿me oyes?

—Pero…

—Podría matarlo, podría buscarlo y borrar su conciencia de este mundo; lo he pensado al verlo mirarte y al oír cómo te hablaba, y he estado a punto de hacerlo por lo que te ha hecho. No te voy a mentir, he matado antes y conozco el hueco que deja después, pero aun así lo soportaría. —Se incorporó, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada clavada en el fuego—. De algún modo mi alma se ha anclado a la tuya; no es una metáfora bonita, es una atadura que me hace aparecer y desaparecer como un efecto secundario de estar demasiado cerca, una insistencia que no logro romper. Estoy siempre a tu lado sin lograr alejarme del todo, como si cada paso que doy tuviera un hilo que me devuelve hacia ti. —Giró el rostro hacia ella, los mechones aún goteando—. Tenías razón cuando has dicho que haría lo que me pidieras.

Ella se acurrucó entre los cojines y negó con la cabeza.

—Ya tengo mi propia parca que me protege y mata por mí, un precio que sé que algún día tendré que pagar, pero a lo largo de mi vida he aprendido que hay cosas peores que la muerte, Dalton. Puede que algún día mate a Kilian, sí…, pero solo para demostrar de qué soy capaz. Después, no volvería a rebajarme a eliminar a mis enemigos. Su verdadero castigo será verme convertida en aquello que todos temen: una emperatriz que gobierne desde el corazón.



12

Como le había prometido, Dalton la sacó de Arcadia utilizando su poder de vinculación. Savannah nunca había presenciado algo parecido. Marcelin podía manipular la conciencia, moldearla a su antojo, pero lo de Dalton era distinto: él no alteraba la mente, la desviaba. Redirigía pensamientos, percepciones, miradas. Hacía que la gente, incluso caminando bajo el sol naciente, se volviera apenas un segundo… y luego continuara su camino como si ella nunca hubiera estado allí.

Savannah avanzó dejando atrás la ciudad mientras la arena le arañaba las mejillas. El pañuelo que había usado el día anterior para cubrirse apenas resistía, desgarrado por el sol y el polvo, cuando Moonveil levantó la cabeza y erizó el lomo al reconocer su olor en la distancia.

—Perdón, la noche se alargó más de lo previsto —la saludó, acariciándole una escama donde empezaba el ala, justo en el punto que le gustaba.

La dragona la observó de arriba abajo, fijándose en las ropas de hombre que le quedaban enormes —una camisa y unos pantalones que había encontrado al pie de la cama—, seguramente cortesía de Dalton.

Por un segundo, Savannah pensó que Moonveil había intuido algo impropio en ella, pero no, la dragona no la miraba a ella, sino a Dalton, que permanecía detrás con la vista fija en la criatura.

—¿Tú también lo ves, Moonveil?

No obtuvo respuesta, pero el leve parpadeo de la criatura, seguido de un giro lento de cabeza hacia el frente, bastó para confirmarlo. Sí, lo veía.

—Me alegra saber que no soy la única. —Dejó escapar una risa nerviosa hacia Dalton—. Por un momento pensaba que eras solo una proyección de mi cabeza, una forma de no sentirme tan sola. Si ella puede verte, entonces no eres una ilusión… —Se quedó callada de golpe cuando vio que Dalton se había aproximado hasta el ala derecha de Moonveil. Se agachó y pasó los dedos por ella.

La dragona giró la cabeza y rugió.

—¿¡Estás loco!? —exclamó Savannah alzando la mano en un intento por calmarla—. ¿Es que no te han enseñado nada sobre dragones? ¡Nunca te acerques a uno!

—Al parecer la que no sabe nada de dragones eres tú. —Dalton se puso en pie y señaló con la barbilla la envergadura de la criatura—. Moonveil tiene las membranas alares inflamadas, con llagas que le llegan hasta los nervios; le duelen, se hinchan y la vuelven mucho más irascible de lo normal.

Savannah se movió y, sin querer, chocó con él. Se quedó rígida un segundo, luego carraspeó y apartó la mirada.

—Nunca había visto este tipo de llagas en unas alas.

—Porque no lo son —respondió él—. Podrías pensar que se deben al cambio de clima, pero los dragones soportan cualquier variación sin inmutarse. Esto es distinto. —Se agachó en la arena y apoyó los dedos con cuidado sobre la membrana dañada—. No arde como una quemadura normal. Es como si la magia de Moonveil se hubiera resquebrajado… desde dentro hacia fuera.

Moonveil respiraba con dificultad, el pecho elevándose y hundiéndose contra la arena, las alas apenas abiertas en un gesto defensivo. Savannah pasó los dedos por el borde de la membrana afectada, con la delicadeza de una sanadora. Bajo el tono rosado perlado asomaba un enrojecimiento intenso; en un dragón de ese calibre, aquello era alarmante.

Rodeó a la criatura sin apartar la mano de la superficie escamada. Cuando llegó al ala contraria, frunció el ceño.

—También las tiene aquí.

—Las membranas alares son extremadamente finas —explicó Dalton—. No solo sirven para volar, funcionan como conductores. Absorben la magia del entorno para regular el equilibrio del dragón. Por eso reaccionan antes que cualquier otra parte del cuerpo.

—Entonces… ¿han usado magia contra ella? La piel está abrasada, pero no como una quemadura normal. Iba a decir fuego, pero eso es imposible. Los dragones son inmunes al fuego común.

Dalton apretó los labios. Savannah notó al instante que su cabeza iba varios pasos por delante de lo que estaba dispuesto a admitir, que estaba uniendo ideas que prefería no soltar en voz alta. Por eso fue ella quien terminó diciendo lo que ambos parecían estar pensado.

—Alguien tuvo que acercarse mucho para que esto ocurriera.

—Y salir con vida —añadió él—. Si hubiera sido un extraño, Moonveil lo habría reducido a cenizas antes de que diera dos pasos.

—Moonveil no tolera a nadie en quien no confíe.

El silencio se instaló entre los dos.

—¿Kilian? —se atrevió a decir Dalton.

Savannah negó despacio.

—Si hubiera sido él, estaría muerto. Ya sabes cómo son los dragones, nadie se acerca a sus alas sin su permiso, por muy reputado que sea en el imperio. —Alzó la mano y acarició el cuello de Moonveil. Luego levantó la vista hacia Dalton y, por primera vez, dejó asomar la preocupación en su expresión—. ¿Crees que podrá volar hasta Novadia?

—Puedo neutralizar el dolor durante unas horas, lo justo para que el roce no le resulte insoportable. Pero volad despacio, nada de ganar altura de golpe. Antes de llegar a la cordillera hay ráfagas cruzadas y cambios bruscos de presión; si fuerza las alas ahora, las llagas se abrirán y las membranas pueden desgarrarse aún más. Mantened un vuelo bajo y estable, dejándoos llevar por las corrientes cálidas. —Dio un paso atrás—. Cuando lleguéis, limpia las llagas con agua templada y sal. Después aplícale ungüento de raíz de mirto, sé que lo usas con los mortales, pero en los dragones funciona igual: baja la inflamación, sella las llagas y calma el nervio. Repite cada seis horas y no dejes que pliegue las alas hasta que baje la inflamación.

Savannah lo miró pasmada. Los jinetes vinculados a criaturas feéricas de aire dominaban las ráfagas, los vuelcos, los cambios de

presión…, y que él supiera tanto la hizo darse cuenta de que no tenía ni idea de qué tipo de jinete había sido antes de morir.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre la fisiología de un dragón?

—¿Acaso no recuerdas que soy jinete?

Se dio cuenta de que dijo «soy», a pesar de que ya no lo fuera, y de que aquellas palabras pertenecían a una vida pasada de la que Savannah apenas conocía unas pocas pinceladas.

—No me dijiste que eras jinete de dragón.

—No me lo preguntaste. Intuyes muchas cosas tú sola.

—Pero conozco a todos los jinetes de dragón, muy pocos han muerto. La única forma es que el propio jinete, cuando ya ha vivido demasiado, solicite al emperador la llama idealis para poner fin a su existencia. Y hace más de dos siglos que ninguno ha tomado esa decisión. —Sabía que se estaba adentrando en terreno peligroso, pero no pudo detenerse; la necesidad de entender quién era en realidad Dalton la devoraba por dentro.

Él no respondió, solo se apartó de la dragona y comenzó a caminar entre las dunas. El sol se reflejaba en su cabello negro como el carbón y hacía brillar su piel, como si incluso la luz supiera que Dalton estaba allí, como si también pudiera verlo.

—Bien, no contestes. —Montó a Moonveil y se acomodó sobre su lomo. Desde allí arriba, el mundo se reducía a un mosaico, y la ciudad, a un puñado de motas en la distancia. O quizá era solo esa ilusión que los dragones siempre regalaban a sus jinetes: la de hacerles creer que, por un instante, nada podía tocarlos. Que eran invencibles.

Savannah le tendió la mano para invitarlo a subir con ella, pero él se negó.

Apareceré en Novadia. Es mejor así.

Detrás de aquella frase percibió el dolor oculto. En sus ojos verdes vio esa añoranza que solo un jinete separado de su dragón podía entender. Y entonces comprendió que, si algún día perdía a Moonveil, ella también se negaría a volar sobre otro. Porque la traición a ese vínculo y el vacío que dejaría su ausencia serían demasiado grandes para soportarlos.

Lo observó allí abajo mientras Moonveil desplegaba las alas, preparándose para el salto. El viento levantaba la arena a su alrededor, y en medio de aquel torbellino, Savannah comprendió que la respuesta siempre había estado ahí, en él.

Dalton conocía el imperio como quien lo había tenido y perdido al mismo tiempo; entendía a las criaturas, las jerarquías… Recordó cómo miraba las ciudades cuando paseaban, con esa melancolía de quien ve más de lo que los demás pueden imaginar, como si cada piedra, cada torre y cada sombra guardara un recuerdo suyo.

Savannah era lo bastante inteligente para no preguntar; también para entender que a él le costaba no llenar los silencios y solo podía haber un motivo tan grande que lo forzara a callar: que hablar interfiriera en los asuntos de Savannah… o, peor aún, en el equilibrio mismo del mundo.

—Siete mil años —dijo ella despacio—. Esos son los que nos separan.

Aquella mañana, en la cordillera de Novadia, Savannah atendió a más de quince pacientes con pérdidas de memoria severas. Las lagunas abarcaban desde una semana hasta más de cinco años, y

los síntomas seguían siempre el mismo patrón: la amnesia se manifestaba al amanecer, como si durante la noche alguien hubiera arrancado fragmentos de sus recuerdos, dejándolos con la mente incompleta al despertar.

La edad de los afectados oscilaba entre los veinticinco y los ochenta años, y no parecía haber un patrón de género, pues afligía a hombres y mujeres por igual. Savannah registraba cada detalle: el peso, la altura, la última actividad antes del episodio, las sensaciones previas a la pérdida de memoria.

Cada seis horas regresaba para aplicar el ungüento en las alas de Moonveil. Entonces era imposible que sus ojos no barrieran los alrededores buscando a alguien que no debería estar allí. Hacer daño a un dragón no era un acto impulsivo; requería intención, conocimiento y sangre fría. No había sido un ataque al azar, el autor de aquello sabía exactamente lo que hacía. Dejar a Moonveil sin volar significaba que ahora Savannah estaba atrapada en Novadia, al menos hasta que la dragona sanara por completo.

La noche ya había caído cuando atendió a su último paciente. Se quitó los guantes, se despidió con una sonrisa cansada y miró a ambos lados de la calle vacía. Cada día las habladurías crecían, el miedo se hacía más fuerte y todos señalaban a los jinetes o a cualquier criatura mágica como culpables.

Dalton no había vuelto a aparecer, y Savannah llegó a pensar que quizá no había logrado desvanecerse hasta Arcadia y había tenido que hacer el trayecto a pie. La idea le arrancó una sonrisa involuntaria; pudo imaginárselo con el ceño fruncido maldiciendo cada piedra del camino. Aún tenía esa imagen en la cabeza cuando dio el primer paso hacia la calle. No hubo tiempo a que la sonrisa se

le borrase del todo. No oyó ningún crujido, solo vio cómo una sombra se desprendía de la oscuridad y se lanzaba sobre ella.

En menos de un parpadeo, su espalda chocó contra el muro helado de una casa de piedra y, al mismo tiempo, una daga hecha de sombras se apoyó en su garganta.

—¡Suéltame!

Frente a ella se alzaba una figura descomunal, más alta que cualquier inmortal que hubiera visto. El cuerpo era una masa de sombra compacta, sus ojos dorados ardían con una furia controlada.

—Deberías estar más atenta, la muerte acecha las calles a estas horas de la noche.

A Savannah le dio un vuelco el corazón y, antes de poder contenerse, sonrió. La figura bajó la daga y ella se lanzó contra aquel cuerpo enorme, rodeándolo con fuerza. Él la abrazó con el mismo ímpetu, como si también hubiera esperado largo tiempo ese momento.

Su hermano había vuelto.

La muerte estaba allí.



13

—Debería sentarme aquí y darte un discurso sobre lo irresponsable e impulsiva que has sido —murmuró Skylar, recostándose en la silla mientras apoyaba las botas sobre la mesa con descaro—. Pero ya eres lo bastante consciente de tus actos. —Alzó una ceja oscura que contrastaba con su cabello blanco—. Además, ese tal Kilian siempre me ha parecido un desperdicio de oxígeno, un imbécil con pretensiones. Así que me alegra que lo hayas apuñalado. ¿Cuántas veces has dicho? Porque, si son menos de tres, me sentiré profundamente decepcionado.

Savannah lo miró desconcertada. No recordaba haberle mencionado nada.

—Diez.

—Diez… —repitió él, y ladeó la cabeza mientras sonreía, dejando ver los colmillos—. Pocas me parecen.

Estaban sentados el uno frente al otro a la mesa del salón, aunque el espacio parecía encogerse solo por tenerlo allí. Skylar era, al mismo tiempo, el hombre más bello y más aterrador que sus ojos

habían contemplado jamás, una perfección tallada en algo demasiado oscuro para pertenecer del todo al mundo de los vivos.

—Puedo explicarlo —dijo, la vergüenza quemándole la garganta.

Él hizo un gesto con la mano para que continuara, escéptico.

—Anda, ilumina mis sombras, explícame por qué era tan urgente que nos viéramos como para que pisaras la grieta de Cristales Rojos, después de varias décadas sin hacerlo, y pelearas en busca del veneno traicionero de ese imbécil.

Cuanto más irónico sonaba, más patente era su enfado; y con razón.

—No contestaste a mi llamada, y te necesitaba, Sky. —Savannah tragó saliva y apretó los puños sobre el regazo.

Él bajó los pies y se sentó bien, dejando atrás la falsa comodidad. Luego se inclinó sobre la mesa y, con sus manos enormes, le sostuvo el rostro.

—Fuera del imperio y de las tierras mortales que conoces, detrás de la niebla que separa la vida de la muerte, pasan cosas que me obligan a mantener la atención cada segundo, Savannah.

—¿Son graves?

—Lo suficiente. Tanto que, si se desatan del todo, el mundo podría arder hasta quedar reducido a cenizas por fuerzas que ningún mortal podría comprender.

Savannah sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Cada palabra de Skylar sonaba como un recordatorio cruel de la distancia entre ambos: él, la muerte; ella, una simple jinete sin magia intentando alcanzarlo.

—Imaginaba que no querías verme. He sido una idiota por pensar así. Siempre creo que mis problemas pesan más que los de los

demás, como si el mundo girara en torno a mis heridas. —Se frotó las manos, incapaz de mirarlo—. He sido una egoísta. Estoy aquí, quejándome, mientras hablo con el hombre que sostiene el equilibrio, que mantiene este mundo en pie… y nadie, ni siquiera yo, se ha parado a pensar en lo que eso te cuesta.

Las manos de su hermano seguían firmes sobre sus mejillas, pero su rostro, normalmente implacable, se suavizó. Apartó las manos solo para tomar las de ella y apretarlas.

—Te he criado para que seas independiente, no para que vengas a buscarme cada vez que el mundo te acorrala. Eso siempre ha sido así. Has demostrado durante cien años que eres lo bastante fuerte para afrontar tus propios problemas. —Suspiró y apoyó los antebrazos sobre la mesa—. Así que, dime, ¿qué estás buscando en mí ahora?

Había llegado el momento que más temía.

—Te he llamado porque necesito algo. —Odiaba lo pequeña que se sentía frente a él—. Necesito… necesito que me des una gota de tu poder.

Juró que las sombras del salón se agitaron.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Nunca te he pedido nada que no fuera para proteger a otros, y esta vez no es distinto —replicó ella—. El Olvido ya no es un fenómeno aislado: se propaga, se acelera y solo afecta a los mortales. Eso, por sí solo, ya es una anomalía. Y tú… tú no me dices qué ocurre en Bankai. —Alzó la barbilla—. Pero no hace falta que lo hagas, soy consciente de que el equilibrio se está fracturando. No creo en las casualidades cuando la magia empieza a comportarse así. Y tú lo sabes igual que yo.

Los ojos dorados de él se clavaron en los suyos. Durante un instante no dijo nada; luego cruzó los brazos y la señaló con el mentón, serio.

—Cuéntamelo todo.

Savannah le habló de los pacientes que había tratado en los últimos meses y de cómo cada caso parecía peor que el anterior. Le contó también las habladurías que corrían por las calles, cómo los mortales empezaban a culpar a los jinetes, a las criaturas, a cualquiera que tuviera un rastro de poder. Le explicó lo de la reunión, lo de que era posible que planeaban discutir allí y por qué necesitaba aquella gota de poder. Quería desvanecerse en las sombras, moverse sin ser vista, poder escuchar sin que nadie notara su presencia.

—Me han negado toda la información. No sé qué se decide en las reuniones con los jinetes, no me dicen nada. Ni siquiera me consideran una de los suyos; me esquivan como a la puta peste. Mi propio padre me ha puesto guardias… y aun así me las arreglo para desaparecer para ir al centro de sanación cada día, aunque les moleste, aunque no quieran que me mezcle con los mortales ni que los ayude, como si la compasión fuera una enfermedad contagiosa.

Skylar volvió a recostarse en la silla y el crujido de la madera acompañó el gesto cuando apretó el puño.

—No han llegado almas con muertes inusuales a Bankai, lo que significa que no hay asesinatos de mortales causados por el poder de vinculación de los jinetes.

Savannah dejó escapar un suspiro de alivio.

—Entonces no parece que los quieran muertos, si es que todo esto del Olvido tiene que ver con los jinetes. Pero tampoco podemos

señalar a nadie más. —Se llevó una mano al mentón pensativa—. A menos que sea la propia magia. Como si en algunos mortales estuviera produciendo efectos secundarios… ¿Podría ser posible?

—Es una opción —admitió Skylar—. La magia, cuando se desequilibra, no distingue entre cuerpos ni naturalezas. Podría estar filtrándose a través de las fisuras de los mundos.

—Si es así, afectaría a los más vulnerables, a los que no tienen poder para resistirla. —Savannah revolvió entre sus apuntes, desplegando las hojas sobre la mesa—. Tiene sentido, todos los casos registrados corresponden a personas mayores de veinticinco años. Ningún menor se ha visto afectado. Quizá la resistencia a la magia sea más fuerte en las mentes jóvenes… o tal vez el Olvido solo se alimente de mentes ya desgastadas.

—Podría ser, pero no dejemos que las suposiciones nos cieguen. No podemos descartar a los jinetes todavía. Si están implicados, aunque no sean conscientes de ello, el Olvido podría no ser una maldición, sino una reacción.

—Una forma de defensa de la propia magia… —Savannah alzó la mirada, nunca había considerado que la magia, viva y antigua como el mundo, pudiera defenderse. Que aquel fenómeno no fuera un ataque, sino una respuesta. Y si Skylar, que había existido durante milenios, lo creía posible…, entonces debía de haber una razón.

—Tengo que colarme en la reunión de los jinetes, Sky —dijo con determinación—. Necesito saber si están interfiriendo en algo o si el poder está escapando a su control. Según lo que escuche allí, podré actuar de una forma u otra.

Skylar respiró hondo. Se lo estaba pensando.

—Sé que no puedes mediar —continuó convenciéndolo—, pero puedes ayudarme a mí para que yo ayude a los demás. Como siempre hemos hecho.

Él la observó largo rato antes de responder:

—No voy a preguntarte cómo sabes que puedo transferirte parte de mi poder. Pero si eso es lo que me pides, te lo daré.

Lo miró incrédula.

—¿De verdad?

—Con una condición —replicó con firmeza—: no será permanente. Solo hasta que cumplas tu misión. No quiero que nadie perciba que llevas mi magia, y mucho menos tu padre. No tengo ni idea de lo que sería capaz de hacer si lo descubriera.

—Trato hecho —dijo, y casi se lanzó sobre Skylar cuando este se levantó y una capa de sombras, vivas y ondulantes, se formó sobre sus hombros.

Una capucha oscura descendió y le cubrió el rostro. El fuego de la chimenea titubeó. Incluso las llamas parecían temerle, las motas de polvo suspendidas en el aire se detuvieron ante su porte.

Savannah estuvo a punto de preguntarle por el fantasma de Dalton, por aquella brecha de siete mil años que se interponía entre ellos dos, ese vínculo imposible que al parecer los unía. Pero Skylar no había mostrado señal alguna de saber que un espectro caminaba a su lado.

—Una sola pregunta antes de que te vayas.

—Solo una.

—¿Conoces algún caso de un hijo nacido de dos inmortales que haya sobrevivido al parto? ¿Es siquiera posible? Mañana… o pasado, una jinete dará a luz. El embarazo ha ido bien, ambos están

estables, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que el bebé no sobrevivirá.

—Los hijos de dos inmortales no sobreviven, mueren en el parto o a los pocos días. Es… imposible, lo siento. La magia aún no ha evolucionado lo suficiente como para concederle a una jinete ese tipo de milagro.

Ella dejó escapar una risa amarga.

—La inmortalidad…, una dulce maldición.

—La peor de todas.

Skylar levantó una mano y sobre su palma comenzó a flotar una esfera oscura que giraba lentamente sobre sí misma. Las sombras de su capa parecían responder a su movimiento, agitándose al mismo compás. La esfera se deslizó hasta situarse frente al pecho de Savannah.

—Prométeme que no harás ninguna tontería.

—¿Y qué es para ti una tontería?

Skylar alzó una ceja y sonrió con esa malicia tranquila.

—Dejar pasar la oportunidad de matar a quienes te han hecho daño…, eso sí que sería una tontería. Hazlo por mí. —Se inclinó hacia delante—. Te doy rienda suelta para usar mi poder.

Savannah entrecerró los ojos. No era una oferta, sino más bien una provocación medida, una prueba disfrazada de tentación.

—Sé controlarme. Lo quiero para lo que te he dicho. Nada de muertes.

—Una pena.

La gota del poder de la muerte vibró.

—Hazlo, Sky.

La esfera la atravesó con un destello vibrante, y al instante sintió cómo un cosquilleo recorría su pecho y se extendía por cada vena. Un hilo de calor se enroscó en su interior, latiendo con un pulso que no era suyo. El aire se le escapó de los pulmones, la magia le arañó las entrañas y el mundo pareció estremecerse a su alrededor. Se llevó una mano al corazón y las piernas le cedieron hasta quedar arrodillada.

Skylar dio un paso hacia ella, pero Savannah alzó la mano para detenerlo.

—Puedo hacerlo sola…, ahora vete. —Forzó una sonrisa que no consiguió mantener—. Gracias.

—Déjame…

—No. Ya tengo lo que necesitaba.

Durante un segundo eterno, la muerte la observó en silencio. No con dureza ni con ira, sino con esa atención absoluta que solo se le concede a quien ha aceptado cargar con su propio destino. Luego apenas asintió. La oscuridad se arremolinó a su alrededor y lo reclamó, cerrándose sobre su figura hasta devorarlo por completo.

Skylar se había vuelto a ir.

Savannah se quedó sola, arrodillada sobre el suelo de madera, con las lágrimas resbalándole por las mejillas. Intentó inspirar, pero el aire no llegaba; el pecho le palpitaba con violencia, las manos le hormigueaban y una presión le cerraba la garganta.

Cada bocanada de aire era una batalla perdida, un esfuerzo sobrehumano.

—Respira conmigo —dijo una voz a su espalda, acompañada de un toque en la parte baja de la columna—. Inspira hondo…, aguanta un segundo y ahora suéltalo despacio. No luches contra el aire, déjalo entrar.

—N-no puedo.

—Sí puedes —insistió él—. Mírame. Te he visto hacer cosas mucho más difíciles que esto.

Ella alzó la cabeza, todavía con una mano en el pecho, y lo vio junto a ella, con una rodilla hincada en el suelo.

Su fantasma estaba allí.

—Eso es, Savannah, otra vez. Lento. Cuenta conmigo si hace falta. Uno…, dos…, suelta.

El aire entró, torpe, pero entró.

Ella tragó saliva, sentía el pulso aún desbocado, pero ya no la ahogaba. Apoyó la frente un instante contra su hombro, solo buscando anclarse.

—¿Por qué no has vuelto hoy? ¿Dónde has estado? —preguntó ella entre jadeos, luchando por recuperar el control.

—Me he dado cuenta de que desaparezco cuando no me necesitas o cuando tu alma quiere estar sola.

—No tienes derecho a esfumarte así.

—No es que me vaya porque quiera, eres tú quien me aparta.

Sus dedos seguían trazando círculos suaves en su espalda, y poco a poco el dolor del pecho comenzó a desvanecerse. No necesitaba preguntarle si había sido él; solo Dalton podía arrancarle el dolor sin tocar la herida.

—No te he apartado.

—Tu subconsciente sí.

Savannah levantó la cabeza de su hombro, pero no se atrevió a mirarlo. Bajó la vista hasta sus manos, apoyadas en el regazo; los dedos le palpitaban.

—Seguro que fue por la vergüenza —admitió en voz baja—. Por lo de ayer.

No quiso pensarlo demasiado. Aun así, la imagen de ella lanzándose sobre él —sobre el hombre más guapo que había visto jamás— la golpeó de lleno.

Savannah se apartó y quedó apoyada contra el pilar de la chimenea apagada. Las cenizas le mancharon la ropa, pero no le importó. Solo la luz de la luna se colaba por las ventanas, iluminando el salón a medias, y agradeció que él no pudiera ver su cara de idiota.

—¿De verdad te estás muriendo de vergüenza tú? —bufó Dalton —. Fui yo el que se metió en la maldita bañera, el que perdió el control solo con tenerte cerca…, se me puso dura solo con olerte, joder. —Oyó cómo él se dejaba caer también al suelo, apoyado en los antebrazos.

La revelación de Dalton le arrancó una risa. Al principio nerviosa, casi un tropiezo…, y luego una carcajada incontenible, hasta que las lágrimas le nublaron la vista y tuvo que taparse la boca para toser, todavía con el aire faltándole.

—Perdona, no debería… —empezó Dalton, pero ya estaba riéndose también, contagiado por ella.

Savannah se limpió las mejillas con el dorso de la mano.

—No. —Sonrió, todavía sin aliento—. Me siento mucho mejor ahora.

El silencio volvió a instalarse y, sin saber por qué, sin poder ponerle nombre a lo que la impulsaba, empezó a moverse hacia él despacio.

—¿Qué ha sido lo que me ha pasado? Nunca había sentido algo así, era como si me hubieran arrancado el aire, y ni la magia podía ayudarme. Mis pulmones estaban ahí, eran míos, pero no obedecían. Yo…

—Ha sido tu propia cabeza. Cuando llevas demasiado tiempo siendo fuerte, el miedo encuentra una rendija y se cuela. El cuerpo entra en pánico antes de que tú puedas ponerle nombre, y de pronto se le olvida algo tan básico como respirar. —Sus dedos seguían moviéndose despacio por su espalda, anclándola al presente —. Solo dura unos minutos, aunque parezcan una eternidad.

—¿A ti te ha pasado?

—Más veces de las que podría contar. Siempre he intentado tenerlo todo bajo control, comprenderlo antes de sentirlo, buscarle mil razones a cada cosa… y entenderla. Mi cabeza nunca aprendió a callarse, ni siquiera cuando cerraba los ojos para dormir. —Su mirada se perdió en la pared de madera vacía frente a él—. También sé lo que es cargar con el peso de miles de personas, con la idea de que, si tú no las salvas, nadie más lo hará. —Soltó una risa amarga—. Supongo que mi mente no está hecha para el hombre que era… o que debería haber sido. Soy débil, inseguro… y tengo miedo casi todo el puto tiempo.

Aún desorientada, Savannah alzó las manos y buscó su rostro para obligarlo a mirarla. No sabía si era por todo lo que había pasado la noche anterior, por la forma en que la había tocado y cuidado, sin invadir, sin exigir. Pero algo había cambiado, y ya no

podía fingir que no lo sentía. Lo cierto era que le costaba respirar teniéndolo tan cerca; y cuando lo inhaló sin querer, ese olor imposible —que no pertenecía del todo a aquel mundo— la atravesó, como si él llevara consigo polvo de las mismísimas estrellas.

—Vivimos en un mundo donde no se permite que los líderes sientan miedo, donde tenemos que mantener siempre la cabeza erguida, sin dudar, sin flaquear. Estoy tan cansada de fingir que puedo hacerlo.

Cuando Dalton por fin alzó la vista, sus ojos húmedos se encontraron con los de ella, y una lágrima rodó por su mejilla. Savannah comprendió que podía ser la primera vez que Dalton se mostraba desnudo de orgullo.

—Yo también estoy cansado —confesó—. Llevo más de cuatrocientos años sintiéndome así, y nadie se ha dado cuenta. Siempre han creído que el dolor de haber amado demasiado me volvió la sombra melancólica que soy. —Negó despacio—. Pero ahora lo entiendo. No fue el amor lo que me mató, sino el silencio. El haber callado lo que sentía hasta que se pudrió dentro de mí.

Quería preguntarle tantas cosas: quién había sido aquella mujer que lo había marcado de esa forma, por qué le habían hecho tanto daño, cómo había muerto. Pero, sobre todo, quería saber si aún seguía amando a la mujer de la que hablaba.

—Ya no estás solo —susurró acariciándole la mejilla con el pulgar para limpiarle las lágrimas—. Sea lo que sea lo que mantiene tu alma a mi lado, me das la compañía que nunca he tenido.

Savannah no sabía explicar por qué se habían aferrado el uno al otro con tanta fuerza en tan poco tiempo. Quizá ambos se habían entregado a un destino que ya estaba escrito, a la certeza de que

Dalton estaba allí por una razón… y de que solo ella podía verlo moverse entre los vivos.

Tal vez eran dos almas rotas que se habían encontrado en el momento más vulnerable de sus existencias, dos mitades heridas intentando sostenerse mientras esperaban —por primera vez— que el destino les ofreciera la vida que nunca tuvieron.

Dalton levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Siete mil años, Savannah. Estamos luchando contra siete mil años de distancia. —Las palabras se clavaron en ella como una verdad demasiado cruel; ya lo sabía, pero escucharlo de su voz fue diferente.

—No me importa.

No se dio cuenta de en qué momento sus manos habían subido hasta rodearle el cuello, ni cuándo sus dedos se habían enredado en su cabello oscuro. Tampoco supo cuándo él la había empujado con suavidad hacia atrás, ganando terreno hasta que su espalda tocó el suelo de madera. El vestido se alzó, y Dalton se deslizó entre el espacio de sus piernas, erguido sobre ella, mirándola con unos ojos tan cristalinos que el verde en ellos parecía irreal.

—No deberíamos hacer esto. —Él retrocedió—. Estamos mezclando emociones…, estamos débiles y no…

—Me dijiste que me darías lo que te pidiera, y esto es lo único que quiero ahora. No quiero pensar, no quiero salvar a nadie, no quiero entender nada. Solo… esto. —Su respiración se entrecortó—. Mañana ya volveremos a cargar con el peso de este maldito mundo injusto, pero esta noche… déjame olvidarlo todo, déjame…

Dalton se lanzó sobre su boca y ella respondió con el mismo ímpetu, enredando los dedos en su cabello para atraerlo más hacia

sí. Sus lenguas se encontraron, y Savannah sintió que el suelo desaparecía bajo ellos.

Cada movimiento se volvía más desesperado. Las manos de Dalton ascendieron por su muslo desnudo, dejándole un rastro de fuego en la piel. Ella se arqueó, entregada a esas caricias fantasmales que la recorrían y se abrían paso hasta su cadera.

Savannah no pudo evitar soltar un gemido cuando su mano la sujetó con firmeza por la cadera y la pegó más a él. El contacto fue inmediato, devastador: una corriente caliente le recorrió la piel, borrándole cualquier pensamiento coherente. Todo en ella respondió, como si su cuerpo supiera exactamente dónde encajar.

—Eres puro placer —jadeó él contra sus labios antes de perderse en el espacio que separaba su cuello de su pecho. Luego, su mano se deslizó más abajo, y sus cinco dedos se clavaron en su culo—. Tu cuerpo responde al mío como si me recordara… Savannah…

Que Dalton dijera su nombre la volvió loca.

Por todos los dioses, ¿qué estamos haciendo, Dalton?, pensó.

La apretó contra él con tanta fuerza que sintió toda su dureza entre sus piernas, y por puro instinto carnal se movió, al igual que aquella vez en la bañera, cuando el deseo los había arrastrado sin remedio.

Me estás poniendo enfermo.

La madera crujió bajo la mano que él apoyó junto a su cabeza; Savannah habría jurado que sus dedos se hundían en el suelo. Los labios de Dalton volvieron a los de ella, mordiéndolos, succionándolos hasta arrancarle decenas de jadeos ahogados. No la besaba, la devoraba, como si con cada roce intentara borrar los siete milenios que los separaban.

Nunca había sentido algo así. El placer no venía solo del cuerpo, sino de algún lugar más profundo. Agradeció no encontrarse en Arcadia; allí habría culpado a la magia lujuriosa de su comportamiento. Pero aquello… aquello no era simple deseo.

Era una corriente de magia que los unía y los arrastraba.

Las manos de Savannah subieron por su pecho, jugando con la tela que lo cubría. Sus dedos se deslizaron por el borde de la camisa y, con un tirón brusco, la rasgó como si tuviera garras, como si fuera un animal hambriento al que por fin le hubieran soltado la cadena.

Pero entonces, tan de golpe como había llegado el deseo, se desvaneció. Dalton se apartó, jadeando, y su cuerpo chocó contra la pata de la silla.

—Yo… —intentó hablar.

Savannah se llevó una mano a los labios, la vergüenza le ardió bajo la piel al darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—Perdón, me he dejado llevar, no sé qué me ha pasado —empezó a disculparse él, las palabras tropezando entre sí.

Pero al mirarlo entendió que no era arrepentimiento lo que lo dominaba. Dalton no parecía avergonzado, sino aterrorizado.

—No eres tú, no sé cómo explicarlo. He recordado… Mierda.

Se llevó una mano al cabello y tiró de él con frustración. Si aún tuviera un cuerpo vivo, Savannah estaba segura de que su pecho se agitaría igual que el suyo minutos atrás.

Había sido una idiota, una completa idiota.

Por primera vez, deseó poder desandar cada segundo, borrar sus gestos, tragarse cada impulso. Había cruzado una línea sin querer, y ahora lo tenía delante, intentando recomponerse entre los pedazos de un recuerdo que jamás debió despertar.

—Lo siento… Debí haber tenido más cuidado, no debí… no debí haberte tocado así, ni romperte la camisa, ni ser tan brusca.

—No soy un puto crío asustado.

Nada más decirlo, el arrepentimiento le cruzó el rostro como una sombra. Savannah vio la rabia, sí, pero sobre todo la vergüenza que se escondía tras esta.

—No debí haberte hablado así.

—Nunca he pensado eso. Ni un solo segundo.

Dalton se incorporó, pero no se atrevió a acercarse. La oscuridad de la habitación pareció espesarse, la luz de la luna se apagó detrás de las nubes, y lo que antes era un hombre volvió a ser un fantasma, con el mismo rostro triste que lo inundaba desde que lo había conocido.

—No es tu culpa. Es solo que después de aquello no volví a tocar a nadie. No dejé que nadie me tocara. —Se pasó una mano por el rostro, exhausto—. Necesito… necesito pensar.

Ella asintió, y él hizo lo mismo.

—Buenas noches, Dalton.

En cuanto las palabras abandonaron sus labios, el cuerpo de él comenzó a desvanecerse. La niebla lo envolvió poco a poco hasta borrarlo por completo, dejándola sola frente al espacio vacío donde un instante antes había estado su fantasma.

Aquella noche Savannah apenas durmió. Daba vueltas en la cama, atrapada entre los pensamientos que la asaltaban una y otra vez: la conversación con Skylar, el beso con Dalton, el miedo en su mirada.

Cuando por fin cerró los ojos, deseó que los días siguientes fueran mejores. Pero, por primera vez en su vida, su deseo no se cumplió.



14

Lorelei apretaba con fuerza la mano de su marido mientras gritaba de dolor. Las lágrimas resbalaban por el rostro de ambos, mezcladas con el sudor y el miedo. Savannah, a su lado, hacía todo lo posible por traer el bebé al mundo, repitiéndose una y otra vez que todo iría bien, que esa vez la muerte no se cobraría otra vida.

—Solo un empujón más —la animó Savannah mientras veía cómo la cabeza del bebé, cubierta de cabellos oscuros, asomaba poco a poco.

Deslizó con cuidado las manos bajo los hombros diminutos, guiando al recién nacido hasta liberarlo por completo con un último esfuerzo de la madre. El cuerpo húmedo y tibio cayó en sus brazos, aún unido a ella por el cordón umbilical que latía débilmente.

—Por favor, vive… —susurró una y otra vez, convirtiendo la frase en un mantra mientras limpiaba la boca y la nariz del bebé para que respirara.

Entonces esperó. El silencio se hizo tan angustioso que podía oír los latidos en sus propias sienes. Hasta que un llanto agudo y

poderoso estalló en la estancia, atravesando el miedo como un rayo.

Savannah sonrió entre lágrimas.

—Eso es, pequeño. —Lo alzó y lo envolvió en una toalla limpia—. Está respirando, está fuerte, está vivo.

—¿Un niño? —repitió Lorelei—. ¡Por los dioses!

El padre rompió a llorar sin dejar de besar a su esposa una y otra vez. Savannah colocó con cuidado el bebé sobre el pecho de la madre, y se incorporó con las manos manchadas de sangre. Buscó las tijeras, limpió la hoja con agua hervida y cortó el cordón umbilical antes de prepararse para suturar el desgarro que se había producido durante el parto.

Se giró hacia la mesa para preparar lo necesario para el posparto, pero sus manos temblaban. Aún podía sentir el eco del miedo recorriéndole los dedos, como si en cualquier momento todo pudiera desvanecerse, como si ese llanto que llenaba la habitación fuera solo un sueño del que temía despertar.

—Eres excepcional —oyó la voz de Dalton desde la esquina.

Sabía que él había estado allí todo el tiempo. Lo había sentido moverse por la casa, caminar por el pasillo durante las quince largas horas que había durado el parto. No quería pensar en lo que había ocurrido cuatro noches atrás, no ahora, no en medio de aquel milagro. Pero sabía que, de no haber estado Dalton allí, todo habría sido diferente. La madre, bajo la influencia de su poder de vinculación, apenas había sentido el dolor que debería haberla destrozado.

Gracias por aparecer. Alzó la mirada hacia él, pero un grito desgarrador la heló.

—¡No respira! ¡Dioses, no respira! —La madre se incorporó bruscamente con el bebé entre los brazos.

Savannah corrió hacia ella. El niño yacía inmóvil, los labios empezaban a tornarse azulados y la piel palidecía como la cera.

—Dámelo, rápido. —Lo tomó con cuidado y lo colocó sobre la mesa. Comenzó a presionar su diminuto pecho con las yemas de los dedos, una y otra vez, mientras murmuraba—: Vamos…, vamos, pequeño, respira…

—¡Haga algo! ¡Por favor, haga algo! —suplicó Lorelei entre sollozos.

Savannah siguió intentándolo. Una, dos, tres veces. El cuerpo del bebé permanecía quieto, sin un solo movimiento.

—Vamos, respira, por favor, respira…

Entonces sintió aquella familiar sensación.

Un hilo invisible se tensó en su interior, fino y frágil como una promesa a punto de romperse. Era el vínculo: la vida y la muerte tirando desde extremos opuestos. Savannah se aferró a él con todo lo que tenía, como había hecho tantas veces antes. Notó cómo vibraba, cómo resistía apenas un instante más bajo sus dedos, y durante ese segundo creyó que podría sostenerlo, que bastaría con quererlo lo suficiente.

Pero el hilo cedió.

La sensación fue suave y brutal a la vez, como cuando algo se escapa sin hacer ruido. Savannah se quedó suspendida en ese vacío, negándose a aceptar lo evidente. Acercó el rostro al del bebé, rozó sus labios con los suyos, buscó el más mínimo aliento, un temblor, cualquier señal que le dijera que aún no era demasiado tarde.

No había nada.

Solo silencio.

—Lo siento, no he podido… no he podido salvarlo.

Levantó la mirada hacia Dalton, que estaba a su lado, tan quieto que parecía una sombra más. Los padres, sin embargo, ya no lloraban. Permanecían inmóviles, con los ojos abiertos y fijos en la chimenea, sus rostros vacíos de toda expresión.

Ella dio un paso atrás con el corazón encogiéndosele en el pecho.

—¿Qué les ha pasado…? —le preguntó Savannah a Dalton, mirándolo con miedo—. ¿Qué les has hecho?

—Dime, Savannah. —Posó una mano en su codo—. ¿Preferirías vivir con el dolor de perder a un hijo durante toda una vida inmortal? ¿Podrías respirar sabiendo que ese vacío nunca se llenará?

—¿Qué… qué me estás pidiendo?

—Solo quiero saber si podrías ser feliz.

Savannah miró a los padres, con los ojos vacíos, atrapados en un trance que parecía ajeno al dolor. Luego bajó la vista hacia el bebé en sus brazos. Tan pequeño, tan quieto. Pensó que, si fuera suyo, no podría vivir con esa herida, con ese peso clavado para siempre en el alma.

En aquel instante comprendió lo que Dalton pretendía hacer. Le estaba pidiendo que eligiera. Así que reunió todo el valor que le quedaba y toda la falta de moral que la decisión exigía y tomó la decisión final.

Miró la sangre. Sabía que la herida sanaría en cuestión de horas; la inmortalidad tenía ese cruel consuelo. No quedaría ni rastro del dolor del parto, ni de las lágrimas. Solo quedaba recogerlo todo, esperar a que la herida cerrara… y fingir que nunca había pasado.

—Borra de sus recuerdos que alguna vez esperaron un hijo. Y también de la mente de cada jinete y de cada mortal del imperio. Es la única misericordia que puede concedérsele a unos padres que han visto morir a su hijo.



15

El sonido de unas arcadas procedentes del baño privado hizo que Dalton se incorporara de inmediato. Abandonó los dibujos sobre la mesa y echó a correr hacia la habitación de Savannah, donde la encontró arrodillada frente al inodoro, con las manos apoyadas a cada lado, vomitando lo poco que él había conseguido que comiera aquella mañana.

Dalton se arrodilló detrás de ella y le recogió la melena dorada en un puño mientras con la otra mano le acariciaba la espalda.

Savannah no había mencionado el encuentro con Iron Shadow, pero no le hizo falta. Él lo supo en cuanto la besó aquella noche. Las sombras en las esquinas no solo se estremecieron, se inclinaron hacia ellos, la oscuridad se pegó a su piel como si celebrara algo que ni él mismo entendía.

Comprendió que Skylar le había entregado la gota de poder.

—Solo es el precio a pagar. —Dalton le ofreció un paño—. Tu cuerpo se está acostumbrando a la magia.

—Odio vomitar. Aunque… —ella lo miró con los ojos encendidos, todavía arrodillada— una parte de mí sabía que esto iba a pasar. Cuando me vinculé a Moonveil me tiré dos semanas con fiebre. Pero desde entonces no me pongo enferma. —Dejó caer el trapo a un lado—. Supongo que no me viene mal que el cuerpo me recuerde de vez en cuando que sigo siendo de carne y hueso.

Savannah se levantó despacio y tuvo que apoyar una mano en la pared para no caerse de lado. Se ajustó la bata rosa palo al pecho y avanzó hasta el espejo. Frunció el ceño al mirarse.

—Por todos los dioses… —Se inclinó hacia el espejo hasta casi pegar la nariz al reflejo—. En momentos como este agradezco ser una jinete. No quiero ni imaginar estas ojeras siendo mortal. —Se estiró la piel del rostro—. Dalton. Mi crema. Ya.

Él ni siquiera preguntó cuál, la había visto aplicársela mañana y noche, sin excepción.

—Rápido, Dalton —insistió sin mirarlo siquiera.

Él fue directo al estante y tomó el tarro correcto: el de cristal azul. No el dorado. Jamás el dorado; ese era solo para las noches.

Se lo tendió y Savannah se aplicó la crema; solo entonces pareció calmarse.

—Mucho mejor —murmuró al cerrar el envase.

Sin añadir nada más, volvió a meterse en la cama y se arropó hasta la barbilla, como si él no estuviera allí.

Llevaba dos días sin moverse de ese lugar, hecha un ovillo entre las sábanas, sin atender a un solo paciente y comiendo apenas un par de bocados. No quedaba ni rastro de sus vestidos rosas, ni de sus uñas cuidadas, ni de la melena rubia que siempre parecía

brillarle; ahora tenía el cabello enredado, la piel pálida y los ojos apagados.

Dalton sabía que no era culpa únicamente de la gota de poder; había visto a sus jinetes soportar mareos y náuseas, pero nunca algo así. El dolor de Savannah no era solo físico. Y él sabía que gran parte de ese peso en su mente, de esa oscuridad que la tenía hundida, era culpa suya.

A veces, mientras Savannah dormía, sus pensamientos se deslizaban dentro de la mente de Dalton sin pedir permiso: la culpa por haber borrado de la memoria de aquellos padres la muerte de su bebé, por no saber cómo manejar el olvido, por no sentirse suficiente… Pero, entre todos ellos, uno lo atravesó con fuerza: el remordimiento de haberlo asustado cuando lo besó.

Ese fue el pensamiento que más le dolió escuchar.

Él no se arrepentía de haberla besado. Dioses…, aún tenía el sabor de sus labios en la boca, el perfume a flores aferrado a su piel, la suavidad de sus muslos grabada en la palma de su mano. Y aquellos jadeos seguían repitiéndose en su cabeza una y otra vez hasta volverlo jodidamente loco.

Pero cuando Savannah le arrancó la camisa, algo dentro de él se desequilibró. No fue el deseo —ese seguía ardiendo, indómito, voraz —, fue el recuerdo. La imagen de la Dama sobre él susurrándole órdenes mientras lo despojaba de todo.

De su fuerza.

De su voluntad.

De sí mismo.

Maldita sea, se sentía tan poco hombre por aquello. Como si su masculinidad se hubiera hecho añicos aquella noche y cada intento

de recomponerse solo le recordara que seguía roto. El momento que debía hacerlo sentir vivo, en paz y feliz… se había desmoronado. Porque, en cuanto Savannah lo tocó, algo dentro de él se quebró. Su mente, ingrata y cruel, no le devolvió el tacto de sus manos suaves, sino el recuerdo de otras, ajenas y sucias, que aún lo perseguían en la oscuridad.

Si Dalton hubiera podido vomitar, lo habría hecho. Si su cuerpo aún fuese humano, se habría encerrado en un armario durante días, hasta que el mundo olvidara su nombre. Como el cobarde en el que se había convertido a lo largo de esos malditos meses, habría arrastrado su culpa como una sombra pegada a la espalda, fingiendo entereza cuando por dentro no quedaba nada más que ruina.

Pero no iba a hacerlo, tenía que levantar la cabeza y centrarse en ella.

—No debí haberte puesto en esa situación —dijo él desde el otro lado de la habitación, recostado en el sillón.

Bajo las sábanas, Savannah se movió.

—Soy la futura emperatriz, fue mi decisión y la asumí. No necesito que nadie me proteja de mis propias elecciones. Pero no estoy así solo por haber borrado la memoria de unos padres. —Se incorporó —. Lo que me enfurece es que no hubiera ni un solo jinete allí. Nadie más se hizo cargo. Solo yo. Como siempre.

—El bebé no habría sobrevivido de todos modos. Ese era su destino.

—Tú no sabes nada del destino. Nada está escrito, nada está dictado. Que nunca antes haya nacido un hijo de dos inmortales no significa que sea imposible.

—La esperanza también mata, ¿lo sabías?

Ella se levantó de la cama y la bata se deslizó por sus hombros, resbalando hasta dejar al descubierto parte de su piel.

—¿Y tú qué sabes de la esperanza, Dalton? Apenas sé quién eres, pero todo lo que me demuestras es que te pareces a ellos.

—¿Eso crees?

—Sí. —Dio un paso hacia él—. Como los que prefieren mirar a otro lado cuando una mujer va a perder a su hijo. Como mi padre, que me envió aquí con la excusa de ser una simple matrona, cuando lo único que quería era que me cansara de ayudar, que me rindiera, que dejara de creer que podía cambiar algo. Porque, claro, para ellos la compasión es una debilidad.

Él se incorporó con los puños apretados.

—No me hables de esperanza. He visto decenas de embarazos de inmortales fracasar; decenas, Savannah, y llevo siglos cargando con eso. He tenido esperanza por necesidad, no por fe. La esperanza de que las guerras acabaran, de que millones de personas bajo mi cuidado no murieran, de que mis jinetes y mis soldados no fuesen arrastrados a otra masacre que yo no podía evitar. La esperanza es un lujo cuando eres quien debe sostener a otros, pero es también lo que termina matándote más lento.

—Eras el emperador…

—Lo fui.

Pareció que toda la rabia que la había obligado a levantarse de la cama se evaporaba de golpe, y en su lugar, la incertidumbre se le dibujó en el rostro, desplazando cualquier otra emoción.

—Parecías desconcertado la primera vez que viste a los dragones sobrevolar la ciudad, y no porque nunca hubieras visto uno, sino porque jamás habías visto tantos. Nadie va a sobrevivir…, ¿verdad?

Sus puños no aflojaron el cierre; Dalton repasó con la mirada ese rostro que tenía delante, buscando en él una forma de decir lo imposible. ¿Cómo podía contarle a aquella mujer —que aún era humana— que se había convertido en un fantasma como el que tenía delante? ¿Cómo podía confesarle que su destino era esperar a que otros murieran para llevar sus almas a Bankai?

—No. Nadie va a sobrevivir.

Ella guardó silencio durante lo que pareció una eternidad, quizá asimilando la verdad de que ni siquiera ella podría escapar de aquello. Ni las vidas por las que se desvivía, ni los niños del centro. Nadie.

—Todos mueren, y ni siquiera Skylar sabe qué va a pasar. —Savannah dejó escapar el verdadero nombre de Iron Shadow—. Cree que lo que está ocurriendo tiene que ver con la magia, que algo en ella se ha desequilibrado. Dice que ese poder, ese caos que se desborda, podría estar filtrándose a través de las fisuras entre los mundos.

—Sé que esperas que te cuente lo que ocurrió siete milenios antes de que yo gobernara este imperio, pero lo único que se sabe es que una gran guerra lo destruyó todo.

—Pero estás aquí, Dalton. Estás aquí por algún motivo. ¿Y si puedes cambiar las cosas? ¿Y si, ayudándome, evitamos que esa guerra llegue a hacerse realidad?

Ella se dio la vuelta, corrió hacia la mesa del salón de la pequeña casa y comenzó a apartar frascos, vendas y montones de papeles desordenados.

—Enciende la chimenea —le pidió, y Dalton, por reflejo, alzó una mano antes de recordar que ya no tenía ese poder. Savannah no se

sentó; simplemente le mostró una libreta repleta de notas y cifras—. Has… has dicho que una guerra terminó con todo.

—Sí.

Se colocó frente a ella, y fue casi sobrecogedor ver cómo, con un poco de determinación, Savannah parecía retornar a la vida. El rubio de su cabello recuperó su brillo, el color regresó a sus mejillas y la fuerza volvió a instalarse en su mirada.

—Bien. —Tomó una hoja y se la tendió—. Estás viendo la catástrofe desde el punto de vista de alguien que aún no entiende cómo terminó el mundo destruido. Pero toda desgracia tiene un origen, y lo único que me ha desconcertado en este último siglo ha sido el Olvido. —En el papel, vio columnas de nombres, edades y síntomas, todos rodeados con tinta—. Debe de tener un origen mágico, pero aún no sabemos si proviene de la tierra… o de los jinetes.

—Puedo contarte todo lo que sé. —Se sentó con cierta euforia contenida—. No es mucho, nunca encontré registros exactos, solo fragmentos, leyendas muy antiguas. —Apoyó los codos sobre la mesa y, por un instante, pareció el hombre que había sido años atrás, el estudioso que diseccionaba cada misterio del mundo—. Pasé años buscando respuestas, rastreando la historia y los orígenes de la magia.

Savannah percibió en cierta medida aquel cambio y, contagiada por la curiosidad, se sentó frente a él con una sonrisa ladeada.

—¿Qué pasa? —Dalton arqueó una ceja.

—Es solo que parece que llevas siglos esperando contar todo esto.

—¿No estás molesta porque no te lo dijese antes?

—Skylar tampoco puede interferir en el mundo mortal. —Enlazó los dedos sobre la mesa—. Supongo que por eso no me lo contaste antes. Sabías que, si yo conocía todo esto…, podría alterar el equilibrio.

Dalton suspiró y desvió la vista hacia la ventana, aún era por la tarde.

—No sé si el mundo que conoces acabará mañana o dentro de quinientos años, pero si existe una mínima posibilidad de evitar lo que viene, si hay una forma de frenar lo que ya pasó, entonces yo también pondré mi grano de arena.

—Somos la esperanza personificada —rio ella por primera vez en días, llevándose una mano al pecho, justo donde la bata quedaba peligrosamente abierta. Su mirada se desvió, apenas un segundo, lo suficiente para que ella lo notara—. ¿De verdad fuiste un emperador de cuatrocientos años? Porque parece que no has visto a muchas mujeres desnudas.

Él inspiró hondo tratando de no sonreír. Sentía el vínculo tensarse entre ambos, ese hilo invisible que los unía sin remedio.

—No he visto a muchas mujeres desnudas, y mucho menos a una jinete de dragón.

—Qué pena, yo sí he visto a muchos. Nada fuera de lo común. —Movió una libreta hacia el centro de la mesa y tomó una pluma—. Empecemos, cuéntame todo lo que sepas sobre la guerra. Incluso si son leyendas o rumores, cualquier información puede servirnos.

Dalton apretó los dientes, molesto consigo mismo. No debía pensar en ese beso… y, aun así, su cabeza regresaba a él. Recordó el encaje perfecto de su cuerpo contra el suyo, el ritmo irregular de su respiración, ese gemido traicionero…

Se pasó la mano por la nuca y bufó.

Sí. Definitivamente había querido comérsela viva.

—Hay algo que se decía sobre el pasado —comenzó Dalton—. Hace milenios, mucho antes de que…

—¿De qué tú nacieras?

—Se decía que la magia no era libre, se arrancaba de la tierra, se exprimía de los cuerpos, se poseía a la fuerza. Y que, tras siglos de abuso, la magia hizo lo único que podía hacer para sobrevivir.

—Huir.

Dalton asintió.

—Se escabulló hacia abajo, filtrándose por las grietas, deslizándose entre las fisuras de la tierra hasta huir de la superficie. Desapareció de la vista de quienes la consumían sin piedad. Y creo que podemos intuir quiénes eran. Vi a los jinetes en Arcadia, en la grieta. Usan la magia para marcar territorio y recordar a todos los mortales quién manda. El poder de vinculación para ellos es estatus, y creen que eso les da derecho a disponer, a imponer, a follar sin preguntar. La magia convertida en una excusa para no rendir cuentas.

—Sé cómo son mis jinetes, y mi padre. En este imperio, la magia va demasiado de la mano de la lujuria y del abuso de poder.

—El problema no es el imperio, son quienes se creen imprescindibles para sostenerlo. Cuando yo era emperador, esto no pasaba. Los jinetes eran libres, sí, pero no se consideraban por encima de nadie. No había jerarquías basadas en el deseo ni en el poder mal usado. La magia no suponía un privilegio para aplastar a otros, sino una responsabilidad.

No le hacía falta leerle los pensamientos a la mujer que tenía delante; sabía que la curiosidad la estaba matando, pero, en lugar de preguntar, rebuscó bajo unos papeles mal apilados, sacó un plato de galletas de chocolate que llevaba días allí y se puso a comérselas como si nada.

—¿Estaba prohibido el sexo en tu imperio?

—No he dicho eso.

—Ajá… Es que tienes toda la pinta de emperador estirado. De los que no saben divertirse.

Dalton soltó una carcajada breve pero sincera. Sabía lo que estaba haciendo: provocarlo. O, más bien, empujarlo a tomarse aquel tema con un poco más de humor después de lo que había ocurrido varias noches atrás.

—Nunca me interesó acostarme con cualquiera. —No era del todo mentira—. Siendo emperador, muchas mujeres no se habrían acostado conmigo por mí, sino por el trono.

Savannah tosió y casi se atragantó con la galleta.

—Tienen una percepción bastante distorsionada de la realidad. Más concretamente de cómo te ven.

Lo recorrió de arriba abajo sin ningún pudor.

—Deja de comerme con los ojos, Alteza, y termínate la galleta —añadió señalando el plato—. Y no, no lo digo por falta de atractivo. No tengo tan poca autoestima. Tú ya me entiendes.

Savannah sonrió, esa vez sin burla.

—Creo que no te veían como un trono ni como un cuerpo. Te veían como lo que eras: un buen emperador… y un buen hombre.

Aquellas palabras lo golpearon más fuerte de lo que esperaba. No porque fuesen un halago, sino por todo lo que habían hablado antes,

por todo el miedo que Savannah había visto en él cuando lo tocó.

Dalton cambió de tema:

—Además, volviendo al sexo, durante los primeros años los jinetes no pueden acercarse a los mortales. La falta de control sobre la magia puede matarlos. Cuando por fin aprenden a controlarla, entonces sí. Disfrutan del sexo como cualquiera, sin necesidad de sentirse superiores. Aunque, bueno… —se encogió de hombros— es inevitable que algunos tengan el ego subido, pero para eso estoy yo… o estaba.

Savannah bajó la mirada al suelo que había bajo sus pies.

—Nos hemos desviado del tema, pero tienes razón. Puede que la magia esté desapareciendo porque los jinetes la consumen sin miramientos. Pero ¿hacia dónde va?

—No sé si puedo contarte todo lo que sé —admitió Dalton—. Ni siquiera cuando era emperador comprendía del todo la guerra del pasado, ni la que se nos venía encima. Hace no mucho supe de la existencia de una ciudad bajo el imperio… ¿Has oído algo sobre eso?

—No. Nada sobre ninguna ciudad —vaciló ella—. Siempre nos han enseñado que la magia ha estado ahí, formando parte de la tierra: en los bosques, en las criaturas, en lugares concretos donde parece concentrarse. Los mortales, en cambio, son los únicos que no tienen acceso directo a ella, y nadie se ha parado nunca a preguntarse por qué. —Se cruzó de brazos, inquieta—. Se nos repite que la magia es libre, que fluye donde quiere, pero no es del todo cierto. Hay zonas en el imperio donde es más intensa, como Aurik, y otras donde apenas se percibe. En Novadia es débil y en Arcadia…, lo viste tú mismo.

—También se dice que la ciudad… no es solo una ciudad —añadió él—. Que es una especie de prisión.

—¿Una prisión para qué?

—Ahí abajo hay un monolito, se llama el Ojo de Nyxar, una estructura capaz de drenar la magia, de anularla por completo. Yo… —Se pasó una mano por el cabello, revolviéndolo con nerviosismo—. La Dama está buscando el Ojo de Nyxar.

Savannah dejó la galleta a medio comer sobre el plato; la porcelana tintineó al tocarla.

—¿La Dama? ¿Existe de verdad la portadora de la llama valirio?

Dalton la miró, atónito.

—¿Aquí nadie habla de ella?

—Sabemos que procede de Valdemar, sí…, pero nunca hemos visto su fuego esmeralda. Su nombre solo aparece en leyendas, como si fuera otro mito más.

—Yo también lo creía. Pensaba que Iron Shadow era quien tenía el poder de la llama valirio en sus manos, no sabía nada de ninguna mujer. Pero ahora que lo he visto con mis propios ojos sé que la llama valirio no es ningún mito. Ella fue la chispa que encendió la Gran Guerra. La fuerza que empujó a Kaiserin, la primera llama, a intentar destruir el mundo entero. No Iron Shadow, a quien yo creía culpable.

—Mi hermano no tuvo nada que ver con eso.

—Soy consciente. Pero durante siglos nadie me había desmentido esa versión.

—Kaiserin es la portadora de la llama azul. Eso sí lo sé.

—¿Qué sabes de ella?

—Que es el fénix, la imagen misma del resurgir. Su llama no cambia de portador ni de cuerpo. Cuando muere, pueden pasar siglos… e incluso eras enteras antes de que renazca. Es la criatura más inmortal que existe sobre la tierra, más que la muerte. Mi hermano intenta resolver asuntos en Bankai, pero se le escurren entre los dedos. —Soltó una risa amarga, sin un atisbo de humor—. El futuro parece ya escrito. Y, si lo que se avecina es una guerra de llamas…, nadie podrá detenerla. Ni siquiera la muerte, por muy poderosa que sea.

—No debería haberte contado nada… No es fácil cargar con la idea de que todo puede acabar así.

—Valoro tu sinceridad, Dalton. Y creo que ninguno de los dos puede controlar lo que viene, pero sí podemos prepararnos. —Deslizó la pluma entre los dedos—. Debería anotarlo todo. ¿Puedes empezar desde el principio?

Dalton recorrió la estancia con la mirada y, tras un segundo de silencio, negó despacio.

—Tengo una idea mejor. —Se levantó de la silla, que chirrió al arrastrarse por el suelo—. Llevas una gota de la muerte en el cuerpo. Y antes de esa reunión, vamos a tener que probarla.

Savannah cerró el cuaderno.

—Solo dime qué tengo que hacer.



16

—No.

Savannah se negó de inmediato; el plan de Dalton era una locura.

Él le había confesado que, antes de morir, había sido emperador, que su mundo se había consumido en fuego hasta quedar reducido a cenizas, que todo cuanto amaba había desaparecido. Y aun así, lo que realmente lograba asustarla no era aquella historia, sino lo que él le pedía ahora: poner a prueba el poder de la muerte.

—No voy a desvanecerme.

—No era una pregunta.

—No creo ser capaz. He visto cómo lo hace Skylar, cómo su cuerpo se convierte en humo y sombras, pero eso… eso no es algo que yo pueda hacer.

—Deja de dudar —la interrumpió—. Si intentas llegar al Refugio con Moonveil, te interceptarán antes de cruzar siquiera las montañas. En cambio, si usas el poder de la muerte, podrás moverte entre las sombras. Los jinetes no vigilan lo que creen que no existe; mientras ellos buscan alas en el cielo o pasos en la nieve, tú podrás

deslizarte delante de sus narices. Es la única forma de entrar sin levantar sospechas.

Savannah miró a su alrededor. Habían caminado hasta uno de los bosques más antiguos y majestuosos de la cordillera de Novadia: las secuoyas lumínicas de Arven, árboles tan altos que sus copas se perdían entre la niebla. Sus hojas desprendían un brillo azul verdoso, y en sus troncos, la corteza se movía lentamente, formando lo que parecían ojos dormidos que se abrían solo con la luna llena. Se decía que eran los árboles guardianes, capaces de recordar cada voz, cada palabra pronunciada bajo su sombra, y susurrarla siglos después a quien supiera escuchar.

Dalton había caminado observándolos con asombro. Savannah estuvo a punto de preguntarle por qué los miraba como si nunca hubiera visto nada igual, pero se mordió la lengua. La pena la golpeó al pensar que, en el futuro del que él venía, aquellos árboles ya no existían.

—Dime qué debo hacer. —Lo vio dudar, y bufó—. ¡Oh, venga ya! Menudo maestro estás hecho.

Dalton la fulminó con la mirada.

—El poder de la muerte puede darte muchas cosas, pero hoy vas a aprender la más fácil de todas: desvanecerte.

Savannah abrió la boca para preguntar cuáles eran esas otras cosas, pero algo en su interior le dijo que lo descubriría tarde o temprano.

—¿Cómo demonios sabes todo esto?

—Es una historia larga, y no tenemos tiempo para cuentos. Pero el resumen es simple: todo mi ejército recibió una gota del poder de la muerte. Mis líderes, mis jinetes…, todos.

—¿Y tú no?

—Me negué.

Savannah abrió los ojos con incredulidad.

—¿Te negaste y ahora me has obligado a mí?

—Te he dicho que es una historia larga, y tiene que ver con la mierda de valores que quería defender, ahora pienso distinto. —Suspiró, molesto consigo mismo, y se sacudió la nieve que le caía sobre el cabello negro—. Lo que quiero decir es que, aunque no acepté el poder, estuve en las lecciones. Vi cómo lo hacían, aprendí lo necesario. —Señaló una secuoya cercana, cuyas raíces emitían un resplandor violáceo bajo la nieve—. Cierra los ojos, concéntrate en ese árbol. No lo pienses demasiado, no luches contra el poder. Deja que te encuentre.

—¿Y si no funciona?

—Entonces te caes de bruces en la nieve y aprendemos por las malas.

Maldita sea, estaba nerviosa. Había vivido siempre rodeada de magia —la inmortalidad poseía la suya propia—, pero nunca había tenido un vínculo que le permitiera conectar con algo más allá de su cuerpo, más allá del mundo tangible. Por primera vez, la magia no iba a rodearla, sino a atravesarla; no sería una mera espectadora, se convertiría en el conducto mismo por donde respiraba el poder.

«Puedes hacerlo —se dijo cerrando los puños—. No eres una maldita cobarde».

Se concentró, obligando a su cuerpo a obedecerla, le pidió que se desdibujara, que desapareciera del mundo físico.

Las botas rosas se hundieron en la nieve, y la humedad se filtró por el tejido y empapó el uniforme, que se pegó a su piel, como si el

propio mundo intentara retenerla un segundo más antes de dejarla ir.

Y luego no sintió nada.

Las sombras la reclamaron con suavidad y la oscuridad la rodeó, no para devorarla, sino para guiarla. No gritó; no había miedo, solo una entrega tranquila, una rendición al poder que fluía dentro de ella. Un instante después, el peso volvió, los pies hallaron la tierra y su cuerpo chocó de lleno contra algo sólido: el tronco de un árbol. La frente le dolió, pero la risa le brotó igual, entrecortada, mientras caía de espaldas sobre la nieve y el mundo volvía a tomar forma a su alrededor.

—¡Joder, Savannah! —Dalton estaba encima de ella.

—Tenía hambre y al parecer el árbol era muy tentador —rio tan fuerte que el estómago le dolió. Quizá era la adrenalina o la felicidad pura de saber que, por fin, después de un siglo y dos décadas, la magia respondía ante ella.

—Levántate, hay mucho que mejorar. —Le tendió una mano. Savannah se la tomó, todavía riéndose, y se puso en pie. Dio un par de pasos torpes sobre la nieve y empezó a moverse, meneando las caderas con una sonrisa satisfecha.

—¡Anda! Si no ha sido tan difícil. —Bailoteó—. Te digo una cosa: perdiste tu oportunidad en vida. El mundo se mataría por un poder así.

—¿Y por qué crees que empiezan las guerras, cielo? —ronroneó Dalton contra un árbol, con los brazos cruzados.

Que la llamara «cielo» hizo que los dedos de los pies se le enroscaran dentro de las botas, pero no pensaba darle ese gusto.

Puso los ojos en blanco y resopló, como si no le hubiera afectado en absoluto.

—No coquetees con una emperatriz. Puede ser muy peligroso.

—Un emperador tiene permiso para hacer lo que le venga en gana —replicó, y alzó el índice y se lo plantó en la frente—. Además, relájate. El árbol te ha dejado un chichón con motas brillantes; si frunces el ceño, se nota más.

—¿¡Qué!? —Le apartó la mano de un manotazo y rebuscó en su bolsa. Sacó un pequeño espejo, de esos que siempre llevaba por si acaso, y se examinó con atención. Al comprobar que no había nada, alzó la vista, indignada—. ¡Mentiroso!

—¿Quién demonios lleva un espejo encima en mitad de un entrenamiento?

—Una mujer previsora. Te vendría bien uno. ¿Quieres mirarte? —Le giró el espejo y lo acercó a ese rostro perfecto que, para su desgracia, se había colado en sus sueños más de una noche. Dalton ladeó la cabeza de golpe; el gesto fue rápido… y el siguiente, aún más. Le rodeó la cintura con una mano y la empujó contra el tronco del árbol hasta dejarla atrapada entre la corteza áspera y su cuerpo —. Pero ¿qué…?

Dalton le cubrió la boca y, apenas giró el cuello, sus ojos se abrieron de par en par y cada uno de sus músculos se tensó contra los de Savannah.

Lobos, fue lo único que dijo.

Savannah siguió la dirección de su mirada.

Una manada de lobos se deslizaba entre las secuoyas lumínicas, zigzagueando entre los troncos. Abrían la marcha dos machos atentos al terreno y al viento. A cierta distancia, flanqueando los

costados, se movían varios exploradores, listos para reaccionar ante cualquier amenaza.

En el corazón de la formación avanzaban los más jóvenes y los más pequeños, protegidos por cuerpos adultos que no se separaban ni un palmo de ellos. Cerraban la fila otros lobos de gran tamaño, la retaguardia, que giraban la cabeza de forma constante para asegurarse de que ninguno se quedara atrás.

Pero lo más espectacular de la escena era su pelaje de un tono rojizo que absorbía la luz de los árboles y la devolvía en destellos suaves.

Savannah no pudo evitar sonreír contra la palma de la mano de Dalton al verlo completamente absorto, maravillado como un niño frente a algo que creía imposible.

Cuenta la leyenda que, cuando el mundo aún no distinguía entre la vida y la muerte, las almas erraban sin rumbo y el miedo caminaba libre entre los árboles. Fue entonces cuando el bosque, cansado de ver cómo lo sagrado era profanado y los caminos se perdían en la oscuridad, ofreció parte de su propia esencia a unas criaturas que ya comprendían el equilibrio mejor que nadie: los lobos de la vigilia escarlata, los seeone, dijo Savannah infiltrándose en sus pensamientos*.*

—Seeone. —Dalton saboreó el nombre sin apartar la mirada de la manada mientras dejaba caer la mano despacio.

—Sí. —Savannah sonrió un poco más al ver el reflejo rojizo danzando en las mejillas de Dalton—. No fueron creados para cazar ni para dominar, sino para custodiar el tránsito. Dicen que su pelaje tomó el rojo del crepúsculo, ese instante frágil en el que la luz se resiste a morir y la noche aún no se atreve a caer. Ese tono no es un

color, es una señal. Cuando todo se oscurece y el camino se esfuma, ellos brillan lo justo para poder seguirlos.

»Los seeone no guían a quien no está perdido. Aparecen únicamente en el peor momento, cuando el miedo nubla la razón y la esperanza parece agotarse. Entonces caminan marcando una senda que no siempre conduce al destino que deseas…, sino al que necesitas.

Cuatro pequeños lobos se dejaron caer sobre la nieve y comenzaron a jugar. Empujaban el manto blanco con el hocico, rodaban los unos sobre los otros y daban volteretas torpes que levantaban leves remolinos a su alrededor. La manada entera se detuvo para observarlos, concediéndoles aquel instante.

—He visto muchas criaturas feéricas sin jinete en los bosques, pero estos lobos son fascinantes.

—Los son —concluyó Savannah separándose un poco de la corteza para observarlos mejor. Al hacerlo, sus manos quedaron más cerca, y los meñiques de ambos se rozaron. Fue un contacto mínimo, pero suficiente para que un escalofrío le recorriera el cuerpo.

Ninguno de los dos apartó la mano.

—¿Por qué hay uno que se queda al final, más alejado del resto? —susurró Dalton, aunque sabía que no podían oírlo.

—Es el alfa. No lidera desde el frente, se queda atrás para vigilar al grupo, asegurarse de que nadie se despiste, de que no haya algún peligro siguiéndolos.

—¿Es común verlos en los bosques?

—No, divisarlos ya es extraño, pero hacerlo antes de que caiga la noche… se considera un milagro.

—Entonces ¿qué hacen aquí?

Decirle que nunca había visto a los seeone aparecer así, sin motivo aparente, podría inquietarlo. Porque, en el fondo, estaba convencida de que estaban allí por él.

—Los milagros nunca pueden explicarse.

La manada retomó el paso sin prestarles atención, y el bosque, que parecía haber contenido el aliento igual que ella, volvió por fin a respirar.

Dalton la miró durante unos segundos que se estiraron hasta volverse insoportables. Luego, el brillo de sus ojos se apagó, arrastrándolo de nuevo a aquella marea melancólica que le hundía la mirada y lo alejaba de todo. Era como si algo dentro de él le susurrara, una y otra vez, que nada merecía realmente la pena.

—Vuelve a desvanecerte unas cuantas veces —carraspeó mientras recuperaba ese maldito tono autoritario y se apartaba un paso—. Creo que el verdadero motivo por el que los seeone están abandonando el bosque es porque das auténtica pena haciéndolo. Así que venga, practica. El espectáculo se acaba cuando el sol se esconda, y aún nos quedan unas cuantas horas.

Idiota, pensó Savannah, apretando los labios para no sonreír.

—Eres toda una loba, Alteza.

Dalton sentía envidia de la facilidad con la que Savannah conseguía sonreír incluso cuando todo iba mal. La admiraba más que a cualquier otra persona que hubiera conocido, incluso más que a Misso y Alexander —sus amigos, su familia—, con quienes había compartido una vida entera y a quienes echaba mucho de menos.

La observaba desde la ventana. Había aprendido a desaparecer incluso para ella, a darle espacio para que descansara de un mundo que nunca le daba un respiro. Él, en cambio, no dormía. Así que salía a caminar sin rumbo por las calles heladas hasta llegar al claro, donde pasaba las noches con Moonveil, cuidando de sus alas, atento a cualquier cosa que se moviera demasiado cerca.

Era una forma de sentir que existía, de ser útil mientras los recuerdos le mordían por dentro. Y aun así, ni siquiera en medio de esa maldita vigilia constante la melancolía se disipaba.

Moonveil, ya acostumbrada a esas vigilias, lo cubría con su ala herida para protegerlo de la nieve. Y allí se quedaban, juntos, hasta que el cielo clareaba y el día los obligaba a empezar de nuevo.

—Otra vez —ordenó Dalton—. Desvanécete.

—Estoy cansada —protestó Savannah.

—¿Desde cuándo una jinete de dragón se cansa? Nunca he oído semejante excusa. Dos veces más. Veinte metros y vuelves.

Savannah miró el bosque. Era precioso, sí…, pero había empezado a odiarlo. Había perdido la cuenta de los árboles contra los que se había estampado y de los moratones que se le dibujaban por todo el cuerpo.

—Creo que me ha dado un bajón de azúcar. —Las piernas le temblaron y las manos se le volvieron torpes cuando se apoyó en la corteza del árbol. Dalton ya estaba frente a ella. Sus palmas se posaron en sus hombros para masajearlos despacio. Savannah cerró los ojos sin darse cuenta, dejándose llevar por la agradable

sensación—. ¿Cuánto tiempo voy a tener estos mareos? Son insoportables.

—Quédate muy quieta.

La voz ronca y masculina que le habló no venía de Dalton.

El frío se le clavó en la nuca antes incluso de mirar. Por encima de los hombros de su fantasma, Savannah vio tres figuras abrirse paso entre los árboles.

Eran tres mortales demacrados, cubiertos de nieve hasta las rodillas, con la ropa hecha jirones y un hedor agrio que llegaba hasta donde Savannah estaba. Tenían la piel pegada a los huesos, los labios agrietados y los ojos hundidos. No lo veían a él; sus miradas, fijas y hambrientas, estaban clavadas únicamente en ella.

—Su Alteza, no queremos hacerle daño —advirtió el que iba delante, alzando las manos en señal de rendición.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó ella, rodeando a Dalton con disimulo.

El más joven alzó la vista al cielo, inquieto; seguramente había notado la sombra que se movía entre las nubes. Moonveil ya habría percibido el miedo de Savannah y estaría descendiendo.

—D-danos tus armas… y tus joyas —balbuceó el segundo, que no parecía tener tantas ganas de negociar—. ¡Ahora!

Dalton dio un paso hacia delante, pero Savannah lo detuvo. Aquel gesto bastó para que los tres mortales reaccionaran al instante. Desenvainaron sus armas y las apuntaron directamente hacia ella.

No. Déjame esto a mí.

—¡Te hemos dicho que nos des las armas y las putas joyas, Su Alteza! Sabemos que no tienes magia y somos tres contra una. Hazlo y nos iremos sin causarte daño.

Savannah mantuvo la calma, incluso esbozó una sonrisa.

—¿Y para qué querríais mis armas? —Observó las dagas que ellos sostenían—. Las vuestras están forjadas con acero del norte, ¿no? Más grandes, más pesadas… y con mucho más valor que las mías.

El que iba al frente perdió la paciencia y avanzó un paso sobre la nieve, dejando una huella profunda.

Savannah se descolgó las dos dagas del cinturón. Eran de un tono fucsia apagado, sin incrustaciones ni metales valiosos, tal como las había mandado forjar. En los últimos meses, los robos se habían multiplicado; los mortales ansiaban armas para defenderse de lo que ni ellos sabían nombrar. Pero Savannah nunca les había prestado atención… hasta ahora.

—¿Es esto lo que queréis?

Vio cómo los ojos de los tres brillaban con codicia antes de que se miraran entre sí, nerviosos.

—Déjalas en el suelo y aléjate. También las joyas que lleves.

La rabia le subió desde el estómago hasta la garganta, igual que aquella vez en la grieta, cuando Kilian la tenía atrapada bajo él.

—Tienes el poder de la muerte, Savannah —le recordó Dalton.

Por un segundo estuvo a punto de ceder. Algo oscuro se removió en su interior, una presión antigua empujando desde dentro, pidiendo salir. Las sombras respondieron a ese impulso, densas, expectantes, listas para desplegarse y borrar cualquier resistencia.

Ni siquiera pensó en las armas que llevaba; no las necesitaba. Apretó los dientes y obligó a sus manos a relajarse, a soltar la tensión que le recorría los músculos. Con un gesto deliberado, obedeció y dejó que cayeran sobre la nieve.

Dalton no se movió para intervenir; la estaba dejando actuar por su cuenta. Parecía curioso, casi entretenido, y eso la tranquilizó. Si había sido capaz de dejar inconsciente a un inmortal tan peligroso como Kilian, tres mortales harapientos no supondrían ningún desafío.

Se nota que a ti también te puede la curiosidad, emperador, canturreó ella mientras se quitaba los pendientes y se los mostraba.

Los tres hombres los miraron con codicia y asintieron, ansiosos por tenerlos, aunque eran las piezas más simples que poseía. Jamás habría llevado a Novadia sus verdaderos tesoros.

—Parece que saben lo que hacen —observó Dalton, dando un paso hacia ellos—. Pero también saben que las baratijas que les estás dando no tienen valor alguno, cuesta más conseguir comida. —Siguió avanzando mientras los analizaba con una mirada tan fría que Savannah sintió un escalofrío. Era la mirada de un depredador midiendo a su presa—. Llevan más cosas. Joyas, armas escondidas en las bolsas… y también muñecos, objetos de niños, cosas sin valor aparente. ¿Para qué querrán todo esto?

Léeles las intenciones, le pidió.

—Dé dos pasos hacia atrás, Su Alteza —balbuceó el primero, apuntándole con un arma que ni siquiera sabía usar, algo evidente por cómo le temblaban las manos, nervioso como un pajarillo.

—No quieren hacerte daño —le informó Dalton—. Están aterrados. Saben quién eres, lo que puedes hacer, pero también que no los matarías. Creen que tienes un buen corazón.

Entonces ¿por qué robarme?

—Poder.

Ella se alejó tal y como le habían pedido, más intrigada que temerosa. No pensaba enfrentarse a los mortales ni hacerles daño; la ira se había esfumado y, en su lugar, se había instalado una punzada de lástima.

El batir de unas alas poderosas rasgó el aire. El joven que miraba al cielo se quedó mudo al instante.

—¡Cógelas y vámonos! —gritó.

Moonveil surgió entre las copas de los árboles con un rugido que hizo temblar la nieve de las ramas. Sus alas rozaron las hojas más altas, y la luz del atardecer pareció extinguirse bajo la sombra inmensa de su cuerpo.

La noche cayó de golpe.

—¡Corred! Y si os vuelvo a ver por aquí, haré que os corten las manos por ladrones —juró Savannah mientras los veía desaparecer entre los árboles. Las bolsas, repletas de objetos, golpeaban los costados de los ladrones con cada zancada al tiempo que corrían a toda prisa.

Moonveil sobrevolaba la zona en amplios círculos, rugiendo con impaciencia. Durante la última semana sus alas habían sanado por completo y nadie había vuelto a atacarla en la oscuridad.

Savannah bajó la cabeza hacia las huellas marcadas en la nieve. No se dirigían a la ciudad, sino a los pueblos, lejos de la cordillera. Los ladrones habían aparecido sin hacer el más mínimo ruido y, concentrada en dominar su nuevo poder, no los había sentido acercarse.

Era una idiota por haber pasado por alto un peligro tan evidente.

—¿Por qué no los has castigado por robar? —preguntó Dalton, quieto en el lugar donde habían estado los mortales.

—Algo huele muy mal, me he pasado semanas obsesionada con el Olvido y he dejado de mirar el resto, pero estos robos parecen más organizados de lo que pensaba.

—Si vas a investigar los robos, hazlo después de que caiga el sol.

—Cuando se haga de noche ya los habremos perdido.

—La anciana te lo advirtió el primer día: vandalismo, disturbios… y los guardias de tu padre mirando hacia otro lado.

—¿A dónde quieres llegar?

Dalton alzó la vista hacia la ciudad, donde empezaban a encenderse las primeras luces.

—A que no es un solo grupo. Y a que, si los sigues ahora, solo verás la punta del iceberg. —La miró de reojo—. Es fin de semana, mañana nadie madruga. La gente beberá, bajará la guardia, hablará de más…

Ella soltó una risa breve.

—Así que así investigabas cuando eras emperador.

—El alcohol es más eficaz que cualquier interrogatorio. Y mucho más limpio.

—De acuerdo, lo haremos a tu manera. —Savannah echó a andar en dirección a la ciudad—. Además, contamos con un lector de mentes entre nosotros.

—Ese no es juego limpio, Alteza. —Una sonrisa ladeada le curvó los labios, las manos hundidas en los bolsillos.

—Nunca dije que lo fuera. Vamos, si hay algo que descubrir, esta noche lo averiguaremos.



17

Savannah no se equivocaba, en las últimas semanas, ambos habían pasado por alto demasiadas cosas. Ella, absorbida por los pacientes con pérdidas de memoria, el embarazo de Lorelei y los niños del centro, no había prestado atención a las señales que el imperio le enviaba, a los rumores que se filtraban por las calles como corrientes de aire frío entre los muros de piedra.

Los robos en Novadia habían aumentado. No era algo nuevo, pero nadie se lo había tomado en serio hasta que empezó a hacer preguntas.

La primera pista vino de su casera, quien trabajaba en una de las tabernas. Le contó que cada día alguien aseguraba haber perdido algo: anillos, colgantes, retratos familiares, incluso juguetes infantiles. Nadie sabía si eran simples hurtos o si aquellos objetos se desvanecían igual que los recuerdos.

Dalton la acompañaba siempre un paso por detrás.

Cuando Savannah hacía preguntas, él se limitaba a asentir o a negar con un leve movimiento de cabeza, su forma de avisarle de si

la persona mentía o decía la verdad. Gracias a su poder de vinculación, Savannah podía moverse con libertad, hablar con quien quisiera sin temor a ser reconocida por los ciudadanos ni por los guardias que patrullaban las calles. Dalton se encargaba de borrar cada conversación de la memoria de quienes los veían, dejando tras de sí un vacío limpio, como si nunca hubieran estado allí.

En la primera taberna, se ganaron la confianza de los ciudadanos pagando una ronda. En la segunda, Savannah fingió ser una comerciante de paso que aseguraba buscar un colgante robado, una herencia familiar. Bastó con dejar correr el rumor. Los más borrachos hablaron más de la cuenta y mencionaron un mercado negro, intercambios en callejones tras las herrerías, mercaderes que ofrecían dinero por objetos personales y… peculiares.

—Oh, sí, la semana pasada me dieron una buena suma por un reloj que llevaba en la mano —contó un hombre robusto, con el cabello blanco y las mejillas rojas por la cerveza—. El reloj estaba hecho polvo, no funcionaba desde hacía años, pero era de mi padre.

—¿Y se lo vendiste? —preguntó Savannah, inclinándose sobre la mesa.

El hombre rio y levantó la jarra.

—Por esa cantidad, le habría vendido hasta mi alma.

Savannah giró discretamente la cabeza hacia Dalton, que lo observaba con el ceño fruncido.

—Pregúntale cómo era el comprador. Si puede recordarlo, aunque sea un detalle, puedo rebuscar en su mente.

—¿Recuerdas algo del comprador? ¿Su voz, su ropa? —insistió ella al anciano con una sonrisa amable.

—Era joven, de pelo rojo, creo.

Ninguno de los ladrones del bosque tenía el pelo rojo, le comentó a Dalton.

—No era un hombre. —Él negó despacio, sin apartar la vista del anciano—. El recuerdo está borroso, pero… se trataba de una mujer. Llevaba una capucha y modulaba la voz para parecer un hombre.

Iba tan borracho que no distinguía ni el género, bufó cansada.

—Dice la verdad.

Savannah volvió a mirar al hombre y luego recorrió la taberna con la vista. Habían hablado con varios de los presentes, y tras interrogar a cada uno de ellos había llegado a la misma conclusión: lo que había ocurrido en el bosque no había sido casualidad.

La noche siguió su curso sin detenerse por ellos.

Dalton avanzaba un paso por detrás por las calles de los barrios más oscuros de Novadia, los que se apiñaban contra las paredes de las montañas que rodeaban la ciudad. Durante aquellos días de entrenamiento no solo le había enseñado a desvanecerse, sino también a usar la oscuridad de la noche a su favor; aunque, en el fondo, sabía que ella había practicado eso sola mucho más que con él.

Las sombras se cerraban y se abrían a su paso, espesándose en los callejones, deslizándose por los muros para ocultarla mientras avanzaba entre la nieve. Al final de la calle aparecieron tres guardias imperiales, mortales entrenados que cumplían su ronda. En Novadia quedaban pocos y, en las últimas semanas, el emperador había ido retirándolos paulatinamente.

Cuando Savannah los vio, las sombras la engulleron por completo.

Nada mal, la elogió Dalton. *Pero ya los había visto unos segundos antes que tú. Estate más atenta.*

Un resoplido le arañó la consciencia.

Eres un fantasma muy molesto, ¿lo sabías?

Céntrate. ¿Cuántos giros quedan hasta los callejones tras la herrería?

Al menos tres a la izquierda. No he estado por esas zonas, lo más lejos que he llegado es por donde me alojo ahora. Vio cómo borraba las huellas que dejaban sus tacones sin que tuviera que recordárselo. *Pero tranquilo, tengo un buen sentido de la orientación.*

Unos cuantos giros más en las calles y el aire empezó a impregnarse del olor a alcohol rancio y hierbas quemadas. Aquello eran los verdaderos suburbios del imperio.

Dalton alzó la vista hacia los tejados de piedra, bajos y angulosos.

—Veremos mejor si nos ponemos arriba… —Pero Savannah ya no estaba a su lado. Se encontraba sobre uno de los tejados, erguida. El vestido y los tacones no la ralentizaban; al contrario, parecían un desafío al equilibrio. Dalton negó para sí, resignado, y fue tras ella.

Él apareció a su lado y ambos se quedaron observando la calle. Abajo, la noche bullía entre trapicheos y movimientos nerviosos; intercambios fugaces, ojos alerta y sombras que entraban y salían de los locales.

Un grupo ataviado con capas abandonó un callejón y se encontró con otro; las bolsas cambiaron de manos sin una sola palabra. El trato se cerró y ambos grupos se separaron de inmediato, como si nunca hubieran coincidido. Después…, nada más. Dalton esperó a

ver qué hacía Savannah, pero ella solo se giró y se dejó caer sobre el tejado mientras los copos de nieve descendían a su alrededor.

Dalton supo que estaba agotada. El poder le había pasado factura y ya no le quedaba margen para estirar más el cuerpo ni la magia.

—Esas dagas que les di a los ladrones eran mis favoritas —susurró Savannah minutos después, ya más recompuesta—. Me costó horrores convencer a mi padre de que me dejara llevármelas conmigo. Además, ¿no te diste cuenta de que, para aquel anciano, el reloj que le robaron era un recuerdo? ¿Y de que los peluches también tienen valor para los niños? ¿Y esa petaca que le arrebataron al otro hombre…? Se la había regalado su mujer.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó ofreciéndole un trozo de chocolate que llevaba en el bolsillo—. Toma, te hace falta azúcar.

—Lo que quiero decir es que no buscan el valor de las armas en sí. Ni el metal, ni la artesanía. Lo que buscan es el valor que tú les das; tal vez creen que, cuanto más te importan, más poder contienen. ¿Y si no estaban robando por codicia, sino porque alguien les había susurrado qué buscar? ¿Y si la Dama no necesitaba crear poder, sino recolectarlo allí donde ya existía, en la memoria, en el apego humano?

La idea le erizó la piel. La magia no respondía a la violencia, sino a la emoción. Y eso la hacía infinitamente más peligrosa.

—Nunca he oído hablar de objetos capaces de otorgar poder solo por su valor sentimental.

Savannah se metió el trozo de chocolate entero en la boca y habló:

—Tal vez los mortales saben algo que nosotros, los inmortales, hemos olvidado. Sería poético, ¿no crees? Que los que no tienen

magia sean quienes descubran cómo usarla.

Savannah, con su cuaderno guardado dentro de la capa, anotaba todo lo que lograban averiguar. No se cruzaron con ningún jinete en el camino, pero, al pasar frente a la casa de Lorelei, sintió un nudo en el pecho. A través de la ventana vio el resplandor del fuego, las siluetas moviéndose, las risas que escapaban de las paredes. Lorelei y Alvi parecían felices, ajenos a todo, sin rastro de sufrimiento.

Habían alcanzado el otro extremo de Novadia caminando. A ambos lados se extendía la ciudad, separada por el lago congelado, y la luna llena regalaba su reflejo sobre el hielo.

—Tus pensamientos son lo único que escucho —dijo Dalton mientras caminaban por la orilla, sus botas crujiendo sobre las piedras.

—Llevo semanas luchando contra una magia que borra los recuerdos de las personas. Pero… ¿en qué nos convierte el hecho de que ahora seamos nosotros quienes lo hacemos? ¿Dónde queda la moralidad? Ellos no me lo pidieron. Nadie lo hizo. Son felices solo porque no saben la verdad.

A su lado, Dalton echó los hombros hacia atrás.

—Lamento ser un fantasma. Si me vieran, podría haberles dado la opción de elegir, de decidir qué querían olvidar o recordar. Pero te diré algo, Savannah. Ya he hecho esto antes, los jinetes me imploraban que borrara sus recuerdos, que les quitara el peso de lo que habían visto o hecho.

—Nunca sabremos si de verdad eso era lo que habrían querido.

—No. Nunca lo sabremos.

Aquella semana, Savannah había descubierto muchas cosas sobre su fantasma, pero apenas había rozado la superficie de quién era en realidad. Sabía todo lo que él le había contado, lo inevitable, la sensación de que quizá nada de lo que hiciera cambiaría el destino del imperio. Y aun así, se negaba a rendirse. Seguiría buscando respuestas. Porque, si el final ya estaba escrito, al menos quería encararlo haciendo lo único que sabía hacer de verdad: ayudar.

Siempre había creído que incluso la luz más pequeña podía desafiar a la oscuridad, y aunque el suyo fuera un gesto insignificante frente a una guerra inminente, lo haría de todos modos.

Porque esa era su forma de resistir.

El aire silbó y Savannah sonrió. Aquel lago había sido suyo mucho antes de la guerra. En su mente reaparecieron Moonveil y Bonibell, el pegaso de Marcelin, trazando espirales sobre sus cabezas mientras ellas patinaban sobre el hielo décadas atrás.

Era solo un recuerdo, pero durante un instante se dejó habitar por él.

«Seguro que mi padre no podría dar ni dos pasos aquí —se burló Savannah, aferrada a la mano de Marcelin mientras giraban de forma torpe y sus abrigos de buenas lanas se rozaban—. Acabaría derritiéndolo todo con su poder de vinculación».

«O se caería de culo —añadió Marcelin entre risas—. Y después mandaría ejecutar al hielo por traición al imperio, el muy idiota».

Savannah soltó una carcajada, pero el pensamiento de la llama negra le apagó el impulso de seguir girando, y se detuvo en seco. Marcelin lo notó y se colocó frente a ella.

«¿Qué ha sido esta vez? Dímelo».

«No importa».

«¿Cuál ha sido su último castigo?».

«Nada nuevo».

«Savannah».

«Menos duro que otros —mintió—. Nada que no pueda sobrellevar».

Marcelin apretó la mandíbula.

«Puedo matarlo».

«¿De verdad crees que podrías enfrentarte a un emperador? ¿A una llama? —Dejó escapar el aire lentamente—. Si la llama idealis pudiera ser derrotada, el legado de los O'Hara se vendría abajo, el trono dejaría de ser un límite; cualquier jinete querría gobernar. —Alzó la vista hacia la dragona y el pegaso, siguiendo sus siluetas—. Los jinetes…, a veces veo algo en sus ojos. Y no es solo poder, es hambre…, codicia. Esa chispa que aparece cuando descubren que nadie puede detenerlos, cuando el mundo empieza a parecerles pequeño, manejable. El problema no es la magia, es lo que despierta en quien la usa. Y sé que, si esa puerta se abre, no hará falta empujar a nadie, la cruzarán solos. Cualquiera que crea merecerlo un poco más que el resto».

«Cada día soy más fuerte. Y llegará el momento en que lo sea lo suficiente, Savi. Acabaría con él… y con cualquiera que intentara hacerte sentir menos de lo que eres. Te lo prometo».

«Te convertirías en un monstruo como ellos. No quiero ese destino para ti».

«Yo tengo magia. Y, si dices que la magia corrompe a los jinetes…, entonces ya soy un monstruo. —La miró de lado, con una sonrisa torcida—. Supongo que seré el tuyo».

Savannah puso los ojos en blanco, incapaz de evitar la sonrisa. Le cogió la mano y tiró de ella para seguir patinando y obligarla a moverse antes de que aquella promesa echara unas raíces demasiado profundas.

Un cosquilleo en los tobillos la devolvió al presente.

Las sombras ocultas tras las rocas despertaron y se deslizaron hacia ella hasta envolver sus zapatos. La oscuridad se hizo sólida bajo sus pies, moldeándose hasta convertirse en un calzado fino y afilado, creado para deslizarse sobre el hielo.

—¡Ay, por todos los dioses! ¡Mira lo que he hecho!

Dalton se giró sobresaltado, pero apenas alcanzó a preguntar qué ocurría cuando vio a Savannah mover los pies. Abrió la boca para decir algo, pero no llegó a pronunciar palabra, ella ya se había lanzado hacia el lago. La capa resbaló de sus hombros y cayó sobre el hielo, dejando al descubierto un vestido rosa pálido ceñido al torso y abierto en capas finas que se movían como pétalos a punto de desprenderse. Bajo la luz de la luna, el tejido centelleaba con destellos nacarados, reflejando el frío azul del lago y dibujando brillos a lo largo de su figura.

Aquel vestido había sido confeccionado para la noche…, y para ella.

Sin mirar atrás, Savannah comenzó a deslizarse sobre el hielo. Con cada movimiento, la superficie se teñía de luces cambiantes, como si se tratara un caleidoscopio de colores. Bajo sus pies, los peces de cristal despertaban de su letargo y nadaban siguiendo su paso, dejando estelas de color que se entrelazaban y ondulaban con ella.

Cuando dio una vuelta sobre el hielo y miró hacia la orilla, Dalton ya no estaba allí. Las manos que antes tenía en los bolsillos, la

silueta recortada contra la nieve…, todo había desaparecido.

—Estoy aquí —dijo a su espalda.

Savannah se giró de inmediato. Patinó hasta él y le tomó las manos, entrelazando los dedos con los suyos.

—Patina conmigo.

—Nunca he… —Frunció los labios, inseguro—. Esto no es exactamente algo que se aprenda después de morir.

—Pues estás de suerte. Patinarás conmigo.

—¿Es una orden?

—Harías todo lo que te pidiera. —Le guiñó un ojo—. Eres mi fantasma.

Dalton abrió la boca para responder, pero el poder de la muerte ya había reaccionado. Las sombras se arremolinaron bajo sus pies, endureciéndose hasta tomar la forma de un calzado idéntico al de ella.

—Esto no me gusta.

—Miente mejor.

En cuestión de segundos ya estaban cruzando la superficie resbaladiza. Savannah se deslizaba con naturalidad; Dalton, en cambio, iba soltando gruñidos y maldiciones cada vez que su equilibrio flaqueaba.

—Para haber sido un jinete de dragón, tienes una estabilidad horrible.

Se alejaron cada vez más. Desde allí, la ciudad y la cordillera parecían irreales. Dalton fue ganando seguridad y empezó a patinar con más soltura, hasta que terminó por detenerse en mitad del lago, con la mirada perdida en el horizonte.

Savannah no podía leerle la mente, pero sí el rostro.

—¿Echas de menos tu hogar?

—Los últimos meses antes de morir fueron los peores de mi vida —confesó, sin que la pregunta lo tomara por sorpresa—. Le mentí a la mujer que amaba. Callé lo que debía decir y no hice lo que debía hacer, y eso bastó para que se alejara de mí. Al final ella se enamoró de otro hombre. —No cambió el semblante—. Al principio no entendía por qué la persona que yo amaba no podía amarme de la misma forma, pero cuando los vi juntos, lo comprendí: eran las dos mitades perfectas de algo que yo nunca habría podido ser. Ella le pertenecía a él, y él, inevitablemente, a ella. Y lo peor es que todo eso ocurrió justo cuando yo estaba arrodillado, pidiéndole matrimonio. Lo hice porque tenía miedo de perderla, porque estaba tan obsesionado con la idea de que debía ser ella que no quise ver el amor que existía entre ellos. La desesperación por recuperarla me cegó. Todavía recuerdo la vergüenza.

Se le helaron los huesos.

—No puedo contarte más, porque lo verás con tus propios ojos: todo lo que estoy a punto de hacer, cómo cometeré los mayores errores de mi vida. A ti no habrá nada que pueda ocultarte. —Evitó dar más detalles—. Te cansarás de oír mi nombre, de saber de mí. De eso estoy seguro.

Ella volvió a respirar, al parecer no lo había hecho en los últimos minutos.

—Tú me conoces. —No era una pregunta.

—No, tú eres la que me conoce a mí. —Dio un paso hacia ella—. Tú eres la que lo sabe todo de mí. Creo… creo que llevas muchos años conociéndome, solo que siempre lo has hecho desde las sombras.

Pese a la distancia que los separaba, sintió una caricia en la mejilla. Dio un paso hacia atrás, sobresaltada, con el corazón acelerado. Pero la mano no desapareció. Seguía ahí, real, recorriéndole la piel con los nudillos antes de apartarle un mechón de cabello y encajarlo con cuidado tras la oreja.

Savannah lo miró sin aire en los pulmones.

—¿Cómo…?

—Perdona. A veces siento que no soy más que un cobarde. No debería haberme ido así aquella noche.

—No puedo leer pensamientos como tú, pero no hace falta. Sé que te arrepientes.

—Todo esto es nuevo para mí.

—¿La sigues amando? —se atrevió a preguntar.

Él tardó un segundo en responder.

—Durante toda mi vida pensé que era imposible no hacerlo. —Se metió las manos en los bolsillos y se encogió un poco—. Cuando llevas siglos sintiendo lo mismo, crees que no sabes hacer otra cosa. Pero con el tiempo me he dado cuenta de que Eda siempre fue más mi amiga que otra cosa. Me costó aceptarlo, sí…, pero ahora tengo cada vez más claro que lo que nos unía era eso. Una buena y profunda amistad. Nada más.

—Durante todos esos siglos…, ¿has conocido a alguien más, además de ella?

La mano invisible que le acariciaba la mejilla desapareció. Dalton alzó entonces la mirada hacia el cielo, donde las estrellas titilaban y las auroras boreales comenzaban a formarse, derramando tonos azulados que le bañaban la piel.

—Por voluntad propia, no.

La respuesta la golpeó en forma de una tormenta dolor. Después, de rabia, al comprender que alguien había abusado del hombre que tenía delante por ambición, por codiciar el trono, por el simple deseo de manipular. Algo oscuro empezó a despertarse en su interior, afilado y peligroso. El instinto asesino le prendió en el pecho, el mismo que siempre la había protegido, pero lo contuvo. Porque bastante duro debía de haber sido para él decirlo en voz alta.

Se deslizó sobre el hielo hasta quedar frente a él y le tendió la mano.

—¿Sabes bailar?

Dalton le miró la palma unos segundos, entendiendo la invitación… pero sin aceptarla. En lugar de eso, pasó un brazo por su cintura y la atrajo hacia él. Savannah chocó suavemente contra su pecho; aún recordaba su torso desnudo en aquella bañera, la sensación de su piel.

—Por supuesto que sé bailar —murmuró él, inclinado hacia su oído—. La duda es si tú sabrás seguirme.

Savannah rio por lo bajo y deslizó los brazos hasta rodearle el cuello. Le gustaban sus hombros, su altura, la manera en que sus cuerpos encajaban.

—Ya has visto cómo me muevo peleando.

Los dos comenzaron a patinar sobre el hielo, que respondía a cada paso encendiéndose bajo sus filos. De pronto, Dalton la hizo girar; el vestido se abrió como una flor en pleno movimiento y, al cerrar la vuelta, Savannah regresó a su pecho. Podría haberse quedado así durante horas, respirando su olor mezclado con la nieve.

Cuando alzó la vista hacia su cuello, Dalton ya no miraba las auroras: la observaba a ella. Tenerlo tan cerca, en otro momento, la

habría puesto nerviosa. No llevaba la máscara negra en las pestañas, solo ese rubor rojo que siempre se aplicaba en las mejillas; el cabello no estaba perfecto ni en su sitio. Durante años había aprendido a presentarse ante el mundo como una obra terminada, pero allí, frente a Dalton, entendió que no necesitaba estar perfecta. No con él. Porque por primera vez no sentía que la estuvieran evaluando, sino mirando de verdad.

—¿En qué piensas? —preguntó ella sin apartar la mirada.

—En demasiadas cosas que aún no sé cómo decirte. Pero, sobre todo, pienso en besarte. En preguntarte si puedo hacerlo.

Maldita sea. Estaba a un solo suspiro de sus labios.

«Bésalo», susurró algo muy dentro de ella.

«Bésalo».

Savannah se puso de puntillas.

«Bésalo, bésalo, bésalo».

—¡Señorita! ¿Está usted bien? —gritó un hombre desde la orilla, alzando un farolillo de fuego frostfire—. ¡Apártese de ahí! ¡Si el hielo se rompe, caerá al agua!

Savannah volvió en sí de golpe. Para cualquiera que la observara no era más que una mujer sola sobre un lago congelado. Nadie podía ver al fantasma que la tenía entre sus brazos. Y entonces, de repente, el contacto de sus manos sobre ella y su olor… se desvanecieron.

Dalton ya no estaba allí.

Con las piernas temblando, patinó hasta la orilla. Aun así, antes de abandonar el hielo, miró hacia atrás para buscarlo, aferrada a la absurda esperanza de que bastara pensarlo para que regresara. Pero el lago seguía vacío, como si nada hubiera ocurrido allí.

Suspiró, recogió su capa y pasó junto al hombre mayor que la observaba con desconcierto, tal vez convencido de que estaba loca.

Savannah murmuró una disculpa y echó a correr hacia la casa.

Dalton volvió a materializarse horas más tarde, arrancado del lugar al que Savannah había enviado su alma y arrastrado de vuelta hasta ella.

Y lo hizo aparecer allí.

A los pies de su cama.

Ella dormía entre las sábanas, con una pierna asomando por el borde de la cama. Su cabello rubio caía en ondas sobre la almohada, iluminado por la luz de la luna que se filtraba entre las cortinas. Pero lo que lo hizo apretar los puños fue aquel pijama traicionero de lencería rosa.

El encaje se le deslizaba por los muslos, subiendo lo justo para dejar la piel al descubierto, mientras el escote revelaba más de lo que debería, insinuando la curva de sus pechos bajo la seda.

Los había besado, los había recorrido con la boca y las manos, había memorizado su forma solo con haberla tocado una vez. Y ahora, al verla así, no deseaba otra cosa en el mundo que lanzarse sobre la cama, besar cada rincón de su piel, saborearla hasta casi matarla de placer.

«Cálmate y déjala dormir».

Pero joder…, es que estaba tan preciosa… Y no solo esa noche, sino siempre. Incluso agotada, incluso cuando las ojeras delataban su cansancio, incluso cuando llevaba días sin dormir lo suficiente porque nunca sabía negarse a quien la necesitaba.

Dalton la había visto regalar su capa a un niño que temblaba de frío, detenerse en mitad de la calle para escuchar a una anciana que solo quería hablar, gastar su propio dinero en medicinas para quien no podía pagarlas. La había visto arrodillarse en la nieve para limpiar una herida, sonreír aun cuando el mundo la empujaba a endurecerse, seguir adelante cuando lo fácil habría sido mirar hacia otro lado.

Dalton sonrió para sí. Con cuidado, la cubrió con la sábana, ocultando aquel pijama como si fuera una provocación intencionada. Porque, claro, esa maldita mujer lo había hecho aposta. Sabía perfectamente que, tarde o temprano, él acabaría apareciendo… y que la encontraría así.

«Necesitas distraerte», se dijo a sí mismo.

Dalton se acercó a la mesa del comedor y pasó los dedos por la superficie, deteniéndose en los papeles esparcidos, hasta que algo le llamó la atención: un libro que reconoció de inmediato.

Aquel ejemplar había sido suyo durante siglos, un objeto mágico que servía de vínculo entre dos personas y que solo funcionaba si ambas poseían uno idéntico, unidos por la misma magia. Dalton frunció el ceño, preguntándose quién tendría el segundo, aunque no tardó en atar cabos. Recordó a Marcelin, la amiga con quien había peleado en la grieta. De algún modo, Savannah debía de haberla avisado… y ahora, ese libro era la prueba de cómo lo había hecho.

Al final decidió coger uno de los cuadernos, afilar un carboncillo y volver a sentarse en el sillón, con la esperanza de que algún día Savannah encontrara aquel cuaderno y pudiera reconocerse en sus trazos tal y como él la veía: como los lobos de las viejas leyendas,

esas criaturas que aparecían cuando todo estaba perdido para guiar en la oscuridad.

Savannah era eso para él.

Su seeone.



18

Savannah había descendido horas antes sobre la ciudad de Pramvera montada en Moonveil, dejando atrás las ventiscas heladas de la cordillera. El aire, al cruzar la frontera del imperio, se había vuelto húmedo y tibio, impregnado del perfume de la vegetación mágica que trepaba por los muros y parecía respirar luz propia. Pramvera siempre había sido así: clima templado, amable con los mortales, lo más parecido a Valdemar, las tierras al otro lado del mar.

Nada más llegar a la ciudad, Savannah había acudido al encuentro con Marcelin. Ambas charlaban sentadas en un bordillo frente a la puerta cerrada del centro de curación. El bullicio del mercado cercano se mezclaba con el ruido distante de los carruajes. Marcelin echó un vistazo a ambos lados de la calle antes de confirmar las sospechas de su amiga.

—Sí, había oído hablar de los robos —admitió—, y no solo en los barrios bajos. Han sido muchos. Pero lo tomé como una secuela más: gente intentando llamar la atención, rebelarse de alguna forma. No le di la importancia que merecía, hasta ahora.

—Yo tampoco. Pero había algo en la forma en que miraban los objetos que les entregué. —Frunció el ceño—. Tal vez lo que para unos no vale nada para otros sí lo haga. Quizá no por lo que son, sino por lo que contienen, como si esos objetos pudieran canalizar la magia misma. —Negó despacio—. No sé cómo explicarlo, suena a locura.

Savannah abrió la bolsa de frutos secos y tomó uno tras otro, saboreando el dulzor tostado en la lengua. Después de tantas semanas de desequilibrio, comer le resultaba casi un lujo. Le ofreció un puñado a Marcelin, que aceptó distraída mientras alzaba la vista al cielo. Varias mantícoras sobrevolaban la ciudad, extendiendo sus alas de dragón rumbo al sur, hacia la cordillera de Aurik.

—Nunca había escuchado algo así, pero si los robos están ocurriendo en varias ciudades del imperio, no puede ser cosa de un solo grupo.

—¿Y si se está urdiendo una rebelión que los jinetes aún no conocemos?

Marcelin abrió la boca, pero la cerró de inmediato.

—Todo es posible —admitió al fin—. Se han producido algunas revueltas menores estos meses, sobre todo en el sur. Escuché rumores de que algunos jinetes en Valdemar tuvieron enfrentamientos con algunos mortales, pero nadie explicó por qué. Si esos robos están relacionados, puede que no sean simples hurtos.

—Estoy segura de que los robos y el Olvido van de la mano. Si no encontramos la raíz del problema… —No terminó la frase, no hacía falta.

Savannah sintió que el mundo se le escapaba entre los dedos. Y por más que buscaba, no hallaba una solución.

—Dalton, así se llama el nuevo curandero, ¿verdad? —preguntó Marcelin arqueando una ceja—. Los niños dicen que lo vieron por aquí.

Sentía la necesidad de contárselo… Dalton era un sanador, sí, pero no uno de carne y hueso para el mundo, solo para ella. Así que empezó a hablarle de la grieta, de Novadia, de que él era un alma de Bankai que había acabado a su lado de una forma que no sabía explicar del todo. También de eso que le estaba naciendo dentro, un sentimiento que aún no se atrevía a definir, pero que ya empezaba a pesarle en el pecho.

Aun así, midió cada palabra y dejó fuera todo lo que habían descubierto juntos. Marcelin no sabía que Dalton venía del futuro, ni que había sido emperador, ni nada sobre la guerra que comenzaba a tomar forma. Tampoco sobre la gota de poder que su hermano le había confiado.

El mundo no tenía por qué acabarse también para ella.

—Sé que todo esto suena a locura. A veces pienso que el desequilibrio de la magia ya me ha pasado factura. Pero hay algo que no me encaja. No entiendo por qué los niños pueden verlo… o escucharlo. No creo que les pase a todos, solo a los que han estado muy cerca de morir. Es como si sus almas hubieran rozado el mismo límite que la suya, aunque solo fuera un instante, y por eso ahora pueden percibirlo.

—Puede ser peligroso.

—No…, no lo es —respondió Savannah, y entrelazó sus dedos con los de ella y los llevó a su regazo—. Dalton es un buen hombre.

Los labios de Marcelin se tensaron.

—Y aun así has preferido ocultármelo.

—Me moría de ganas por contártelo. Si hubiera vuelto antes a Pramvera, te lo habría dicho, te lo juro. —Suspiró—. Me alivia que lo sepas…, que, por fin, pueda hablar de él con alguien.

Marcelin retiró la mano despacio, demasiado despacio.

—Claro. Hablar siempre alivia.

Marcelin se recogió un mechón oscuro que se le había salido del moño. Llevaba un vestido largo de caída suave de su característico verde, realzado por delicados encajes negros en el cuello y en las mangas.

—Pero… ¿cómo puede un fantasma, alguien que ni siquiera está físicamente en estas tierras, tener tal poder? —preguntó—. Es decir…, no recuerdo que te hubieras ido de aquí para asistir a ningún parto…, n-no lo recuerdo.

—Sé que todo esto puede asustarte, con lo que está ocurriendo con el Olvido, pero te prometo que él no tiene nada que ver.

—No lo sé, Savi…

—Él es bueno, Marcelin, me ha ayudado, calmó el dolor de Olivia. —Señaló hacia la puerta del centro—. Su herida cicatrizó sin dejar rastro, ni un solo signo de infección o dolor residual. Ya la has visto, ¿no? Está ahí dentro, descansando, ahora puede dormir como los demás. Dentro de poco podremos buscarle una familia. —Se le hizo un nudo en la garganta—. También me ayudó con los pacientes en Novadia. ¿Recuerdas a Tom? El hombre con cáncer terminal. Dijo que, por primera vez en años, podía respirar sin dolor. Que sentía alivio…, algo que ni los sedantes ni las curas habían logrado darle.

Savannah continuó en voz baja:

—Incluso con Kilian. Él puede hacer algo parecido a lo que tú haces: entrar en la mente, manipular la conciencia. Pero su don va

más allá, puede borrar recuerdos, incluso las emociones ligadas a ellos, eliminar los rastros de lo que fueron. —Tragó saliva antes de añadir—: Sé que ese poder sería devastador en las manos equivocadas, pero Dalton no busca usarlo así.

—¿Y qué quiere entonces?

—Solo pretende ayudar.

Por el rabillo del ojo, calle abajo, Savannah percibió un destello de movimiento, seguido de los gritos desgarrados de un hombre. Se puso en pie de inmediato, al igual que Marcelin.

El bullicio habitual de la ciudad se desvaneció de golpe. La multitud empezó a agolparse. La gente se empujaba la una a la otra para descubrir qué estaba ocurriendo. Desde la esquina, varios soldados imperiales irrumpieron entre el gentío con las insignias de sus armaduras reluciendo al sol.

Savannah se aferró al arco de la puerta y dio un paso atrás.

—Si te ven aquí, te meterás en problemas —dijo Marcelin, señalando con la barbilla hacia el centro—. Entra y quédate con los niños. Yo voy a averiguar qué está pasando.

Savannah estuvo a punto de convertirse en sombra, en niebla, en pura oscuridad. Lo había practicado en secreto, pero esta vez el impulso nació por sí solo, salvaje e instintivo. La magia se agitó bajo su piel como un animal despierto, deseosa por salir.

Al final asintió y se metió dentro a toda prisa, cerró la puerta y corrió las cortinas. Volvió a la mesa de curas e intentó distraer a los pequeños del alboroto que se oía fuera, de los gritos y del estrépito que ya sonaban a revuelta.

Se sentía impotente.

La rabia le quemaba por dentro y, más de una vez, estuvo a punto de salir. Pero sabía que si cruzaba esa puerta, los guardias imperiales la verían, descubrirían dónde pasaba su tiempo la hija del emperador, y entonces todo habría terminado para esos niños que la miraban con esperanza.

—Savi… —oyó la vocecita de Selene a su espalda.

La niña tironeaba del borde de su vestido, con esos enormes ojos azules cargados de preocupación. Había acudido a consulta por una fuerte bronquitis, pero en ese momento parecía inquieta por algo muy distinto.

—Ha venido el hombre que brilla como las estrellas y me ha dado esto para ti. —Selene extendió un papel doblado—. Ten cuidado, puede ser peligroso.

Savannah miró el papel y luego a los otros niños, que asentían en silencio, todos con cara de haber presenciado un portento divino. Casi soltó una carcajada al imaginarse a Dalton brillando como un farol en medio de la sala.

—Gracias, peque.

Abrió la nota y la leyó en silencio.

Alteza:

Cuando termines en el centro, ven al puente que está a unos tres kilómetros de la ciudad. Y sí, ya te estoy oyendo protestar: «Son muchos kilómetros para mis tacones de los martes». Precisamente por eso quiero que vengas desvaneciéndote. Considéralo tu entrenamiento del día.

Buena suerte e intenta no desmayarte por el camino… o, al menos, hazlo con un poco de dignidad.

Y recuerda cambiar los tacones por unas botas a poder ser.

Un abrazo,

TU FANTASMA

Se rio al leer el contenido y bajó la vista hacia sus tacones rosas, de punta fina y tacón estrecho. Dalton se había dado cuenta de que Savannah tenía un tacón para cada día de la semana. Lunes, martes, miércoles…, daba igual el clima, la nieve, el caos político o incluso el inminente colapso del mundo. El imperio podía venirse abajo, pero ella jamás negociaría su calendario de tacones.

Ni de broma se pondría botas para entrenar.

Su entrenamiento había mejorado lo suficiente como para cubrir tres kilómetros sin despeinarse —literalmente—, pero renunciar a sus tacones de los martes…, eso sí que era impensable.

El número de personas sin memoria se multiplicaba día tras día.

Ya no daban abasto. Ningún barrio podía recorrerse sin empujones, y en los más bajos directamente era imposible avanzar. Salir del palacio seguía siendo sencillo —Savannah podía desvanecerse entre las sombras y aparecer en los callejones más oscuros—, pero aun así llegar al centro resultaba un desafío, pues los ciudadanos estaban cada vez más agresivos, más desesperados. No quedaba una sola familia en todo el imperio que no hubiera sufrido el golpe del Olvido, y la rabia que se respiraba en las calles era la antesala de una revolución que nadie sabía cómo detener.

Ahora Savannah daba pequeños toques con la punta del tacón contra la piedra mientras esperaba su turno en la cola de una panadería para coger el almuerzo. A su izquierda, Marcelin repiqueteaba sus uñas negras contra el mostrador de madera, impaciente.

—Odio el color de tu manicura —resopló Savannah lanzándole una mirada de reojo—. De verdad. ¿A quién se le ocurre pintárselas así?

—Estoy de luto —replicó Marcelin sin pestañear fulminándola con una mirada—. Y ya que estamos, yo también te odio, Savi.

—Llevas más de ochenta años pintándotelas igual. Ni siquiera recuerdas por qué empezaste.

—Claro que lo recuerdo. Es mi forma de pedir perdón por cosas que no puedo deshacer.

Savannah arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí. Igual que tú cuando te pones ropa interior que no es rosa. —Marcelin sonrió de lado—. Cada vez que estás frustrada, decepcionada o furiosa contigo misma…: encaje negro. Siempre.

—Es una manera de…

—Castigarse —terminó Marcelin por ella.

—Eres insoportable.

—Y tú demasiado transparente.

Con una mueca, miró por encima del hombro. Dalton esperaba fuera, apoyado en la pared con los brazos cruzados mientras su mirada recorría cada esquina de la calle con atención.

En efecto, Savannah llevaba ropa interior negra.

Se sentía terriblemente culpable por ocultarle tantas cosas a su mejor amiga. No le había contado que Dalton y ella podían comunicarse sin decir una sola palabra, sin mover los labios siquiera, porque eso abriría una puerta de preguntas que no podía responder.

No hace falta que leas los pensamientos de cada persona que pasa por mi lado. No van a reconocerme con la capucha. Savannah le lanzó el pensamiento.

¿En serio el color de tu ropa interior tiene que ver con tus cambios de humor? La voz de Dalton le llegó sin que se girara, todavía con la atención puesta en la gente.

Las mejillas de Savannah se encendieron.

Deja de escucharnos o te mandaré de vuelta a donde sea que vayas cuando no estás conmigo.

Imposible, recuerda que tengo oído inmortal. Y más aún cuando habláis de tu ropa interior. Hizo una pausa mínima, maliciosa. *Y del resto de cosas que la acompañan, como el olfato.*

Savannah casi se atragantó.

¿Qué tiene que ver el olfato con esta conversación?

Bueno…, respondió Dalton sin girarse, cambiando el peso de una pierna a la otra. *Yo pienso que, si yo puedo olerte así, cualquiera podría hacerlo y reconocerte igual de rápido.*

Ella frunció el ceño bajo la tela y se ajustó un poco más la capa, asegurándose de que ningún mechón rubio escapaba.

Le cruzó por la mente preguntarle si, al menos, olía bien…, pero se mordió la lengua. Era absurdo. Su perfume era uno de los mejores del imperio; había invertido años en perfeccionarlo hasta hacerlo inconfundible.

Una carcajada de Dalton le resonó por dentro.

¿Lo único que te preocupa es oler bien para mí?

Serás idiota. Aun así, una sonrisa se le escapó sin querer. *Pero ¿huelo bien?*

Sí. Hueles de maravilla, Savannah. Y no estoy seguro de cuánto tiempo más podré fingir que no me afecta.

—¿Tu fantasma está detrás de nosotras? —preguntó Marcelin sin molestarse en bajar la voz—. Me pone de los nervios que me siga a

mí también. Ya sabes que no me fío de él.

—Tú no te fías ni de tu propia sombra.

—Mi sombra tiene mejores intenciones que ese hombre.

Savannah puso los ojos en blanco, aunque no pudo evitar sonreír.

—Estás celosa.

—Puede ser —admitió al fin guiñándole un ojo—. O puede que simplemente tenga buen instinto, y no me guste nada compartirte con un muerto.

Marcelin pagó los cruasanes y ambas empezaron a comérselos mientras caminaban durante la hora libre que tenían antes de volver al trabajo. La calle estaba abarrotada; cuerpos que iban y venían, risas, conversaciones superpuestas. La gente atravesaba a Dalton una y otra vez sin darse cuenta, y Savannah fingía no notarlo, obligándose a mantener la conversación, el paso, la expresión tranquila. Pero cada vez que alguien lo cruzaba era un recordatorio cruel de que él nunca pertenecería a ese mundo.

Olivia dormía sobre el regazo de Savannah aferrada a su cintura. Cada vez que ella se movía para recoger una hierba o medir una dosis, la niña se acurrucaba aún más, buscando calor. Savannah trituraba hojas en el mortero con cuidado de no despertarla y, sin soltarla, anotaba en su cuaderno fórmulas rápidas que corregía sobre la marcha.

Le ardían los ojos y los músculos por el cansancio; aun así, ajustó a Olivia contra su pecho, la acomodó bajo la barbilla y la meció con un vaivén mínimo, permitiéndose cerrar los párpados apenas unos segundos.

Aquella última semana, los jinetes ya no se dejaban ver por la ciudad, como si hubieran abandonado el mundo por completo. Su padre, el emperador, tampoco se encontraba en el palacio y, aunque esa ausencia le concedía a Savannah una libertad inusual, solo podía significar una cosa: sabían que algo terrible estaba ocurriendo y habían decidido apartar la mirada.

Moonveil dormía cada vez más lejos de la ciudad, buscando refugio. Y no era la única. Las criaturas feéricas, las mismas que llevaban siglos protegiendo los bosques, estaban inquietas. Lo sentían. Sabían que los humanos, cegados por el miedo y la pérdida, podían empezar a mirarlas como una amenaza.

Dalton y ella no habían vuelto a mencionar lo que casi pasó en el lago, pero Savannah no se impacientaba. Sabía que no estaba huyendo de ella, sino de sus propios fantasmas. Incluso cuando se mantenía a distancia, seguía presente; aprendiendo a hacerse invisible para no interrumpirla, para acompañarla sin ocupar espacio.

Algunas noches despertaba creyendo que alguien la observaba desde la esquina de la habitación, y, aunque jamás lo confesaría, aquello la reconfortaba. Dalton era atento sin admitirlo. Le recordaba que comiera, le dejaba chocolate en la mesa antes de entrenar, la obligaba a beber agua, incluso se frustraba cuando ella pasaba horas seguidas sin ir al baño mientras cuidaba a sus pacientes.

No sabía si la deseaba.

Pero sí que la cuidaba.

Cuando Savannah abrió los ojos, algo llamó su atención en la esquina de la mesa: una libreta que no había estado allí antes.

Miró a ambos lados, la tomó con cuidado y la abrió.

En la primera página había un retrato suyo hecho a carboncillo. Aparecía dormida, con el cuerpo recogido y una luz tenue que se filtraba desde una ventana y se deslizaba sobre su mejilla y el contorno de su brazo. El trazo era tan preciso que por un segundo tuvo la absurda sensación de que aquella figura plasmada en el papel podía abrir los ojos y devolverle la mirada.

Pero no era solo ese dibujo.

Había cientos.

Las páginas estaban llenas de bocetos de vestidos, tacones que parecían hechos para ella, el lago helado donde había patinado y bailado con Dalton, Moonveil surcando el cielo, lobos seeone, los niños del centro riendo mientras los curaba, pacientes que habían pasado por sus manos, Marcelin y ella juntas, tan distintas en ropa y carácter…

Cada página era un pedazo de su vida visto desde fuera, desde los ojos de alguien que la miraba incluso cuando ella no se daba cuenta.

Al final de la libreta había algo escrito.

Savannah ya se había acostumbrado a reconocer su letra, a encontrar pequeñas notas suyas desperdigadas por todos los rincones, pero esta era reveladora:

> Hubo un tiempo en el que dejé de dibujar; la guerra me lo arrebató todo y no había espacio para nada que no fuera proteger a los míos. Después de mi muerte pensé que jamás volvería a sentir algo…, hasta que llegaste tú. Sin darme cuenta empecé a dibujar de nuevo, primero para recordarme que existías, luego para asegurarme de que seguías viva, y ahora porque no sé dejar de hacerlo. No he encontrado nada que me importe tanto como ayudarte a librar tus propias batallas, nada que me mueva tanto como observar cada uno de tus días, incluso cuando no sabes que estoy ahí. Supongo que eso es lo que me queda ahora: esto… y tú.

He dibujado lo que haces, he diseñado la ropa que me encantaría que cosieras para ti, he plasmado a quienes amas y todo lo que te rodea en tu día a día para que, si algún día olvidas aquello que te hace levantarte de la cama, puedas recordarlo.

Cuando termines en el centro, ven a la biblioteca del palacio. Prometo que esta vez no habrá entrenamiento…, solo yo esperándote.

TU FANTASMA

Cuando terminó de leer aquella nota, supo que lo esperaría. Esperaría a aquel hombre todo el tiempo que hiciera falta. Porque, por primera vez en mucho tiempo, alguien también la estaba esperando a ella.



19

Dalton aguardaba yendo de un lado a otro entre los pasillos de la biblioteca.

Había imaginado que, siete mil años atrás, aquel lugar sería distinto, pero los techos seguían igual de altos, las estanterías infinitas, repletas de libros que olían a historia. Solo el polvo había cambiado, flotando como prueba de que nadie la había cuidado en mucho tiempo. Por un instante, pensó que la biblioteca lo reflejaba a él mismo: inmensa, llena de secretos, pero olvidada por todos. Aun así, la luz del atardecer se filtraba por los ventanales y se extendía sobre el suelo y las columnas de mármol como un último intento de devolverle vida al lugar.

Se detuvo junto a una mesa y rozó el lomo de un libro con la yema de los dedos. Solo podía pensar en toda la sabiduría que se había perdido cuando el mundo ardió. Sin embargo, lo que realmente lo sorprendió fue el cielo estrellado que se extendía sobre su cabeza, una galaxia que giraba despacio, como si las estrellas hubieran quedado atrapadas dentro de la biblioteca.

Se quedó mirando hacia arriba tanto tiempo que el cuello empezó a dolerle, pero aun así no pudo apartar la vista.

—Antiguamente, cuando mis antepasados venían a la biblioteca con frecuencia, se decía que esta, como regalo por su devoción, creó su propio cielo estrellado. Así no necesitaban salir de aquí para leer o estudiar bajo la luz del firmamento.

Dalton, con las manos metidas en los bolsillos de su traje, inclinó el cuello en dirección hacia aquella preciosa voz que acababa de colarse en la biblioteca.

Si aún pudiera respirar, el aire se le habría escapado de los pulmones al verla avanzar hacia él. Llevaba un vestido rosa pálido, más brillante que cualquier gema que sus ojos hubieran visto. La tela se abría en una profunda raja a lo largo del muslo, dejando entrever destellos de piel desnuda, y el escote en pico descendía hasta el ombligo, cubierto apenas por una gasa translúcida. Las mangas anchas caían con suavidad a sus costados, y su cabello dorado, suelto hasta la cintura, estaba recogido por un lazo delicado que parecía hecho para tentar a los mismísimos dioses.

—La biblioteca nunca llegó a imaginar que algún día alguien entraría aquí y que la atención no estaría en su cielo estrellado —dijo Dalton, sin moverse, mientras se llevaba una mano al pecho.

Savannah notó el gesto y dejó escapar una risa suave.

—Gracias por hacerme sacar este vestido del armario, lo cosí hace años y nunca tuve ocasión de enseñárselo a nadie.

Cuando se paró delante de él todo su cuerpo le pedía estirar la mano, tocarla aunque fuera un segundo, acortar esa maldita distancia entre los dos.

—Estás…

Sin previo aviso, el cuerpo de Savannah se deshizo en un remolino de niebla y oscuridad. En un parpadeo dejó de estar frente a él y apareció sentada sobre el gran escritorio del centro de la biblioteca.

—¿Qué tal lo hago?

«Dentro de siete milenios lo harás mejor que cualquier criatura viva».

—Mejorable, pero creo que ya estás preparada para mañana.

—Cuesta creer que ya hayan pasado veinte días.

Al día siguiente tendría lugar la reunión para la que Dalton la había estado entrenando sin tregua. Le había enseñado todo lo que sabía, sin guardarse nada. Y la había visto dejarse la piel, llevarse al límite cuando ya no le quedaban fuerzas, insistir cuando cualquiera se habría rendido. Savannah era pura disciplina, pura cabezonería bien dirigida. Y, aunque no se lo dijera en voz alta, Dalton no podía estar más orgulloso de ella.

—¿Estás nerviosa?

Ella se quedó allí, balanceando las piernas con aparente despreocupación, mientras la abertura de la falda dejaba al descubierto una franja generosa de piel desnuda.

«¿Acaso quieres castigarme?», quiso preguntarle él.

—Le hablé a Marcelin de ti. —Cambió de tema.

—¿Ah, sí? Con razón no ha parado de mirar a los lados en el centro. Diría que no le caigo demasiado bien.

—A Marcelin no le cae bien nadie de primeras. Es desconfiada por vocación.

—Tiene sentido, soy un fantasma. Yo tampoco me fiaría de mí.

—No es personal, de verdad. Marcelin ha sufrido mucho. Y con todo lo que está pasando ahora… —se interrumpió—. Pero no era

eso lo que quería decirte. Es que… —vaciló, nerviosa— le he dicho que estoy interesada en un fantasma al que nadie puede ver. Espero que no le moleste. Sé que quizá exista alguna regla no escrita sobre no hablar de esto, pero necesitaba contárselo a alguien.

Si Dalton afinaba su oído, podía escuchar el latido acelerado de su corazón, golpeando como un colibrí desesperado atrapado entre sus costillas.

—¿Y no le has dicho lo otro? —preguntó Dalton.

Sus pies no dejaron de balancearse.

—¿Lo otro?

—Que el fantasma está perdiendo la cabeza por ti, que todo lo que queda de él gira alrededor de donde estés tú.

Savannah dejo de moverse.

—He visto los dibujos… y la nota. —Miró hacia la enorme alfombra que ocupaba el centro de la sala. Por alguna razón, su tono lo desmoronó. Como si aquello, en lugar de enternecerla, la hubiera asustado.

Dalton sintió una punzada bajo las costillas. No debería haber invadido su espacio, no debería haberla dibujado dormida…, no había pensado con claridad en cómo podía percibirlo ella.

Savannah se levantó del escritorio, la falda abriéndose apenas con el movimiento.

«Quieto —se advirtió—. No te acerques. No la toques».

Ella dio un paso más, y el perfume que siempre la acompañaba llegó hasta él en forma de caricia.

—¿Dalton?

Él dio un paso atrás. Fue un gesto mínimo, casi imperceptible…, pero bastó para que Savannah se detuviera en seco.

—Acabo de darme cuenta de que estoy cometiendo el mismo error que cometí con ella.

—Ah…, ¿cuál?

—Esconder partes de mí. Me da miedo que un día dejes de recordarme por quién soy contigo y solo veas todo lo malo que hice. Pero acuérdate de esto: lo que verás en el futuro no es más que el pasado del hombre que tienes delante.

Ella tomó una inspiración profunda. Sabía que tenía mil preguntas, pero solo hizo una:

—¿Quieres contármelas? —Dalton bajó la mirada hacia la alfombra —. Escucha. —Savannah dio un paso al frente sin llegar a tocarlo—. Si no me lo has contado es porque tienes miedo. Miedo a que cambie lo que pienso de ti. Pero te he observado lo suficiente como para saber cómo eres. Sé quién eres cuando nadie te está mirando. Y nada de lo que me digas va a borrar eso, así que no me debes explicaciones. Solo quiero que sepas una cosa: cuando te sientas preparado para hablar, estaré aquí. La verdad no me alejará de ti. Nunca.

—Me pediste que te hablara de la guerra, de todo lo que sabía, de cualquier detalle que pudiera ayudarnos. Pero antes necesitaba entender cómo estaba realmente el imperio, qué sabías tú, qué sabían los tuyos, cómo funcionaba la magia aquí. Tenía que estudiar el terreno primero. —Alzó la mirada hacia ella—. Y ahora sí puedo comenzar por el principio.

Ella asintió, y Dalton tuvo que hacer de tripas corazón para lo que estaba a punto de contarle.

—Después de la guerra que se avecina, las llamas desaparecerán. Pasarán siete milenios enteros antes de que vuelvan a manifestarse.

Durante ese tiempo, los Basilius gobernarán un imperio vacío de prodigios, sin dragones ni llamas. Todo rastro de poder desaparecerá del mundo…, hasta mi nacimiento, cuando un dragón me elegirá. Y con él regresará una de las tres llamas: idealis.

—Tú eras su portador…

Dalton asintió.

—Pero yo… yo no soy como tu padre. En mi reinado la llama no se utilizaba para infundir miedo. Nadie temía a la magia; la veían como un símbolo de equilibrio —habló frotándose la nuca—. La magia regresó poco a poco. No irrumpió de golpe, se filtró durante siglos de forma casi imperceptible. Primero fueron las criaturas feéricas que empezaron a aparecer desde Valdemar sin explicación alguna. Y con el tiempo comprendimos que no era una coincidencia. La llama valirio, desaparecida tras la Gran Guerra, fue la primera en agitar ese resurgimiento. Y después… volvió la primera llama, Kaiserin.

—Es ella, ¿verdad? —preguntó Savannah, y seguramente percibió el leve cambio en su rostro—. Es de ella de quien te enamoraste.

Dalton tenía que hablar de aquello, necesitaba ser sincero por una vez en su maldita vida. Ya había cometido suficientes errores por callar, y estaba allí para enmendarlos, no para repetirlos.

—Durante mis primeros ciento cincuenta años de vida, cuando aún era emperador, ella fue la emperatriz de Pramvera. Liderábamos juntos…, yo creía que…

—No hace falta que me cuentes qué pasó.

—Fui engañado y la maté con mis propias manos. Maté a mi mujer. —El silencio cayó entre los dos como una losa; no esperaba otra reacción, acababa de decir en voz alta que era un asesino, ¿qué más podía haber?—. Después de aquello pensé en mil formas de

morir, pero no se puede matar un cuerpo inmortal. Créeme, lo intenté. Muchas veces.

Ella se llevó una mano a la boca.

—Dalton…

—Cada cumpleaños deseaba que fuera el último —confesó desviando la mirada—. Había un dolor tan constante, tan hondo, clavado en el pecho, que a veces me resultaba imposible incluso caminar. Y a mi lado, siempre fiel, la soledad, sin poder escapar de ella. Miraba a mi alrededor y todo el mundo parecía… feliz. Ver mi propia ciudad llena de luz y risas no me consolaba; me hacía odiarme cada vez más. Por no sentir lo mismo… —Soltó una risa sin rastro de humor—. Dalton Basilius, el asesino, seguía allí, viendo cómo el mundo avanzaba, cómo el amor los encontraba a todos menos a mí. Porque ese era mi castigo. Porque mi condena no era estar muerto, sino no poder abandonar ese puto mundo mientras los demás hallaban un lugar al que pertenecer.

»Debía aguantar, Savannah. Debía seguir vivo porque un imperio entero dependía de mí, porque la magia regresaba al mundo por mi mera existencia. Porque también recaía sobre mí la responsabilidad de todas las criaturas feéricas que llegaban desde Valdemar, y de reclutar mortales de esas tierras para convertirlos en jinetes, en inmortales. —Cerró los puños—. Así pasaron los siguientes trescientos años después de mi crimen, tres siglos gobernando con las manos manchadas de la sangre de la única mujer a la que había amado.

Escuchó cómo Savannah tragaba saliva, un sonido suave pero nítido en la quietud de la biblioteca.

—¿Por qué trescientos años?

—Entonces volví a encontrarla. —La frase le rasgó la garganta al salir—. La llama Kaiserin había renacido, y esta vez se llamaba Eda. Era una mortal que vivía en Valdemar. Hace unos meses fue reclutada para convertirse en jinete de Pramvera. Y ahí… ahí empezó todo otra vez.

Savannah parecía estar juntando las piezas.

—«Eran las dos mitades perfectas de algo que yo nunca habría podido ser. Ella le pertenecía a él, y él, inevitablemente, a ella» —repitió Savannah, con la misma cadencia con la que él lo había dicho días atrás—. Se te pasó por alto el vínculo que la muerte y la llama Kaiserin tenían y siguen teniendo a pesar de los milenios.

Dalton no dijo nada. Y fue respuesta suficiente.

—Mi hermano está casado con ella. Con Eda.

—Lo están.

Esta vez fue ella quien apartó la mirada.

—Ahora entiendo más de la historia…, y de por qué hiciste las cosas que dijiste haber hecho. Pero es como si viera la catástrofe venir directa hacia mí y no pudiera hacer nada por frenarla.

—Por eso mismo no quería contártelo.

Savannah negó con la cabeza.

—Agradezco que lo hayas hecho, porque estoy cansada, Dalton. Llevo ciento veinte años viva y para mí eso ya es demasiado. Es más tiempo del que jamás imaginé vivir. —Se frotó los brazos, inquieta—. Pero cuando pienso en la guerra, no pienso en mí, sino en los niños que ni siquiera han empezado a vivir, en las familias que llevan décadas construyéndose. En todo lo que puede desaparecer de un día para otro. Yo… —tragó saliva— yo no tengo a nadie, estoy sola. Si muero, Marcelin será la única que sufra. Ella… y Moonveil.

—Puede que aún queden décadas para que eso llegue. Deberías encontrar a alguien real. Formar una familia.

Aquello bastó para que Savannah girara la cabeza de inmediato. Toda su atención quedó fija en él.

—¿Es por eso por lo que me has traído aquí? ¿Ese era el gran asunto? ¿Contarme toda tu historia, abrirte en canal, y luego… marcharte?

—No voy a marcharme. Te ayudaré mientras mi alma siga estando aquí.

—No hablo de la guerra.

—Lo sé.

Él ni siquiera reparó en la lágrima hasta que sintió el roce suave de los dedos de Savannah apartándosela.

—Sabes que estoy sola, que lo único que tengo son mis pacientes. Me has observado lo suficiente como para saber que no vivo acompañada, en casa no me espera nadie, y cuando descanso lo hago sola. Y si alguna vez has escuchado mis pensamientos, aunque fuera sin querer…, entonces ya lo habrás visto. No hay secretos ahí dentro, solo rutinas que se repiten, enfermedades que no dan tregua, noches enteras sin dormir, vuelos a deshoras para que Moonveil pueda respirar aire limpio después de partos de veinte horas. Y, al final del día, cuando por fin me siento, lo único que me queda es la soledad. Una tan pesada que a veces parece otra criatura más respirando a mi lado. —Sacudió la cabeza—. Es gracioso, ¿no? Vivimos en un imperio lleno de magia, de gente, de ruido… y aun así hay quienes caminamos con la sensación de que nadie nos ve.

—Savannah…

—¿Por qué me dibujas, Dalton? ¿Por qué me besas? ¿Por qué dices que has perdido la cabeza por mí? —sollozó—. He estado esperando algo de ti esta última semana, esperando que dijeras algo, que dieras un paso. Pero ahora sé…

—Estoy aterrado —confesó acercándose a ella, a ese olor dulce que lo perseguía como una condena—. Aterrado, Savannah. Porque parece que soy el único que siente este vínculo, este maldito hilo que tengo metido en el pecho y que me empuja hacia ti sin darme tregua. Y estoy jodido en el amor, ¿lo entiendes? —Se llevó una mano al corazón, como si pudiera arrancarse el dolor—. Cada vez que me enamoro, nunca soy correspondido… o me lo arrebatan. Siempre. —Se señaló el cuerpo—. ¡Ni siquiera estoy vivo! ¡Soy un fantasma! ¡Mírame!

—Lo hago, Dalton. —No parpadeó siquiera—. Te veo.

—Maldita sea… No podría… no podría traspasar la línea que hay trazada entre nosotros. Cada día intento convencerme de que estoy aquí por un propósito, por alguna razón mayor, por cualquier cosa que no seas tú. Pero la verdad… —su mirada se posó, inevitable, en sus labios rosados— es que no tengo ni idea de cuál es el motivo. —Estaba demasiado cerca—. Mi corazón es una maldita ruina, y si te beso, no podré parar. Si te toco, voy a necesitar más. Te querré entera.

Savannah seguía apoyada contra el escritorio, mirándolo desde abajo.

—No quiero necesitarte… —murmuró hecho pedazos.

—¿Por qué?

—Porque no puedo tenerte.

Ella levantó una mano entre ambos y sus dedos finos, adornados de anillos, rozaron su pecho, justo donde debería latir un corazón.

—Yo también siento ese vínculo, esa necesidad absurda de buscarte cuando no estás, de que me mires mientras duermo, porque me siento segura sabiendo que estás cerca. Quiero dar el paso, quiero que te quedes y me ayudes a entender por qué se desató una guerra capaz de borrar hasta la magia del mundo.

—Dime todo lo que quieres —suplicó, desnudo de orgullo—. Juro que intentaré darte todo lo que esté en mi mano.

—Quiero que esto no dure solo días o semanas, quiero conocerte. —El aliento se le escapaba entre palabra y palabra, tan cerca de sus labios que casi podía saborearlos—. Quiero que dibujemos juntos, que me dibujes cada día si te nace…, y dibujarte yo a ti en mis ratos libres. Quiero un futuro contigo, aunque sea breve, porque un segundo a tu lado tiene más sentido que toda una vida sola.

—No voy a soportar verte… —Se detuvo justo cuando iba a pronunciar «muerta».

Ella posó los labios de forma muy delicada sobre los suyos en un roce inocente, y luego dijo:

—Chisss… No pienses en lo que vendrá, ni en lo que seremos dentro de siete milenios. Falta demasiado para eso, Dalton. —Le acarició la mejilla con el pulgar—. Si la vida nos ha puesto aquí, ahora…, entonces aprovechémoslo.

Sus manos por fin se clavaron en sus caderas, apretando con fuerza la tela del vestido. Su mano descendió lentamente por la piel desnuda de su pierna, explorando con hambre cada centímetro. Ella respondió acercándose aún más, aferrada a su cuello.

—Preferiría desvanecerme hoy mismo de la faz de la tierra antes que afrontar mil años más sin la suerte de haberte conocido, Savannah.

Sus bocas se encontraron y la besó como tendría que haberlo hecho en aquel lago; como tendría que haberlo hecho cada día de esa semana, después de cada entrenamiento, de verla pelear, aprender y derrumbarse solo para levantarse otra vez. Pero lo hizo en ese momento, y el hilo invisible que los unía pareció tensarse, envolverlos, atraparlos…

Dalton la empujó contra el escritorio y la devoró. Sus manos la atrapaban temiendo que el mundo pudiera arrebatársela.

Había perdido la razón.

Solo sabía besarla.

Besarla y seguir besándola.

—He sido un caballero… —murmuró contra sus labios, jadeante—. Me he comportado muy bien. Lo sabes, ¿verdad?

Los ojos de Savannah se empañaron.

¿Ah, sí?, respondió en su mente, sin separarse ni un milímetro de su boca. *Yo pensaba que solo venías con la intención de ignorar este vínculo. Y eso, Dalton Basilius, no es propio de un caballero.*

Sus bocas se fueron separando apenas unos centímetros, y su mano subió hasta su nuca. Se enredó en su cabello dorado y tiró de su cabeza hacia atrás sin piedad, dejando su garganta tensa y expuesta para él.

—No puedes hablarle así a un emperador —gruñó—. Hay consecuencias.

—¿Y cuáles son? —jadeó ella, clavándole la mirada, sin amedrentarse ni un segundo.

Y en ese instante, mientras Savannah lo desafiaba pegada a él, Dalton comprendió exactamente a quién tenía delante: no a la heredera dócil que muchos creían, ni a la sanadora prudente que sonreía para calmar a los demás, sino a la mujer real, la que ardía sin necesitar magia, la que tenía los ojos vidriosos de deseo y rabia, la que no retrocedía ante la sombra de ningún monstruo… ni ante él, que había sido uno de los peores.

—Necesito que me lo pidas, quiero oírte decirlo, como en aquella bañera, cuando me pediste que te tocara con los dedos, con la lengua. —Sus manos se engancharon en su ropa interior y tiraron de ella—. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—No voy a portarme bien. Llevo mucho tiempo pensando que tocar a una mujer…, darle placer…, ya no era posible para mí. Pero tú… —Bajó la cabeza y besó su garganta muy despacio—. Tú me estás recordando quién fui. Quién soy.

Savannah soltó un leve suspiro, una súplica ahogada.

—Dalton…, por favor…

La mano que descansaba en su nuca se deslizó hasta sus mejillas, y el pulgar rozó uno de sus labios haciéndolo temblar. La otra mano, lenta y decidida, recorrió su cuerpo hasta perderse bajo la tela de la ropa interior. La tocó por encima, lo justo para arrancarle un jadeo sofocado.

Estaba tan mojada que supo que podría ahogarlo cuando la lamiera.

—¿«Por favor» qué, Su Alteza? Dime qué es lo que quieres.

Maldito bastardo…, gruñó ella en su consciencia mientras movía las caderas.

—Pídemelo —insistió él.

—O me tocas y haces que me corra esta noche, o te prometo que acabaré con el fantasma que eres, Dalton Basilius. —No terminó la frase; él volvió a ponerle las manos en la cintura y la giró hasta que su culo chocó contra su dureza.

—Tira todo lo que hay en la mesa —ordenó contra su oído.

De un solo movimiento, Savannah arrasó con todo lo que cubría el escritorio: papeles, frascos, mapas. El estruendo llenó la sala cuando los objetos se estrellaron contra el suelo, rodando y rompiéndose sin orden alguno.

—Qué obediente…

La tenía de espaldas, pero aun así podía ver la sonrisa dibujada en su rostro. Ella giró la cabeza por encima del hombro, las pestañas largas temblando con una mezcla de nervios y anticipación.

—¿Y ahora?

Dalton encontró el primer botón trasero de su vestido, forrado en el mismo rosa brillante que la tela. Lo desabrochó despacio. Podría haberle arrancado el maldito traje con los dientes —y lo haría si ella se lo pedía—, pero era demasiado precioso.

—Ahora voy a comprobar si tu ropa interior también es rosa —gruñó contra su nuca, mientras la seda del vestido cedía bajo sus dedos. La tela resbaló por su espalda desnuda y él se agachó para bajar el vestido por sus caderas, hasta que quedó a sus pies. Su ropa interior quedó expuesta por completo: rosa, llena de lacitos diminutos, tan delicada y mínima que dejaba muy poco a la imaginación—. Por todos los dioses…

—¿Te gusta lo que ves, emperador? —lo provocó, apoyando ambas manos en el borde del escritorio, al tiempo que impulsaba

hacia atrás la cadera y arqueaba la espalda.

Maldita sea, le gustaba tanto que sentía que podría correrse solo con mirarla.

La tela terminó de deslizarse por sus piernas, y Savannah salió del vestido con una elegancia indecente. Levantó un pie, luego el otro, dejando que la seda rosa cayera como un charco sobre la alfombra. Con un gesto lento, casi insultante, lo empujó a un lado con el tacón.

Dalton seguía agachado, mirándola desde abajo. Sus ojos ascendieron por sus piernas comenzando desde los tacones, luego en el contorno perfecto de su culo, en el encaje rosa que parecía pedir que lo arrancaran de un tirón.

—Me gustaría dejártelas puestas, pero eso será para otro momento. Para cuando te las pongas a propósito y me obligues a pintarte un maldito cuadro vestida solo con ellas.

Deslizó el encaje por sus piernas y, cuando tuvo la prenda en la mano, la guardó en el bolsillo.

—¿Qué vas a hacerme? —pareció suplicar ella.

—Apóyate bocabajo en el escritorio.

Dalton la vio inclinarse, pegar el pecho contra la madera, apoyar las dos manos abiertas sobre la superficie. Su vientre rozó el borde, sus caderas se arquearon hacia atrás y su cabeza quedó ladeada hacia él, el cabello cayéndole como un velo dorado mientras le sostenía la mirada sin parpadear.

Aquella mujer lo tenía muerto en combate. Obediente sobre la mesa, en la biblioteca, como si el pudor no existiera en su vocabulario. No había vergüenza en sus gestos ni en su mirada, solo

deseo y esa curiosidad voraz por descubrir qué demonios haría él ahora.

Aún agachado, inclinó la cabeza y dejó un primer beso en la curva interior de su rodilla. Luego otro, un poco más arriba. Y otro. Ascendió despacio por la parte más tensa y tibia de sus muslos, como si estuviera dibujando un mapa con la boca. Cuando por fin llegó a la curva de su culo, la besó allí también, sin apartar la vista de cómo Savannah se estremecía por él.

—Dalton…

—Abre las piernas para mí, cielo.

Se inclinó y hundió el rostro entre sus muslos como si ese lugar le perteneciera desde siempre.

El primer lametón fue lento. Profundo. Cargado de intención.

La lengua recorrió la línea desde la base de su sexo y descendió hasta rozarla por detrás. Lamió toda su humedad y Savannah tembló contra la mesa, un gemido sofocado rompiéndosele en la garganta.

Dalton le abrió más los muslos desde atrás, la sujetó con una fuerza posesiva y le dio otro lametón ascendente.

—Así, cielo… Déjame comerte bien.

Cada lametón los arrastraba a ambos hacia un maldito precipicio.

—Por todos los dioses… —jadeó, perdiendo el control de sus caderas, que se movían por instinto buscándolo más—. Así… así…, joder, sí.

Te he dicho que te quería entera. Sus manos la sujetaron a ambos lados y la abrieron todavía más. *También quiero cada gota.*

Ella se retorcía contra la mesa, gimiendo sin ningún intento de contenerse. Cada sonido que escapaba de su garganta era más alto

que el anterior, y él casi deseaba que todos los guardias de palacio la escucharan.

Que las paredes temblaran.

Que el propio lugar se viniera abajo alrededor de ellos.

—Dalton…, quiero…

Sé perfectamente lo que quieres.

Dejó de lamerla solo para reemplazar su lengua por sus dedos, que torturaban su centro empapado con una mezcla de su saliva y de la esencia de ella.

Dalton se incorporó despacio y se inclinó, sobre su cuerpo todavía rendido contra la mesa. Entonces, un dedo la penetró de forma cruel.

Savannah ahogó un grito contra la madera y sus uñas arañaron la superficie cuando ese dedo la abrió despacio, hundiéndose hasta donde él quiso, marcándole el ritmo, reclamándola desde dentro.

—¿Me estoy portando bien, emperador? —Arqueó las caderas para ofrecerse aún más.

Esa mujer sabía exactamente lo que estaba haciendo con él.

Porque el que estaba suplicando en silencio era él.

El que se había arrodillado para devorarla.

El que estaba desesperado por su sabor.

El que ya no podía pensar en nada que no fuera en hacerla suya.

—Más que bien, Alteza.

La otra mano de Dalton recorrió su espalda, descendiendo por la curva de su cintura hasta volver a hundirse entre sus piernas. Introdujo otro dedo, arrancándole gemidos que parecían nacerle en lo más hondo.

Savannah se agitaba, respondiendo a cada embestida.

—Tu cuerpo sabe quién lo está tocando. Quién lo reclama.

Más… más, Dalton, necesito más de ti, susurró en su conciencia.

—Toma esto. —Inclinó la cabeza y besó su columna, vértebra a vértebra—. Tenemos tiempo. No voy a irme.

Sus dedos rozaron un punto dentro de ella y, de inmediato, Savannah se arqueó con una violencia casi irreal, como si su cuerpo hubiera olvidado dónde empezaba y dónde terminaba. Dalton la vio morir de placer, gritar su nombre astillando la mesa del escritorio hasta partir sus bordes, desbordándole los sentidos hasta borrar el mundo que los rodeaba y, por un segundo, él creyó que iba a perderla allí mismo, atrapada en ese temblor delicioso que la sacudía de pies a cabeza.

Unos segundos después, cuando su cuerpo aún temblaba por el orgasmo, Dalton la levantó de la mesa y la sentó sobre ella. La besó con una ternura que contrastaba con todo lo que acababa de hacerle: primero su boca, luego su cuello, donde aún latía su pulso desbocado; después sus pechos.

Los tenía preciosos, rosados y ligeramente enrojecidos por la fricción.

Savannah seguía respirando de manera entrecortada, con las mejillas encendidas y los muslos temblorosos mientras él la besaba entera.

—Yo también quiero intentar tenerte, intentar lo que estamos empezando, pero sé que debo volver al presente, y no sé cuánto tiempo durará esto. —Hundió el rostro en su cuello—. ¿Qué pasa si empiezo a construir una vida aquí contigo y mi alma vuelve a ser arrancada otra vez?

Le sostuvo el rostro con ambas manos para obligarla a mirarlo. Fue ella quien lo besó esta vez.

—Entonces estaremos juntos todo el tiempo que el destino permita.

Rozó su frente con la de ella.

—¿Cómo has podido evitarme durante tantos siglos?



20

Habían terminado tumbados sobre uno de los sofás de la biblioteca, lo bastante ancho como para acomodar sus cuerpos entrelazados.

Savannah no recordaba haber sentido una plenitud así en toda su vida. Nunca había dado importancia a las relaciones amorosas; el único amor que había conocido era el que les entregaba a Marcelin, a su dragona o a los mortales que la necesitaban cada día. Siempre creyó que su corazón no tenía espacio para nadie más. Nunca imaginó que podría entregárselo a un hombre.

Sus piernas seguían temblando, el corazón le golpeaba el pecho a un ritmo que no conseguía dominar mientras el recuerdo la atravesaba como un latigazo. Dalton hundiéndose entre sus muslos, recorriendo cada pliegue hasta arrancarle gemidos que jamás habría reconocido como propios; sujetándola por las caderas para obligarla a sentirlo todo, empujándola al borde una y otra vez solo para negarle el final, como si quisiera enseñarle quién mandaba sobre su cuerpo… hasta que la deshizo entre sus manos.

Dioses…, por primera vez en mucho tiempo, Savannah había olvidado el peso que cargaba sobre los hombros. No había imperio, ni expectativas, ni responsabilidades.

Solo él.

Solo ellos dos.

Nada más.

Dalton descansaba con la cabeza entre sus pechos, reteniéndola contra su cuerpo como si temiera que pudiera desvanecerse entre sus brazos. Ella le acariciaba el cabello oscuro mientras alzaba la mirada hacia el cielo estrellado. La enorme camisa negra que él le había dejado cubría su piel desnuda, sustituyendo el vestido que, después de lo que acababan de hacer, ya no tenía ningún sentido volver a ponerse.

—Me encantan estas dos… —murmuró él, moviendo la cabeza entre sus pechos. Sus labios recorrieron la camisa abierta antes de apartarla del todo, y su mano se deslizó por debajo y le acarició los pezones hasta que ella arqueó la espalda.

La besó despacio mientras le confesaba lo mucho que le gustaba su piel rosada, su olor… Dalton volvió a perderse entre sus piernas, esta vez sin prisa, tomándose todo el tiempo del mundo en aquel sofá. La lamió con delicadeza, haciéndola sentir que flotaba en el borde mismo del placer.

—Voy a hacerte esto cada mañana antes de que vayas a trabajar. Cada día que regreses agotada y te caigas rendida en mis brazos. Todas las noches antes de dormir —prometió besando su centro—. Todas. Las. Noches.

No supo cuánto tiempo permanecieron allí tumbados.

Dalton le habló de su pasado: una infancia marcada por un padre que solo veía en él una corona futura, nunca un hijo. Creció rodeado de poder, pero sin amor, preparado para gobernar el mundo, pero jamás para ser querido. Savannah escuchó cada palabra sintiendo cómo algo en su pecho se apretaba, reconociéndose en aquella soledad que él arrastraba desde niño.

Ella también había sido moldeada por las expectativas ajenas, por un padre que solo quería una heredera perfecta y no a la hija que realmente era. Y al escucharlo, Savannah comprendió que aquella vulnerabilidad compartida los unía más de lo que cualquier deseo físico podría hacerlo. Allí, en aquel sofá, con Dalton apoyado contra su piel y confiándole heridas que nunca había nombrado, sintió que no estaba sola.

Nunca antes se había visto tan reflejada en otro ser.

Nunca antes había sentido que pertenecerse podía ser tan sencillo como quedarse abrazados unos minutos más.

Se había deslizado sobre su regazo, acomodándose sobre él con una naturalidad que la sorprendía incluso a ella misma. Pasaba sus uñas rosadas por su pecho desnudo, marcando líneas sobre esos músculos tallados a base de entrenamiento; recorría sus hombros anchos con besos, ascendiendo por su cuello, embriagándose con su olor. Se sentía satisfecha, plena…, pero bajo ella, Dalton seguía duro. Muy duro.

Savannah quería aliviarlo, tocarlo, devolverle cada estremecimiento que él había arrancado de su cuerpo. Pero también veía el miedo en sus ojos. Ese reflejo de apartarse cuando unas manos ajenas lo buscaban.

Él no sabía cómo entregarse… y ella iba a enseñarle.

Bajó la mano por el pequeño hueco que aún los separaba y deslizó las yemas de los dedos por la cinturilla de su pantalón.

—Deseo tocarte —susurró ella mordiéndose el labio mientras sentía el rubor treparle por las mejillas.

—Yo también lo deseo…, pero no sé si… —La voz se le quebró cuando ella pasó la mano por encima de la tela del pantalón, justo sobre su erección. Su cabeza cayó hacia atrás en un jadeo ronco—. Joder…, sí que lo deseo.

Ella lo rozó otra vez.

—No voy a hacerte daño.

La mano de Dalton voló por instinto a su nuca, no para apartarla, sino para sostenerse en ella. Cuando Savannah levantó la mirada, vio el miedo en sus ojos.

—Eh…, soy yo. —Le besó la frente evitando que se hundiera en recuerdos que no le pertenecían—. Soy yo. Solo yo, Dalton. Nadie más.

Metió la mano en sus pantalones y acarició su punta húmeda, que goteaba. Se le secó la boca al descubrir lo duro que estaba, lo tenso, lo increíblemente firme que lo notaba bajo su mano.

Era hermoso.

De una forma devastadora.

Cada vez que sus dedos descendían por su longitud y escuchaba cómo su respiración se deshacía en jadeos que parecían arrancados del pecho, solo podía pensar en cómo era posible que nadie lo hubiera amado como se merecía.

—Savannah… Savannah, háblame —suplicó—. Quiero escuchar tu voz.

—Yo también quiero lamerte cada mañana, cada día en el que evoques los malos recuerdos de tu vida pasada. —Se arrodilló frente a él, sin parar de tocarlo, sin dejar de estar presente—. Voy a saborearte todas las noches en las que tu alma decida quedarse conmigo.

Lo besó en la punta húmeda mientras una mano lo acariciaba de arriba abajo y con la otra le buscaba la mano, entrelazando sus dedos con los de él.

—Dioses…, tu boca es el puto paraíso. Tú eres el puto paraíso —gruñó mientras los dedos de su otra mano se cerraban en su melena y tiraban de ella con hambre.

Savannah dejó que la controlara, que hundiera las caderas hacia delante hasta llenar su garganta. Lo tomó hasta el fondo, hasta que sintió la presión firme contra su lengua.

Lo lamió más rápido, más profundo.

—Qué bien lo estás haciendo… Así me vas a hacer perder la cabeza, cielo. —Empujó un poco más dentro de su boca, pero sus pulgares subieron para apartarle las lágrimas de los ojos—. Mírame —la embistió—, quiero que me mires a los ojos mientras tus labios rodean mi polla.

Savannah obedeció, frotando los muslos, devorándolo con la mirada. Verlo así, desatado, sin máscaras ni control, la incendiaba por dentro.

Me estoy conteniendo para no follarte demasiado fuerte la boca. Lo sabes, ¿verdad?, jadeó Dalton en su consciencia.

Por todos los dioses, le fascinaba ese lado de él que iba despertando.

Guárdate los modales de emperador. Aquí no los necesito.

Ahora sí, Dalton perdió el control.

La embistió más fuerte una y otra vez.

Savannah apenas sabía cómo había podido meterse todo aquello en la boca, cómo aún podía sostenerle la mirada; pero pensó que, si se ahogaba ahí, si moría con él entre los labios…, no le importaba.

—Sigue hablando, cielo…, no pares.

Soy yo… Solo yo te lamo, Dalton. Nadie más, le repitió, dejando que su voz lo siguiera incluso cuando él echaba la cabeza hacia atrás, vencido por las oleadas de placer.

Solo yo.

Solo yo.

Solo yo.

—Joder —jadeó con la voz rota—, no pares…, no pares…

Cuando él se derramó en su boca, ella no le soltó la mano que le había cogido. Al contrario, la apretó con más fuerza, anclándolo a ella mientras su cuerpo se arqueaba bajo la fuerza del orgasmo.

Al acabar volvió a trepar por su cuerpo y Dalton la abrazó de inmediato. La atrajo contra él con los brazos fuertes rodeándole la cintura y una mano descendió por su espalda hasta agarrarle el culo y apretarla contra sus caderas. Terminaron tumbados otra vez, pero en esa ocasión era él quien temblaba. Dalton escondió el rostro en su cuello, mientras sus dedos se movían acariciando la curva de su cadera, el muslo, la parte baja de su espalda.

Una lágrima rodó por su mejilla y cayó sobre la clavícula de Savannah.

—Estoy sanando, vuelvo a sentir que mi cuerpo me pertenece. Que puede pertenecerte a ti sin perderme a mí mismo.

Ella le besó la frente.

—Juntos —prometió apretándolo contra su pecho—. Sanaremos juntos.

Dalton captó un movimiento por el rabillo del ojo. Fue un destello diminuto, intensamente brillante, del color del arcoíris.

Dos cabecitas redondas y mullidas se asomaban por el lateral del sofá.

Los fungos guardianes.

Al darse cuenta de que los habían descubierto, las dos bolitas de color se escondieron de golpe, solo para asomarse otra vez un segundo después, dejando claro que quedarse quietos nunca había sido lo suyo.

—Así que la biblioteca ha sido vuestra durante milenios, ¿eh? —rio en voz baja, inclinándose apenas hacia delante para verlos mejor. Se movió procurando no despertar a Savannah, que dormía con la cabeza hundida en su regazo, la melena rubia cayéndole encima como una manta.

La respuesta fue inmediata.

Diez pequeñas setas guardianas lo apuntaban con palillos levantados a modo de lanzas. Sus ojos —dos círculos brillantes incrustados en sus barrigas redondas— lo fulminaban con furia.

—Vaya, vale, vale. —Puso las manos en alto—. Hostilidad recibida, no hace falta declararme la guerra.

Dalton conocía muy bien esa mirada. Aquellos fungos habían pasado siglos con él en la biblioteca, vigilándolo, siguiéndolo y haciéndole compañía. Pero aún faltaban muchos años para que ellos conocieran a ese Dalton.

Ahora solo veían a un extraño.

A un intruso.

—Acercaos, no voy a haceros nada. —Bajó despacio un brazo para mostrarles la mano abierta, vacía.

La seta más valiente echó a correr dando pequeñas zancadas rápidas. Tomó carrerilla, se plantó justo frente a él y levantó su palillo con toda la dignidad de un general en miniatura.

Parpadeó una vez. Luego otra.

Dalton escuchó el mensaje tan claro como si lo hubiera gritado: «Vete de aquí».

—Son muy celosas —canturreó Savannah, medio dormida, incorporándose lo justo para apoyar la cabeza en su hombro—. Y cotillas. Muy cotillas.

En cuanto habló, otras tres setas salieron disparadas desde detrás del sofá, sus patitas diminutas repiqueteando en la alfombra antes de derrapar frente a ellos en formación de ataque.

Dalton arqueó una ceja, divertido.

—¿Celosas de mí?

—Son muy protectoras conmigo.

Él se inclinó hasta su oído.

—Te han estado escuchando gritar y gemir toda la noche. Creo que ahora me ven como una amenaza. Un hombre muy peligroso.

Savannah ahogó una risa y le tapó la boca con la mano.

—Chisss, cállate.

—Vale…, no te pongas histérica por lo que voy a decirte, pero ese negro que te pones en las pestañas se te ha corrido por las mejillas.

—¿¡Qué!? —exclamó ella, llevándose las manos al rostro para taparse—. ¡No me mires! ¡Aparta la mirada! ¡Vete!

Dalton rio.

—Ven, déjame quitártelo. Aunque no te voy a mentir, me gusta cómo te queda. Es una prueba bastante clara de que he estado dentro de esa preciosa boca.

—¡Dalton! —Lo fulminó con la mirada antes de otear por encima de su hombro—. Nos están escuchando.

Con los pulgares le limpió con cuidado el rastro oscuro bajo los ojos y, aprovechando la cercanía, le hizo cosquillas en las costillas. Savannah soltó una carcajada brillante y despreocupada, tan pura que rebotó entre los estantes de la biblioteca y pareció devolverle la vida al lugar.

Ese sonido fue suficiente para que las setas, alarmadas por lo que interpretaron como un ataque, saltaran hacia ellos.

Dalton estalló cuando una le golpeó el tobillo.

—¡Vale, vale!

Savannah recogió a dos de ellas y las apretó contra su pecho, dándoles besitos mientras las criaturas pataleaban como niñas furiosas.

—Están muy cabreadas —dijo ella, divertida, mientras otra seta trepaba por su falda para darle un abrazo posesivo.

Dalton apoyó el antebrazo en el respaldo del sofá, la observó con una sonrisa torcida.

—Que se cabreen más si quieren, yo también estoy muy celoso.

Entre risas, cosquillas y achuchones a los pequeños fungos guardianes, Savannah se detuvo de golpe.

Las setas se quedaron colgando de su falda, confundidas.

Dalton dejó de reír cuando vio cómo un miedo puro cruzaba el rostro de Savannah, borrándole la sonrisa como si nunca hubiera

existido.

—¿Cielo…? —Se incorporó.

Savannah no respondió. Miraba hacia las ventanas oscuras de la biblioteca.

—¿Qué pasa? —insistió Dalton.

—El dragón de mi padre… Lo escucho fuera. —Sus pupilas se dilataron—. El emperador está aquí.



21

El sonido de los tacones de Savannah se extendía por el mármol pulido del palacio imperial. Caminaba con la espalda erguida y una sonrisa impecable, tan medida que parecía natural. Allí dentro debía ser la heredera perfecta, la imagen exacta de aquello para lo que la habían educado. Pero, por mucho que lo fingiera, algo muy dentro de ella seguía susurrándole que jamás llegaría a serlo. Porque, aunque el poder de la muerte corría ahora por sus venas, sabía que no le pertenecía, solo era un préstamo.

Mientras se acercaba a la sala de reuniones de su padre, Savannah rezaba a los dioses para que el poder de vinculación de Dalton también hubiera borrado de su mente el recuerdo del embarazo de Lorelei. Aquel había sido el verdadero motivo por el que su padre la había enviado a Novadia durante las últimas semanas. Aunque, para evitar la furia de un padre incapaz de recordar el verdadero motivo de su decisión, Dalton se había asegurado de dejarle una versión convincente: en la memoria del

emperador solo permanecería la idea de que la había enviado allí por asuntos imperiales.

Pero ahora temblaba por dentro al pensar que él podía saber lo ocurrido en la grieta con Kilian. Que aquel arrogante jinete pudiera recordar, aunque fuese un destello, que había sido ella quien lo había apuñalado una y otra vez.

Uno de los cinco guardias imperiales apostados en la entrada de la sala le hizo un gesto para que pasara.

—Alteza, el emperador la espera dentro.

Savannah no pasó por alto las miradas lascivas que la seguían mientras hablaban. Casi rio. Habían pasado décadas y aún la veían igual que siempre: un adorno para el poder, un objeto bonito que admirar, nunca una amenaza.

—Me lo temía.

No se permitió agachar la cabeza cuando el sonido de sus tacones se apagó sobre la alfombra. Al entrar en el salón de reuniones, ya había hecho desaparecer a Dalton. No quería que viera aquello, que fuera testigo de lo que iba a suceder.

No tembló al ver al emperador, de espaldas, inmóvil frente a la larga mesa que los separaba como un abismo. Vestía un traje blanco impecable, con bordados en hilo escarlata que recorrían sus puños y su cuello.

Su padre, un hombre de cabellos rubios como los suyos, portaba la llama idealis en la espalda, el fuego más poderoso del imperio. Era la manifestación de la estabilidad concentrada en un solo ser, una de las tres llamas que mantenían el mundo en equilibrio. Aquel fuego negro, capaz de devorar la luz misma, se extendía como una sombra

viviente por su espalda y sus hombros, serpenteando sobre la tela inmaculada de su chaqueta blanca.

«Después de la guerra que se avecina, las llamas desaparecerán».

—Espero que el helor de las montañas te haya enfriado el temperamento, Savannah.

—Padre. —Ella inclinó la cabeza, perfecta en cada gesto, mientras se clavaba las uñas en las palmas hasta sentir la carne.

«Solo una conversación —se dijo—. Solo unos minutos más con el hombre que confunde la autoridad con el desprecio».

—Has vuelto a burlar a mis guardias. Ni siquiera has dormido en la casa que se te asignó para tus… —se interrumpió confuso, como si algo se le escapara y Savannah apenas contuvo un suspiro de alivio, el poder de Dalton seguía funcionando— ocupaciones. Además, te vieron volar a deshoras hacia el oeste.

El silencio se volvió insoportable cuando su padre se giró para mirarla. La observó con la misma frialdad de siempre.

—Sé que viste a Kilian.

La presión se le desplomó de golpe.

—¿Eso te ha dicho?

—Sé que te negaste a salir a cenar con él. —Apoyó los brazos sobre la mesa y fijó en ella sus ojos marrones.

Savannah tragó saliva.

—Tenía trabajo que hacer.

—Lo único que has hecho desde que naciste es darme problemas. En estos últimos meses he intentado mantenerte encerrada, pero ni siquiera eso funciona contigo. Aunque no tengas magia, siempre encuentras la forma de escabullirte de tus habitaciones, como la pequeña alimaña que eres.

—Tus guardias son bastante lentos, torpes y muy predecibles, Alteza. No es mi culpa estar mejor entrenada que ellos… —Las palabras se apagaron a mitad de frase.

La garganta se le cerró de repente. Intentó hablar, pero una fuerza invisible se aferró a su cuello, estrangulándola. Frente a ella, su padre ni siquiera pestañeó. No necesitaba mover un dedo para recordarle quién tenía el control, su magia lo hacía por él.

El poder de vinculación que habitaba en su interior se aferró a la voluntad de Savannah para silenciarla y obligarla a callar. No necesitaba gritar para imponerse; le bastaba con borrar su voz.

Su padre se apartó de la mesa, ladeando la cabeza mientras la observaba encogerse y las rodillas se le hundían en la alfombra al perder fuerza.

—No puedo vigilarte cada puto segundo de tus días. No estoy aquí para perder mi tiempo controlando tus impulsos. Tengo un imperio que mantener, y tú sigues siendo la única vergüenza que no puedo desterrar. Estoy harto de ti. —Su oscura mirada la atravesó—. No eres más que una carga. Ha llegado la hora de que otro hombre me tome el relevo.

Savannah no se movió. Sintió la sangre hervirle en la cabeza, el pulso retumbando en las sienes. Sus manos fueron por instinto a su cuello: la estaba asfixiando.

Sabía por dónde iba a atacar su padre. Llevaba tiempo esperándolo. Hasta ahora, él había pasado por alto todo lo relacionado con Kilian, aunque era muy consciente de que ella no cedería. Años atrás, había intentado controlarla del modo en que los hombres del imperio siempre lo hacían: casándola joven, antes de que pudiera elegir, antes de que su voz contara. Los hombres que

quisieron hacerla suya terminaron en una tumba antes de lograrlo, y el emperador, por primera vez, comprendió que ni el matrimonio podía domar a su hija.

Hasta hoy.

Su paciencia se había agotado…, y con ella, la poca libertad que había conseguido arrancarle al destino.

—Te casarás con Kilian, la ceremonia se organizará pronto. Te mantendré informada. —Levantó la mano y señaló la puerta—. Estaré fuera unos días, aprovecha lo poco que te queda de libertad, Savannah, porque se ha terminado.

El poder invisible que la mantenía silenciada se desvaneció, y se desplomó justo al borde de la alfombra, sintiendo el contacto del frío mármol en su piel. Tosió con la garganta ardiendo, intentando recomponerse. Su padre se dio la vuelta y salió de la sala sin mirarla. La puerta se cerró con un golpe que resonó más de lo necesario, y cuando el silencio volvió, solo quedaban las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Lo mataré —se prometió.

La rabia no llegó de golpe. Primero fue un temblor en el pecho, luego una presión insoportable, y después todo estalló. Un grito le rasgó la garganta y rebotó contra las paredes.

Entonces descargó los puños contra el mármol, una y otra vez, hasta que la piel se abrió y la sangre le resbaló por los nudillos. No se detuvo. Siguió golpeando, necesitaba dejar que el dolor le subiera por los brazos como una descarga brutal, porque ese instante era lo único que conseguía vaciarle el pecho.

«Me lo pagarás —pensó entre cada golpe—. Te destruiré».

Odiaba a todos, a cada uno de ellos.

Siguió golpeando el mármol, formando un charco oscuro bajo sus puños. Golpeó una vez más, y otra, hasta que el dolor dejó de tener forma y la oscuridad, por fin, la encontró…

Brotó de su piel como humo, deslizándose a su alrededor en espirales. La rodeó con cuidado como una caricia, y los sollozos se apagaron y su respiración empezó a acompasarse.

No era una magia ajena, sino la suya.

—Eh…, estoy aquí. —Unos brazos la rodearon, tan reales que dolía olvidar que no pertenecían por completo a ese mundo—. Estoy aquí contigo, y no voy a irme.

Él la sostuvo mientras ella sollozaba, el pecho sacudiéndose aún por la tos que le había dejado su padre.

—Respira… —susurró su fantasma, hundiendo el rostro en su cabello mientras la mecía entre sus brazos—. Respira, por favor. Él ya no puede hacerte daño.

—Dalton… —Se aferró a él—. No me sueltes.

—No voy a hacerlo —le respondió, rozándole la frente con los labios—, no pienso dejarte sola.

Ella lo había llamado desde la necesidad, desde el deseo…, desde esa búsqueda desesperada de no volver a estar sola. Y el hilo que los unía lo había traído de nuevo a su lado.

Para abrazarla.

Para calmarla.

Para recordarle que, incluso en la ruina más honda, no estaría sola.

Era lo que siempre había anhelado.

—Quiere que me case con él…

—No lo permitiré. Antes lo mataré, te lo juro. —Apretó la mandíbula hasta que los dientes le crujieron—. Debería haberlo hecho cuando te apuñaló. Deberías haberme dejado arrancarle la vida en esa grieta. Después de todo lo que te hizo…, después de envenenarte para poder ponerte un dedo encima… —La mano que la sujetaba tembló, pero no la soltó—. No habrá misericordia para quien te hiere, no mientras yo siga aquí.

La estrechó contra el pecho, besándole la frente con ternura una y otra vez, limpiando con suavidad las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Savannah se dio cuenta de que la oscuridad la había devorado. La sombra brotaba de su piel y respiraba a su mismo ritmo. A su alrededor, los hilos negros rozaban a Dalton, pero él no pareció notarlos; sus ojos solo estaban puestos en ella.

—Mi venganza será estar allí mañana —dijo con dureza—. Seré la sombra del imperio… y, cuando llegue el momento, su guadaña.



22

Dalton no había anticipado semejante despliegue. Ni siquiera en sus siglos como emperador había visto tantas alas surcando el cielo al mismo tiempo.

No solo descendían dragones en la zona, también aterrizaban mantícoras, hipogrifos y criaturas que Dalton jamás había visto: corceles blancos como la luna, con alas emplumadas que resplandecían bajo la escarcha y un cuerpo rematado por un único cuerno cristalino en la frente.

—¿Acaso nunca has visto un pegaso? —preguntó Savannah a pocos centímetros de él. No estaba mirando los aterrizajes; parecía tener ojos solo para él, atenta a cada una de sus reacciones.

Llevaban horas encaramados en la copa de un árbol colosal, a casi quinientos metros de la entrada del Refugio. Desde el suelo, aquel bosque no era más que un conjunto de sombras y troncos, pero visto desde arriba mostraba su auténtica grandeza. Los árboles se alzaban como titanes, con troncos anchos como torres y ramas que aguantaban sin problema el peso de un dragón joven. Las hojas

formaban un techo tan espeso que casi no dejaba pasar la luz. Desde allí, su vista y su oído inmortales les permitían abarcar distancias enormes de sonido y movimiento.

Savannah había volado a Novadia justo después de que su padre abandonara el palacio.

Dalton no vio lo que le hizo, pero tampoco lo necesitó. La encontró tirada en el suelo, sofocada, respirando con dificultad, con el cuerpo doblado sobre sí mismo. Bastó eso para saberlo: aquel hijo de puta la había asfixiado.

Y aun así, cuando Savannah se levantó, todavía tosiendo, en su mirada no había rastro de miedo, solo pura determinación.

Al aterrizar, había logrado desvanecerse hasta aquel lugar sin perder apenas el aliento; ella dominaba esas montañas mejor que nadie. Habían elegido ese árbol en particular porque su copa era lo bastante cerrada como para ocultarla incluso desde la lejanía, en caso de que alguna criatura feérica terrestre —como los nightmares, caballos envueltos en fuego, o las bestias desplazadoras, felinos gigantes con cuerpos tan anchos como un oso y el doble de altos— merodeara por la zona.

—Nunca había visto un pegaso, pero sabía que existían —contestó él.

—Marcelin está vinculada a uno. —Savannah se acomodó sobre el tronco ancho, con las piernas colgando en el vacío—. Su magia es fascinante. No tienen un poder concreto como las otras criaturas feéricas de Valdemar, las mantícoras o las bestias desplazadoras, pero poseen una inteligencia que a veces da miedo. —Dalton la escuchó, atento—. En Valdemar no hay muchos pegasos, son extraños y caprichosos. Eligen a un jinete muy pocas veces en un

siglo y, cuando lo hacen…, la ciudad entera lo celebra. Dicen que es señal de buena fortuna, de equilibrio. —La mirada de Savannah se suavizó—. Cuando Bonibell eligió a Marcelin, hubo tres días de fiesta. Pero ni ella ni yo pudimos disfrutarlos, solo teníamos trece años. Yo acababa de vincularme con Moonveil y la inmortalidad me estaba destrozando el cuerpo.

Dalton también se había vinculado a su dragón cuando era muy joven, así que supo cómo debía de haberse sentido ella entonces. Pero, aun así, había una diferencia abismal entre sus experiencias. Para él, las vinculaciones en Valdemar siempre habían sido un enigma. Todo lo que sabía lo había aprendido a base de observar, de estudiar. Pero Valdemar seguía siendo un territorio envuelto en misterio, más incluso que el propio dominio de la muerte.

—Sé que los dragones nacen de huevos, pero…

—Bueno… «nacer» es una forma un poco libre de decirlo —corrigió Savannah alzando un dedo, claramente encantada con la explicación—. En teoría no son huevos. Son esferas de magia pura, concentrada, que se materializan delante del mortal al que eligen. No hay nido, no hay madre, no hay nada biológico. Estás caminando tan tranquilo y, de pronto…, pum. —Sonrió, orgullosa—. Los dragones no nacen, eligen aparecer. Siempre.

—Eso ya lo sé —resopló—. Lo que no termino de entender es lo de las otras criaturas feéricas. Nunca he visto un nacimiento. Solo surgen en los bosques como si nada.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Dalton Basilius. —Le guiñó un ojo—. Lo sé todo.

«Quiero saberlo todo de ti».

—Qué listilla… —La miró de reojo y ella sonrió aún más, haciendo que sus labios se curvaran, un pequeño gesto que lo dejó al borde de inclinarse y devorarla otra vez.

—Que las criaturas feéricas aparezcan en los bosques es solo una pequeña parte de lo que realmente ocurre —comenzó a explicar Savannah al tiempo que estiraba el brazo y mostraba la mano frente a él. Sus dedos rozaron con suavidad los nudillos antes de girar la palma hacia arriba—. Valdemar parece el territorio con menos magia, al menos a simple vista. Pero eso es solo lo que ves en la superficie. La verdadera magia está abajo, en las raíces. —Acarició la palma con su dedo índice, siguiendo las líneas como si leyera un mapa—. Es esa red subterránea la que lo alimenta todo, la que despierta a las criaturas. Ellas no «nacen», surgen. Brotan de la tierra como si el bosque las exhalara y, en cuanto aparecen, sienten un impulso irrefrenable: buscar al mortal que les pertenece. La propia tierra las empuja hacia fuera, como si supiera exactamente a quiénes deben encontrar, y ellas tan solo siguieran ese instinto.

Dalton se quedó perplejo.

Lo había intuido alguna vez, sí, pero nunca nadie se lo había dicho con tanta claridad. Hasta hacía apenas unos meses, había creído que las criaturas que surgían de los bosques eran un simple regalo de los dioses. Las criaturas no eran un milagro caído del cielo, sino la manifestación de algo mucho más profundo, algo que llevaba siglos latiendo bajo la tierra sin que nadie supiera verlo. Quizá ese detalle resultaba una pieza clave para entender la guerra que él había dejado atrás el día que murió y quedó atrapado en el limbo.

Dalton se cuidó de no mostrar frustración por no comprender del todo lo que veía y simplemente señaló hacia el horizonte, donde un

grupo de mantícoras jóvenes jugaba entre sí, chocando sus fauces mientras sus jinetes desaparecían en la entrada del Refugio.

Savannah también apuntaba, entretenida, los nombres de cada recién llegado. Le iba soltando cotilleos de todo tipo: quién era hijo de quién, quién se estaba liando con quién, quién había metido la pata en el último entrenamiento. Mientras el sol caía despacio y ellos esperaban a que la sombra de la montaña fuera lo bastante profunda para que ella pudiera moverse sin ser vista, un último dragón descendió del cielo. Uno azul… y, a su lado, eclipsándolo todo, otro rojo tan descomunal que hizo parecer pequeños al resto. Dalton no necesitó preguntar: era la montura del emperador. Y, por la postura arrogante del jinete que montaba el otro dragón, supo al instante que se trataba del perrito faldero de Kilian.

Había llegado la hora de seguir el plan.

Por puro impulso, Dalton tomó la mano de la mujer que había quedado paralizada a su lado y la apretó con suavidad.

—¿Estás segura de esto?

Ella asintió y, por primera vez desde que había llegado, no vio a Savannah. Vio aquello en lo que había prometido convertirse: la guadaña.

—Es hora de que pague por lo que me hizo.

La montaña que guardaba el Refugio de las Escamas se alzaba sobre Savannah como un gigante dormido.

Todo su flanco oriental era un acantilado vertical de piedra negra, pulida por siglos de ventiscas implacables. Desde lo alto descendía

un salto de agua congelada que atrapaba la luz de la luna y la devolvía convertida en un mosaico de azules y blancos.

Aún estaban a varios cientos de metros, pero la cascada ya rugía como si se hallara justo encima de ellos.

Aquella cortina de agua y hielo no era natural. Había sido levantada con un propósito: ahogar incluso el oído inmortal bajo el estruendo incesante del agua. Y esa agua era tan fría que, al contacto, quemaba. Cualquier mortal que intentara cruzarla moriría al instante y no conseguiría profanar el único acceso al Refugio. Porque detrás de esa muralla cristalina, se escondía la entrada secreta que solo los jinetes del imperio conocían.

Savannah avanzó unos pasos y tuvo la sensación de que la montaña la observaba. El viento le arrancó de debajo de la capa negra algunos mechones de cabello dorado y los hizo danzar hacia atrás, pero ella no parpadeó ni una sola vez; algo profundo y oscuro despertaba bajo su piel, algo que no era del todo suyo… pero que, aun así, reconocía.

Entonces Savannah se volvió parte del paisaje.

No dejó huellas en la nieve. Cada vez que pasaba junto a una roca, su figura se fundía con la sombra de la piedra, se desvanecía durante un parpadeo y reaparecía unos metros más adelante.

Cuando llegó al borde de la cascada congelada, el ruido se volvió ensordecedor. Dalton, que también había aprendido a deslizarse como el fantasma que era, apareció a su lado, impasible.

«No tienes por qué hacerlo —le había dicho la noche anterior, mientras ella repasaba el plan que llevaban semanas puliendo juntos —, pero tampoco voy a detenerte. He cometido muchos errores en mi vida, Savannah… y, créeme, los recuerdo todos. Pero nunca me

he arrepentido de acabar con quienes me arrebataron la paz. Hay cosas que no se perdonan. Y a veces, sobrevivir exige un precio».

Apretó entre los dedos el pijama de seda de la mejor calidad.

«Solo puedo pensar en cuántas personas más habrá. Si se atrevió a hacerlo conmigo…, ¿cuántas otras no habrán hablado, cuántas habrán callado? Nunca tuve el valor de hacer nada, pero ahora lo tengo, Dalton. Y no pienso volver a apartar la mirada».

Él se apoyó en el marco de la puerta de su habitación con los brazos cruzados.

«Duerme, tal vez mañana pienses diferente».

Pero nunca había estado tan decidida.

La entrada oculta tenía la forma de una fisura estrecha, una grieta vertical en la roca que parecía no conducir a ninguna parte, salvo que uno supiera exactamente dónde mirar. La luz filtrada por la cascada apenas alcanzaba a rozar el interior para revelar un pasadizo angosto de piedra húmeda que descendía como un túnel secreto hacia las entrañas de la montaña.

Es por aquí, le indicó a Dalton, aunque ambos conocían ya de memoria cada paso del recorrido, cada giro, cada recodo estrecho que aguardaba en la penumbra.

En la mirada de Dalton podía leerse con claridad: «¿Estás segura? Última oportunidad para pensártelo».

Entremos, se limitó a decir.

Dalton la siguió mientras ella bordeaba la cascada por un estrecho paso. Savannah avanzaba desvaneciéndose en la sombra de cada roca, entre respiraciones heladas y parpadeos en la oscuridad; ya estaban dentro del Refugio.

A varios metros, entre dos pilares de piedra que sostenían la bóveda subterránea, distinguieron movimiento. Ningún guardia imperial custodiaba la entrada ni vigilaba la espalda del emperador. No lo consideraban necesario, pues los mortales no podían cruzar aquel umbral. Solo había jinetes. Inmortales seguros de sí mismos, acomodados en la certeza de su propio poder, con el ego inflado por la idea de que aquel lugar era intocable.

«Todos los jinetes ya estarán sentados a la mesa —explicó Savannah una de aquellas noches en Novadia, durante la planificación de la ruta hacia el Refugio. Clavó el dedo en el mapa que ella misma había dibujado—. El emperador, como bien sabes, siempre entra el último. Le gusta hacerse esperar. Que lo miren».

Dalton arqueó una ceja apoyado con los antebrazos en la mesa, con la mirada en el mapa.

«Muy graciosa».

«Solo habrá una persona pegada a él, como un grano en el culo».

«El imbécil del rubio».

«Exacto, Kilian es la única protección que tendrá desde que baje del dragón hasta que cruce esa puerta. Ni guardias ni escoltas. Solo él, creyéndose suficiente».

Savannah anotó un par de detalles más en el cuaderno cuando el vapor le rozó la mejilla. Alzó la vista y se encontró con un cuenco de sopa humeante a su derecha.

«No hacía falta».

Dalton estaba de pie a su lado, inclinado lo justo para leer por encima de su hombro. Sus ojos recorrieron el cuaderno: los esquemas, las notas, los dibujos rápidos del hombre que Savannah

más odiaba en el mundo. Tanto que incluso trazado en tinta le revolvía el estómago.

«Cuando llegue el momento, sabrás cómo hacerlo. Ahora tienes ese poder. —Se sentó a su lado y empujó el cuenco hacia ella con un dedo—. Cena. Luego puedes practicar conmigo».

Savannah había dado en el clavo. Allí estaban: el emperador y su perro faldero avanzando por los pasillos húmedos y mal iluminados, ese tipo de corredor donde cualquiera podía desaparecer sin dejar rastro.

«Puedes hacerlo. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo», se repitió una y otra vez, mientras la rabia le subía desde el pecho y le templaba el pulso. Sentía su determinación más afilada que nunca.

Savannah se acercó un poco más y, por primera vez en su vida, agradeció de verdad haber pasado décadas teniéndolo cerca. No necesitaba mirarlo para saber cómo se movía: conocía su altura, su peso, la pierna en la que cargaba su cuerpo al caminar. Sabía cómo ladeaba el cuello cuando intentaba escuchar mejor, cómo se le torcía el labio en ese gesto irritante que siempre había detestado.

No se había dado cuenta de que lo había estudiado durante años, memorizándolo sin motivo aparente. Lo había observado sin querer, sin saber por qué. Sin imaginar que, llegado el momento, cada uno de esos detalles sería imprescindible.

La entrada a la reunión está a apenas cincuenta metros, la informó Dalton a su lado.

Savannah tenía que hacerlo ya. Era su única oportunidad.

Hazlo, Dalton.

Ante aquella orden, él no dudó ni un segundo y obedeció.

Frente a ellos, el emperador se quedó rígido, clavado en el sitio, con la mirada fija en un punto inexistente frente a él.

—¿Alteza? —Kilian frunció el ceño, desconcertado—. ¿Se encuentra bien?

El emperador no respondió.

«Puedes hacerlo. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo».

Cuando Kilian pasó junto a un saliente de roca, Savannah emergió de la sombra como un filo. Se deslizó desde la pared hasta colocarse justo detrás de él, tan cerca que pudo sentir el vapor de su respiración contra la piel.

—No te muevas —susurró en su nuca.

Kilian giró apenas la cabeza, lo justo para que la confusión aflorara en sus ojos.

«Solo las llamas y la sombra de la muerte pueden matar a un inmortal», le había confirmado Dalton.

—Tú… —fue lo único que Kilian alcanzó a decir antes de que los dedos de Savannah se cerraran sobre su boca, silenciándolo por completo.

Las sombras acudieron a ella como si hubieran estado aguardando esa orden desde siempre. Se deslizaron por su brazo, se retorcieron y se solidificaron hasta formar unas garras negras que brotaron de su propia piel.

Sin vacilar, Savannah se lanzó hacia delante y le hundió las garras en el pecho.

Sintió el desgarro. Primero la piel, luego algo más duro que cedió con un crujido sordo. La oscuridad avanzó sin pedir permiso y se abrió paso hasta el centro de su pecho. Allí, atrapado entre sus

garras, estaba el corazón inmortal de Kilian, que latía frenético bajo su palma.

Entonces Savannah dejó que las sombras hicieran el resto. Se introdujeron dentro de él con la misma paciencia cruel que el veneno con el que una vez él había impregnado aquella daga, invadiéndolo todo, órgano tras órgano, hasta que no quedó nada que no les perteneciera.

Kilian intentó gritar, pero su voz murió contra la palma de Savannah.

—Esto es por intentar aprovecharte de mi cuerpo. —Ella hundió aún más las garras en su pecho—. Por cada mujer a la que tocaste, a la que envenenaste con tu poder. Por obligarlas a complacer tu asqueroso apetito. —El blanco de los ojos de Kilian comenzó a ennegrecerse—. No te preocupes, querido ejecutor…, cuidaré bien de tu dragón.

Kilian se derrumbó sin emitir un solo sonido.

Savannah lo sostuvo por el torso antes de que su cuerpo inerte golpeara el suelo, y lo arrastró hacia la pared más oscura del pasillo. Allí, con un solo gesto, dejó que las sombras brotaran de sus dedos y envolvieran el cadáver como un capullo negro.

Ya se encargaría más tarde de sacar aquel maldito despojo de allí.

—Rápido, Savannah. —La voz de Dalton la sacó del trance.

Él estaba de pie junto al emperador, que permanecía todavía inmóvil, con la mirada fija en un punto inexistente.

Quedaba lo más difícil, pero no era nada que no hubiera practicado una y otra vez.

«Puedes hacerlo. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo».

Sus sombras la envolvieron por completo. Las garras se deshicieron y su cuerpo empezó a ceder, a reordenarse bajo la oscuridad. Creció en altura, ganó anchura; los huesos se ajustaron y los hombros se ensancharon. En cuestión de segundos, su silueta dejó de ser la suya y adoptó la de un hombre.

Exhaló… y dejó de ser ella.

La transformación no fue limpia ni elegante, sino como si un velo oscuro descendiera sobre su rostro, como si la luz se distorsionara y se recompusiera alrededor de sus huesos. Su cuerpo se estiró, su torso se retorció para encajar en una nueva estructura.

Cuando abrió los ojos…, supo que ya no eran los suyos.

Kilian respiró.

Kilian parpadeó.

Se colocó al lado del emperador y, como si nada hubiera ocurrido en aquel pasillo, su padre salió de su trance… y siguió caminando.

—Como iba diciendo… —gruñó el emperador ajustándose el emblema del imperio en el abrigo de piel de lobo—. Aunque el frío no nos afecte, detesto este maldito invierno. Me apaga los sentidos.

Alzó la barbilla y los labios se le curvaron en una sonrisa obscena.

—Prefiero el calor del desierto y la puta lujuria de su gente. —Dejó escapar una risa baja—. Las mortales de Novadia tienen sangre caliente, sí…, obediente, incluso. Pero las del desierto… —Chasqueó la lengua—. Son otra cosa. No hay nada comparable, Kilian.

Savannah —Kilian— lo siguió un paso por detrás.

—No, Alteza. No existe comparación alguna —respondió con la voz de Kilian, modulando aquel tono asquerosamente lascivo.

—Mi hija es mucho mejor que todas ellas, ¿no crees? —añadió el emperador deteniéndose justo ante la entrada. Al otro lado ya se oía

el murmullo de los jinetes levantándose al percibir su llegada—. No va a haber nadie mejor que tú para adiestrarla. Confío en ti.

Savannah se tragó las arcadas. Aquellas palabras siempre le habían repugnado, pero escucharlas ahora de boca de su propio padre, creyendo que hablaba con su verdugo…, casi la hizo romper el disfraz.

—Confíe en mí, Alteza —respondió, y apoyó una mano en el hombro del emperador como Kilian solía hacer—. La tengo más que controlada.



23

Savannah se sentó junto a la silla que presidía la mesa de piedra negra, una mole tallada con un mosaico de cuatro dragones orientados hacia los cuatro puntos cardinales. Cada uno estaba esculpido en una gema distinta: obsidiana, esmeralda, zafiro y rubí.

El salón bajo la montaña era tan inmenso que la luz de las antorchas no alcanzaba a revelar el final del techo. Las llamas titilaban débiles y eran devoradas por las sombras que descendían desde lo alto. La humedad lo impregnaba todo, se colaba bajo la ropa, trepaba por la nuca y dejaba una capa de frío adherida incluso a su cuerpo inmortal.

Magia. Aquel lugar estaba saturado de ella, tan densa y opresiva que Savannah tuvo que contener el impulso de apretar la mandíbula para no rompérsela.

Sentada a la derecha de su padre, que presidía la mesa, se obligó a corregirse. Nada de cruzar las piernas ni de esos gestos que le salían sin pensar. Llevaba días entrenando para ocupar espacio, para

sentarse como un hombre, con las piernas abiertas y el cuerpo relajado, como si aquel lugar le perteneciera.

Había observado esa postura una y otra vez en Kilian. Ahora la imitaba, recordándose a cada segundo que no podía fallar.

En cuanto comenzó la reunión, los líderes empezaron a recitar las cifras que habían recopilado: mortales afectados por el Olvido, barrios enteros que se caían a pedazos, ciudades en estado de alerta. Pramvera salió a relucir como el foco más crítico, el epicentro del desastre, aunque nadie parecía tener ni la menor idea de por qué allí la propagación estaba siendo tan brutal.

Savannah guardó silencio. No porque estuviera de acuerdo, sino porque sabía que esas cifras eran una farsa cuidadosamente maquillada. Habían barrido miles de casos bajo la alfombra, y lo sabían todos los que se sentaban a esa mesa.

La realidad era mucho más terrible de lo que estaban dispuestos a admitir.

Neil, uno de los jinetes de dragón con más de doscientos cincuenta años de vínculo —y el que más experiencia acumulaba en investigación dentro del imperio— fue quien tomó la palabra:

—Los rumores que circulan entre los mortales aseguran que son los dragones quienes les están robando los recuerdos. Creen que esta amnesia colectiva es culpa de las criaturas aladas.

—¿Y qué está pasando en realidad? —interrumpió el emperador, recostado en su silla con un desdén gélido. La llama idealis chisporroteaba entre sus dedos.

Savannah no se había dado cuenta hasta ese momento de lo despiadado que se había vuelto su padre.

—Lo que ocurre, Alteza Imperial —Neil tragó saliva—, es una epidemia mágica. No nace de un foco concreto, creemos que es la propia tierra. La magia se está desajustando desde la raíz. Se trata de un fenómeno que no responde a ninguna lógica conocida.

—¿Epidemia mágica? —repitió el emperador—. ¿Pretendes que me crea semejante estupidez?

Neil mantuvo la compostura.

—No hemos encontrado el detonante que inició el fenómeno, ni tampoco una cura. Hemos probado la canalización, magia de criaturas feéricas… Nada funciona. —Se removió en su asiento—. Pero hay algo más, Alteza.

—Adelante.

—El problema no es solo el Olvido. En Aurik, los árboles han dejado de ser mágicos. Ya no brillan; todo indica que se están pudriendo.

—¿Y qué importancia tienen unos árboles? —lo cortó el emperador —. Hay asuntos más urgentes.

—Con todo respeto, Alteza, no son solo los árboles, es toda la vegetación. La cordillera de Aurik concentra la mayor reserva de poder del imperio. Si la magia falla allí, no es un caso aislado, es una advertencia. La vegetación se marchita, la fauna desaparece y las criaturas feéricas huyen… o enferman. Todo apunta a un colapso que empieza en el núcleo y se expande hacia fuera. La magia no está inestable —concluyó Neil—. Se está agotando. Y si Aurik cae…, el resto la seguirá.

Con lo que está diciendo nos queda claro que los jinetes no andan detrás del Olvido; tenías razón, la magia está huyendo, pensó Savannah.

Y Dalton, apoyado en la pared a su derecha con los brazos cruzados, asintió en silencio.

Puede que no sean el detonante, pero eso no los hace inocentes de todo lo demás. Aunque no hayan causado el Olvido, han contribuido a crearlo con su soberbia, con su abandono, con siglos de mirar hacia otro lado. No existe magia que destruya tanto como la negligencia, declaró él.

Mientras los murmullos se propagaban por el salón, Savannah aprovechó para imitar el tic nervioso de Kilian: el vaivén constante de la pierna derecha. Cada golpe de la bota contra la roca estaba calculado. Aun así, mientras mantenía la actuación, no pudo evitar bajar la mirada, consciente de que aquel gesto era una distracción perfecta para ocultar lo que de verdad estaba viendo.

¿Crees que mi padre tiene alguna idea de lo que está pasando de verdad? ¿Que sabe algo sobre la ciudad que, supuestamente, está debajo de nosotros? ¿Sobre el Ojo de Nyxar?

Desde antes de que bajara de su dragón he estado escuchando cada pensamiento que se le pasa por la cabeza, respondió Dalton. *Y no hay nada que apunte al Ojo ni a la Dama. Nadie en este puto lugar sabe lo que está pasando.*

No me tranquiliza en absoluto.

Por un segundo, Savannah estuvo a punto de maldecir en voz alta. Aquella reunión era un caos del que resultaba imposible sacar conclusiones claras. Los jinetes habían estado desaparecidos durante días —demasiados— y ese día, aquella maldita reunión, se suponía que era la pieza clave para saber dónde mirar, por dónde empezar a tirar del hilo.

—¿Y qué hay de los robos? —espetó una jinete de Valdemar, sin dirigirle la pregunta a nadie en particular—. Hace dos noches, mientras entrenaba, me robaron mis dos armas. Mis dos armas. —Chasqueó la lengua con desprecio—. Esa gentuza necesita mano dura.

—Estoy de acuerdo —bufó Corvan, el jinete de hipogrifo que había luchado en la grieta junto a Kilian—. No hacen más que provocar. Jamás se debe provocar a un jinete, eso lo aprende cualquiera desde crío.

—Son como una maldita plaga —gruñó un tercero.

—Nos culpan de todo, de su ignorancia, de su puta miseria. Cuando la realidad es que ni siquiera entienden cómo funciona la magia. Lo único que saben hacer es temerla y destruirla —añadió una jinete de dragón—. Y si la magia está desapareciendo, si está huyendo, es por su culpa. Porque la usan como una herramienta, como un recurso que exprimir con esos cuerpos mortales suyos. La toman, la manosean, se aprovechan de ella sin respeto alguno… y luego se preguntan por qué los abandona.

Un jinete de nightmare tomó la palabra:

—Los mortales viven gracias a lo que hacemos por ellos, y aun así cada día encuentran una nueva forma de demostrar que no lo merecen.

—Son débiles —sentenció otra jinete de Valdemar.

Savannah —o el jinete que todos creían ver— se movió hacia delante, con esa arrogancia repugnante que Kilian llevaba grabada en los huesos.

—Lo único que nos está quedando claro a su Alteza Imperial y a mí es que sois lo bastante ineptos como para permitir que unos

malditos mortales sin magia os roben y encima se rían en vuestra cara. Estáis demostrando ser una completa vergüenza.

Percibo admiración en todos ellos ante tus palabras, objetó Dalton, empezando a moverse por el salón. *Quién lo diría, al parecer Kilian era alguien a quien temían. El muy imbécil sabía infundir miedo. Difícil de creer.*

Savannah miró al emperador, y él le devolvió la mirada con orgullo. «No es a mí, es a Kilian a quien observa», se obligó a recordar.

—En Valdemar me da absolutamente igual si los mortales se matan entre ellos; no afecta a mi imperio —escupió el emperador, sin molestarse en disimular el desprecio. Señaló con un leve gesto del mentón a los jinetes de criaturas feéricas—. Vosotros… sois los únicos responsables de vuestros propios problemas. Y en los últimos siglos lo único que habéis conseguido es deteriorar la magia en vuestras tierras. Cada vez nacen menos criaturas, cada vez sois menos jinetes. Y, si os soy sincero, si os extinguís, os lo habréis ganado.

Savannah se dejó caer contra el respaldo con todo el cuerpo, abriéndose de piernas con la postura descarada que él solía usar para demostrar que no respetaba a nadie. Pero la malicia en su mirada no era fingida. No era parte del papel. Le gustaba verlos así: encogidos, incómodos, tragándose por fin la soberbia que habían llevado consigo durante siglos como si fueran dioses inmortales y no simples incompetentes disfrazados de autoridad.

El emperador señaló a los jinetes de dragón con los ojos… ¿cerrados?

—Ya va siendo hora de que les devolváis el golpe a esos mortales ingratos. Robadles, saquead sus casas si hace falta. Arrancadles cada objeto que crean sagrado. No voy a permitir que se sigan creyendo con derecho a desafiar al imperio, no dejaremos que se subleven, ¿me oís? Tenéis dragones. Usadlos. Si hace falta, prended fuego a cada calle, a cada barrio, a cada maldito mortal que ose levantar la voz.

Savannah tembló al escuchar a su padre hablar así, pero giró la cabeza con disimulo. Cuando lo contempló de reojo, descubrió algo que la dejó helada.

Su padre no miraba a los jinetes.

No miraba la mesa.

Sino el suelo…

¿Qué está pensando, Dalton?

Yo…, titubeó.

¿Qué pasa?

Dalton se acercó un paso.

No puedo leer sus pensamientos, es como si hubiera levantado un muro en su mente, uno que no puedo atravesar. Ya he vivido esto antes, pero solo con alguien entrenado para que nadie pudiera invadir su mente.

El emperador siguió hablando sin dignarse a mirar a nadie mientras intentaba ocultar algo en la rigidez de su rostro.

—¿Eso es lo que desea, Alteza? —preguntó Neil.

Si el emperador daba aquella orden…, si realmente pedía saquear y matar a mortales…, sería el comienzo de la guerra que estaba esperando.

Su padre podía ser el inmortal más frío, misógino y carente de empatía del imperio, pero jamás ordenaría atacar a su propio pueblo; por muy inferiores que viera a los mortales, siempre habían sido su prioridad, la base que alimentaba su poder y su ego. Sabía que necesitaba que lo veneraran como a un dios, que lo temieran sin odiarlo, por lo que incluso su crueldad tenía límites. Por eso, escuchar aquella insinuación le heló la sangre. Si él estaba dispuesto a cruzar esa línea…

—¡Hacedlo!

A Savannah se le heló el corazón. Y no solo a ella, todos los jinetes quedaron rígidos, hasta aquellos que despreciaban abiertamente a los mortales. Una cosa era el odio; otra muy distinta, esto.

Aquello no se trataba de disciplina.

Tampoco de control.

Era un genocidio.

Dalton miraba al emperador como si intentara atravesarlo, como si buscara una grieta en aquel silencio mental impenetrable que hacía imposible su lectura.

—Empezad por Pramvera esta misma semana —ordenó el emperador sin alzar la voz, sin dignarse a mirar al frente—. Los jinetes de dragón sobrevolarán la ciudad. Quiero que sientan el terror en los huesos. Si tan convencidos están de que los dragones son los culpables del Olvido…, hagámoslo real. Que aprendan a temernos, que recuerden quién manda aquí. —Apretó los dedos sobre la mesa; la llama idealis danzó en su piel—. Después, saquead lo que haga falta. Y si descubrís a alguien robando, cortadle las manos. Que aprendan de una vez. —Su mirada seguía fija en un

punto bajo la mesa—. Si quieren jugar a la rebelión, les mostraremos el precio real de ese juego.

No hubo murmullos. Solo silencio.

Las manos de su padre temblaron sobre sus propias piernas, un detalle que solo ella, tan cerca, pudo ver.

¿Por qué no levanta la vista? Algo no está bien.

No. No lo está.

Vio a Dalton dar un paso más hacia ellos.

—¿Alteza? —preguntó Savannah.

Ninguna respuesta.

Savannah, haz que todos abandonen el Refugio, le pidió Dalton.

¿Qué? Yo no…

Haz que todos salgan. Ahora.

Sintió el golpe de adrenalina. Se incorporó de inmediato, tan rápido que casi derribó la silla. No estaba acostumbrada a aquella altura, a aquel cuerpo…, pero se contuvo. Apoyó las dos manos —grandes, fuertes, ajenas— sobre la mesa.

—Ya habéis oído al emperador —bramó—. ¡Fuera! ¡Todos!

Supuso que Dalton estaba detrás de aquella obediencia repentina. Sintió la presión de su poder deslizándose por las mentes de los jinetes, empujándolos con sutileza para que acataran la orden sin cuestionarla. Uno a uno, inclinaron la cabeza hacia el emperador en una reverencia mecánica…, demasiado. Luego se retiraron obedientes.

Entonces Savannah se encontró sola con su padre, que no había cambiado ni un milímetro de postura.

—Alteza, ¿está bien? —preguntó, fingiendo la despreocupación con la que lo haría Kilian.

«Levanta la cabeza, joder. Levántala».

Nunca había visto a su padre así.

«Levántala. Levántala. Levántala».

El emperador habló sin mover un músculo, como si las palabras se le escaparan de una grieta en la conciencia.

—Ha vuelto, Kilian —susurró—. Ella ha vuelto.

«¿Quién? ¿Quién ha vuelto, papá?», quiso saber.

—Ha vuelto… y no has hecho nada.

Por fin el emperador levantó la cabeza.

Sus ojos se clavaron en los de Savannah…, pero no eran de su habitual tono marrón. No eran aquellos que la habían observado toda su vida desde el trono.

Eran de un verde esmeralda tan intenso, tan brillante, que casi la cegaron.

Savannah retrocedió un paso, el corazón golpeándole las costillas.

La llama valirio… Ella está aquí. La Dama está dentro de él. La voz de Dalton le inundó la mente, fría y temblorosa.

Los ojos de su padre parpadearon y cambiaron ante ella: marrón…, esmeralda…, marrón otra vez…, esmeralda.

Está luchando, Dalton. Está luchando contra la llama y está perdiendo.

—Hazlo, Kilian. Hazlo o te asfixiaré hasta acabar contigo. ¡Haz lo acordado!

Desaparece, le dijo Dalton desesperado. *Juegas con una ventaja que ni el emperador ni la llama conocen.*

Ella lo sabía. Dalton no podía intervenir en la mente de su padre, no en ese estado, no mientras la llama valirio se debatía en su interior. No podía leerlo, no podía detenerlo.

El emperador era un muro impenetrable.

No voy a abandonarlo, no con ella ahí dentro, joder, sentenció Savannah. *Por mucho que odie a este hombre, no voy a traicionar mis principios. No voy a dejar a nadie solo frente a un monstruo.*

Ahora el marrón de sus iris volvió a imponerse en los ojos del emperador, como si recuperara el control por un segundo.

—¡Hazlo, Kilian!

Pero ella no se movió.

La llama idealis brotó de sus dedos y trepó por las manos del emperador, ascendiendo más allá de los codos. Aquel resplandor inundó el salón.

Savannah retrocedió de inmediato cuando el calor la alcanzó, uno que jamás habría debido sentir…, pero así eran las llamas que sostenían el equilibrio.

El esmeralda volvió a encenderse en sus ojos.

Tienes el poder de la muerte, le recordó Dalton. *Cada segundo cuenta.*

—Oh, ejecutor del imperio…, has tenido la oportunidad de hacerlo —ronroneó el emperador. Pero Savannah supo que no era él quien hablaba. Era la Dama. Ambas jugaban el mismo juego: dos conciencias compartiendo una sala en cuerpos que no les pertenecían—. Has tenido la oportunidad de matarlo antes de que él te matara a ti.

La garganta de Savannah volvió a cerrarse. No era un dolor desconocido; la asfixia siempre había sido el castigo de su padre. Rozaba la tortura, pero no era nada a lo que ella no hubiera sobrevivido antes.

Su espalda chocó contra la pared de la montaña y, aun así, agradeció haber imitado la brutal disciplina física de Kilian; aquello fue lo único que impidió que la columna se le partiera.

—La muerte de los jinetes empezará por ti, Kilian —escupió la Dama, en el interior de su padre—. Por todo lo que has hecho. Por cada abuso, por cada vez que dejaste que la magia podrida te convenciera de que el poder te daba derecho a todo.

Savannah sintió que el mundo se detenía.

Aquellas palabras… Era como si ambas compartieran el mismo odio…

«¿Qué me hace diferente del mismo mal que está consumiendo al imperio?».

Su cuerpo, aún pegado a la roca húmeda de la montaña, se contrajo y se expandió hasta recuperar su verdadera figura: su vestido rosa favorito, sus tacones, esa postura elegante que no pertenecía a ningún jinete, solo a ella.

—Llegas tarde… —consiguió decir mientras tosía aferrada al aire que apenas podía tomar—. Lo he matado hace media hora.



24

El impacto fue inmediato.

El emperador dio un paso atrás. Su agarre invisible desapareció de su garganta. Y sus ojos marrones regresaron de golpe.

—Savannah… —Parpadeó y, por primera vez, vio en él un miedo puro, desnudo—. ¿Qué haces… qué haces aquí? No deberías… no deberías estar aquí.

—No debería seguir viva —respondió ella con la voz áspera por la asfixia—. Debería haber muerto hace mucho tiempo. Deberías haberme matado cuando me vinculé a un dragón y descubriste que no tendría magia. Habría sido menos vergonzoso que matarme ahora.

—Nunca te he querido muerta.

—Llevo muerta muchísimo tiempo. —Dio un paso hacia él; la piel le ardía al acercarse a la llama viva que le recorría los brazos—. Siempre me has subestimado. Podría haberte ayudado a luchar contra ella, contra la manipulación. Si me hubieras tenido a tu lado…, nada de esto estaría pasando.

—Savannah… —Retrocedió temblando. Sabía que su fuego la hería, pero no podía apagarlo. La Dama seguía dentro, como un parásito.

Ella veía cómo su padre peleaba por recuperar el control.

—Pero te perdono, papá. —Una lágrima rodó por su mejilla.

Lo odiaba. Sí. Pero no odiaba a los seres humanos, ni siquiera esa fragilidad que, al final, lo había empujado hasta allí.

Los ojos del emperador volvieron a teñirse de verde.

Se había ido otra vez.

—Es tu momento, Savannah. Llevas toda la vida esperando esto. Lo que sientes en el pecho no es miedo, es deseo. —Una sonrisa invisible se filtró en el tono—. Dale el final que merece. Mátalo.

La Dama no necesitaba invadir su mente; no hacía falta. Le bastaba con la rabia que Savannah llevaba años acumulando, la misma que había impulsado su mano cuando mató a Kilian. El odio ya vivía en ella, y era suficiente para incendiar el mundo si alguien le daba permiso.

Y ahora la Dama lo sabía.

Sabía que cargaba con la gota de Iron Shadow, que dominaba un poder capaz de matar incluso a los inmortales.

Sabía que, si quería, podría acabar con cualquiera.

Miró a Dalton. Él no negó con la cabeza, no extendió una mano para frenarla, no le susurró que se detuviera.

Savannah comprendió lo que había estado haciendo durante todo el día: no interferir. Solo la observaba. Solo la acompañaba. Dalton, más que nadie, habría deseado ver muerto a Kilian… y también a ese hombre que la había estrangulado desde la infancia. Conocía la

venganza mejor que nadie, pero aun así no iba a empujarla hacia ella.

A Savannah solo le quedaba una última cosa por hacer.

Dio un paso. Luego otro.

Avanzó hacia su padre, que ardía y ardía, envuelto en la furia de la tercera llama.

«¿Viva o muerta, Dama? —pensó—. ¿Cómo me quieres?».

La Dama dio un paso atrás.

Savannah avanzó otro hacia delante.

«¿Viva o muerta?».

La llama se apagó. Se extinguió como si nunca hubiera existido, dejando tras de sí solo humo y el brillo venenoso de aquellos ojos esmeralda. No había ira en el rostro de su padre. Solo una calma demasiado pulida, demasiado perfecta…, demasiado ajena a él.

—Podrías haberlo hecho —dictó la voz que habitaba en su interior —. Podrías haber vengado cada herida, cada noche en la que te dejó sin aire, cada vez que te hizo creer que no valías nada. Tienes el poder ahora, Savannah. Tu propio poder. —Sus labios temblaron en una sonrisa que no era humana—. Úsalo. Aprovéchalo.

«Manipulación».

La daga que su padre llevaba al costado izquierdo titiló, encendida por la llama idealis. Solo estas podían imbuir ese tipo de poder a un arma. No necesitó que Dalton se lo advirtiera: su padre estaba sentenciado. La Dama lo empujaría a usar su llama contra sí mismo, igual que había hecho con su cuerpo y su mente.

—Hoy no —proclamó Savannah.

Lanzó la noche hacia el emperador.

La nube de humo se extendió igual que lo había hecho para ocultar el cadáver de Kilian. Se enroscó alrededor del cuerpo del emperador, subió por sus piernas, trepó por su torso, le cubrió la garganta y siguió avanzando, hambrienta de apagar su llama.

Más.

Y más.

Y más.

Ya no sentía los pies. Las sombras le tiraban de la piel, de los huesos, como si quisieran arrancarle algo a cambio. Su propia magia la estaba despedazando desde dentro.

Aun así siguió empujando.

Invocando.

—Yo gano.

Cayó de rodillas… y una gran mano se posó en su hombro.

Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí.

Dalton siempre estaba allí.

Las sombras continuaron presionando al emperador hasta apagar cada chispa de la llama que pretendía matarlo.

Era poder contra poder.

La Dama rugiendo desde dentro de su padre, y la muerte respondiendo a través de Savannah.

Dalton no dejó de hablarle como ella había hecho cuando lo tocaba, recordándole que seguía allí, que no estaba sola.

—Solo un empujón… No hay límites. No para ti, cielo.

«No voy a poder hacer quinientos kilómetros, Dalton. Estás completamente ido de la cabeza», le había gritado Savannah, dejándose caer en la hierba mientras el cielo se teñía de naranja al atardecer. Estaba destrozada, llevaba horas apareciendo y

desapareciendo, arrastrando medio mundo con aquel maldito poder prestado.

Dalton, de pie sobre ella, con los brazos cruzados y la sombra de una sonrisa de pura terquedad, había respondido:

«He visto a jinetes con menos talento que tú lograrlo. Deja de ponerte límites, joder».

Ella le había lanzado una pequeña piedra a la cara.

«¡No soy ellos!».

Dalton ni siquiera se movió para esquivarla.

«Por eso mismo. Ellos solo tenían técnica. Tú tienes hambre, tienes instinto. Y, si combinas eso con la muerte…, puedes llegar a donde quieras».

Savannah siempre había odiado aquel gesto duro en él, pero ahora, allí, con las rodillas clavadas en la piedra y la garganta ardiendo, agradeció que fuese exactamente así.

Si Dalton Basilius confiaba, entonces ella también podía hacerlo.

En una fracción de segundo, el mundo se desdibujó. Savannah cayó y flotó al mismo tiempo, navegando por una oscuridad más curva y viva que cualquier sombra conocida. Cuando abrió los ojos —si es que realmente los abrió— vio estrellas rosadas suspendidas en un cielo negro.

Eran suyas.

Su esencia.

Y la llamaban.

Aquellas estrellas trazaron un sendero imposible, un hilo brillante que se curvaba entre dimensiones, guiándola hacia donde debía ir.

Guiándola a casa.

Savannah se desplomó sobre una superficie de mármol. Ya no había piedra áspera bajo su cuerpo ni una montaña alzándose sobre ella. Solo quedaba un techo blanco y liso.

Giró la cabeza y vio la nube de sombras reposar a su lado.

Savannah quedó tendida bocarriba y rompió a llorar; una risa descontrolada se le escapó de la garganta. No sabía si eran lágrimas de dolor, de rabia o de puro agotamiento.

El cansancio la atravesó como un golpe cuando comprendió que había vuelto a su habitación en Pramvera.

El plan había funcionado.

El emperador había caído.

Y con él, el imperio había pasado a sus manos.



25

Había dos cuerpos frente a Savannah.

En uno aún latía un corazón inmortal; el otro estaba muerto. Muerto porque ella lo había matado.

El cadáver de Kilian seguía desangrándose sobre la alfombra. El de su padre, en cambio, permanecía aprisionado por sombras que lo envolvían y lo ocultaban bajo una negrura compacta.

Savannah permaneció sentada en la silla de la sala de reuniones del emperador, frotándose las palmas, ya cicatrizadas tras los cortes recientes que ella misma se había hecho, con la espalda recta y los hombros echados hacia atrás, sin una sola emoción en el rostro, con los ojos atentos y curiosos observando no solo a los dos hombres más poderosos del imperio, sino a la propia muerte con los brazos cruzados. Y, girando alrededor de los cuerpos, un zorro de nueve colas, con el pelaje tan blanco como el cabello de Skylar.

Tras aparecer en su habitación, Savannah había pedido espacio a Dalton para asimilarlo todo, desvaneció a Kilian y al emperador hasta la sala de reuniones y, tras quedarse veinte minutos sentada en la

silla sin moverse, al fin había llamado desesperada al único hombre que sabría cómo enfrentarse a aquella maldita situación en la que ella sola se había metido. Pero no apareció solo Skylar, también acudió aquella criatura misteriosa.

Poderosa… muy poderosa… Savannah no se asustó al sentir la voz aterciopelada del zorro deslizarse dentro de su conciencia; estaba acostumbrada a ese tipo de comunicación, hablaba así con Dalton todos los días. Lo que sí la inquietó fue otra cosa: comprender que, quizá, aquel zorro no era una criatura feérica en absoluto.

Skylar no había dicho ni una sola palabra. Permanecía inexpresivo, con los brazos cruzados y la mirada fija en algún punto que no era ella.

—El poder no es mío, solo es prestado. Yo no soy poderosa. No tengo magia propia. Las sombras no me pertenecen.

El zorro dejó de dar vueltas y se sentó sobre sus patas traseras. Sus nueve colas se alzaron detrás de él como una corona. Clavó la mirada en Skylar.

Tú lo sabías, muerte.

Savannah sintió aquellas palabras deslizarse dentro de su mente, y al parecer Skylar también las había escuchado.

—¿Saber el qué, Sky? —Sus dedos se tensaron contra los reposabrazos de la silla hasta blanquearle los nudillos—. ¿Qué es lo que sabías?

Al parecer, la muchacha tampoco es consciente de sus propios dones, y no, querida, no me refiero a eso, el zorro miró hacia los cuerpos en el suelo. *Sabes que las sombras son prestadas, sabes que solo la llama y la sombra de la muerte pueden acabar con vida inmortal, pero no es ahí donde debes mirar. Hay poderes que no se*

heredan ni se conceden, hay vínculos que no se piden, y hay territorios que eligen a su dueña mucho antes de que ella comprenda que puede reclamarlos. No eres poderosa por lo que te han prestado, Savannah. Lo eres por lo que ya te pertenece, aunque aún no hayas sido capaz de nombrarlo.

Savannah no se dio cuenta de que Skylar se había arrodillado frente a ella hasta que sintió sus manos atrapadas entre las de él. Estaba demasiado aturdida por lo que acababa de oír como para percibir nada más.

—Creo que, en el fondo, siempre has sabido que había poder en ti —dijo con calma—, pero no era un poder de vinculación como los que ya conocías.

Sabía a qué se refería.

No era algo nuevo, solo la confirmación de lo que llevaba años sintiendo.

El hilo…, cómo se tensaba, cómo vibraba como si el mundo entero dependiera de ese pulso invisible, cómo a veces cedía de golpe y algo dentro de ella se partía con él.

Siempre lo había sabido.

Las sombras que mantenían a su padre sumido en aquella oscuridad se agitaron de pronto, y ese estremecimiento recorrió también el cuerpo de Savannah.

—¿Qué quieres que haga con él, Savannah? —preguntó Skylar, soltándole las manos y poniéndose en pie frente a ella.

—¿Voy a decidir yo su destino?

—Solo porque es tu padre.

—Pero es una de las tres llamas… ¿Qué pasará con su llama si muere?

El zorro se incorporó sobre sus cuatro patas.

Lamento decirte que ningún corazón, mortal o inmortal, sobrevivirá a lo que está por llegar. Ni el tuyo. Ni el suyo. Moriréis ambos, sea cual sea la decisión que tomes.

A Savannah no le tomó por sorpresa escuchar aquellas palabras. Solo fueron otra de las muchas confirmaciones que había recibido ese día. Le quedó claro que, hicieran lo que hicieran, la Dama ganaría, y que la llama Kaiserin, manipulada por completo, ardería sin freno hasta consumirlo todo: bosques convertidos en humo, océanos hervidos hasta evaporarse, ciudades reducidas a ceniza.

La primera llama arrasaría con cada criatura feérica y cada ser inmortal como si nunca hubieran existido.

En el silencio de Skylar, en la forma en que sus sombras comenzaron a retorcerse por las esquinas, trepando por las paredes y ondulando sobre los muebles, supo que su hermano también era consciente de que aquel destino ya estaba tomando forma, empujando al mundo, poco a poco, hacia su propia hoguera.

Savannah se limitó a decir:

—Soy muy consciente de que quizá me queden horas, o solo unos pocos días de vida. Vivo en este imperio, sé que la Dama está ganando y sé que la magia está huyendo, porque sabe mejor que nadie que todo va a ser destruido. —Antes de que Skylar pudiera interrumpirla, se levantó y se arrodilló junto al cuerpo de su padre, pasando las manos por las sombras que se enroscaban entre sus finos dedos—. Durante décadas he acumulado odio hacia él por todo lo que me hizo, pero ahora ya no sé qué hacer con esa rabia, porque existe la posibilidad de que la Dama estuviera detrás de sus

comportamientos, retorciendo su maldita voluntad hasta convertirlo en algo que quizá ni siquiera eligió ser.

Las sombras se apartaron del rostro de su padre, deslizándose como humo obediente hasta dejarlo al descubierto. El cabello dorado le caía sobre la frente en mechones desordenados, aún intacto pese a todo, y su piel, dorada por el sol, conservaba esa belleza severa que siempre había impuesto respeto.

«Moriréis ambos, sea cual sea la decisión que tomes».

—Nunca sabré si esa era la verdadera personalidad de mi padre o una máscara impuesta —terminó por decir—. Y quizá prefiera no saberlo nunca.

Puedo llevarme tu alma inmortal ahora, si así lo decides. Tarde o temprano pertenecerás a Bankai, muchacha. Morir quemada no es una muerte digna, en lo que a mí respecta.

Ignoraba quién era aquel zorro y cuál era su papel en Bankai, pero algo en su presencia y en la forma en que hablaba del alma, le hizo comprender que también era una forma de muerte.

No le importó no saberlo en ese momento; si iba a morir, tendría toda una eternidad para averiguar quién era y qué lugar ocupaba realmente en aquel territorio.

—Aguantaré hasta el final. Me quedan demasiados asuntos por resolver. Y no soy de las que disfrazan la rendición de muerte digna para quedarse tranquilas. Si este imperio arde, arderé con él.

Esta vez lo dijo mirando solo a su hermano, quien se mostraba más taciturno de lo habitual. Permanecía con las manos entrelazadas a la espalda, sin la capa de sombras, vestido únicamente con un uniforme elegante azul oscuro que caía perfecto sobre su figura.

No necesitaba desplegar su poder para que se sintiera; lo irradiaba en silencio. Y ahora, parte de ese poder… le pertenecía a ella.

—Si esa es tu decisión, la respeto. Pero hay otra que también debes tomar. —Skylar señaló al emperador con la barbilla—. Si no hay un portador inmortal en la tierra de los vivos, la llama idealis no pasará a nadie. Puede que, dentro de milenios, retome su ciclo, pero el futuro ya no dependerá de ninguno de los que estamos en esta sala.

La magia tardaría siete mil años en recomponerse, en encontrar de nuevo un equilibrio, siete mil años hasta que un niño viera aparecer ante él un fuego fatuo negro como la noche, como su propio cabello, y ese fuego lo convirtiera en el primer jinete de dragón tras la destrucción que estaba por venir.

Dalton Basilius.

Él era el futuro.

Savannah se guardó todo lo que sabía, y levantó una mano hacia Skylar, él la tomó y quedó agachado junto a ella. En ese instante el zorro dejó de existir. Solo estaban ellos dos, frente a frente, como tantas otras veces en los momentos más duros de su vida.

—Esta vez hazlo tú, pero yo estoy aquí. —Le pidió en voz baja mientras buscaba la mano de su padre y la apretaba entre las suyas. La tenía áspera, curtida por años de montar dragones. Nunca antes le había dado la mano. Nunca había existido un gesto así entre ellos —. Lo acompañaré.

—No tengas miedo de morir cuando llegue el momento. Muchos temen a la muerte, Savannah…, pero el Olvido les ha enseñado que existe algo aún peor: perderse a uno mismo, dejar atrás a quienes

se amaron, ver desvanecerse todo aquello que alguna vez dolió o importó. —Le acarició el cabello con una ternura que casi dolía. Sus ojos dorados, enmarcados por cejas oscuras que contrastaban con el blanco de su pelo, parecían tristes, eran… demasiado humanos—. En Bankai no estarás sola. Allí también tienes familia. Yo soy tu familia. Y cuando llegue tu hora, cuando todo termine aquí, seré yo quien te reciba, quien cuide de ti. Te lo prometo.

Después giró el rostro hacia el emperador y se dirigió de nuevo a Savannah:

—Llevo el apellido O'Hara porque tú lo llevas. Porque ese es tu nombre, no el de un emperador, sino el de alguien que habría sido emperatriz hace mucho tiempo, si me lo hubieras pedido. —Miró el cadáver de Kilian con el gesto endurecido—. Ese hijo de puta merecía una muerte mucho peor. Pero estoy orgulloso de que hayas tenido el valor de matarlo.

Las lágrimas le cruzaban las mejillas a Savannah, pero no hizo el menor gesto por limpiárselas.

—Esto no es el final, Sky. —No era una frase vacía—. La muerte nunca es el final. Nada de despedidas.

—Nada de despedidas —repitió su hermano, asintiendo una sola vez, antes de inclinarse y poner fin a la vida del emperador…, y con ella, al linaje de la llama idealis.



26

La magia estaba desapareciendo.

El sol, antes inquebrantable, había dejado de alumbrar. Las temperaturas habían caído en picado y el invierno se había extendido hasta Pramvera, una tierra donde el clima templado había sido ley durante siglos. Los bosques, antes rebosantes de vida feérica, habían quedado vacíos. Los árboles habían perdido su brillo; sus raíces se habían rendido a una tierra estéril. Los ríos se habían evaporado, dejando tras de sí cauces desnudos.

El fin del imperio había comenzado.

Savannah contaba los segundos, consciente de que el mundo se desmoronaba un poco más con cada respiración. No era solo la destrucción lo que avanzaba, también la magia había decidido huir de todos ellos y se retiraba como un animal herido que presiente el incendio que está a punto de devorarlo todo.

Pero ella no huiría.

Resistiría hasta el final.

Durante las horas posteriores a la conversación con Skylar, mientras Savannah se doblaba sobre el lavabo, vomitando hasta quedarse vacía —el precio de haber sostenido más poder del que su cuerpo podía soportar—, Dalton no se apartó de su lado, igual que aquella vez en la casa de Novadia. Pero esa vez, sin embargo, la sostuvo por la cintura, le apartó con cuidado el cabello pegado a la frente y le besó la coronilla, repitiéndole una y otra vez: «Estoy aquí, estoy contigo».

—Nunca te he preguntado qué haces cuando no estás a mi lado —logró decir ella, recostándose un segundo contra su pecho—. Pero cuando entrenábamos tus ojos no solo buscaban el peligro, sé que buscaban otra cosa.

Él soltó una carcajada baja y apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—Eres una listilla, ¿lo sabías?

«Si tú supieras las cosas que intuyo…, las que sé…».

—Dime la verdad. ¿Qué tramabas? Un emperador siempre tiene un plan.

—¿Cómo no voy a tenerlo, Savannah? Tenemos niños bajo nuestro cuidado. Debo cuidar de ti, de ellos. Debo cuidar de todos…, cueste lo que cueste.

Su corazón se encogió.

Dalton empezó a hablarle del plan que llevaba semanas construyendo a sus espaldas. Había recorrido kilómetros alrededor de Pramvera, rastreando cada colina, cada sendero, cada claro del bosque en busca de un lugar seguro. Y lo encontró: una granja vieja con un pozo propio del que sacar agua sin depender de la ciudad y un cobertizo resistente, donde se podía almacenar comida, madera e incluso medicinas.

Cuando fueron al centro para empezar a mover a los niños y alejarlos de la ciudad, Savannah esperaba ver a Marcelin. Le tocaba a ella hacer turno, y nunca faltaba. Pero aquella mañana solo encontró una nota que decía: «No puedo quedarme en el imperio estas semanas. Debo viajar a Valdemar, mi familia me necesita, te lo explicaré todo cuando vuelva. Te quiero, Savi. Cuida de ellos y de ti en mi ausencia. Volveré pronto».

A Savannah aquello le olía mal, muy mal. Marcelin llevaba décadas sin poner un pie en Valdemar… y, aun así, decía que su familia la necesitaba. Algo no encajaba. Pero su amiga era valiente, fuerte, una luchadora nata. Allá donde estuviera sabría cómo sobrevivir.

Ella dejó otra nota: «Las cosas van a ponerse muy feas, la reunión no ha salido bien, los jinetes quieren atacar las ciudades para darles una lección a los mortales. Me he llevado a todos los niños a un lugar alejado y seguro. Usa el libro para comunicarte conmigo, lo tendré en mi habitación. Te quiero».

Savannah había ido desvaneciendo a todos los niños uno por uno para llevarlos a la granja. En apenas tres semanas, más de veinte criaturas dormían bajo aquel techo acurrucados en el salón, rodeados de mantas, leña encendida y el olor constante del guiso de verduras que preparaba para todos. Y, por supuesto, habían tapado las ventanas con madera reforzada, llenado los armarios de comida y marcado rutas de escape que solo ellos conocían.

Los pequeños que habían estado enfermos —los que rozaron la muerte o pasaron días enteros consumidos por la fiebre— desarrollaron una sensibilidad especial. Podían ver a Dalton. Tal vez no del todo, pero sí su alma —decían que azulada—, y pronto dejó de ser una rareza y se convirtió en una presencia familiar. Lo

escuchaban, seguían su voz, y eso le permitió a Savannah hablar con él sin esconderlo.

En aquella granja, la frontera entre la vida y la muerte era tan fina que incluso los muertos parecían tener un lugar entre los vivos.

También había traído consigo a los fungos guardianes, que seguían visiblemente enfadados por haberlos arrancado de su biblioteca.

Los primeros días atacaban a todo lo que se movía con sus palillos-lanzas, pero una noche, una tormenta de nieve mágica rugió sobre la granja. Y Savannah, incapaz de dormir, salió al salón para comprobar que todos estuvieran bien. Fue entonces cuando los vio: los fungos —los mismos que gruñían y pinchaban a cualquiera que se les acercaba— dormían acurrucados entre los brazos de los niños. Aferrados a sus pequeños cuerpos, en paz.

Hacía treinta y dos días desde que los jinetes empezaron a cumplir la orden imperial de «devolverles» la revolución a los mortales. Treinta y dos días de incendios, de saqueos… y de más robos. Pero lo más inquietante era que cada vez había menos jinetes. Los de Valdemar habían huido hacia sus propios bosques, y sabía que fuera donde fuera que se escondieran, difícilmente sería un lugar mejor que aquel.

Ahora Savannah intentaba concentrarse en los calcetines que tejía sobre su regazo. Había perdido la cuenta de cuántos llevaba hechos.

—¿Cuándo va a volver Dalton, Savi? —preguntó Otilia, una niña de ojos azules y cabello rojo como el fuego de la chimenea que la miraba desde el suelo.

La pregunta cayó como una piedra en el salón.

Los niños dejaron de jugar, de pintar, de bailar; el murmullo se apagó poco a poco hasta quedar en silencio. Incluso los fungos guardianes se acercaron para tirarle de las mallas y del enorme jersey de lana blanca que llevaba.

Cuando Dalton se ausentaba toda la noche, los fungos eran los primeros en echarlo de menos.

—Estará al caer, no os preocupéis —dijo con una sonrisa. Aun así, su mirada se desvió hacia la ventana, donde la nieve azotaba los cristales sin descanso. No era propio de él no estar allí al amanecer como cada día.

Espero que no tardes, los niños están trepando por las paredes sin ti, y yo te echo de menos, le envió el pensamiento.

Dalton siempre respondía casi al instante, pero esa vez no hubo respuesta.

Un miedo absurdo le trepó por el pecho cuando el sol siguió alzándose y no escuchó sus pasos a lo lejos. Solo llegaban hasta ella las respiraciones profundas de los dragones, los tres que dormían frente a la granja: Moonveil, el de Kilian y el coloso que había pertenecido a su padre.

Ahora los tres eran suyos.

Daban vueltas alrededor de la granja sin abrir demasiado las alas, vigilando el perímetro hasta que caía la noche. Solo entonces volaban en silencio para cazar en los alrededores.

Dalton había elegido aquel lugar porque estaba fuera de las rutas habituales de los jinetes, un punto ciego que nadie miraba y donde los dragones podían moverse sin ser vistos.

Savannah se levantó del sillón.

—Iré a buscarlo, ya sabéis qué hacer cuando la casa se queda sola. —Dos fungos, los más valientes, salieron disparados hacia ella. Treparon por sus piernas y se aferraron a su jersey—. No puedo llevaros ahora.

Ambos negaron con la cabeza al unísono.

Savannah suspiró y se colgó la bandolera de lana que había tejido para sacarlos a pasear; le habían cogido el gusto, y ella no tuvo corazón para discutir cuando los acomodó dentro de esta.

—Me los llevo conmigo, no tardaré en volver —anunció—. La granja queda protegida. No abráis las puertas bajo ningún concepto. Solo cuatro golpes, ¿de acuerdo?

Salió pasando junto a Moonveil y, como cada noche, alzó una enorme cúpula de sombras sobre la granja para sellarla con una protección impenetrable. Dentro de aquel refugio oscuro, todos estarían a salvo.

Las primeras veces, el uso de un poder tan descomunal le dejaba un temblor en el cuerpo durante horas, pero el dolor nunca le importó.

Serpenteó entre los pocos árboles que aún quedaban vivos, aunque ya empezaban a marchitarse. Pisó con fuerza la nieve, apretando la bandolera contra su cuerpo mientras los fungos disfrutaban del paseo, y afinó el oído. Percibió los gritos lejanos que llegaban desde las ciudades, un traumático eco que el viento arrastraba hasta la granja. También distinguió el correteo nervioso de las criaturas del bosque, zarpas apresuradas huyendo sin rumbo, escapando de algo que no comprendían. Algunas se ocultaban entre los troncos; otras, más valientes, se acercaban a la puerta cuando los dragones no vigilaban.

Los owls —búhos de plumaje brillante— y los grass —gatos cubiertos de hierba suave— se asomaban con cautela cuando los niños les ofrecían trozos de pan empapados en agua, y los animalillos los aceptaban con rapidez antes de volver a perderse entre la maleza.

El batir de alas de los owls la puso en alerta, pero todo el miedo que había ido acumulando por no verlo regresar a la hora prevista se desvaneció en cuanto distinguió a Dalton avanzando entre los árboles, con los puños cerrados, los hombros tensos… y el rostro descompuesto.

No hizo falta que hablara.

Había matado a alguien.

Cuando llegó hasta ella, hundió el rostro en su cuello y la estrechó contra su cuerpo.

Dalton era quien hacía el trabajo sucio. El que vigilaba toda la zona alrededor de la granja. Si alguien se acercaba demasiado, se colaba en su conciencia y lo obligaba a darse la vuelta, a olvidar por qué había venido. Pero si alguno insistía, si poseía malas intenciones…, Savannah nunca preguntaba cómo terminaba el encuentro ni cómo hacía para que no quedara ni rastro, ni un cadáver. Solo sabía que, cada vez que volvía así, destrozado, era porque había hecho lo necesario para mantenerlos con vida.

Dalton ya era devastadoramente poderoso estando muerto y a veces se preguntaba qué clase de fuerza monstruosa habría albergado en su vida pasada, cuando la llama idealis corría por su sangre.

—Gracias por protegernos —fue lo único que logró decir antes de tomarle el rostro entre las manos y besarle los labios, las mejillas, la

frente, el cuello…

—Me he retrasado, lo siento. —La rodeó con los brazos—. Me he alejado más de lo previsto.

—Eres consciente de que eso tiene castigo, ¿no? Me has dado un susto de muerte.

—Un grupo se acercó —explicó él—. Venían a saquear. Habían visto a Moonveil volando a lo lejos… —Hizo una mueca—. Que sus escamas sean de color rosa es un peligro, incluso de noche. Demasiado visibles para quienes buscan problemas.

Era un riesgo con el que contaban desde el principio. Moonveil necesitaba cazar, y no podían cortarle las alas. Su libertad valía más que el peligro que arrastraba.

—¿Te has deshecho de ellos? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Antes pude ver dentro de sus conciencias —dijo mientras la sujetaba más fuerte por la cintura—. Venían desde Novadia. Allí la gente está huyendo hacia las grandes ciudades porque las temperaturas han caído tanto que ya no sobreviven ni las criaturas feéricas. La última tormenta fue hace tres días. Muchos mortales han muerto congelados.

Savannah cerró los ojos e intentó no llorar, no recordar a todos los niños con los que había pasado aquel mes en Novadia, a las mujeres que esperaban dar a luz, a las personas que había conocido durante los últimos años como sanadora.

—Sé que debo asumir que no puedo ayudar a todo el mundo, pero ahora que mi padre no está, soy yo la que carga con la corona. Soy la emperatriz de un imperio que se derrumba. —Negó con la

cabeza—. Debería estar luchando, no aquí, escondida como una maldita cobarde.

—¿Crees que es de cobardes proteger a todos esos niños? —replicó él—. Sin ti no estarían aquí.

—Me siento egoísta por elegirlos solo a ellos.

—La guerra nos vuelve egoístas, nos obliga a elegir, nos convierte en algo que no siempre reconocemos. —Le acarició la mejilla, limpiando la lágrima que resbalaba por su piel—. Pero no te pierdas a ti misma intentando salvar a todos. No destruyas lo que eres buscando una versión imposible de ti. La mejor ya está aquí —añadió mirando hacia la granja a su espalda—. Ellos te necesitan más que nadie.

Los fungos empezaron a moverse dentro de la bandolera entre ambos. Habían quedado un poco aplastados por el abrazo, pero no protestaron. Aguantaron pacientes, aunque se les notaba que estaban a un segundo de lanzarse sobre Dalton en cuanto Savannah aflojara los brazos.

—Sí…, son sorprendentemente impacientes —comentó Dalton mientras los tomaba con cuidado.

Los fungos no tardaron ni un segundo en trepar, uno a cada hombro. Se acomodaron como si aquel fuera su trono y comenzaron a frotarle las mejillas con sus cabecitas de arcoíris, dejando destellos de color a su paso.

—No os paséis o no habrá más paseos —les advirtió Savannah.

La sonrisa de Dalton logró, aunque solo fuera por un instante, cerrar el agujero que llevaba en el pecho. Comprendió entonces que la guerra la estaba volviendo más humana que nunca y que, en

medio de tanta devastación, lo único que deseaba era robarle al mundo un poco de tiempo feliz a su lado.

—¿Qué tal la noche? —preguntó él.

—Olivia ha dormido conmigo; tenía fiebre otra vez.

—Iré a calmarle el dolor.

—El dolor desaparecerá, pero el resfriado seguirá ahí —suspiró, pasándose una mano por el rostro—. No sé cuánto más podremos seguir así.

Dalton recolocó a las setas en la bandolera, la tomó con cuidado y la colgó de una gruesa rama del árbol que tenían detrás.

—Aguantaremos hasta el final.

—Tú sabes mejor que nadie cuál es ese final. —Bajó la vista hacia sus botas cubiertas de nieve—. No sé cuánto más podrá resistir mi hermano en Bankai.

Dalton le levantó la barbilla, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo, él seguía igual de perfecto, con el cabello negro impecable. Era un fantasma, anclado a una belleza que el tiempo no podía erosionar.

Pero ella sí había cambiado.

Savannah casi no quería imaginar cómo estaba. Comer se le hacía cuesta arriba, tenía el estómago siempre encogido y llevaba el cabello rubio enmarañado, sujeto en una coleta apresurada que delataba el cansancio acumulado.

—Todo está desapareciendo Dalton; la magia, las criaturas, los bosques, las casas, la luz…, todo. Sabes que esto es una cuenta atrás, solo estás esperando a que yo decida.

Se apartó de él para mirar hacia la ladera nevada, hacia el sur, donde debería estar la ciudad. Desde allí, incluso a esa distancia, se

veía el humo de las casas, de las chimeneas… y de los dragones.

Savannah continuó:

—Sabes de lo que soy capaz, y solo estás siendo paciente. Aunque también sé que mi yo del futuro te asusta.

—Pude ser sincero…

—Lo sé. Pero nunca te lo he preguntado porque sé quién soy. He sostenido demasiadas manos mientras la gente moría, he sentido cómo la vida se les escapaba entre los dedos, cómo su aliento se apagaba… y yo solo podía acompañarlos. Como el bebé de Lorelei y Alvi. Murió en mis brazos, Dalton. Y en ese momento entendí que mi deber no es solo curar, también es estar cuando la muerte llega. —Lo miró por encima del hombro—. Siempre creí que estaba allí para salvarlos, pero en el fondo… también era yo quien los acompañaba al otro lado. Cada vez que cerraba los ojos de alguien, cada vez que sus familias me daban las gracias como si hubiera obrado un milagro. No era solo una sanadora, era la última presencia que veían antes de morir.

Su mano tembló cuando la apoyó sobre su propio pecho.

—Yo soy la guadaña —confesó al fin—. No porque quiera matar, sino porque siempre he caminado al lado de la muerte. Porque la gente muere en mis brazos sin miedo, como si entendieran que no están solos. Como si, en ese último aliento, supieran que alguien los acompaña hasta el final. —Tragó saliva antes de continuar—: Mi magia no cura heridas, no detiene el final. Mi magia… sostiene el último hilo. Ese hilo invisible que mantiene unida un alma a su cuerpo. Puedo sentirlo: cómo se tensa, cómo se afloja, cómo empieza a ceder justo antes de romperse. Siempre lo he sentido,

desde que era una niña, aunque durante años no supe cómo llamarlo ni qué significaba de verdad.

Levantó el rostro.

—Ese es mi poder, Dalton. No es luz, ni sombras, ni fuego, ni gloria. Es el límite. El borde entre un latido y el silencio. El poder de la guadaña.

Dalton palideció como la nieve que seguía cayendo detrás de él. Jamás lo había visto tan quieto, tan mortal.

—Fui yo quien estuvo contigo cuando moriste, ¿verdad? Yo te sostuve la mano —quiso saber Savannah.

—Cielo…

Ese «cielo» la destrozó y le confirmó que no estaba equivocada.

—No soy tu cielo —susurró rota—. Soy el maldito infierno.

En dos zancadas, Dalton estaba frente a ella. Le sostuvo el rostro con ambas manos y se detuvo a un suspiro de sus labios.

—Eres mi cielo, Savannah. Cuando morí, estabas ahí, sujetándome la mano. Te vi como la guadaña… y, aun así, lo único que sentí fue paz. Y cuando te vi humana por primera vez sentí exactamente lo mismo. —Le pasó el pulgar por la mejilla húmeda—. Y lo sigo viendo ahora, incluso mientras todo a tu alrededor se derrumba. Incluso cuando tú misma te crees hecha de infierno. Para mí, joder…, sigues siendo lo más parecido al cielo que he tenido nunca.

Los dos eran un maldito mar de lágrimas.

—No te busqué en estos siete milenios… Nunca te busqué…

—Me da igual —respondió él sin dejar que apartara la mirada—. Me da igual el motivo, me da igual que en el futuro no me ames o que no puedas recordarme o que me olvides. Me da igual que

olvides todo esto, porque yo voy a seguir amándote, aunque no quede nadie más que yo para recordarlo.

—Dalton…

—Te amo, Savannah. Y estoy… estoy consiguiéndolo. Cada día un poco más. El dolor del pasado se está apagando, por fin. Y quizá suene absurdo, pero… sin ese dolor no podría amarte como lo hago ahora. No habría sabido reconocer esta amabilidad tuya si no hubiera vivido tanto desprecio.

Se odiaba por no haberlo buscado, por no haber sido capaz de sacarlo de aquel vacío en el que había vivido, de ese desprecio que lo había consumido durante siglos, de esas noches en las que deseó estar muerto. Se odiaba por no haber sido su mano, su luz, su salida. Se odiaba por los poderes que la vida le había dado…, pero se odiaba aún más por lo que sabía que tendría que hacer.

Él se apartó de ella solo para meter la mano en el bolsillo. De allí sacó una pequeña cajita afelpada de color rosa.

—Quiero ser la primera elección que un hombre te ofrezca, no una promesa impuesta ni una jaula disfrazada de amor. Quiero darte la libertad de elegir. Quiero que, si decides quedarte, sea porque lo deseas y no porque el mundo te empuja a hacerlo. Que compartamos el tiempo que tengamos sabiendo que cada instante es una elección consciente. —Su voz tembló—. No te pido que me pertenezcas, te pido que me escojas. Hoy, mañana o nunca. Y si algún día decides marcharte, quiero saber que fue tu voluntad la que te guio, no la falta de opciones.

Al abrir la pequeña cajita, un anillo plateado, como todas sus joyas, resplandeció. En el centro, un diamante rosa estaba tallado con precisión para atrapar la luz y devolverla en destellos suaves.

El brillo fue suficiente para dejarla sin respiración.

—Aquí tienes la elección de casarte conmigo, Savannah. No como una obligación, sino como un acto de libertad.



27

Elección.

Aquella palabra tan simple era un privilegio que nunca había tenido en el amor. En realidad, en ningún aspecto de su vida. Y ahora, Dalton le ofrecía algo que el mundo siempre le había negado: la libertad de elegir su propio destino.

Él siguió hablando:

—Aquella noche, después de todo lo que ocurrió en la biblioteca, después de ver cómo tu padre te trataba, de escuchar cómo te obligaban a casarte con un hombre sin moral ni valores, entendí que te merecías, por una vez en tu vida, el derecho a elegir. —Alzó la cajita entre los dedos—. Busqué a un joyero que aún trabajaba, entré en su conciencia, le mostré lo que quería que sintiera quien llevase este anillo… y él lo transformó en esta pieza. Para ti.

—Dioses… —jadeó Savannah contra su mano húmeda por las lágrimas. Una sonrisa se le escapó al imaginarlo.

—Me has ayudado a sanar. Durante mucho tiempo tuve miedo de que alguien me tocara, de permitir que otro cuerpo se acercara al

mío. Y, aun así, has conseguido que ahora necesite tu cercanía, que busque tu contacto sin temor. —Él hizo una pausa—. No quiero que le tengas miedo al matrimonio solo porque te enseñaron que casarte era una obligación o una condena.

»He pensado en darte este anillo antes, en arrodillarme… Sé que suelo dar demasiadas vueltas a todo, y el miedo al rechazo a veces me vuelve cobarde —rio con tristeza—. Y tal vez creas que esto nace de la desesperación; no te culpo dado mi pasado. Pero sigo siendo un hombre con moral y valores. Si amo a alguien, si toco a alguien, es porque la quiero a mi lado de por vida. Y no voy a irme de este mundo sin decirte que no solo quiero intentar lo nuestro. Lo quiero todo contigo.

Ella, sin poder respirar, llevó los dedos hasta el anillo y lo palpó, necesitaba sentir lo real que era.

A pesar de todo lo que le había confesado, de todo lo que ella sabía sobre sus poderes, él quería casarse con ella. Un hombre que parecía haber renunciado al amor, que había conocido el rechazo y el dolor… y que, aun así, volvía a entregarle su corazón.

—No me importa, Dalton. Tú mismo me recordaste que la persona que serás en el futuro no es más que el pasado de quien eres ahora.

—Verás cómo le pido matrimonio a Eda —le costó decirlo—. Estarás en la misma sala, mirándonos, mientras me arrodillo…

—No me importa. —Negó con la cabeza, intentando deshacerse de las lágrimas—. Me lo merezco por no haberte buscado. Si lo hubiera hecho, habrías sido mío desde el primer día.

El anillo seguía entre ambos; las manos de Dalton lo sostenían mientras ella continuaba acariciándolo, temiendo que desapareciera.

—Creo que siempre he sido tuyo, Savannah. En la vida y en la muerte, siempre he sido tuyo. Antes no lo entendía, pero ahora sé cómo eres, cómo piensas, cómo tomas decisiones siempre sacrificándote por los demás. Algo dentro de mí me dice que me esperaste, que me dejaste vivir aquella vida lejos de ti para cometer los errores que me han traído hasta aquí. Porque sin ellos, nada de esto habría sucedido.

Savannah tragó saliva y le tendió la mano con la palma hacia abajo.

—Primero debo probarme el anillo. Soy muy especial para las joyas, no me gusta cualquier cosa. —Se mordió el labio cuando aquellas palabras lograron arrancarle una carcajada a él, incluso a pesar de las lágrimas.

—No esperaba menos, Alteza.

Con manos temblorosas, Dalton deslizó el anillo en su dedo anular. Ella alzó la mano entre ambos; la nieve caía despacio y, al parecer, varias criaturas se habían acercado a observar desde los árboles.

—¿Te gusta?

Era el anillo más precioso que había visto en su vida. No solo por su belleza, sino porque estaba hecho para ella. Conocía sus gustos, el tamaño exacto de su dedo, cada curva… Aquel anillo era mucho más que una promesa.

—Quiero casarme contigo, Dalton. Pase lo que pase después, no me importa el futuro ni aquello que todavía no existe. Me importa esto. El ahora. Tú y yo. —Pasó sus manos por su nuca y le rodeó el cuello con los brazos. Él se estremeció y su corazón se le encogió al verlo así, tan vulnerable e inseguro.

—¿De verdad es lo que deseas?

Savannah se lanzó a sus labios y pegó su cuerpo al de él.

—Sí —susurró contra su boca—. No hay nada que desee más.

Él le sujetó la cintura y la alzó sin esfuerzo; Savannah reaccionó por puro instinto, rodeándole las caderas con las piernas.

—Estaba…, joder… —Apoyó la frente en la suya—. Estaba aterrorizado.

—Lo sé.

Le pasó los dedos por el cabello negro, disfrutando de cómo su cuerpo respondía al contacto. Le encantaba que no se encogiera, no percibir miedo en él cuando lo tocaba; que su cuerpo la aceptara sin reservas, como si en ese contacto no existiera nada más que confianza.

—Estoy tan orgullosa del hombre en el que te has convertido a pesar de todo. De que, aun así, hayas elegido volver a creer en el amor.

Dalton la calló besando su garganta expuesta, mientras sus manos se aferraban a su cintura y atrapaban la tela de las mallas.

Me vuelves loco, confesó contra su piel antes de encontrar su boca. *Y sé que estos días no te reconoces cuando te miras al espejo. Que la guerra te ha robado el color, las ganas de arreglarte, incluso la costumbre de sentirte perfecta. Sé que te castigas llevando ropa interior negra porque no te sientes bien contigo. Pero quiero que recuerdes que me vuelves completamente loco de todas las maneras.*

Savannah sintió cómo se le enroscaban los dedos de los pies dentro de las botas; sabía que él había estado leyendo sus pensamientos.

No tenían tiempo para tocarse de verdad. Por las noches, ella dormía sola y él salía a vigilar los alrededores. Solo se robaban unos minutos cuando los niños caían rendidos, antes de la cena. Entonces Dalton se colaba entre sus piernas, buscando calmar sus propios nervios en ella, arrancándole fuertes gemidos que él silenciaba con la mano, obligándola a morderse el labio para no delatarse.

Sabía que Dalton no la tomaría en la habitación de arriba, al menos no de forma precipitada. Savannah entendía que había algo más detrás de esa espera. No era rechazo ni duda hacia ella, sino una frontera que él aún no estaba listo para cruzar. Porque, aunque se dejara besar, aunque permitiera que lo tocara y explorara su cuerpo con la lengua…, todavía no estaba preparado para acostarse con ella.

La rabia de saber que alguien había abusado de él la había mantenido despierta muchas noches, llorando en silencio cuando él se alejaba lo suficiente como para no escucharla. Cerraba las puertas de su mente, levantaba muros para que Dalton no percibiera los pensamientos que la devoraban por dentro.

Pensamientos oscuros.

Violentos.

Asesinos.

—Dalton. —Su nombre se le escapó en un gemido cuando él la empujó contra el tronco del árbol. No parecía estar del todo allí. Sus manos se colaron bajo el jersey, recorriéndola con hambre—. Eh…, Dalton.

No respondió. Estaba cegado por el deseo, por todo lo que llevaba días conteniéndose. Y ella supo que podría haberse rendido solo

viéndolo perder la cordura así, adorándola sin freno, sin pensamiento alguno más allá de su cuerpo.

Tenemos demasiados ojos puestos en nosotros, rio ella.

Aquello pareció sacarlo del trance. Dalton alzó la cabeza; tenía los ojos brillantes, los labios húmedos y aún hinchados.

—Pues que sigan mirando, las morbosas —bufó lanzándoles una mirada a las setas, que, en efecto, parecían encantadas con el espectáculo—. Dejadnos en paz. —Volvió a hundirse en su cuello, ignorando al mundo entero—. Estás preciosa…, he estado demasiados días sin tocarte. —Besó la curva de su oreja—. Pensaba que me iba a morir.

Aquel hombre tan poderoso seguía temblando como una hoja.

—Ya estás muerto, lo sabes, ¿no?

—Sí. Y si hubiera sabido que morirme significaba tenerte así, contra un árbol, me habría adelantado unos siglos.

—Creo que has llegado en el momento perfecto. Antes estaba muy ocupada disfrutando de mi gloriosa vida de soltera como para prometerme…

Dalton se quedó boquiabierto.

—Retira eso. Ahora mismo.

—¿O qué? ¿Qué me vas a hacer?

—La pregunta correcta no es qué te haré a ti.

—Ajá…

—Es qué les haré a ellos.

—¿A ellos quiénes?

—A todos los que existían en tu «vida de soltera».

Savannah soltó una carcajada.

—Eres insoportable.

De un segundo a otro, la cargó al hombro como si no pesara nada. Savannah soltó un chillido cuando le dio una fuerte palmada en el culo.

Los fungos reaccionaron emitiendo un coro indignado desde la bandolera. Dalton cogió la bolsa con la mano libre, sin soltarla a ella, que pataleaba entre risas.

—¿Volvemos a casa?

Tres noches después de la propuesta de matrimonio, llegaron las noticias. Aurik, una de las cordilleras con mayor concentración de magia, había sido reducida a cenizas.

El aire quedó saturado, y un humo verdoso se propagó por todo el imperio, apagando la luz y volviéndolo irrespirable. Dalton dijo que reconocía demasiado bien aquel hedor a podredumbre; era el mismo que había acompañado al ejército de noctífagos, los espectros creados por la Dama, capaces de poseer a los mortales y empujarlos a enfrentarse entre sí.

Durante aquellas semanas, Savannah había revisado el libro a cada hora.

«Dime que estás bien, solo eso. Necesito saberlo. Te necesitamos aquí. Se me hace insoportablemente difícil no tenerte con nosotros. Los niños te echan muchísimo de menos… y yo también. Vuelve conmigo, Marcelin. Te quiero».

Pero no hubo respuesta. Su mejor amiga no le había enviado ni una sola palabra…, hasta esa madrugada, cuando Savannah, ya rendida y casi aceptando que había perdido a Marcelin, vio aparecer

una única frase escrita en la página: «Nos vemos en el centro al mediodía».

Los terremotos que llevaban días sacudiendo la tierra se habían intensificado durante la madrugada, y apenas había logrado dormir mientras calmaba a los pequeños más asustados, uno por uno, prometiéndoles cosas que ni ella misma estaba segura de poder cumplir.

Aquella noche le había rogado a Dalton que se quedara con ellos, porque Savannah sabía que sería la última.

Y cuando el sol consiguió alzarse a duras penas, él la dejó asomarse a la ventana de la pequeña habitación de arriba más tiempo del habitual, como si también entendiera que ese instante no iba a repetirse. Savannah se quedó allí, observando el humo en el horizonte y grabando en la memoria cada sonido: las respiraciones tranquilas de los niños abajo, las risas, el tintinear suave de los platos… y el olor cálido del desayuno que Dalton les había preparado.

Vida cotidiana aferrándose a lo poco que quedaba.

Se levantó de la cama, se enfundó las armas y el uniforme negro que había evitado ponerse durante semanas por todo lo que ese color significaba. Luego bajó las escaleras con la espada recta, manteniendo la compostura que le habían inculcado desde niña, aunque por dentro estuviera hueca.

Aun así, al llegar al salón, la golpeó el contraste de las voces y el movimiento. La vida seguía allí, ajena, como si el mundo no se estuviera desmoronando bajo su piel.

Los niños estaban sentados en el suelo, apoyados contra las paredes, compartiendo mantas, pan y leche. Olivia descansaba en el

regazo de Dalton, que le acercaba la cuchara con paciencia, cuidando de no derramar nada. Desde que había perdido la vista, orientarse seguía siendo difícil para ella, y él parecía haberse convertido en su brújula.

—Está caliente —le advirtió Dalton con una sonrisa—. Sopla primero.

A sus pies, Luck, de piel oscura y cabello rizado, jugaba con los cordones de sus botas. Dalton ni siquiera lo apartó; se limitó a alzar un poco el pie para no pisarle los dedos.

Savannah se quedó mirándolo, sin atreverse a interrumpir la escena, mientras el corazón se le encogía en el pecho. Entonces él alzó la vista y la encontró apoyada en la escalera. Sus ojos descendieron de inmediato hasta su mano derecha, donde ella jugueteaba con nerviosismo con el anillo de promesa.

Marcelin ha contestado. Tenemos que encontrarnos con ella a mediodía en el centro. No pudo evitar que el nerviosismo se filtrara en su voz.

¿Crees que el centro seguirá en pie?

Si me ha pedido que vayamos allí, algo debe de quedar, dudó. *O al menos eso quiero creer.*

Dalton barrió el salón con la mirada antes de preguntar:

¿Quieres hacerlo hoy?

No va a haber un mañana.

—Ven, acércate a desayunar con nosotros —le pidió en voz alta—. Aún tenemos unos minutos.

Ella avanzó despacio. Los niños se levantaron de la mesa para darle los buenos días, abrazándola todos a la vez.

Seamos fuertes, le recordó Dalton cuando ella se sentó a desayunar.

Savannah estiró la mano bajo la mesa y le rozó la rodilla, limpiándole con los dedos una pequeña mancha de avena.

Seamos valientes.

Dalton la sostuvo de la mano y la acompañó a despedirse de Moonveil.

Savannah apoyó la frente contra el hocico de su dragona y la besó, como había hecho tantas veces antes. No se despedía de una montura, sino de su compañera. De la única que había sabido seguirla incluso cuando ella no sabía hacia dónde iba.

—Lo siento —susurró sin excusas y sin promesas—. Por todo.

Moonveil la miró con esos ojos rosados que nunca la habían juzgado, llenos de un perdón que nunca había necesitado que le pidiera.

La tierra volvió a estremecerse bajo sus pies.

Primero fue un temblor casi imperceptible; después, una vibración profunda que les trepó por el cuerpo. Algo inmenso se estaba resquebrajando en las entrañas del imperio.

—Lo hemos retrasado todo lo posible, pero nadie tiene por qué sufrir —le dijo a Dalton sin dejar de llorar—. No quiero que una muerte peor se los lleve a todos. No podría morir sabiendo que los dejé sufrir así.

—Lo sé.

—Ocúpate de los dragones, que no sufran. Yo… yo me encargaré de los demás. —Miró hacia la granja y, antes de que él pudiera

preguntarle nada, añadió—: Estoy segura. He barajado todas las opciones, y esta es la única.

Savannah tomó una bocanada de aire y avanzó hacia la puerta. Las manos le temblaban, y el corazón le golpeaba las costillas con violencia. Aun así, siguió caminando. Porque, aunque todo en su cuerpo gritaba que se diera la vuelta, su voluntad la empujaba hacia delante.

«Debes hacerlo».

«Debes reunir, en un solo paso, todo el valor que has acumulado durante todos estos putos días».

Miró a Dalton antes de entrar y, en el instante en que apoyó la mano en el pomo y empujó la puerta, creyó entender por qué nunca había buscado a Dalton en el futuro.

Savannah se convirtió en la guadaña cuando, sin un sonido, sin un grito, todos los pequeños corazones de aquella granja dejaron de latir.



28

Savannah solo quería ser un fantasma por primera vez en su vida.

Deseaba poder caminar entre la gente sin cargar con la culpa de estar allí, sin sentir ese peso insoportable que le recordaba que no podía salvarlos a todos.

Envuelta en su capa, con la capucha baja ocultándole el rostro, se abrió paso entre las calles. Podría haberse desvanecido hasta el centro, pero necesitaba ver con sus propios ojos las que quizá serían las últimas horas antes de que el imperio quedara reducido a polvo.

En el último mes, los jinetes habían obedecido las órdenes del emperador al pie de la letra y, como consecuencia del maltrato hacia los mortales, la ciudad había estallado. Habían tomado el palacio por la fuerza —tal y como Dalton había previsto que ocurriría si el emperador no daba señales de vida— y hasta los propios soldados imperiales se habían rebelado, algo que jamás habría creído posible.

Savannah no vio ningún dragón surcar el cielo, ninguna criatura entre la neblina que danzaba sobre la ciudad. Solo esas nubes

negras que se arremolinaban como un presagio del final que se acercaba.

—¿Marcelin? ¿Estás aquí? —la llamó Savannah al empujar la puerta del centro… o lo que quedaba de él.

La puerta pendía de una sola bisagra. Dentro, el pasillo era un desastre: estanterías volcadas, frascos rotos, vendas arrancadas de los armarios… y el olor inconfundible del saqueo.

—¿Marcelin?

—¡Savi! —La voz llegó desde una de las pequeñas habitaciones. Su amiga apareció con el rostro pálido y el cabello hecho un nudo. Corrió hacia ella esquivando cristales—. Dioses, Savi…, han pasado semanas, y para mí ha sido una maldita eternidad. —La agarró del rostro, como si quisiera asegurarse de que de verdad estaba allí—. ¿Estás sola? ¿Ese hombre…? ¿Está contigo?

Marcelin miró alrededor, buscando algo —cualquier cosa— que delatara a Dalton. Pero no pudo ver al fantasma, oculto entre las sombras.

—Estoy sola, Mar. Él no está aquí. —Se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has respondido a ninguno de mis escritos?

Savannah se tragó las ganas de llorar. Aún no había procesado lo que había hecho hacía apenas unas horas; solo era cuestión de tiempo para que la culpa le abriera un hueco en el pecho y la arrastrara al vacío.

Una parte de ella deseó estar muerta antes de que ese momento llegara.

—La magia en Valdemar es inexistente, las criaturas que estaban vinculadas a esas tierras… están muriendo. Cada día caen más. Ya

casi no queda ninguna en pie, y las pocas que resisten no durarán mucho.

Había contemplado esa posibilidad; sin magia que las alimentara, todas las criaturas ligadas a Valdemar estaban condenadas a marchitarse.

—¿Bonibell?

—Aguanta, ese jodido pegaso es fuerte, por eso no he venido antes. No podía arriesgarme a volar con él. Tenía miedo, Savi, pero algo me decía que estabas a salvo. —Alzó una mano y le rozó la mejilla—. ¿Tienes algo que contarme?

Sintió un latigazo de culpa en el pecho. Debería confesarle todo, debería…, pero las palabras no salieron. Marcelin la miraba con esos ojos verdes que siempre habían sido su refugio, su certeza, y por un instante…

—Marchémonos ya, no es seguro estar aquí —interrumpió Dalton a su espalda. Savannah no se giró; no quería que Marcelin supiera que él estaba allí.

—Tenemos que salir de la ciudad —dijo Savannah tragando saliva —. No ha sido seguro ni siquiera para mí venir hasta aquí. Debemos alejarnos lo máximo posible. No creo que podamos sobrevivir a lo que viene…, nadie va a hacerlo.

—¿Dónde están los niños?

Savannah tomó aire en un intento por luchar contra las náuseas que le subían por la garganta.

—En un lugar más seguro que este. —No mintió.

Se giró ya en dirección a la salida.

—Vámonos. No quiero estar en el centro cuando todo caiga. Hay terremotos cada veinte minutos… Algo se está abriendo bajo la

tierra.

—No, Savi. No vas a morir. —La sujetó por los brazos, casi con brusquedad—. Te sacaré de aquí aunque tenga que arrastrarte. Te lo prometo.

—Mar…

—Te voy a llevar a un lugar seguro, pero necesito que confíes en mí. Hay cosas que tengo que contarte. Cosas que…

Un grito desgarró el murmullo que llenaba la calle.

La reacción fue inmediata. Abandonaron el centro a trompicones, fuera la gente se empujaba y gritaba para ver qué estaba ocurriendo. A su lado, la multitud atravesaba a Dalton sin que nadie reparara en él. El fantasma se alzó ligeramente, buscando con la mirada por encima de las cabezas. Savannah siguió la dirección de sus ojos, el origen del caos estaba en la plaza, al final de la calle.

El grito volvió a escucharse, esta vez amplificado por la furia.

—¡Son ellos! —vociferó un joven subido sobre un barril—. ¡Ellos son los malditos causantes de que nuestras familias no nos recuerden! ¡Quieren debilitarnos, engañarnos! ¡Quieren controlarnos!

—Quedaos atrás —ordenó Dalton.

Pero Savannah ya había acelerado el paso, y Marcelin la seguía de cerca mientras avanzaban hacia la plaza, donde la multitud empezaba a arremolinarse.

—¡Nos están robando la vida! —rugió otra vez—. ¿O es que aún no lo veis?

Savannah se subió la capa hasta cubrirse casi todo el rostro. Dalton apareció detrás de ella, su palma aferrándole el hombro para

arrastrarla hacia atrás. Marcelin, en cambio, ya tenía una mano en el arma oculta bajo su capa verde.

El muchacho alzó los brazos. En la mano derecha sostenía un colgante; en la izquierda, una daga cubierta de símbolos grabados.

Cuando levantó el collar hacia la multitud, la gema emitió un destello tan brillante que varios tuvieron que cubrirse los ojos.

—¡El Olvido es su arma! —proclamó—. ¡Los inmortales nos arrancan lo que somos, uno por uno! ¡Nos dejan huecos, sin nombres, familias que ya no recuerdan a sus hijos! ¡Nos convierten en sombras sin pasado ni futuro! —Alzó el colgante todavía más, que latía como un corazón recién arrancado de su pecho—. ¡Pero la magia ya no les pertenece!

La multitud retrocedió instintivamente; Savannah dio un paso adelante.

—No te acerques, podría verte. —La voz de Dalton tembló detrás de ella mientras le cogía el codo para tratar de apartarla.

Ella no lo escuchó. Su mirada no estaba fija en el joven, ni en la daga, ni en el colgante, sino en Marcelin.

Su mejor amiga mantenía el rostro completamente inmutable, pero en sus ojos… había algo inquietante. Marcelin seguía cada palabra del muchacho con atención. La mano que antes buscaba el arma colgaba ahora a su costado, inerte, como si hubiera olvidado por completo que la llevaba.

Entonces empezó a avanzar entre la multitud, rozándole el hombro al pasar cerca de ella.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Savannah, e intentó sujetarla.

—Debemos… —Los ojos de Marcelin no parpadeaban—. Creo que debemos escucharlo.

Savannah sintió un escalofrío. Marcelin, la mujer con más carácter que conocía, la que nunca se dejaba arrastrar por nadie, avanzaba ahora como una polilla hipnotizada por la luz… No como alguien que fuera a detener al joven, sino como si quisiera acercarse a él.

Savannah dio un paso rápido, le cogió la mano y tiró de ella para frenarla.

—Estate quieta, joder. Si te mueves ahora, te matarán.

—¡En este mundo, quien no nace con poder lo toma prestado! —siguió bramando el joven—. Sí, ha habido robos, muchos. Y sí, nosotros hemos sido sus autores. Pero los dioses nos perdonarán, ¡porque somos la revolución contra un sistema que nos aplasta!

El brillo del colgante en su mano se intensificó y un segundo destello más violento brotó de la daga.

La multitud jadeó al unísono.

—¡Y esto! —gritó aún más—. ¡Esto es lo que nos salvará del Olvido!

Savannah era incapaz de creer lo que estaba viendo.

—No puede ser…

Una luz emanaba de ambos objetos, lo que significaba que un mortal estaba canalizando poder a través de artefactos que jamás habían sido creados para contener… magia.

—¡La emoción humana es más poderosa que cualquier llama, que cualquier vínculo con las criaturas feéricas! —Un fogonazo de luz verdosa estalló dentro de los objetos—. ¡No volveremos a ser sus víctimas! ¡Ni de los dragones, ni de los inmortales, ni del imperio!

—¿Cómo es posible…? —balbuceó Dalton—. ¿De dónde sale esa energía? Los objetos no pueden…, no sin un vínculo. No tiene ningún sentido.

La plaza tembló.

Savannah dio un paso hacia atrás por puro instinto y Dalton, a su lado, puso las manos en su cintura, mirando hacia arriba, hacia aquella luz que ascendía como un rayo dispuesto a partir el firmamento.

Pero no fue ese resplandor verdoso lo que hizo que la gente gritara.

Lo que los volvió histéricos fue lo que ocurrió abajo.

Desde las grietas entre los adoquines brotó un estallido brutal de energía, una corriente viva que serpenteó hasta las manos del muchacho como si la tierra misma lo reclamara. La luz ascendió por su cuerpo en un impulso eléctrico y se precipitó, directa y hambrienta, hacia los objetos que sostenía.

El collar respondió con un latido de luz.

La daga, con otro.

Y, de repente, ambos brillaron al unísono, como si aquella energía hubiera encontrado el cauce perfecto para desbordarse.

—De la tierra —concluyó Savannah con temor—. La están canalizando de la propia tierra.

Dalton se sintió más incapacitado que nunca sin sus poderes cuando, por puro instinto, quiso prender fuego al mortal como a una antorcha… y no pudo.

Savannah reaccionó sin pensar en la magia que poseía. Se movió con rapidez y extendió el brazo, apartando a una familia —los padres y sus dos hijos pequeños— justo a tiempo hacia la derecha. Dalton ni siquiera los había visto. Los niños estaban acurrucados entre los

abrigos de sus padres, y él pudo oír el latido desbocado de sus corazones. Estaban aterrados.

—¡Largaos, corred, rápido! —suplicó Savannah a los mortales hipnotizados por la magia que brotaba del suelo del imperio—. Por favor…, váyanse.

Dalton comprendió que aquel «por favor» era una llamada de auxilio para él.

Así que actuó.

Se deslizó por las mentes de los mortales que contemplaban el espectáculo, uno por uno. No podía empujarlos a todos a la vez —aquello los aterrorizaría todavía más—, así que implantó la orden con sutileza.

Alejaos…, marchaos…, huid.

Fue un pensamiento casi indistinguible del propio instinto de supervivencia.

Poco a poco, uno tras otro, empezaron a retroceder.

—Marcelin, ¿qué haces? —Savannah la agitó—. Respóndeme.

Pero su amiga no reaccionó. Seguía inmóvil, con los labios entreabiertos y la mirada fija, sin parpadear, completamente ausente.

Dalton intentó entrar en su mente, empujarla a moverse, obligarla a retroceder…, pero no pudo. Su conciencia chocó contra una pared de obsidiana, áspera y cerrada, que no cedía ni un ápice.

Era la misma sensación, el mismo bloqueo absoluto que había encontrado al intentar penetrar en la mente del emperador.

Dalton dio un paso, olvidando por un instante que no podía tocar a nadie que no fuera Savannah. Se acercó a Marcelin para verla mejor y entonces algo le heló el alma.

Esa mirada… Ese vacío absoluto, clavado en el muchacho del barril.

La había visto antes.

En algún lugar.

En alguien.

Pero no lograba recordar dónde…

—Marcelin —insistió Savannah, zarandeándola con cuidado, sin llamar la atención—. Respóndeme, por favor.

Nada.

La multitud se agolpaba y empujaba para ver qué estaba ocurriendo, atraída y aterrada al mismo tiempo. Entre ellos había niños, demasiados.

Por todos los dioses…, aquello podía convertirse en una puta masacre en cuestión de segundos.

Ese tipo de magia no la conozco, Savannah. No sé qué puede provocar ni hasta dónde puede llegar.

El miedo que se filtró en la voz de Dalton fue imposible de disimular. Mientras, la tierra vibraba bajo sus pies y aquella energía trepaba por los objetos como un animal hambriento, buscando dónde morder.

¿Y si esa fuerza que brotaba del suelo… podía matar incluso a un inmortal?

Tenía que sacar a Savannah y a Marcelin de allí, costara lo que le costase. Cada segundo que pasaba, la situación empeoraba, pero si usaba su poder sobre ella…, Savannah jamás se lo perdonaría. Y él tampoco podría perdonarse a sí mismo. Obligarla a correr, doblegar su voluntad, empujarla a través de su mente fuera de la plaza… No. No iba a cruzar esa línea.

Aun así, fue demasiado tarde.

Savannah dio un paso más y se colocó frente a Marcelin, interponiéndose sin pensarlo con un brazo extendido a modo de escudo. Ese gesto instintivo fue suficiente para que el joven del barril reparara en ella.

Sus ojos, enloquecidos por la magia y la ira, se clavaron en ella.

—¡ES UNA DE ELLOS! —vociferó el joven con la voz rota por el fervor—. ¡ES UNA INMORTAL!

El corazón de Dalton se paralizó cuando Savannah se convirtió en el blanco de todas las miradas. A pesar de los gritos, de la multitud encendida, de la amenaza que avanzaba hacia ella como una ola rabiosa, Savannah seguía sujetando a Marcelin para empujarla detrás de su cuerpo y así protegerla. Pero Marcelin seguía sin reaccionar.

Y entonces la plaza explotó.

—¡Monstruo!

—¡Asesina!

—¡Ladrona!

Y en el mismo instante en que Dalton comprendió que la multitud iba a lanzarse sobre ella, trazó la conclusión más simple y más salvaje a la que había llegado en siglos.

Iba a matarlos.

A todos.

Sin excepción.

No, Dalton, le habló Savannah como si hubiera leído sus pensamientos. *Son mortales confundidos, están asustados… No les hagas nada.*

—Déjame hacerlo.

No voy a permitir que cargues eso en tu conciencia.

—Eres tú… —ronroneó el joven mientras se bajaba del barril con los objetos en alto. Las manos no le temblaban pese a la energía que arrastraban, una corriente que resquebrajaba el suelo a su paso —. Tú eres la hija bastarda del emperador, la emperatriz sin magia, la jinete que se proclama princesa del pueblo… —escupió cada palabra—. No eres más que una traidora a los tuyos.

—¡Atrás! —gruñó Savannah, extendiendo una mano hacia el muchacho mientras con el otro brazo mantenía a Marcelin protegida contra su espalda.

Un muro entre su amiga y el mundo.

Dalton se sintió impotente, condenado a mirar sin poder interponerse.

No podía hacer nada. Solo ver cómo la señalaban, cómo le escupían palabras que no merecía.

Después de todo lo que había hecho por ellos…, después de sanar a sus hijos, de recomponer familias enteras, la multitud la trataba como a un monstruo. Incluso los mortales que ella misma había ayudado —rostros que Dalton reconocía, hombres y mujeres a quienes Savannah había devuelto la esperanza— ahora la miraban con miedo.

No la merecían.

Nadie la merecía.

El chico del barril prosiguió:

—Los tuyos son los culpables. Tú eres la responsable de que estemos perdiendo la memoria. Vuestra raza nunca debió existir; la magia no debería perteneceros a vosotros…, sino al pueblo.

Entonces Savannah dio un paso al frente, apartándose de su amiga. Tenía los puños tan apretados que los nudillos se le pusieron blancos. Dalton lo sintió antes incluso de verlo: las sombras comenzaron a enroscarse alrededor de sus botas, inquietas, respondiendo a algo que acababa de despertar en ella.

—Dame los objetos —le ordenó ella—. Ahora.

El joven sonrió con una mueca torcida, arrogante.

—¿Estos? —Alzó los objetos y la luz verdosa se intensificó—. Si los quieres, tendrás que quitármelos. O, mejor dicho…, robármelos. Igual que los vuestros nos quitan los recuerdos.

—Nadie os está robando nada —respondió Savannah, y señaló el suelo bajo sus pies—. No son los jinetes, es la tierra. El Olvido no tiene nada que ver con los dragones; ellos no tienen la culpa.

—¡Están saqueando nuestras casas! —gritó una mujer desde la multitud.

—¡Mientes! —se oyó replicar desde el fondo.

—Pequeña inmortal mentirosa… —escupió el joven—. Eres una asesina, una puta saqueadora. Sí…, eso es lo que eres.

«Maldito hijo de puta».

Dalton se coló en la mente del hombre como una hoja afilada. Se deslizó, lento y cruel, rasgando pensamientos, hurgando en la carne invisible de su conciencia. Recorrió cada rincón de su mente, tanteando grietas, sintiendo la fragilidad de aquel cerebro. Lo fácil que sería aplastarlo, arrancarle las ideas una a una y dejarlo hueco, vacío…

Sería una muerte lenta.

Dolorosa.

—Savannah, déjame hacerlo —le rogó Dalton—, acabaré con él antes de que…

Te haré desaparecer. Puedo hacerlo en menos de un pensamiento. No me tientes a que cumpla esa amenaza.

—Dame los objetos —repitió Savannah.

El muchacho rio, eufórico.

—¡Ven a cogerlos, bastarda sin magia!

Las sombras de las esquinas, de los muros, incluso las que se ocultaban bajo los mantos de la multitud, se agitaron al unísono. El aire cambió de rumbo, un giro brusco que no tenía nada que ver con los objetos que el muchacho sostenía.

Era ella.

La mujer a la que Dalton llevaba meses entrenando en el poder de la muerte.

El joven avanzó otro paso.

—Atrás —gruñó Savannah.

Dalton escuchó el «por favor» en sus pensamientos. No era un ruego por su vida, ni temor a lo que el joven pudiera hacerle…, sino terror a lo que ella pudiera causarle a él delante de tantos mortales.

Pero el muchacho no escuchó. Se lanzó hacia Savannah, el brazo en alto, la daga vibrando con un pulso mágico tan violento que por un instante las sombras parecieron contener el aliento.

—¡MUERE, MONSTRUO!

La gente ama a sus salvadores, siempre que no descubran que son diferentes a ellos, proclamó Savannah antes de cerrar los ojos.

Dalton lo vio todo en el compás de un solo latido.

Sabía que ella no quería matar a aquel mortal.

Sabía que no quería herir a ninguno de ellos.

Sabía que…

La explosión nunca llegó.

Marcelin se movió de golpe, como si algo la arrancara a la fuerza del lugar oscuro donde su mente había quedado atrapada. Parpadeó, y su mirada volvió al instante. Entonces alzó la mano… y el joven profeta se detuvo en seco.

—¿Qué…? —fue lo único que alcanzó a decir.

Sus pupilas temblaron. Los dedos se le crisparon alrededor de la empuñadura imbuida en magia, aún apuntando hacia Savannah.

Y, sin vacilar, el muchacho giró la muñeca e hizo que la daga cambiara de rumbo.

—¡NO! —rugió Savannah.

Pero era demasiado tarde.

El joven se llevó la daga al cuello y se abrió la garganta.

La magia —robada, corrupta e imposible— se quebró en un estallido cegador. La explosión lo lanzó hacia atrás como a un muñeco y, cuando su cuerpo golpeó el suelo, las llamas comunes lo devoraron.

El olor a quemado se extendió, espeso y nauseabundo.

Los dos objetos cayeron entre las llamas. El collar, ahora inerte, chocó contra la piedra y se partió en dos, sin rastro del brillo que había devorado el lugar hacía unos instantes. La daga, reducida a hierro retorcido, se apagó entre las cenizas del muchacho sin un solo destello. Y allí donde el joven había estado de pie quedó un cráter, un hueco negro y humeante.

Marcelin bajó el brazo.

Ni un parpadeo.

Ni un temblor.

Dalton reaccionó al instante. Se lanzó hacia Savannah por detrás, la rodeó con los brazos y la obligó a retroceder mientras ella se llevaba las manos a la boca, incapaz de respirar.

—Era él o tú, Savi. —Marcelin la miró por encima del hombro—. Nadie te amenazará, nadie te tocará. No mientras yo respire. —Su mirada era puro acero—. Si alguien vuelve a intentarlo…, será lo último que haga.

La multitud retrocedió y el bullicio se apagó de golpe. Entonces, los mortales empezaron a moverse al unísono: lentos y desorientados, como almas errantes sin verdadera consciencia. Se desplazaron hacia los lados, alejándose de aquello obedeciendo a un impulso extraño.

Marcelin no dejó de mirar a Savannah.

—Vámonos a casa, Savi —le pidió, esa vez con una suavidad que no encajaba con ella—. Esto no ha pasado… Nada de esto ha pasado. Solo… ven conmigo.

El rostro de Savannah, tenso como una cuerda a punto de romperse, se suavizó al oír la voz de su amiga. Su cuerpo, rígido hasta ese instante, cedió y se deshizo en los brazos de Dalton… Él dio un paso hacia atrás para no invadirla. Tuvo la sensación de que Savannah ni siquiera recordaba que él estaba allí.

Al parecer, Marcelin era el único ancla que reconocía.

—Volvamos a casa. —Savannah le tomó la mano y empezó a caminar por el mismo camino por el que habían llegado.

Dalton se quedó paralizado en mitad de la calle vacía. Vio cómo su prometida, la mujer que le había robado el corazón, se alejaba. El mundo a su alrededor se volvió un murmullo distante, apagado, como si alguien hubiera hundido la realidad bajo el agua.

No escuchaba nada más…, salvo una voz conocida.

La de Iron Shadow.

La misma que había resonado en aquella reunión que ahora le parecía de otra vida, cuando aún no entendía del todo qué forma adoptaba el poder de la Dama.

«Su manipulación no te golpea de frente, no te rompe de inmediato. Se desliza dentro de ti como un veneno insípido, como una idea que crees tuya, y cuando al fin te das cuenta ya es demasiado tarde. Tus pensamientos, tus deseos, todo lo que crees que nace de ti, en realidad ya lleva su marca. Porque cuando te percatas, ella ya ha estado ahí. Ya ha entrado, ya ha torcido los hilos antes de que siquiera sospeches que lo está haciendo».

Era ella.

La que había intentado aprovecharse de su debilidad cuando Eda se fue.

La que ambicionaba su imperio.

La que se coló en su mente y en su cama.

La que lo había violado…

Marcelin, que caminaba al lado de Savannah, giró la cabeza por encima del hombro. Durante un segundo, Dalton habría jurado que lo miraba a él, justo antes de que un resplandor verde y enfermizo le cruzara los ojos.



29

El mundo bajo Savannah se sacudió.

—Todos pagaréis por vuestros actos, por vuestra moralidad podrida. —Una voz brotó del caos—. Vosotros mismos cavasteis la tumba en la que voy a enterraros.

El suelo vibró a sus pies y sintió cómo la mejilla se le raspaba contra algo áspero. Tenía los ojos cerrados, aunque todo dentro de ella le gritaba que los abriera, que mirara, que entendiera qué estaba pasando. No pudo. Algo ajeno a su voluntad le mantenía los párpados sellados.

Otra sacudida la alcanzó, y entonces comprendió que no venía del suelo, sino de un rugido que partió el aire, tan profundo que le atravesó el pecho y le hizo vibrar los huesos. Luego otro, más cercano, más furioso.

Dragones…

Savannah intentó moverse, quiso hacerlo con desesperación, pero su cuerpo no respondió. Por más que lo ordenara, no podía. Estaba atrapada dentro de sí misma.

Dalton…, lo llamó en su mente. *Dalton, ¿qué está pasando?*

Buscó el tirón familiar en su conciencia, esa respuesta inmediata con la que él solía acudir incluso antes de que terminara de pronunciar su nombre.

Pero no llegó nada.

Volvió a llamarlo una vez más.

Y otra.

Y otra.

Nada.

No había sentido su ausencia hasta ese instante exacto en que comprendió que Dalton no estaba allí. No como durante todos esos meses en los que siempre había respondido, siempre había vuelto, siempre había acudido a ella, como si su voz fuera un hilo invisible capaz de llamarlo desde el otro lado del mundo.

—¡Somos inocentes! —gritó una mujer muy cerca de Savannah.

—¿Inocentes? —respondió la misma voz femenina que la había despertado—. No hay inocencia en vosotros, no la hay en ningún jinete. La magia os ha ido pudriendo por dentro… y ahora os toca pagar por ello.

—¡Estás loca!

Un hombre intervino:

—Lorelei, por favor…, cállate. Si respondes, solo lo empeorarás.

—¿Peor, Alvi? No puede ser el fin…, no así…

—Te quiero, cariño… —sollozó—. Te quiero.

Savannah reconoció aquellas voces, eran los jinetes que habían perdido a su bebé. Pero… ¿qué hacían allí? ¿Y con quién demonios estaban hablando?

—¡Para esto, por favor! ¡Los dragones no tienen la culpa! —gritó un hombre a quien no pudo reconocer.

Antes de que pudiera procesarlo, otro rugido estalló cerca.

No era un bramido de furia.

Sino de dolor.

—No, pero sí serán las paredes de vuestra prisión. Qué ironía, ¿no? —Un silencio helado cayó antes de que la voz volviera a estallar —: Ahora cerrad la boca y quedaos quietos. No lo compliquéis todo aún más.

Segundos después, Savannah sintió una mano sacudirle el brazo, como si alguien intentara despertarla.

—Alteza…, por favor, abra los ojos. —Era Lorelei—. Usted es la única que puede parar esto…, por favor, despierte… despierte.

Savannah lo había intentado. Dioses, lo había intentado todo. Pero al final se había rendido ante una guerra destinada a devorar cuanto amaba. Había matado a los niños para librarlos del dolor. Había matado a su propia dragona. Moonveil no volvería a alzarla hacia el cielo ni a partir el viento con sus alas; no sentiría de nuevo ese peso familiar que la sostenía entre la vida y el vuelo. Todo había terminado, y con ello, la última promesa de que aquel mundo aún pudiera salvarse.

Savannah nunca más volvería a besar a Dalton.

—Levántese, Alteza…, por favor… —suplicó Lorelei hecha pedazos.

«Levántate».

«Levántate».

«Levántate».

Se obligó a repetirlo aun cuando una parte de ella ya había aceptado la rendición. Sin embargo, había otra que aún creía que

podía dar un poco más, que podía resistir.

Quienquiera que estuviera detrás de aquello iba a pagarlo.

Primero sintió un leve estremecimiento en los dedos de los pies, un murmullo débil que susurraba: «Más…, dame más…». Luego la corriente le subió por los tobillos, por la columna, como si su propio cuerpo despertara de un sueño impuesto. «Más…, más…, más».

La hierba húmeda se pegó a su espalda.

El hedor insoportable de la muerte le mordió la nariz. Sus párpados cedieron al fin… y lo primero que vio fue un vacío imposible.

Un agujero colosal, kilométrico, abierto ante ella.

La tierra, los árboles, la piedra…, todo había sido engullido sin piedad. El abismo se extendía hacia los lados y hacia delante, interminable, devorándolo todo a su paso. Y Savannah estaba peligrosamente cerca del borde, a solo unos metros de caer en aquella herida abierta.

Pero no había dragones.

—¿Dónde están? —susurró.

—Ahí abajo…, Alteza. —Lorelei señaló el abismo—. Todos los dragones están ahí abajo.

Savannah se quedó sin respiración, pero sus sombras acudieron como si siempre hubieran estado esperando su orden. Treparon por sus piernas, envolvieron sus tibias serpenteando hasta sus codos como si la sostuvieran en un abrazo oscuro. Le dieron estructura cuando su cuerpo se rendía, la elevaron cuando sus rodillas cedían y la obligaron a enderezarse.

Sostenida por la muerte misma, Savannah dio un paso.

En busca de los culpables.

Miró a ambos lados. Todos los jinetes del imperio estaban desperdigados por el suelo. Algunos tumbados, otros incorporados a medias, retorciéndose y tratando de escapar, pero sin poder moverse más que unos centímetros. No había cuerdas sujetándolos… y aun así parecían anclados a la tierra, exactamente igual que ella lo había estado segundos antes.

¿Qué tipo de magia podía abrir un agujero en el mundo? ¿Qué clase de poder era capaz de arrastrar a los colosales dragones hacia las entrañas de la tierra?

«La manipulación».

Giró la cabeza hacia el otro lado… solo para encontrarse con su mejor amiga de pie. Marcelin la observaba en silencio, vestida con el uniforme de cuero negro que siempre llevaba durante sus entrenamientos como jinete de pegaso. El viento agitaba la capa verde oscuro que ondulaba a su espalda, la misma que Savannah había cosido con sus manos. Había sido una tela difícil de conseguir, pero aun así lo había logrado. Se la regaló el día que ambas cumplieron cien años.

—¡Marcelin! —Se tambaleo hacia ella—. Marcelin, ayúdalos. Ayúdame a acabar con esto, por favor.

Pero su amiga no se movió. Solo la observó… y, cuando Savannah alzó la mirada y se encontró con ese verde esmeralda enfermizo decorándole el iris, supo que algo iba terriblemente mal. Tenía la misma expresión que había visto en su padre cuando la llama valirio habló a través de él.

Un frío helado le atravesó la columna.

«No. No. No».

—Savi, si eres mi amiga, cierra los ojos. No quiero que veas cómo hago arder este mundo por ti.

—Mar… Escucha, puedo ayudarte —balbuceó, dando otro paso hacia ella—. Puedo mantener firme tu mente, puedo evitar que la corrompa, solo déjame.

El cuerpo de Marcelin se estremeció, como si dos voluntades tiraran de ella en direcciones opuestas.

—Cierra los ojos.

—Déjame ayudarte.

Marcelin no apartaba la vista de sus sombras.

—Sé de lo que eres capaz —dijo, y otro rugido estremeció el imperio, pero las sombras impidieron que se desplomara—. Si me quieres, cierra los ojos.

—No.

—¡Cierra los putos ojos, Savannah! —El grito fue tan desgarrador que Savannah obedeció por puro instinto. Y en cuanto sus párpados se cerraron, sintió el estallido de poder.

Los abrió justo a tiempo de ver un muro de fuego esmeralda detrás de Marcelin alzándose como un tsunami varios metros hacia el cielo… El calor era tan feroz que le quemó la piel a distancia.

Su cuerpo reaccionó. Las sombras estallaron desde sus talones como una ola negra, levantando un muro de oscuridad tras ella que envolvió a todos los jinetes en una barrera impenetrable.

—¿Ahora los defiendes? ¿Después de todo lo que te han hecho? ¿Después de cómo te han tratado durante toda tu maldita vida? Recuerda las décadas mirándote por encima del hombro por no tener magia, reduciéndote a un adorno bonito por ser la hija del emperador. Y los hombres… —Rio sin humor—. No te miraban para

escucharte ni para respetarte. Te miraban para poseerte, para presumir de ti. Nunca para tratarte como a una igual. —Las llamas del color de la esmeralda rugieron detrás de ella, despiertas como un monstruo—. Fuiste tú quien acabó con Kilian. ¿Por qué no ibas a hacerlo también con todos los jinetes que están aquí?

Savannah sintió cómo las rodillas le fallaban. Fue como si la magia de asfixia de su padre regresara para cerrarle la garganta, pero no había ningún poder de vinculación sobre ella.

Era el dolor puro y absoluto de la traición.

—Tú… tú has estado detrás de todo. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. Siempre has sido tú…

Marcelin era la Dama.

Marcelin era la llama valirio.

Su mejor amiga era una de las tres llamas que sostenían el equilibrio del mundo, capaz de arrasar con todo.

—Todo lo he hecho por ti, Savi.

—No te atrevas a llamarme así. —La sangre le resbalaba por los dedos; tenía las uñas clavadas en las palmas—. No vuelvas a decir mi nombre como si todavía fueras mi amiga.

—Tuve el poder que tú no tenías, y lo usé para hacer realidad nuestros sueños —escupió con ese brillo enfermizo en los ojos—. ¿Te acuerdas de cuando queríamos vengarnos de los jinetes? Siempre supimos que eran escoria, lo fueron entonces y lo siguen siendo ahora. Yo no entendía por qué tú eras distinta, por qué no te comportabas como ellos, por qué no se te pudrían las manos con el mismo poder que los consumió a todos. Hasta que lo entendí: no tienes magia. La magia no te corrompió porque nunca te eligió. Y

mientras todo el imperio se hundía en la misma inmundicia, tú seguías intacta.

—Tú has corrompido la magia.

—El fin ya estaba escrito, esto iba a ocurrir tarde o temprano. Con cada generación, la magia en los jinetes se volvía más sucia e inestable. El mundo ya estaba condenado, todo habría acabado igual, conmigo o sin mí. Yo solo hice lo único que podía hacerse: purificarlo.

Hablaba como aquel hombre subido al barril, como si fuera una profeta.

Habían crecido con convicciones duras, forjadas en una rabia fría y contenida: la de ver cómo los privilegiados se tragaban el mundo sin pagar el precio, mientras a los demás no les dejaban ni las migajas.

—¿Y los mortales? —preguntó Savannah—. ¿Por qué se comportan así en las calles? ¿Por qué esos objetos? ¿Qué demonios has hecho?

Marcelin ladeó la cabeza.

—¿De verdad piensas que unos trastos pueden otorgar poder? ¿Que una daga robada o un colgante viejo podrían cambiar el destino de alguien? Savannah…, por favor.

—¿Entonces todo era una farsa?

—Por supuesto que lo era, solo yo tengo el poder de la llama valirio. No la tierra ni los objetos…, yo. Así que les di un propósito. ¿Qué es robar para un mortal? Supervivencia. —Alzó la mano como si eso fuera obvio—. Pero si les haces creer que cada objeto puede despertar un poder dormido, entonces el robo deja de ser un delito. Se convierte en esperanza.

—¿Esperanza? ¿De verdad crees que manipularlos así los salvará?

—En cuanto los mortales empezaron a creer en algo, los jinetes, tal y como predije, los aplastaron. Respondieron con violencia, mostrando por fin lo que son de verdad: corruptos, arrogantes e incapaces de soportar que sus privilegios por fin se tambalearan.

Para ella eso no era esperanza, era una cuenta atrás. Construir algo sobre un engaño no salvaba a nadie, solo decidía quién caería primero.

Intentó ponerse en su piel, entender qué podía estar pasando por su cabeza, qué grieta interna hacía que aquel razonamiento pareciera, aunque fuera por un instante, aceptable. ¿Cansancio? ¿Rabia? ¿La herida de siempre, la de ver cómo el mundo aplastaba una y otra vez a los mismos mientras los privilegiados salían indemnes? Aun así, había algo que no podía ignorar. Convertir a los mortales en peones no los hacía libres. Les ofrecía una ilusión… solo para arrancársela después. Y ninguna revolución nacida del engaño terminaba sin devorar a quienes decía proteger.

—¿Y qué hay del Olvido? —preguntó Savannah casi sin aire.

El silencio que siguió no fue uno cualquiera. Savannah sintió cómo las rodillas se le doblaban y chocaban contra la tierra.

Al levantar la vista hacia quien creía que era su amiga, vio la verdad reflejada en su rostro.

—No… —susurró primero—. No… no me digas esto, Marcelin.

Luego gritó.

—¿Cómo has podido? ¿CÓMO? —Sus manos temblaban mientras se aferraban a la tierra quemada, mezclada con la sangre que le brotaba de las palmas—. El pueblo confiaba en nosotras. ¡Durante cien años han confiado en nosotras! Hemos sido sus salvadoras, sus

protectoras, su maldita esperanza… y tú… —Sollozó—. ¿Por qué? ¡¿POR QUÉ LO HAS HECHO?!

Marcelin negó con la cabeza, de sus mejillas caían lágrimas.

«Mentirosa, mentirosa, mentirosa».

—He intentado no hacerlo, lo juro, pero el mundo necesita volver a ser lo que era.

—¿Volver a ser lo que era? Dioses, has arrasado con todo. ¿De verdad ese era el precio de tu creencia? ¿Eso era «salvar»? ¿Salvar a quién, a este mundo o a ti misma? —Savannah apretó los puños—. Convertiste a los mortales en el sacrificio. Fuiste tú quien los empujó al abismo. Tú has sido quien ha matado a las criaturas de Valdemar.

—Solo quería despertar la vena revolucionaria de los mortales. —Marcelin continuó hablando de su traición—: Para que ellos también vieran la corrupción del imperio, para que se levantaran. Al principio… —trató de tragar aire— solo sacrificaba a unos pocos cada día. Pensé que podría controlarlo, pensé que pararía en cuanto el pueblo reaccionara, en cuanto lo entendieran, pero han pasado diez años y… no… no he podido parar, Savi. Cada olvido me pedía otro, y luego otro, y luego otro. Y cuando quise darme cuenta, ya había cruzado todas las líneas que juré respetar.

No era solo la magnitud de lo que había hecho, era cómo lo decía. Esa mezcla de culpa tardía y justificación cobarde. Marcelin ya no hablaba como alguien que hubiese querido cambiar el mundo, sino como quien había aprendido a convivir con la sangre ajena en sus manos.

«Un monstruo no siempre nace siéndolo —pensó Savannah—. A veces empieza creyéndose justo. Necesario. Convencido de que el

fin excusa cualquier medio. Y cuando por fin se atreve a mirar atrás, ya no reconoce su reflejo…, pero tampoco sabe cómo detenerse».

Eso era lo que tenía delante.

No a su amiga.

No a una salvadora caída.

—Cuando me he levantado esta mañana, sabía que era el final. —La voz de Savannah apenas era audible; sin un oído inmortal, nadie habría podido escucharla—. Llevo meses sabiendo que este día iba a llegar. Y por eso hoy… he matado a todos los niños.

Marcelin negó con violencia y retrocedió un paso.

—¿Que has hecho qué, Savi?

—Los maté… —logró decir, y las lágrimas le nublaron la vista—. Maté a los niños para que no tuvieran que sufrir esta destrucción. También maté a Moonveil, no podía permitir que acabara devorada por este final que tú misma provocaste. Porque tú ya habías intentado hacerle daño, ¿verdad? Le quemaste las alas en Arcadia para que no pudiera volar. Para obligarme a quedarme en Novadia más tiempo del debido. Para mover tus piezas sola, a espaldas de todos. —Se llevó la mano a la boca y ahogó un sollozo—. Maldita sea, Marcelin, los maté a todos porque ya no quedaba nada que salvar.

—¿Qué…? —Marcelin miró las sombras que rodeaban a Savannah —. Él también te ha corrompido. Ese… ese fantasma. Todo ha sido por él, ¿verdad? Te ha incitado a buscar ese poder de muerte que llevas encima, por eso querías llamar la atención en aquella grieta…, ¿a quién querías encontrar?

—¡A nadie! —Se llevaría el nombre de su hermano a la tumba.

—¡No soy idiota! —rugió Marcelin, y el fuego verde se arrastró por la hierba, directo hacia Savannah. Era pura rabia desatada, sin control—. Sé que durante muchos años me has ocultado cosas, pero ahora lo veo.

—¡Tú eres la que me ha ocultado todo esto! ¡Tú eres la verdadera traidora! Has arrastrado al imperio hacia la destrucción. Esos niños a los que maté los llevaré conmigo toda mi muerte, cada uno de ellos pesará en mi conciencia. Pero tú… —se obligó a ponerse en pie, apoyándose en sus sombras, reuniendo fuerzas que ya no sabía de dónde salían— tú cargarás con millones de muertes. Tú, que durante cien años te has dejado la piel por salvar a todos, tú, que siempre parecías tan desesperada por mantener viva a una sola persona…, ahora entiendo por qué.

—No lo entiendes.

—Sabías que, si salvabas a una, podías matar a cien más.

Marcelin dio un paso atrás en cuanto la oscuridad se alzó detrás de Savannah. Y, por primera vez, la máscara de furia en su rostro se resquebrajó. No retrocedió por esas sombras que parecían listas para devorarla…, sino por sus palabras, porque eran las únicas capaces de atravesar su maldita locura, las únicas que aún podían herirla en un lugar al que la magia no llegaba.

Savannah continuó:

—Puede que el mundo esté corrompido, puede que creas que hay que purificarlo, pero había otras formas de cambiarlo sin destruirlo. Y lo estábamos haciendo, pero tuviste que manipular a los mortales para que iniciaran la revolución que nunca tuviste el valor de empezar tú misma. Seguro que ni siquiera los jinetes estaban tan podridos como dices; seguro que has sido tú, durante este último

siglo, la que los ha empujado, la que ha torcido sus decisiones. Como si necesitaras que el mundo se desmoronara solo para darte la razón, como si quisieras que dejara de ser un lugar digno de existir.

El emperador, su padre, podía haber sido odiado y temido, pero jamás había visto en él la crueldad que había mostrado en las últimas décadas. Y ahora lo entendía: detrás de cada orden injusta, de cada desprecio, de cada encierro… siempre estuvo Marcelin.

La persona en quien más había confiado.

No era el imperio quien la había condenado, ni los jinetes, ni siquiera su propio padre. Había sido ella. La única que había estado a su lado toda la vida, la que debía haberla protegido, la única de la que Savannah jamás habría dudado… y, aun así, era la mano que había sostenido el cuchillo desde el principio.

—Todo iba bien hasta que, de repente, tú… —señaló la oscuridad —. Tú no deberías tener magia.

—¿Te sientes amenazada?

—¿Por ti? —se burló Marcelin casi riendo.

—Siempre te has sentido amenazada. —Savannah avanzó un paso —. De no ser así, no habrías hecho nada de esto. Toda tu «purificación» no es más que una puta excusa para esconder tu miedo.

Marcelin la veía como una amenaza.

Dalton se lo había dicho: las llamas temen las sombras, la oscuridad, y Savannah —aunque nunca supo explicar cómo ni por qué— siempre la había llevado agazapada en lo más hondo, paciente, esperando el momento de despertar.

—Yo solo quiero un mundo mejor, Savi…, para ti, para mí. Solo necesito…

—¡Mientes!

La llama valirio pareció retroceder, huyendo de las sombras que crecían y se alzaban detrás de Savannah. Desde allí también podía escuchar a los jinetes arrastrarse lejos, intentando escapar, huir de aquellas dos magias enfrentadas, del choque que estremecía la tierra, del enorme abismo desde el que sus dragones seguían rugiendo.

—¡Sé lo que quieres! Sé que buscas el Ojo de Nyxar.

Marcelin abrió los ojos.

—¿Cómo…?

—Nada de eso importa, morirías antes de conseguir nada. Todo esto… —¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo hacerla entender?—. Sé que has manipulado a la primera llama, que has retorcido sus emociones, su moralidad. Quieres que Kaiserin queme el mundo. Y lo hará, Marcelin. El destino ya está escrito: yo moriré, tú morirás… y jamás tendrás ese maldito monolito.

—Tal vez no lo entiendas, Savi, pero no morirás.

Savannah cerró los ojos y una lágrima descendió por su mejilla. Le dolió escucharla hablar así, con esa fe torcida en que podía salvarla, en que todo lo que había hecho tenía algún propósito. Intentó buscarle sentido, el más mínimo, imaginando que quizá dentro de milenios, cuando volviera a encontrarse con Marcelin en algún rincón del mundo, podría preguntarle por qué. Por qué había purificado ciudades enteras. Por qué había sacrificado niños. Por qué había prendido fuego a un imperio mientras afirmaba que lo hacía por ellas, por un futuro mejor. Pero, por más que lo intentara, Savannah no encontraba ninguna respuesta que no sonara a excusa. La verdad

era demasiado simple y cruel: no había un mundo nuevo esperándolas.

—¿De verdad crees que ese monolito vale tanto como para matarnos a todos? ¿Como para matarme a mí?

—Querías enterrarlos a todos, lo prometiste en aquella grieta, ¿recuerdas? Dijiste que los jinetes pagarían, que este mundo pagaría. Yo… yo solo he cumplido tu deseo porque soy tu amiga. —Se señaló el pecho—. Tú tienes la culpa de todo esto. Ellos… ellos solo están recibiendo el castigo que tú misma pediste.

El poder de Savannah empezó a desvanecerse, como una vela ahogada por el viento. Miró a su alrededor: las piedras que saltaban de la tierra con cada temblor, los árboles desplomándose, el abismo abriéndose más y más…

Había sido su culpa.

Sus promesas de vengarse de aquel mundo injusto habían dado forma al monstruo que ahora tenía delante. Ella había pronunciado esas palabras; Marcelin solo había sido la mano que las tomó al pie de la letra y las convirtió en realidad.

Marcelin había cumplido los deseos de Savannah porque estos siempre encontraban la forma de hacerse realidad.

No dejes que se meta en tu cabeza. Sé fuerte.

Escuchó la voz de su fantasma, pero cuando giró la cabeza hacia los lados, no vio nada. Ni entre sus sombras, ni entre el fuego, ni en ningún rincón de aquel caos. No había rastro de él. Y lo peor fue darse cuenta de que no sentía su presencia como siempre la había sentido.

¿Y si no estaba allí? ¿Y si nunca lo había estado? ¿Y si su compañía no había sido más que un eco de sus propios deseos, una

mentira nacida de su soledad?

Dalton…, ¿dónde estás?

Sé fuerte.

—El Ojo es demasiado poderoso, Savannah. Puede anular la magia, puede hacer muchas más cosas…, cosas que solo yo conozco. El Olvido tiene un propósito, más allá de despertar la revolución. Todo tiene un sentido. Yo misma se lo he dado… Por ti.

Contéstame, ¿estás aquí?, le preguntó a Dalton.

Necesitaba verlo una última vez, decirle con su propia voz todo lo que nunca se había atrevido a confesar.

Marcelin continuó:

—No le temas ahora a la muerte, cuando nunca lo has hecho. Sé que esa nueva magia te está afectando, que te está ensuciando por dentro, pero pronto dejarás de tenerla y volverás a sentirte como siempre. —Su voz vaciló—. He hecho cosas que no están bien, lo admito. He cometido errores, pero tú también deberías admitir los tuyos.

Apretó la mandíbula furiosa, al parecer Marcelin no necesitaba recurrir a la magia para intentar doblegarla; nunca le había hecho falta. Siempre había tenido ese don peligroso para manipular en todos los malditos ámbitos.

Pero Savannah no iba a ceder.

—Mi magia no está corrompida, ninguna lo está. Ella no decide el bien o el mal…, lo hace quien la empuña. Solo alguien con un corazón torcido es capaz de usarla para destruir; en manos justas, la misma fuerza puede salvarlo todo.

—Tienes un buen corazón, pero esa magia tiene que desaparecer de tu organismo. Usaré el Ojo de Nyxar para hacerlo, anularé tu

magia si… —Se pasó las manos por la melena oscura, como si las piezas encajaran por fin—. Tienes que dejarme terminar.

Mientras hablaba, el fuego avanzaba, discreto, reptando hacia ella y hacia los jinetes que se hallaban a su espalda.

—¿Terminar el qué?

—Tengo más propósitos para el Ojo de Nyxar —respondió Marcelin alzando las manos en un gesto apaciguador—. Otros. Es un plan que llevará cientos de años, quizá milenios, para completarse… Pero eso no importa. —Sonrió, convencida—. Lo entenderás, ya lo verás.

Dioses, estaba perdida.

Aquello ya no era convicción, sino obsesión.

Cuando la magia se adueñaba de alguien no solo desgastaba su cuerpo, también erosionaba su conciencia, estrechaba el mundo hasta reducirlo a una única idea, a una sola necesidad que debía cumplirse a cualquier precio. Marcelin ya no veía alternativas ni consecuencias, solo un camino recto y ardiente que estaba dispuesta a recorrer aunque tuviera que quemarlo todo a su paso.

—¿Qué quieres hacer conmigo, Marcelin? —Extendió las manos a los lados—. ¿Qué soy yo en todo esto? ¿Qué pretendes que haga?

Ella ladeó la cabeza, observándola como si la respuesta fuera obvia.

—En realidad, ya lo has hecho todo. Me diste la razón cuando mataste a Kilian. —Esbozó una sonrisa débil—. Seguro que usaste la magia de la muerte. Y también cuando acabaste con tu propio padre; ya no siento su llama… y, aunque lo tuvieras escondido, sabes tan bien como yo que moriría de todas formas —se burló—. Viéndote ahora…, estoy más convencida que nunca de que esto es lo correcto.

La tierra volvió a estremecerse y Savannah sintió un calor abrasador deslizarse sobre su piel, uno que solo podía proceder de una de las tres llamas, pero no era ninguna que hubiera conocido jamás.

Savannah recogió sus sombras y las hizo replegarse contra su cuerpo, obligándose a mantenerse erguida pese a la traición, pese a llevar grabada en la piel la culpa de millones de muertes por haber alimentado, sin quererlo, a un monstruo.

La amistad que las había unido había sido demasiado intensa; una lealtad que rozaba la locura y la protección ciega, capaz de cruzar cualquier línea en nombre de ideales revolucionarios. Porque había una frontera casi invisible —y terriblemente peligrosa— entre querer cambiar el mundo y querer destruirlo por completo, entre luchar por un futuro mejor y justificar el exterminio como si fuera un precio necesario que pagar. Y Savannah entendió, con una lucidez dolorosa, que Marcelin había cruzado esa línea hacía mucho, arrastrándola a ella consigo.

Cerró los ojos unos segundos.

Sabía que tendría tiempo de sobra, incluso en la muerte, para recordar los últimos cien años. Porque, aunque el imperio cayera ese día…, volvería a alzarse, la magia regresaría, las llamas renacerían… y sostendrían de nuevo el equilibrio.

Entendió entonces que, de algún modo, la magia había traído a Dalton hasta ese instante para enseñarle lo que nunca había sabido ver. Ella siempre había luchado hasta el final de forma impulsiva, convencida de que la única respuesta era avanzar sin detenerse. Pero él le había mostrado otra verdad: que esperar también podía

ser una forma de venganza. Que la muerte no era un final, sino una pausa.

Dalton estaba muerto y, aun así, había seguido existiendo, había compartido con ella algo parecido a una vida. Y gracias a eso comprendió que aún podía cumplir aquello que siempre había deseado: que sus enemigos la vieran gobernar no desde el miedo ni la destrucción, sino con un buen corazón incapaz de corromperse.

—El destino ya está escrito, Marcelin. Voy a dejar que hagas esto, pero escúchame bien: el futuro es lo único que no puedes controlar. —Esta vez fue Savannah quien sonrió. El aire ardiente agitó su cabello rubio mientras alzaba el mentón—. Puede que hayas tenido cien años para tramar este plan, pero yo estaré siete milenios cargando con la caída de un imperio. Tengo siete milenios por delante para aprender, para esperar… y para preparar la mayor venganza que este mundo haya conocido.

No dejó de sonreír ni permitió que el miedo la alcanzara. Y entonces, justo al lado de Marcelin, lo vio. Dalton estaba allí, como si hubiera evitado mostrarse antes para no influir en su decisión.

Verlo le dio fuerzas. Porque supo, sin lugar a dudas, que era real.

Siempre lo había sido.

Savannah levantó la mano, allí donde ahora fluía todo su poder: su voluntad, la venganza latiendo bajo la piel y, por encima de todo, una esperanza que se negaba a morir.

—Savi, ¿qué estás haciendo? Aún no hemos terminado.

Savannah no la escuchaba, sus ojos estaban fijos en Dalton, y en ese instante solo podía mirarlo a él. Porque si volvía la vista hacia Marcelin, moriría con la rabia clavada en el corazón… y no quería eso. Quería morir como él lo había hecho: de amor.

Un destello de fuego azul brilló a miles de kilómetros y se alzó como un océano que despertaba y avanzaba hacia ellas.

—Deseo que olvides mi rostro, Marcelin. Que de mí solo te quede el recuerdo de una amistad… y la certeza de que fuiste tú quien la hizo pedazos. —Se llevó la mano al pecho—. Deseo que no me reconozcas cuando vaya a por ti. Y que solo me recuerdes unos segundos antes de morir.

No era una amenaza.

Era una promesa.

Y, como todos sus deseos, se cumpliría.

Savannah sintió cómo su voluntad empezaba a desvanecerse. Marcelin intentaba doblegarla, torcer su decisión antes de que fuera irreversible. Pero ella ya había elegido su final.

Porque ella era la guadaña.

Cuando sus dedos se transformaron en garras, se las hundió en el corazón con un movimiento definitivo. El dolor fue inmediato, pero no gritó. Solo sintió el pulso desbocarse, la sangre brotar entre sus manos y cómo sus rodillas cedían hasta golpear la tierra.

No miró al monstruo en que se había convertido su mejor amiga. No quiso darle ese último gesto.

Solo lo vio a él, corriendo hacia ella, como si aún pudiera evitarlo. Como si el tiempo pudiera obedecerle por una vez.

—¡NO!

Pudo oírlo gritar su nombre, una y otra vez, como si repetirlo pudiera traerla de vuelta. Cuando por fin llegó hasta ella, sintió sus brazos rodeándola, desesperados, intentando sostener un cuerpo que ya empezaba a ceder.

—Cielo…, no me hagas esto —suplicó estrechándola contra su pecho—. Por favor. Por favor…

—Te esperaré los milenios que hagan falta. Contaré las horas, los días, las eras, hasta que volvamos a encontrarnos.

Los ojos de Savannah se cerraron y dejó que las sombras la envolvieran, llevándola al lugar al que siempre había pertenecido.

Vas a ser mi secreto más preciado, Dalton Basilius, susurró por última vez en su consciencia. *Vas a ser mi esperanza.*

TERCERA PARTE

La guadaña



30

Dalton nunca olvidaría cómo la vida se apagó en los ojos de Savannah, cómo su cuerpo, manchado por la sangre que brotaba de su pecho, se fue aflojando poco a poco entre sus brazos hasta quedar inmóvil.

Durante todo aquel último mes había sabido que aquello acabaría así. Lo recordó en cada sonrisa que ella le regalaba; en cada beso prolongado, memorizando su boca como quien teme olvidarla; en cada caricia, cuando recorría su cuerpo, besándola entre las piernas y aferrándose a ella como si así pudiera detener el tiempo. Incluso en esos instantes de intimidad robada, cuando se buscaban con hambre, sabiendo que eran minutos prestados, que en cualquier momento tendrían que separarse y volver a ser fuertes: a vigilar, a proteger a los demás. A los niños, a la granja, ese pequeño refugio que apenas podía albergar a todos los que dependían de ellos.

Había contado cada segundo hasta llegar a ese momento, y aun así nada lo preparó para el golpe. Saber que la mujer a la que le pertenecía su corazón —ese que había creído irrecuperable y que,

sin darse cuenta, había empezado a recomponerse— iba a morir lo destrozó.

Era el mismo final que había presenciado demasiadas veces: el de su esposa, hacía más de trescientos años; el de Eda, al borde de perderse en aquella batalla… El patrón se repetía con una crueldad insoportable, como una condena escrita solo para él.

Tal vez Savannah era la guadaña, pero él siempre había sido el verdugo.

Ella se había hundido las garras en el corazón, igual que él había acabado con su vida en el pasado. Habían muerto del mismo modo.

El círculo se había sellado.

Cerró los ojos mientras las lágrimas le caían sin control y el dolor le arrancaba un grito mudo. Deseó volver atrás, a dibujarla, a trazar sus vestidos rosados, a memorizar la forma en que se movía al caminar. Deseó oírla cantar para darles ánimo, verla bailar con ellos en aquel salón improvisado, arrancándoles sonrisas donde ya no quedaba nada. Deseó escuchar de nuevo su risa, incluso cuando ella ya sabía que aquellos niños a los que había cuidado acabarían muriendo por su propia mano para evitarles una muerte peor.

Y, como si Bankai respondiera a sus deseos, todo a su alrededor se desvaneció. El fuego azul que avanzaba hacia ellos, la traidora que había desatado una guerra destinada a durar milenios, el estruendo, la furia…, todo desapareció de golpe.

Ahora Dalton estaba arrodillado sobre la hierba, con las hojas secas crujiendo bajo sus rodillas. Apoyó una mano al frente para no perder el equilibrio. Al bajar la mirada reconoció la piedra blanca, el mármol gastado por el tiempo y, en sus dedos…, ya no había sangre.

Alzó la vista. Era una fuente en medio de un bosque de árboles retorcidos, envueltos en una niebla que ya había visto antes.

Dalton había vuelto al lugar donde empezó todo… Al presente. Pero las hilanderas ya no estaban allí, ni los hilos que lo habían atrapado antes de aparecer en aquel callejón. Solo quedaban él, el bosque y la certeza de que Bankai lo había escuchado.

—¿Savannah?

Sabía que tenía que encontrarse allí. Lo supo con una certeza que le apretó el pecho. Y rogó, con todo lo que le quedaba, que ella lo recordara. Que hubiera cumplido su promesa.

—¿Dalton…? —Su voz, dulce y temblorosa, le dio fuerzas para incorporarse del todo, para alzar la cabeza y girar sobre sí mismo en su busca.

—Estoy aquí —respondió de inmediato—. Escucha mi voz. Síguela.

—¡Dalton!

El sonido llegó desde el otro lado de la fuente. Avanzó hacia allí, con las manos extendidas, apartando la niebla como si pudiera abrirse paso a fuerza de voluntad.

Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí, le repetía él.

La niebla se hizo más densa. Apenas había luz; solo se distinguían las ramas retorcidas cerrándose a su alrededor. Se había internado en el bosque, con las lágrimas aún calientes en el rostro y ese dolor que, contra todo pronóstico, se había transformado en la esperanza de verla otra vez.

—¡Sigue corriendo, Dalton! —le pidió ella desde algún lugar lejano —. ¡Sigue corriendo!

Miró a ambos lados.

No había camino.

Avanzaba sin rumbo, perdido en un bosque oscuro que parecía retorcerse sobre sí mismo. Las raíces emergían del suelo y las ramas se cerraban a su paso, arañándole la piel al intentar retenerlo. Detrás, se escuchaba el chasquido de unas patas demasiado largas, demasiado rápidas. Pero no era un único cuerpo persiguiéndolo.

Los kholdrath.

El sonido crecía y se multiplicaba, deslizándose entre los troncos, trepando por la maleza, como si el bosque entero hubiera cobrado vida y ahora se cerrara sobre él. Decenas…, quizá cientos, de criaturas avanzaban a la vez, atraídas por su presencia, por su alma.

Arañas humanoides.

Cazadoras de almas.

¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás…?

Entonces lo vio.

Entre los troncos, a lo lejos, algo se movía. Cuerpos enormes avanzaban a cuatro patas, pero no iban tras él, corrían huyendo de los kholdrath, adelantándolo. De su pelaje comenzó a brotar una luz roja, como la del crepúsculo cuando el sol se resiste a morir. Aquella luz se filtraba entre las sombras del bosque, dibujando una senda imposible entre los troncos retorcidos, como si el bosque se abriera ante ellos.

Eran lobos.

La leyenda de la que le habló Savannah lo atravesó como un relámpago.

—Seeone… —susurró sin darse cuenta.

No guiaban a quien no estaba perdido, aparecían cuando el miedo había borrado el camino. No te llevaban a donde querías, sino a donde necesitabas ir.

Las kholdrath detrás de él chillaron impacientes.

Dalton corrió tras los lobos, mientras zigzagueaban por senderos que jamás habría tomado por sí mismo. Se internó en el camino que abrían entre los árboles, confiando en esa luz roja que cortaba la oscuridad.

Lo estaban guiando.

Mientras todo a su alrededor se desdibujaba, un polvo rosado comenzó a aparecer ante él, mezclándose con el resplandor rojizo de los enormes cuerpos de los lobos.

Dalton seguía siendo un alma en aquel limbo, sí…, pero ya no estaba roto. Algo en su interior se había recompuesto. Había sanado.

Ella lo había salvado de todas las formas posibles.

—Vuelve conmigo, Dalton —la oyó suplicar—. Por favor…

Las arañas le pisaban los talones. Sentía sus patas golpear la tierra, el chasquido de sus cuerpos al moverse. Intentó hacer lo que siempre había hecho: girarse, aplastar sus mentes, reducirlas a ceniza con un solo gesto. Pero no ocurrió nada. Chocó contra el mismo muro invisible de antes, una resistencia absoluta, como si aquellas criaturas hubieran sido creadas para soportar incluso la furia de un emperador.

Ya no tenía la llama idealis.

No tenía magia.

No tenía nada que pudiera salvarlo…

Nada, salvo una dirección.

«No te rindas ahora, joder».

Corrió. No huyendo de ellas, sino avanzando hacia la voz que lo llamaba.

«No te rindas».

«No te rindas».

«No te rindas».

Corrió con una velocidad inhumana, propia de un dragón en pleno vuelo.

«Vuelve conmigo», le había gritado ella. Y Dalton siempre lo hacía, porque su alma estaba hecha para seguir la suya.

Así que continuó avanzando, guiado por el polvo rosado y por los seeone, que lo llevaban de regreso a casa. Porque su hogar nunca fue un lugar, ni un imperio, ni un trono.

Su hogar era Savannah.

Un kholdrath se deslizó frente a él, cerrándole el paso.

—Hijo de puta —maldijo Dalton con rabia.

No era estúpido. Aunque aquellas criaturas resistieran su magia, aún podía recurrir a la de Bankai.

—Estáis muertas. —Dos espadas se formaron a su espalda, nacidas del puro deseo de tenerlas allí.

Las desenvainó… y empezó a matar.

Los kholdrath emergían de la niebla como una marea de pesadillas. La primera espada descendió y una pata cayó cercenada y comenzó a retorcerse sobre la tierra negra. Giró sobre sí mismo y la segunda hoja atravesó un torso humano, arrancándole un alarido.

Las arañas se le echaban encima, lo rodeaban y lo empujaban. Una le abrió el costado y el dolor le arrancó un jadeo, pero no paró. Continuó corriendo como pudo, obligándose a no mirar atrás.

Tenía que llegar hasta ella.

Un kholdrath le atrapó el brazo. Dalton giró sobre sí mismo y clavó la espada a ciegas, sintiendo el impacto seco y el retroceso subirle

por el hombro. Otra criatura se le lanzó desde un lateral y lo derribó contra el suelo.

Mierda.

Cada herida lo volvía más lento, más torpe; lo que antes era instinto letal ahora exigía esfuerzo. La sangre negra le empapaba la ropa, se le enredaba en el pelo y le ardía en los ojos hasta nublarle la vista.

Aun así, no se detuvo.

No retrocedió.

Siguió matando.

Las espadas cortaban y atravesaban, pero también se atascaban en cuerpos que no dejaban de lanzarse sobre él. Cada vez que intentaba avanzar, las criaturas lo empujaban hacia atrás, devolviéndolo al centro de aquel infierno.

Eran demasiadas.

«No te rindas —se repitió como un mantra—. No te rindas».

El mundo empezó a deshacerse a su alrededor, como una pintura arrastrada por la lluvia. Le costaba mantener los ojos abiertos; cada parpadeo era más largo que el anterior.

«Ya está —pensó—. Ahora sí».

Creyó que el dolor se estaba apagando con él, que la muerte venía a engañarlo una última vez con esa falsa calma que precede al final, que el peso que lo aplastaba era solo su cuerpo rindiéndose.

Pero no. De pronto, el peso desapareció. La presión que lo inmovilizaba cedió de golpe, y las púas que se le clavaban en la carne se retiraron una a una.

Las criaturas estaban retrocediendo.

Dalton se apartó jadeando y se limpió la sangre de los ojos, solo para ver cómo las cabezas humanas de los kholdrath mantenían la vista fija detrás de él.

—No podéis huir de mí —escuchó aquella voz demasiado hermosa para existir en medio de tanta muerte.

Un humo rosado irrumpió hacia las arañas y las envolvió sin darles tiempo a reaccionar. Las ancló al suelo, aplastándolas contra la tierra negra y contra las cortezas resecas de los árboles, quebrando cuerpos y retorciendo miembros hasta dejarlos inmóviles.

Decenas de criaturas quedaron atrapadas, incapaces de escapar.

«Savannah está aquí».

—Moriréis de la forma más violenta que hayáis imaginado —dijo fría—. Porque no se toca lo que me pertenece.

Ante él, los kholdrath comenzaron a caer uno tras otro.

Como pudo, Dalton clavó los dedos en la tierra y se forzó a girar el cuerpo. La piel se le desgarró al arrastrarse; tierra, piedra y hojas se le metieron en las heridas abiertas y le arrancaron un grito ronco de dolor.

Cuando por fin quedó bocabajo contra el suelo y alzó la vista para mirarla, todo lo demás dejó de importar.

Savannah ya no tenía piel humana.

Su cuerpo brillaba con una luz fantasmal, la misma con la que él la había visto por primera vez en la sala de reuniones de Iron Shadow, la misma con la que se lo había llevado de aquella batalla. Su vestido largo de tonos rosados, esa vez de volantes, ondeaba como una bandera viva al viento, y de sus manos abiertas se deslizaba un humo del mismo color. Su cabello dorado enmarcaba aquel

resplandor sobrenatural, que parecía no del todo de ese mundo… y, aun así, real.

Frente a él estaba la mujer a la que amaba, aquella a la que se había prometido.

Frente a él estaba la guadaña. Aquella a quien había elegido y la que lo había elegido a él. La muerte hecha forma y, aun así, su hogar.

La guadaña era suya… y él, irrevocablemente, de ella.

«Vuelve conmigo». Eso era lo que su voz le había dicho mientras corría. Y por eso, aunque ya no podía caminar, aunque el cuerpo le temblara al borde del colapso y la vista se le nublara, se arrastró hacia ella apoyándose en los antebrazos.

Savannah caminó hacia él. Los tacones rompían las hojas secas bajo sus pies mientras sostenía el porte inquebrantable de una verdadera emperatriz. Con cada paso, el poder que emanaba de ella se expandía en oleadas.

Los alaridos de los kholdrath se apagaron uno a uno, como si la propia noche estuviera cerrándoles la garganta. Dalton no necesitó girarse para saber que, a su espalda, se estaba ejecutando una matanza tan violenta que ni siquiera quiso darle forma en su mente.

Su poder se retiró poco a poco, como una marea que vuelve a su origen.

Él dejó de arrastrarse cuando la tuvo frente a él. La miró desde abajo, sin fuerzas ya para ocultarlo, y supo que ella vería la súplica en sus ojos.

—Nadie toca a mi… —Dalton perdió el conocimiento antes de llegar a saber cómo terminaba la frase que Savannah había empezado a decir.



31

Dalton escuchaba la tormenta azotar en el exterior.

El viento aullaba y la lluvia golpeaba con violencia, pero no lo alcanzaban; estaba a cubierto, a salvo, y aun así el estruendo se filtraba por cada rendija. Voces, pasos, cuerpos en movimiento…, todo le llegaba distorsionado, como si el mundo se encontrara demasiado cerca y, al mismo tiempo, irremediablemente lejos.

Trató de recordar cómo había llegado hasta allí, pero cada intento chocaba contra un muro invisible y lo hacía retroceder. Al final dejó de resistirse. Su mente se rindió, y sus oídos se aferraron a lo único que todavía lograba distinguir: tres voces.

—Solo sigo teniendo el maldito susto en el cuerpo, solo eso. Estoy bien —dijo la primera voz, demasiado cerca de él—, no creo que vaya a más, han sido unos meses muy difíciles. Esta mañana se ha abierto otra grieta mágica, cerca de la costa sur. Rai Raider y yo la hemos contenido antes de que se expandiera, siguiendo el protocolo habitual.

Rai Raider. Ese nombre…, el cuervo, una de las manos derechas de Iron Shadow.

La segunda voz, más dulce y lejana, respondió con cautela:

—En tu estado no deberías encargarte tú sola de Bankai.

—Sabes que es mi deber —replicó la primera, con la frustración filtrándose en cada palabra—. No puedo hacer otra cosa.

—Sé muy bien cuál es tu deber, pero deja de serlo en el momento en que pones en peligro no solo tu vida. ¿Me entiendes?

Se escuchó el roce de la cama al moverse y unos pasos apresurados.

—Niña insensata —intervino entonces la tercera voz, más vieja—. Él no querría esto. No querría que te dejaras cegar por el ansia de seguir adelante en tus condiciones.

—¡Él no está aquí! —estalló la primera voz ahora jadeante—. ¡Por la muerte…, no está aquí!

El cuerpo de Dalton se movió al escuchar los sollozos que rompieron el silencio en el que se había sumido la estancia. Reconocía aquella voz. Solo tenía que abrir los ojos para saber si estaba allí… o si todo era un sueño.

—¿Dalton? —lo llamó por su nombre aquella mujer mientras le tomaba la mano y su pulgar rozaba con cuidado sus nudillos—. He visto que tus ojos se mueven bajo los párpados, así que debes de estar despierto. —Sintió cómo se acercaba, como si se inclinara sobre él—. ¿Estás despierto? Por favor, dime que sí.

Sus párpados respondieron a su súplica, y su cuerpo se movió un poco.

—Sí…, eso es. —Ella le apretó la mano—. Eso es.

Cuando Dalton abrió los ojos se encontró con una mujer. Su cabello blanco caía a ambos lados del rostro, la piel estaba pálida y sus ojos color zafiro permanecían fijos en él.

—Eda —balbuceó su nombre.

El cuerpo no le dolía y no sabía por qué había tardado tanto en despertar, pero aun así movió la mano para corresponder a su gesto, aferrándose a ella como si fuera lo único real en ese momento.

Allí estaba la mujer que había habitado sus sueños durante siglos. El mismo rostro de Kaiserin, devuelto a la vida en Eda con el paso del tiempo. A ella le había enseñado la magia, la había entrenado hasta convertirla en una guerrera. Fue la mujer que lo llevó a arrodillarse y pedirle matrimonio y que lo rechazó porque amaba a otro. Y, aun así, había sido a ella a quien entregó todo su imperio, cumpliendo el pacto sellado con su esposo: si él moría, el mundo sería suyo.

—¿Por qué estás llorando? —fue lo único que Dalton quiso saber.

Eda se secó las lágrimas sin borrar la sonrisa. La conocía demasiado bien para no notar que algo había ocurrido. Y, aunque frente a él hubiera una mujer inmortal, reconoció en sus ojeras el mismo cansancio y la misma tristeza que había cargado durante siglos.

—Hay muchas cosas que tengo que contarte —respondió con suavidad—. Hemos de ponernos al día…, llevamos meses sin saber nada de ti.

—¿Meses?

—Es normal que ahora te sientas desorientado. Al llegar a Bankai, las almas son privadas de los recuerdos vinculados a su muerte para preservar su tránsito. Por eso la memoria puede resultar incompleta

o desaparecer del todo. —Se sentó en el borde de la cama—. Has pasado mucho tiempo en el limbo, pero ya estás aquí.

Dalton se humedeció los labios, intentando ordenar sus pensamientos.

—Los muertos no dormimos…, entonces ¿por qué estoy en una cama? —Se palpó el cuerpo sin mirarse—. Ya estaba muerto cuando esas malditas arañas me clavaron sus púas en la carne, cuando me atravesaron mientras yo… —buscó las palabras— estaba allí. Y aun así sentí que volvía a morir, joder… —Se pasó una mano por el cabello, frustrado—. Nada de esto encaja.

Eda asintió despacio.

—Salir del limbo tiene consecuencias, y más aún cuando vienes del Tártaro —dijo tras inspirar hondo—. Los kholdrath intentaron llevarse tu alma. En Bankai, tú y yo somos una luz, las llamas que mantienen el equilibrio, y eso es precisamente lo que buscan. Nuestra presencia atrae a muchas más criaturas de las que solía haber en estas tierras. Pero ahora estás a salvo, los kholdrath que te atacaron están muertos. Estamos intentando darles caza a todos, aunque cada vez resulta más difícil. —Frunció el ceño—. Siguen abriéndose grietas mágicas por las que se cuelan, y el limbo es el peor de todos los frentes. Allí no puedo entrar.

Él parpadeó lentamente.

—El limbo…

—¿No lo recuerdas?

Vio cómo Eda se ajustaba la enorme capa azul oscuro que le caía sobre los hombros y se la cerraba alrededor del cuerpo.

—¿Por qué llorabas? —repitió Dalton, como si no supiera qué otra cosa preguntar. Algo dentro de él le decía que necesitaba una

respuesta, que ocurría algo que no estaba viendo.

La mujer mayor que había hablado antes apareció detrás de ella. Era un espectro azulado, con el cabello blanco recogido en un moño tirante y un vestido negro que cubría por completo su piel.

—Deberías dejarlo descansar, ya hablaréis después. Aunque haya muerto hace meses, acaba de salir del limbo y su alma sigue desorientada. —Sus ojos vacíos recorrieron a Dalton de arriba abajo.

—Sí, será lo mejor —dijo Eda asintiendo despacio—. Os dejaremos solos. Tomaos el tiempo que necesitéis; la casa es vuestra todo el tiempo que queráis. No penséis en nada más…, ya habéis hecho suficiente. —Miró hacia atrás un instante—. Estaré fuera unos días.

Entonces Eda y la anciana se desvanecieron en un remolino de oscuridad y desaparecieron de la habitación.

Por fin, Dalton logró incorporarse y se dio cuenta de que estaba en una habitación que no había visto nunca. Yacía sobre una cama amplia y elegante, cubierta por sábanas claras con delicados bordados blancos. A su alrededor se alzaban armarios altos de madera oscura, adornados con herrajes de tonos plateados. La estancia era demasiado grande para resultar acogedora. Recorrió el lugar con la mirada, intentando situarse, hasta que algo en una esquina llamó su atención.

Allí, abrazándose a sí misma, había un fantasma. Vestía un sencillo vestido rosa y lo observaba con unos ojos grandes y atentos que no parpadeaban.

—¿Te conozco? —preguntó Dalton.

La mujer de la esquina cambió el peso de un pie al otro; el tacón crujió suavemente contra la madera.

—¿Sueles ver muchos fantasmas?

Dalton negó con la cabeza.

—No creo en los fantasmas.

La figura del vestido rosa esbozó una sonrisa leve, sin dejar de abrazarse a sí misma.

—Pues me temo que Bankai está lleno de ellos. —Lo señaló con la barbilla—. Y tú… ahora eres uno más.

Dalton miró hacia abajo y apartó un poco las sábanas. Vio que sus manos estaban bañadas por un brillo pálido. Aun así distinguía la carne bajo aquella luz y, cuando movió los dedos, comprobó que seguía sintiéndolos con firmeza. Parecía solo cubierto por aquella claridad espectral, nada más.

—¿Te disgusta lo que ves? —le preguntó ella; al parecer se había acercado.

Dalton se quedó en silencio, observándola con atención, siguiendo cada uno de sus movimientos como si necesitara asegurarse de que era real.

—No, no me disgusta.

Miró hacia su derecha. Una luz enorme bañaba los pies de la cama, mezclándose con el parpadeo cálido de las velas. Aquel no podía ser otro lugar más que Bankai. La ventana abierta daba a un balcón de piedra, y desde allí se veía volar a varias criaturas aladas, de tonos espectrales, atravesando la lluvia. A lo lejos, un bosque se extendía bajo el cielo, lleno de árboles de colores imposibles. Y, sobre todo ello, auroras boreales recorrían la oscuridad con hilos de luz, tiñendo el mundo de reflejos verdes y azulados.

—Siento algo extraño en el pecho —Dalton habló al fin—, como si la paz me hubiera atravesado de golpe. —Se llevó la mano al corazón que ya no latía, rozando su cicatriz, sin apartar la mirada de

la ventana—. No recuerdo haber sentido esto antes de morir. Ya no hay ansiedad, ya no está ese ruido constante en mi puta cabeza que nunca me dejaba en paz.

—Cuando las almas mueren, se les concede el regalo de olvidar aquello que las empujó hasta el final. No la vida entera, solo el peso que las rompió. Si fue el dolor lo que te llevó a morir, este deja de perseguirte. Si fue la soledad, el vacío se apaga. Y si fue la pérdida… —hizo una breve pausa—, el alma aprende a buscar esperanza en lugar de aferrarse a lo que ya no está. Bankai no permite que sigas sangrando por la misma herida eternamente.

Dalton volvió la vista hacia ella. Los dedos de las manos le picaban de forma desesperante, así que se aferró a las sábanas, intentando deshacerse de aquella sensación que no terminaba de irse.

La mujer permanecía a los pies de la cama con la espalda recta. No había sonrisa en su rostro; solo una expresión contenida, algo que Dalton no lograba descifrar y que, aun así, le despertaba una extraña inquietud.

—¿Quieres que vuelva a llamar a Eda? —carraspeó nerviosa, alisándose el vestido con la mano, aunque no lo necesitaba—. Si prefieres…

—¿Por qué la llamarías? ¿No nos ha dejado a solas precisamente para hablar? Me pregunto por qué alguien que no me conoce querría quedarse aquí conmigo.

Entonces ella, como si el cuerpo hubiera reaccionado antes que la mente, se llevó la mano al pecho y tomó el anillo que colgaba de su colgante. Los diamantes rosados brillaron entre sus dedos. Lo acariciaba despacio, recorriendo el contorno de la gema una y otra vez, ajena a que estaba delatándose sin decir una sola palabra.

—Solo tenía la esperanza de hablar contigo…, de saber si recordabas algo de lo que ha ocurrido en estos meses en los que has estado desaparecido —dijo sin que un solo músculo de su rostro se moviera.

Dalton se incorporó con lentitud sobre la cama y se sentó en el borde, cerca de la ventana donde ella permanecía inmóvil. Se puso en pie con cuidado, sintiendo el suelo bajo los pies. Ella seguía aferrando el anillo contra el pecho, como si soltarlo fuera impensable.

Avanzó despacio, sin apartar la mirada de la joya. El simple gesto la hizo encogerse antes de obligarse a enderezar la espalda. Ahora lo miraba desde abajo, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué… qué estás haciendo? —tartamudeó ella, aunque no se apartó.

Dalton alzó la mano, dándole tiempo de apartarse si quería, y rozó con el dedo índice la cadena, empujando el collar hacia un lado para ver mejor el anillo. El contacto fue tan leve que apenas lo sintió, pero bastó para erizarle la piel.

—Creo que ya he visto esto antes —lo examinó—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo regaló alguien hace muchos años.

—¿Alguien importante? —No apartó la mano; siguió sujetando la joya con la yema del dedo.

—Mucho.

—¿Alguien de quien estabas enamorada?

Ella se mordió el labio y sus mejillas espectrales se tiñeron de un leve tono rosado. Su mano se movió hacia el colgante, pero Dalton

no la soltó. Sus dedos rozaron los suyos y sintió un chispazo recorrerle el cuerpo.

—Nunca he dejado de estarlo —confesó al fin.

Dalton asintió, absorbiendo cada reacción de aquella mujer, cada mínimo temblor que la delataba. Entonces ella dio un paso atrás. Las lágrimas se le acumularon en los ojos y, de pronto, tiró del colgante para tomar el anillo con fuerza. Sus tacones retrocedieron con torpeza, casi huyendo, y se movió hacia el balcón, como si su único pensamiento fuera escapar, incluso si eso significaba lanzarse al vacío.

«Lo recordaba. Después de todo, ella lo recordaba».

—Ni se te ocurra salir de esta habitación, cielo —le advirtió—. Así que dile a tus tacones que se den la vuelta y te traigan de regreso aquí, conmigo.



32

Savannah se quedó paralizada, sin despegar la vista del balcón al escuchar aquel apodo que no oía desde hacía milenios.

«Cielo».

Había estado a punto de caer al suelo, de vomitar, de llorar siglos enteros al no encontrar rastro alguno del amor que recordaba en aquellos ojos verdes, los mismos de los que se había enamorado cuando aún era joven, cuando todavía era humana.

Aquel fantasma había llegado a su vida para cambiarla por completo. En apenas unos meses le enseñó qué era amar, qué significaba elegir y, por primera vez, lo que era ser libre. Fue él quien le pidió matrimonio en un bosque nevado, apenas unos días antes de que el imperio quedara reducido a cenizas. El mismo que sanó a su lado, que patinó con ella sobre un lago helado, que la besó como nadie lo había hecho jamás. El hombre que le regaló el anillo que ahora llevaba oculto sobre el pecho, al que acudía instintivamente cada vez que todo se derrumbaba, recordándose que aquellos días felices habían sido reales… y que, de algún modo, volverían.

Savannah había abandonado su condición de humana hacía mucho, muchísimo tiempo… La sangre no le corría por las venas, ya no respiraba, su corazón había dejado de latir. Pero al morir, la magia que había permanecido latente durante más de cien años por fin se liberó. Y, aun así, su destino no cambió tanto como había imaginado. Durante años había creído que ser la guadaña significaba convertirse en algo espeluznante, perder lo poco humano que le quedaba. Sin embargo, ejercer aquel poder no transformó su vida como temía. En el fondo, seguía haciendo lo mismo que cuando estaba viva: acompañar, sostener, permanecer al lado de quienes cruzaban el umbral, asegurándose de que no lo hicieran solos.

Savannah siempre había sabido que, cuando un alma estaba a punto de cruzar hacia una vida mejor, se formaba un vínculo. Lo había sentido miles de veces durante sus años como sanadora. Era como rozar un hilo fino e invisible que los unía; bastaba acariciarlo para aliviar el dolor, para ofrecer paz en el instante exacto en que el mortal cerraba los ojos y se dejaba ir. Aun así, siendo la guadaña, hubo algo que nunca dejó de dolerle. Llevarse las almas de los niños a Bankai nunca era fácil, ni siquiera para alguien que entendía la muerte como un tránsito.

Muchos de esos pequeños no tenían familia esperándolos al otro lado, así que Savannah se quedaba con ellos. Con su magia, nacida del deseo de protegerlos, había creado un lugar único en Bankai: un refugio donde las almas jóvenes podían seguir creciendo. También, se aseguraba de buscarles un hogar y nuevas familias dispuestas a acogerlos incluso en el más allá.

Nunca imaginó que su destino estuviera al otro lado de la muerte; pero morir había sido el principio, no el final. Y allí, con ese nuevo

poder latiendo donde antes lo hacía un corazón, supo que había llegado al lugar que le correspondía.

Había encontrado su propósito en el mundo.

—¿Sabes quién soy? —La voz de Dalton la hizo volver al presente.

Savannah se giró despacio, descompuesta y aturdida, pero no pudo evitar comérselo con la mirada. Vestía una camisa negra medio abierta impecable y pantalones a juego; el cabello negro, algo revuelto, le caía sobre la frente. Y su piel… tenía ahora el mismo tono espectral que la de ella.

—Sé quién eres.

Él negó con la cabeza, sus ojos se habían suavizado, pero los puños seguían apretados.

—Dioses, Savannah.

Oír su nombre en sus labios le revolvió las entrañas. No supo cómo interpretar aquello ni sus gestos, solo sintió el miedo aferrársele al pecho. Había soñado con aquel momento durante miles de años, lo había imaginado de mil formas distintas…, pero nunca así.

—Puede… puede que te cueste recordar —empezó ella—. Que al principio sean cosas sueltas, sensaciones…, pero no todo.

¿Qué más podía hacer? Tenía que mantener la calma, aparentar que estaba bien.

Entonces Dalton hizo algo que la desarmó más que cualquier palabra: sonrió.

—Si crees que podría olvidar a la mujer a la que amo, estás muy equivocada. Si piensas que podría borrar los mejores días de mi vida, los únicos en los que me sentí completo…, no sabes nada de mí. —Su sonrisa se ensanchó—. ¿Cómo iba a olvidar a quien me

sostuvo cuando ya no quedaba nada, a quien me ayudó a sanar cuando estaba hecho pedazos? ¿A la mujer a la que pertenezco incluso más que a mí mismo? —Dio un paso hacia ella—. Solo necesitaba saber una cosa —añadió—: que tú también me recordabas.

—Me recuerdas… —dijo entre sollozos.

—¿Cómo podría olvidarme de ti? —respondió él, a apenas unos centímetros. Por primera vez, su rostro dejó al descubierto todas aquellas emociones, las mismas con las que había soñado una y otra vez.

Ella también se acercó con el pulso acelerado, nerviosa por volver a escuchar su voz, por reconocer su olor, por tenerlo tan cerca…

«Está aquí conmigo… Se acuerda de mí… Y me ama…, me ama».

Las manos de Dalton fueron a su cintura, y Savannah tuvo que acostumbrarse otra vez a aquel tacto: a su altura, a la amplitud de su cuerpo, a esos hombros donde tantas veces había apoyado la mejilla. A los labios que habían besado su cuerpo… Todo en él le resultaba familiar y, al mismo tiempo, peligrosamente nuevo, como volver a casa después de una eternidad y descubrir que el lugar seguía siendo el mismo.

—Te dije que te esperaría los milenios que hicieran falta. Que contaría las horas, los días y las eras, solo para volver a encontrarnos.

—Siempre me has recordado… Cuando te vi por primera vez, tú ya sabías quién era yo y todo lo que habíamos vivido, incluso aquella vez en la que me viste arrodillado delante de Eda. Dioses…, no puedo imaginar el dolor que debiste de sentir. —Las lágrimas

descendieron por sus mejillas, brillando como luz líquida—. Lo siento… Lo siento tanto.

Ella habló deprisa forzando una sonrisa.

—Te dije que no importaba. Tú mismo me recordaste que aquello sería solo tu pasado… —añadió intentando calmarlo—. Fue doloroso, sí, pero fui fuerte. Pensé que necesitabas recorrer ese camino, equivocarte y sanar para llegar a ser quien eres ahora. Por eso no te busqué durante todos estos siglos, porque tenías que vivir, cometer esos errores que te llevaron hasta mí. No podía cambiar tu vida por egoísmo, por mucho que me doliera verte sufrir, lo único que intenté… —le costó decirlo— fue encontrar a la persona que te hizo daño, a la culpable del abuso que sufriste. Pero nunca me diste detalles de aquello. —Bajó la mirada—. Fue lo único que quise cambiar.

Dalton la estrechó contra él y ella se dejó ir en el abrazo. Su rostro quedó oculto en su pecho, y aquel contacto le recordó a dónde pertenecía.

—Toda mi vida he creído que no era lo bastante importante para nadie. Que nadie me querría con la profundidad con la que yo amo ni me esperaría con la paciencia con la que yo espero —confesó él—. Pero estaba tan equivocado… Tú me has esperado incluso antes de que yo supiera quién era.

Savannah alzó la cabeza con una sonrisa serena. No se avergonzaba de haber esperado al hombre que le pidió matrimonio.

—Siete mil años, Dalton. Te he esperado siete mil años y no me ha pesado ni un solo momento, porque siempre tuve la certeza de que este día llegaría. Ha valido la pena cada era, solo para poder decirte que te amo. Aunque para ti haya sido un parpadeo… y para

mí, toda una eternidad. —Se puso de puntillas—. Te amo como el último día en que mis ojos se cruzaron con los tuyos, porque mi amor por ti no ha cambiado; solo ha permanecido latente, esperando a ser correspondido de nuevo.

—Hay tantas cosas de las que tenemos que hablar —dijo Dalton al fin—, pero ahora no importa. Ya nos han robado demasiado tiempo. —Sus manos comenzaron a recorrerla sin miedo, con una familiaridad que para él era reciente, pero que para ella aún requería volver a acostumbrarse—. Mi memoria está borrosa, pero no puedo olvidar cómo perdías la vida en mis brazos. Cómo no pude hacer nada para detenerlo. Ese dolor no desaparecerá nunca, ni siquiera aunque te tenga delante.

Ambos eran fantasmas en un mundo que, para los vivos, parecía estar rodeado de muerte… Pero la verdad era otra.

Ellos constituían la prueba de que la muerte nunca era el final. De que el dolor, incluso cuando parecía eterno, terminaba por agotarse. De que mil años de soledad podían valer la pena si, al final de ese túnel oscuro, existía una mano esperando. No eran restos de lo que habían sido ni sombras condenadas a vagar sin sentido… Eran la confirmación de que el amor sobrevive al tiempo y al miedo. De que incluso en un mundo que se desmorona, hay finales que no hablan de pérdida, sino de regreso.

Savannah ya no veía aquella espiral oscura en el pecho de Dalton; el dolor había dejado de devorarlo desde dentro, y eso solo podía significar una cosa: el limbo había cumplido su propósito. Ella era la prueba…, la demostración de que se podía escapar del trauma, de la depresión que lo mantenía anclado y de la soledad que lo había condenado durante siglos. No lo había salvado borrando el pasado ni

negando lo ocurrido, sino quedándose, sosteniéndolo cuando no había nada más a lo que aferrarse. Y en ese sencillo gesto de no marcharse él había encontrado algo más fuerte que el sufrimiento: la posibilidad de seguir adelante.

—Eres la mujer más increíble que he conocido nunca.

—Alguien me dijo que debía ser fuerte.

—Tienes demasiados milenios que contarme… —Los labios de Dalton rozaron la curva de su cuello—. Y yo demasiadas cosas que devolverte. —La besó en la piel, justo debajo de la oreja—. Solo espero que los asuntos que deben resolverse puedan esperar unas horas…, una noche… —Parecía desesperado—. Por favor, déjame tocarte, déjame pertenecerte otra vez… Te lo ruego, Savannah.

Ella soltó un gemido en cuanto él pasó la lengua por su cuello y dejó que sus manos descendieran por sus caderas. Sintió cómo los dedos de Dalton se hundían en la tela mientras el vestido se alzaba poco a poco.

—Yo…, desde la última vez no… —confesó entre jadeos, mientras la boca de Dalton descendía por su clavícula—. No he estado con ningún hombre más.

—¿Nadie te ha tocado? —Subió la mano por su muslo desnudo.

—No —dijo casi sin voz.

—¿Nadie te ha besado esa boca? —Ella negó—. ¿Nadie más te ha tocado entre las piernas, Savannah? —Volvió a negar.

Dalton tragó saliva, la mirada fija en sus labios. Sus dedos rozaron la tela de su ropa interior y sintió que las piernas casi le fallaban. Ese roce peligroso, tan cerca de su centro… Iba a perder la maldita cabeza.

—Solo quería que fueras tú. —Lo acercó a sus labios—. Nadie más me servía, nadie más me importaba. No podía pensar en nada más…, solo en aquel fantasma que me visitó.

Él cerró los ojos, como si aquello fuera demasiado.

—Pero tienes necesidades…, no deberías haber…

Lo calló con un beso.

—Eres mi prometido, nunca iba a romper esa promesa. Soy tuya. Mi cuerpo es tuyo, mi mente es tuya. Todo lo que soy, todo lo que fui y todo lo que seré… te pertenece.

Él mordió sus labios en respuesta, atrapando el inferior con los dientes antes de soltarlo y hacerlo rebotar. Savannah notó cómo intentaba contenerse, cómo cada músculo parecía luchar por no perder el control. Pero ese control se quebró al fin cuando rasgó la ligera tela de su ropa interior y ella dejó escapar su nombre una y otra vez mientras se besaban.

—Cielo…

—¿Mmm?

—¿Puedes hacerme un favor? —susurró él contra su oído, rozando con la lengua el lóbulo.

El pecho de Savannah se encogió ante el tono, ante la cercanía.

—Lo que me pidas.

—Termina lo que empezó aquella noche en la cabaña de Novadia. Arráncame la puta ropa.

Sus dedos recorrieron el interior de sus muslos y ella se arqueó contra su tacto, moviéndose contra su mano. Sus bocas no dejaron de encontrarse, de rozarse, de morderse. Agradeció, por primera vez, estar muerta; agradeció no tener que apartarse para respirar,

no tener que romper el beso ni un segundo. Sabía que, si se alejaba un milímetro de Dalton, perdería la cordura.

Savannah ya no era solo inmortal, y estaba a punto de demostrárselo.

¿Estás seguro?

Nunca he estado más seguro…, por favor.

Repitió aquel «por favor» varias veces, como si esas dos palabras fueran la llave que ella necesitaba. Al escuchar su seguridad, sintió el alivio expandirse en el pecho, cálido. Por la muerte, confiaba en ella. Confiaba en sus manos, en su amor, en su cuerpo.

Sus dedos recorrieron su pecho. Y sin dejar de besarlo, empezó a empujarlo hacia atrás hasta que la espalda de Dalton chocó contra la cristalera de la ventana abierta. El golpe le arrancó un jadeo que atrapó, devorándolo con la boca.

Ahora era ella quien mandaba.

Ahora era ella quien lo acorralaba, quien marcaba el ritmo, quien lo reclamaba.

Savannah le arrancó la camisa de un tirón; los botones salieron disparados y la tela se rasgó, dejando su piel translúcida expuesta… y con ella, la cicatriz que le cruzaba el pecho, la marca de la espada que él mismo se había clavado.

—Llevo mucho tiempo soñando con este momento. —Besó primero un hombro y luego fue dejando un rastro lento por su clavícula—. No conseguía sacarme de la cabeza el tacto de tu piel. —Alzó la mirada para encontrarse con la suya y dejó otro beso en la cicatriz mientras sus dedos le desabrochaban el pantalón y lo empujaban hacia abajo hasta que cayó al suelo junto con la ropa interior—. Ni la forma de tu cuerpo bajo mis manos.

Dalton la giró sobre sí misma y fue a por el vestido, liberando los botones con manos rápidas.

—¿Por qué no me has arrancado el vestido?

—Porque sé lo mucho que te cuesta coserlos.

Su erección se acomodó contra ella mientras sus manos la recorrían y permitía que el vestido resbalara por su cuerpo hasta caer al suelo, dejándola completamente desnuda.

Pero Savannah no iba a ceder y que él tomara el control.

Volvió a girarse y lo empujó contra el muro, lo que lo obligó a retroceder hasta el balcón, haciendo que ambos quedaran empapados bajo la tormenta. Savannah quería que su primera vez juntos fuera allí, bajo aquella lluvia salvaje, no en una cama donde pudieran colarse recuerdos indeseados, sino en un lugar nuevo, donde el pasado no tuviera forma de alcanzarlos.

Dalton la alzó del suelo y ella rodeó su cintura con las piernas. Al mover las caderas, el roce de su punta contra su humedad les arrancó un gemido a ambos.

—Quiero mirarte mientras me entierro en ti.

Él la sostuvo así unos segundos, mirándola a los ojos, y en esa pausa Savannah entendió lo que le estaba pidiendo sin palabras. Dejó que su poder fluyera despacio, calmando su alma antes de dar un paso más.

—Solo dentro de mí, Dalton. Solo soy yo… —La punta rozó su entrada mientras se hundía centímetro a centímetro—. Solo soy yo, tu prometida, tu cielo. Te amo.

El trance de sentirlo entrar por completo hizo que perdiera el contacto visual al tiempo que enterraba el rostro en su hombro y lo mordía mientras él la penetraba lentamente.

—Hostia puta, Savannah…, hostia puta… —jadeó Dalton.

—¿Estás bien?

—Más que bien —respondió, moviéndose con ella mientras Savannah marcaba el ritmo—. Eres el paraíso.

Levantó la cabeza solo para besarlo, sin perder la cadencia de las embestidas descontroladas de Dalton. Sentía cómo toda su longitud la recorría por dentro, tocando lugares que la hacían volverse un animal.

Espero que no tengas miedo a las alturas, fue lo único que su fantasma murmuró en su conciencia antes de guiarla hasta la ancha barandilla de piedra del balcón.

La sostuvo contra su pecho y la acomodó allí, mientras la tormenta los empapaba y el vacío se abría a sus espaldas.

Dalton no dejó de embestirla, una y otra vez…, una y otra y otra vez…

—Por la muerte… —Savannah echó la cabeza hacia atrás. Tenía el cuerpo medio fuera del borde, y su melena, empapada, se perdía en el vacío. Sus pechos, sensibles y mojados, acogían los besos de Dalton mientras cada embestida la hacía rebotar contra la piedra.

—Mía…, eres mía. —Volvió a empujar—. Toda mía.

La embistió una vez.

Y otra.

Y otra más.

—Siempre he sido tuya…, siempre te he esperado, incluso cuando creías que nadie lo hacía.

Savannah miró hacia abajo con el estómago tenso, solo para ver cómo él entraba y salía, cómo sus abdominales empapados por la

lluvia se contraían con cada movimiento, cómo aquellos brazos marcados la mantenían firmemente contra él.

—¿Te gusta cómo te follo? Porque voy a hacerlo a todas horas, Savannah. A todas horas. —Empujó y se quedó allí dentro. Lo sentía tan adentro que una lágrima de placer le resbaló por la mejilla. Luego volvió a salir y otra vez dentro—. Mmm…, ¿te gusta fuerte?

Volvieron a mirarse a los ojos mientras juntaban las frentes. Él le sujetó la cintura con una mano y le apoyó la otra entre los omóplatos para que no cayera hacia atrás.

—Más, Dalton…, más…

Y él obedeció.

Los dedos de Savannah recorrieron con descaro cada músculo espectral. Mierda…, aquel hombre tenía un cuerpo de infarto.

—Todo esto es mío —le recordó a él—. Hasta el fin de las eras.

Savannah volvió a morir entre aquellos brazos que la sostenían como si el mundo no existiera fuera de ellos. Su cuerpo se arqueó y el éxtasis la atravesó como una ola, revelándole el lugar al que siempre había pertenecido. Allí donde la eternidad se volvía pequeña y el mundo dejaba de pesar, dos almas destinadas se reconocían por fin.

Siete mil años de soledad habían valido la pena solo para volver a corresponderle.

En Bankai la línea del tiempo no existía.

La noche nunca terminaba y, envueltos en esa eternidad, recuperaron esas eras perdidas como quien vuelve a respirar después de mucho tiempo bajo el agua. No hablaron de lo que había

pasado ni de lo que estaba por venir. No hubo palabras para la muerte, ni para la guerra, ni para responsabilidades.

Solo ellos.

Solo amor.

Ninguno de los dos dormía. Al fin y al cabo, estaban muertos, y eran fantasmas con energía de sobra y ninguna intención de desperdiciarla. Y que los dioses se apiadaran del maldito mundo…, porque ellos, desde luego, no pensaban hacerlo.

—Dibujas mejor que yo —admitió Dalton, apoyándose en el borde del escritorio blanco y plateado, vestido solo con unos pantalones que no lograban disimular su erección, mientras examinaba los bocetos de Savannah—, pero aún le falta un poco de perfección. Puedo darte clases si quieres.

Al parecer, el castillo de Iron Shadow no había sido más que un lugar de paso. El verdadero hogar de su prometida estaba allí, en medio de una aldea tranquila de Pramvera. Se trataba de una casa enorme, abierta al paisaje, rodeada de secuoyas cuyos troncos y hojas brillaban en miles de tonos.

Dalton aún se sorprendía de lo que era Bankai: un lugar donde los deseos podían tomar forma, donde bastaba con imaginar algo con la suficiente claridad para que existiera. Una casa alzándose en segundos en mitad de la nada, como si siempre hubiera estado esperando ser creada.

Savannah se hallaba de pie, apoyada contra el marco de la puerta, envuelta en una bata rosa demasiado corta.

Era una provocadora en toda regla.

—Lo único que me dolió cuando mi alma llegó a Bankai fue perder los cuadernos de dibujo, mejor dicho, tu cuaderno de dibujo. Ya

sabes, con aquella carta escrita que me dejaste, ¿te acuerdas?

—Para mí fue hace un mes.

—No me lo restriegues.

—Puedo hacerte otro, escribirte más cartas. —Sus dedos recorrieron el estudio, tan ella que hasta dolía: hilos por todas partes, alfileres clavados sin ningún orden y telas dobladas a medias. En el sillón, junto a una estantería repleta de libros de costura, descansaba un vestido a medio hacer—. Y… —añadió, con una media sonrisa— también me gustaría aprender a coser.

Savannah se acercó descalza. La luz azulada de su piel se mezclaba con la de Dalton, y juntos parecían una hoguera encendida en mitad del estudio.

—¿Un emperador… cosiendo? Esto sí que no lo vi venir.

—No pienso coser cualquier cosa. Pienso dibujar tus vestidos primero para luego hacerlos realidad.

—Mmm. —Lo rodeó por la cintura para acercarlo y plantar las manos en su pecho—. Vas a ser un sirviente excelente.

—Quiero ser tu sirviente.

—Te mantendré encerrado en esta habitación, confeccionando durante horas, tacones incluidos. Pero siempre con supervisión.

Acercó la punta de la nariz a la suya y dejó que sus uñas recorrieran despacio sus abdominales.

—Si la recompensa es follarte contra la mesa…, entonces, por favor, no me dejes salir nunca.

De un segundo a otro, sus bocas volvieron a encontrarse. Otra vez estaba dentro de ella, otra vez la embestía mientras Savannah permanecía inclinada bocabajo sobre la mesa con las piernas abiertas, aferrada a la madera.

—Voy a devolvértelo todo, Savannah. Todo por lo que has esperado durante años. Te daré todo de mí…

Dioses, jamás se cansaría de ella.

Mientras Dalton cerraba los ojos unos segundos sobre la cama deshecha, Savannah dibujaba desnuda, apoyada en el canapé. Se mordía el labio inferior y arrugaba la nariz, completamente concentrada. No lo dibujaba a él, sino la ropa que imaginaba sobre su cuerpo; decía que así se inspiraba mejor…, mirándolo desnudo.

—Déjame aclararme. ¿Vives aquí? ¿Apartada de todo el mundo?

—Más o menos. Syera me hace compañía muchas veces, sobre todo cuando no tengo responsabilidades.

—¿La anciana simpática?

—La misma. Con los milenios acabas cogiéndole cariño… o resignándote a su carácter —dijo sin levantar la mirada del dibujo—. Es mucho más vieja que yo. Ni siquiera me ha dicho cuántos milenios tiene; dice que preguntar la edad es de mala educación, incluso estando muerto.

—¿Es la madre de Skylar?

—No —rio, como si la pregunta fuera un chiste—. La leyenda cuenta que cuando la muerte vino a buscarla, ella ya estaba esperándola sentada, tranquila. La muerte le preguntó qué hacía allí, y Syera respondió que llevaba muchos años aguardándola en ese mismo lugar, bajo aquel árbol, como si supiera que, tarde o temprano, acabarían encontrándose. Algunos dicen que Syera había traspasado los velos del mundo, que venía de un lugar que no pertenecía a los hombres, donde habitaban clanes de guerreras,

hijas de dioses, y la paz era una forma de vida. Se dice que se sentó allí bajo aquel árbol durante años porque no sabía cómo regresar a casa. Que esperó a la muerte no porque deseara morir, sino porque era la única esperanza de volver a ese lugar que había perdido.

—¿Nunca se lo has preguntado?

—Me encantaría que fuera verdad. Sería casi irónico que Syera, la anciana siempre ceñuda, corta en palabras y eternamente cascarrabias, hubiera sido una guerrera de otro mundo. —Se encogió de hombros—. Pero si quiere contarme la verdad, lo hará. —Sonrió y volvió al dibujo, arrugando la nariz—. Igual que ha esperado a que yo le cuente la mía.

—¿Syera no sabía lo nuestro?

—Ella siempre ha sabido que esperaba a alguien. Nunca me ha visto con nadie, bueno, solo con Rai Raider, pero es un idiota y no cuenta; siempre fue amistad, nada más. Y, por supuesto, con mi hermano. Aunque ya sabes que Skylar no es mi hermano de sangre, eso siempre ha sido evidente, pero…, nunca he tenido una figura tan cercana a lo que significa una familia como él. Siempre protegiéndome. Siempre enseñándome a sobrevivir, a mantenerme en pie cuando todo se torcía —contó mientras seguía dibujando—. Rai también tiene su historia, todos la tenemos. Pero nunca nos las hemos contado; ni siquiera Skylar sabe todo lo que pasó. Él… no sabe lo tuyo.

Desde que Dalton había llegado al limbo, Savannah solo le había contado lo que temía que sucediera con el Ojo de Nyxar y que Skylar se había convertido en un dragón sin recuerdos, el precio a pagar por haberlo destruido.

—¿Quieres que hablemos?

—No. Mañana. Hoy… hoy es nuestro día.

—Está bien.

Él hizo el amago de levantarse.

—Deja de moverte —lo amenazó—o no habrá más sexo.

—¿Nunca más?

—Nunca más.

—Qué mujer tan cruel… Me estás obligando a desobedecer.

Dalton se mordió el labio y su mano voló hacia su pecho, jugando con sus preciosos pezones rosados. Ella se movió en la cama, intentando escapar de una caricia que no podía ver. Dalton apretó un poco más, con la intención clara de volver a devorarlos otra vez…

—Mentirosa. Estás deseando que vuelva a meterme en ese apretado… —Savannah lo silenció estirando un pie desnudo y empujándolo contra el pecho. Él atrapó sus dedos, de manicura perfecta, y los mordió.

—Hay criaturas presentes, Dalton, no puedes decir esas cosas.

Recostado contra la sábana que apenas lo cubría se incorporó.

—¿Qué criaturas?

Entonces, tras la puerta de la habitación, varios ojitos se asomaron. Eran los fungos guardianes, pero ya no eran de los colores del arcoíris. Ahora compartían el mismo tono que su piel: pálido y translúcido.

Pequeños fungos guardianes… ¿fantasmas?

—Vaya, al parecer, después de siete milenios, hay cosas que no cambian —se rio Dalton—. Seguís siendo unas setas muy morbosas.

Les hizo un gesto para que se acercaran y ellas no se lo pensaron dos veces; salieron disparadas, treparon por la cama como pudieron

y empezaron a escalarle por las piernas, hasta que lo empujaron hacia atrás y lo tumbaron.

—En Bankai nada muere. —Savannah se acomodó a su lado—. Ellas siempre han estado aquí. También te estaban esperando…, te han echado un poco de menos.

Dalton le besó la frente.

—¿Qué fue de Moonveil?

Quería preguntarle por Long, saber si seguía vivo, si se encontraba allí…, pero no estaba preparado para escuchar la respuesta.

Ella se removió, acomodándose mejor.

—A veces…, creo verla sobrevolando el cielo. Pero Bankai es inmenso, y aquí todo funciona distinto. Ya no estamos vinculadas, así que su alma vuela libre, recorriendo muchos rincones. Aun así, sé que está bien.

—¿Y los niños?

Ella alzó la mirada hacia él, enternecida.

—Cuando tengamos tiempo iremos a verlos. ¿Vale?

—Me parece perfecto… Ah. —Se le escapó un quejido cuando una de las setas empezó a restregar su enorme cabeza fantasmal contra sus abdominales, con los ojos bien abiertos.

Savannah la atrapó al vuelo y la apretó contra su pecho, fingiendo indignación.

—Maldita sea… Eso es mío, listilla. —La seta chilló ofendida—. Venga, marchaos, dejadme con mi hombre. Fuera, fuera, fuera.

Los fungos guardianes obedecieron al instante y salieron corriendo de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Ahora sí. —Savannah tiró la sábana al suelo, borrando cualquier barrera entre los dos, y se subió sobre Dalton para meterse su polla dentro de ella—. Sin interrupciones.

Dalton soltó una risa baja, rendida, y dejó que sus manos se asentaran en sus caderas.

—Qué avariciosa, Alteza.

—Chisss. —Lo hizo callar con un beso rápido—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez.

—Hace menos de una hora —consiguió replicar.

—Precisamente.

Comenzó a moverse, marcando el ritmo hacia atrás y hacia delante. Sus pechos se balanceaban al compás de cada movimiento, y él los atrapó con la boca, mordiéndolos con hambre, arrancándole decenas de gemidos.

—Mi hogar…, quiero que este sea nuestro hogar —le dijo él al oído —. Quiero pasar el resto de mi muerte aquí, contigo.



33

—Así que el precio por destruir el Ojo de Nyxar era pagar con los miedos… Y el mayor miedo de Iron Shadow era convertirse en una bestia —reflexionó Dalton mientras avanzaban por un gran prado, donde la hierba luminosa se pegaba a sus botas—. ¿En todos estos meses no has sabido nada de su paradero? ¿Y los demás? ¿Las otras cerraduras? ¿El precio que pagaron fue tan alto como el suyo?

—Rai Raider lo ha buscado por todos los rincones de este mundo y no… no ha encontrado ningún dragón, como si se hubiera esfumado. Pero no fue el único precio. Liral pagó con su memoria, y Valeska, la zarkass, se cambió por Adriel, y su precio fue quedarse ciega.

Savannah le había explicado que allí, en Bankai, habían pasado cinco meses desde la destrucción del Ojo, pero en Pramvera apenas habían transcurrido unos días. Esa distorsión del tiempo les daba ventaja a quienes permanecían en Bankai: podían buscar, planear y resistir mientras, en el imperio, todo parecía seguir casi intacto. Por

eso aún existía esperanza de encontrar a Skylar, aunque para ellos hubiera pasado lo que se sentía como una eternidad.

Dalton le preguntó por qué deseaba que el tiempo fluyera tan rápido en Bankai, pero aún no era el momento de responder a aquello, así que Savannah le dijo:

—Aquel día, en el campo de batalla, justo antes de que murieras, después de que Valeska y Adriel salieran de la ciudad enterrada bajo el imperio, le dijeron algo a Eda que yo… yo…

—¿Qué fue lo que vieron?

—No es lo que vieron, Dalton, sino a quiénes vieron… Ahí abajo hay gente. Hay jinetes. Vivos.

Dalton parpadeó incrédulo.

—¿Jinetes? Eso… eso es imposible. ¿Cómo van a llevar siete milenios bajo tierra?

—Es lo único que sabemos, por ahora —respondió Savannah—. Ella debió de encerrarlos cuando yo… morí. —Se llevó una mano al pecho, a aquella herida—. Por muchos pecados morales que cometieran aquellos jinetes, han pasado demasiados milenios. Tiempo suficiente para reflexionar, para cambiar. O al menos para merecer una oportunidad. —Alzó la mirada, decidida—. Hay que sacarlos de ahí.

Durante todo ese tiempo, Savannah se había preguntado qué había ocurrido en su imperio después de morir. Le había dado vueltas a todo una y otra vez, a cómo dejó a los jinetes a su suerte, condenados a desaparecer; a si podría haberlos salvado de aquel final…

—Sé que estás evitando el tema —dijo al fin—, pero tienes que contármelo, Savannah. Tienes que hablarme de Marcelin.

Marcelin…

Hacía mucho tiempo que no escuchaba su verdadero nombre.

Savannah dejó de caminar y levantó la vista hacia su casa, que se alzaba en medio del valle, apartada de las grandes ciudades, aislada de todo ruido que no fuera el viento. Era alta, de más de tres plantas; la piedra de la estructura se fundía con la vegetación, con enredaderas trepando por las fachadas y musgo cubriendo los balcones. Aquel había sido el lugar donde ella y Eda habían pasado el tiempo, un refugio lejos de todo.

—No hay nada que decir, Dalton. Marcelin…, la Dama…, me mintió toda la vida. Mi mejor amiga me traicionó porque la maldita locura la impulsó a hacerlo. Fui yo quien la empujó a ser así. Yo era joven y estúpida, convencida de que vengarme de la hipocresía que me rodeaba era justicia. O quizá fue ella quien, desde el primer momento, condujo al imperio directo a la ruina. Han pasado siete milenios y aún no sé qué ocurrió en realidad aquel día.

—Sé que piensas que fuiste tú quien la convirtió en un monstruo.

—¿Acaso no es eso lo que siempre se ha dicho? Que todo empezó por mi culpa.

—Te olvidas de que es una manipuladora.

—Todo manipulador tiene un origen. Siempre hay alguien que empuja, que enseña, que normaliza cruzar límites. Nadie se vuelve así porque sí. La diferencia es que algunos asumen lo que han hecho…, y otros prefieren convertir su herida en poder y llamar destino a sus decisiones.

Dalton se cruzó de brazos y alzó la mirada al cielo, como hacía siempre que necesitaba pensar.

—Skylar sabía que la Dama tenía un propósito mayor para el Ojo —concluyó—. Sabía que había planes detrás, y que esos planes te implicaban a ti. La Dama quería anular tu magia para terminar lo que empezó: el olvido, los jinetes…, todo formaba parte de un plan cuyo centro eras tú. Y él lo sabía.

—Sí. Skylar era consciente de ello.

—Entonces no pagó el precio solo por Eda —continuó—. Lo pagó también por ti. El Ojo os involucraba a las dos más que a nadie.

Savannah entreabrió los labios, como si fuera a decir algo, pero no salió ningún sonido. La culpa le apretó el pecho y tuvo que tragar saliva para contener las lágrimas.

—Cuando me llevé tu alma y miré a mi hermano, supe que era una despedida. Una puta despedida. Porque él era consciente de que quizá no volvería a verme nunca.

Dalton le cogió la mano y continuaron el paseo, escuchando el sonido lejano de las criaturas corretear por la hierba.

—Cuando hablé con él, le pregunté por ti. No entendía por qué no estabas en Pramvera, por qué no luchabas allí si tenías tanto poder. Te había visto sobrevolar Valdemar, montada en el dragón de sombras… —Alzó la vista hacia ella—. ¿Es que no puedes salir de Bankai?

—Es parte del precio que pagar —dijo al fin—. Los fantasmas no pueden abandonar Bankai libremente; solo cruzan cuando hay luna de sangre. Yo sí puedo hacerlo, pero en aquellas ocasiones en que mi función como la guadaña lo exige.

»Aquel día, en Valdemar, hubo demasiados muertos. Y en el campo de batalla, también. Por eso estuve allí. Pero mi poder no funciona fuera de Bankai como lo hace aquí; en Valdemar solo

estaba usando de forma limitada el poder que mi hermano me dejó prestado. Fuera de Bankai no sirvo para luchar.

—Entiendo.

—Con ella juego con ventaja —continuó—. Lo que le prometí antes de morir fue real, Dalton. Cuando deseé que no pudiera reconocerme…, se cumplió. Ella sabe que tiene que encontrarme, pero no puede verme ni identificarme. Su propio plan la arrastra hacia mí, aunque no sepa quién soy. —Apretó los labios—. Su cuerpo cambió, ya no tiene el mismo rostro; solo conserva el color de sus llamas en los ojos. No sé cómo fue capaz de hacerlo… Hay demasiadas cosas que aún se me escapan.

Jamás había hablado tanto de ella. Skylar, Rai, Syera y Eda conocían lo básico de la historia, los hechos, pero no lo que había sentido. Nunca el peso real de aquella traición. Y eso era extraño en Savannah, porque siempre había sido transparente, incapaz de guardarse nada. Pero cuando se trataba de ella, de lo que ocurrió, de lo que perdió…

Al mirarlo, algo se le encendió por dentro. No fue una idea nueva, sino la sensación de que todas las piezas siempre habían estado ahí y solo hacía falta encajarlas.

Había sido ella.

Marcelin.

«No… No. No. No».

El recuerdo de hacía unos meses la golpeó.

«Porque dudo que puedas acostarte con alguien sin manipularlo. Nadie en su sano juicio querría tocar a una víbora como tú». Aquellas palabras no habían salido de Savannah. No del todo. Las había escupido usando la voz de Eda, en Valdemar, cuando la Dama

atacó el pueblo. Entonces habían brotado como un golpe de rabia. Pero ahora comprendía que también habían sido verdad…, una que había dicho sin saberlo.

El abuso, la manipulación, el silencio de Dalton.

Todo conducía a ella.

—¿Savannah? —Dalton frunció el ceño.

Ella no respondió. Se lanzó hacia él y lo abrazó con demasiada fuerza como para que aquel gesto fuera casual. Apretó los brazos a su alrededor como si así pudiera protegerlo, como si con eso le bastara para ocultar lo que acababa de comprender.

Dalton no se lo había contado porque no quería hacerle más daño.

«Me vengaré de ella. Por mí, por mi hermano, por Eda, por el hombre al que amo, por cada abuso y cada mentira. Y la mataré».

La maldad de la Dama había cruzado todos los límites. Ya no existía ningún propósito de purificación, ninguna idea torcida de equilibrio. Lo suyo era el desprecio absoluto por el mundo y por todo lo humano. Había roto a personas solo para demostrar su poder, había convertido el dolor en una herramienta, el trauma en un método. Lo que le hizo a Dalton —el miedo al contacto, la vergüenza, la culpa que no le pertenecía— no fue un daño colateral, fue una maldita decisión consciente.

Eso iba más allá de la manipulación, era violencia sistemática, el uso del poder para despojar a otros de su voluntad y dignidad, de su capacidad de confiar.

Savannah le tomó el rostro entre las manos.

—Volvamos a casa. —Besó a su prometido—. Tengo algo que contarte.

Dalton y Savannah avanzaron de la mano por el camino de tachuelas, rodeadas por lo que parecían cientos de luciérnagas suspendidas en el aire, brillando con tonos rosados y dorados, iguales a los setos que flanqueaban el sendero. Subieron los escalones de la colina despacio, sin soltarse, hasta llegar al gran porche que rodeaba la enorme casa de piedra.

Allí, a los pies de la puerta, estaba la mujer a la que una vez había amado. Pero en su pecho ya no quedaba anhelo, solo una amistad profunda, forjada a golpe de todo a lo que ambos habían sobrevivido. Dalton apretó con más fuerza la mano de la mujer a la que amaba ahora, y supo, sin necesidad de mirarla, que ella también lo entendía.

Eda estaba de espaldas, envuelta en una larga capa azul oscuro con los bordes dorados, la misma que había llevado unas noches atrás. El cabello blanco le caía por la espalda y contrastaba con la tela, que se le deslizaba por los hombros hasta rozar la madera del porche.

Cuando Eda se giró, durante un segundo todo pareció igual. Pero entonces, con un gesto tranquilo, abrió la capa. Dalton no vio un abdomen plano bajo la tela, sino una curva innegable, una barriga redondeada que lo cambiaba todo. La manera en que Eda sostenía el cuerpo, cómo repartía el peso al apoyar los pies, incluso la forma pausada en que respiraba.

—Así que a esto se referían Syera y Savannah cuando hablaban de que te encargaras de Bankai «en tu condición»…, de que no estaba en peligro una sola vida… ¿Estás… estás embarazada?

Savannah le soltó la mano para dejarlo avanzar hacia Eda con pasos torpes, como si el suelo hubiera cambiado de consistencia

bajo sus botas. Se detuvo frente a ella y pasó una mano por la curva de su vientre.

—Dioses… —susurró—. Es real.

—Estoy embarazada de veintidós semanas —murmuró Eda casi sin voz—. Siempre creímos que engendrar dentro de un cuerpo inmortal era imposible. Y más aún… Por la muerte…, Skylar y yo nunca imaginamos que algo así pudiera ocurrir.

Dio una zancada y la estrechó contra su pecho, hundiendo el rostro en su cabello. Eda empezó a llorar en su hombro, devolviéndole el abrazo con fuerza.

La ansiedad lo estaba devorando por dentro, pero Dalton se obligaba a disimularla a cualquier precio. Maldita sea. Eda se había quedado sola, cargando con un imperio entero, con todo Bankai sobre los hombros, había perdido a su marido… y ahora un hijo suyo crecía en su interior.

—Soy consciente del peligro que supone este embarazo, para mí y para el bebé. —Se separó apenas unos centímetros de él. Sus ojos zafiro estaban enrojecidos y cansados; verla así le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir—. He hablado de esto con Savannah, sé que los dos sois conscientes de lo peligroso que es dar a luz.

—Pensaremos en soluciones. Pero ahora tienes que descansar todo lo posible, no deberías encargarte de Bankai ni del imperio tú sola. Ahora estoy aquí, todos estamos aquí contigo. —Apoyó la mano sobre la suya—. No os pasará nada a ninguno de los dos.

Dalton tenía mil preguntas ardiéndole en la garganta: cómo iba todo en el imperio, qué había sido de él durante aquellos largos cinco meses después de todo lo ocurrido, si la Dama había vuelto a

mover ficha. Pero verlas allí, juntas, en aquella casa, a salvo, le aflojó el nudo del pecho.

Savannah se acercó y enlazó su brazo con el de Eda.

—Puedo oírte pensar, Dalton. —Su prometida pareció leerle el pensamiento—. Estamos haciendo todo lo posible por mantener este embarazo en secreto, el riesgo de que alguien se entere…, de que la Dama lo sepa… No podemos permitirlo.

Por supuesto que aquellas dos mujeres habían pensado en todo. Bankai era su mejor baza: vivir allí significaba que el tiempo correría con normalidad, que los meses —incluso los años— pasarían sin prisa, mientras que en el imperio… todo seguiría prácticamente igual.

Dalton sabía cómo era Savannah. La había visto comportarse como una feroz protectora, volcarse por un imperio entero, dejarse la piel para que incluso los embarazos fallidos de otras jinetes tuvieran una oportunidad. La había visto sostener la esperanza cuando ya no quedaba nada a lo que aferrarse. Y por eso lo tenía claro: ni por un solo instante le había pasado por la mente que el embarazo de Eda pudiera salir mal.

—Será mejor que nos sentemos —aconsejó Dalton, señalando el enorme sillón colgante del porche, una especie de mecedora amplia y acolchada.

Eda obedeció y Savannah fue enseguida a su lado para cogerla de las manos. Dalton se quedó de pie, apoyado en la barandilla mientras se daba cuenta de que lo más seguro era que, durante esos cinco meses, Savannah no se hubiera separado de ella ni un solo centímetro. No apartaba la mirada de su vientre, como si todo su mundo estuviera concentrado allí.

—¿Qué posibilidades hay? —preguntó él al fin.

El silencio se estiró alrededor de ellos. Dalton se obligó a mantener la calma; tenía que hacerlo por ellas.

Savannah se irguió mientras el columpio se balanceaba, y cruzó las piernas bajo la gasa de su vestido.

—Hace siete milenios no tenía el conocimiento que tengo ahora sobre medicina ni sobre magia. La biblioteca de Bankai, la Biblioteca Silente, guarda saberes que ni los más antiguos ni los más sabios podrían contener por sí solos. Los embarazos inmortales fueron durante mucho tiempo una obsesión para mí. —Deslizó la mano con cuidado sobre el vientre de Eda y la dejó allí—. Si fuera imposible concebir vida, el feto ni siquiera se habría desarrollado. Pero este embarazo sigue el mismo patrón que los otros. Hay vida aquí dentro, el problema nunca ha sido crearla, sino traerla al mundo.

Eda alzó la mirada y se la sostuvo a Savannah.

Las dos asintieron a la vez.

—¿Qué habéis descubierto? —Dalton se agachó hasta quedar a su altura.

—Es algo que no sabemos si funcionará —dijo Eda—. Pero necesitábamos tu consentimiento.

Dalton no dudó ni un segundo.

—Lo que sea. Haré lo que sea.

Savannah tomó la palabra:

—El cuerpo inmortal rechaza una vida que aún no pertenece al ciclo de la magia.

Dalton asintió, entendiendo hacia dónde iba.

—El cuerpo de Eda lo percibe como una amenaza. No como un hijo, sino como algo ajeno.

—Por eso —continuó Savannah— la única solución que hemos encontrado es que el bebé se vincule a una criatura feérica antes de nacer. Que esa vinculación le otorgue la inmortalidad necesaria para que el cuerpo de Eda no lo rechace… y pueda nacer con vida.

Dalton abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Seguía agachado frente a ellas tratando de asimilarlo. Era… una locura. Y, al mismo tiempo, la única idea que encajaba. Y si Savannah había llegado a esa conclusión era porque llevaba mucho, muchísimo tiempo, dándole vueltas.

—Pero ¿cómo podemos hacer eso? Ninguna criatura feérica nace en Valdemar en estas fechas. Solo cada tres años Valdemar concede criaturas de sus tierras, y tardan al menos otro en crecer lo suficiente como para poder vincularse a un mortal. —Dalton hizo una pausa—. Y ahora… ni siquiera es seguro que alguien llegue a vincularse, la Dama las manipularía. No podemos permitirnos ese riesgo.

Las dos asintieron al mismo tiempo; estaba claro que también habían llegado a esa conclusión.

—Y aquí es donde entras tú, Dalton. Es por eso por lo que necesitamos tu consentimiento —continuó Savannah, tragando saliva —. Solo existe una criatura viva que no está vinculada a ningún jinete y que no pertenece a Valdemar. Precisamente ese es el motivo por el que queda fuera del alcance de la Dama… Fuera de su manipulación.

El batir de unas alas lejanas le erizó la piel azulada antes incluso de que girara la cabeza. Dalton conocía ese sonido; lo llevaba grabado en los huesos.

Cuando alzó la vista, el firmamento pareció abrirse ante él: una sombra colosal cruzó el cielo, negra e inmensa, recortándose contra las estrellas. Volaba junto al ave fénix de Eda, cuyas plumas, hechas de llamas azules, trazaban estelas en la noche.

Una sonrisa lenta le curvó el labio.

Long estaba allí.

Ahora fue Eda quien habló:

—Tú dejaste a Long conmigo cuando moriste, pero yo no puedo ser su jinete. No existe unión más fuerte que la de una vinculación verdadera, la que se crea entre una criatura y su jinete a través de la magia. Y esa… no es la mía.

Dalton vio cómo el dragón con el que había compartido siglos descendía en una gran explanada. Al tocar tierra, el impacto hizo temblar el suelo bajo sus pies.

—El bebé podría sobrevivir si Long se vinculara a él antes de nacer, otorgándole la inmortalidad —terminó de decir Savannah—. Pero hay algo que se nos escapa…, no sabemos si Long podría concederle los mismos dones de vinculación que te otorgó a ti. Leer pensamientos, la llama idealis… No estamos seguras de que eso sea posible.

Dalton se puso de pie y miró a Long. Luego volvió la vista hacia Eda, que mantenía la mano apoyada sobre la de Savannah.

—Por supuesto que tenéis mi consentimiento. —Colocó la mano sobre las de ambas—. Long no merece cargar con la condena de no estar vinculado. Y no hay jinete más digno para un dragón que la vida que llevas dentro. Así que sí, Eda, haremos todo lo posible para vincular al bebé con él.

Ella sonrió, tal vez por primera vez en mucho tiempo.

—¿De verdad…?

—Dioses, Eda, por supuesto. Además, cuando Skylar vuelva quiero verle la maldita cara de idiota que se le va a quedar al descubrir que su hijo está vinculado a mi dragón. ¿Sabes?

Joder…, esa mujer tenía que creer que su marido iba a volver. Todos harían lo imposible para traerlo de vuelta.

—Por la muerte… —rio Eda negando con la cabeza—. Se cabreará muchísimo cuando sepa que vas a casarte con su hermana.

Savannah puso los ojos en blanco.

—Llevo milenios preparándome para eso.

—Haré todo lo posible para traerlo de vuelta —sentenció Eda, apretando los labios para contener el temblor—. Quiero que Sky conozca a su hijo, que esté en su vida, que forme parte de ella…Y yo… siento que me estoy muriendo, siento que no voy a ser capaz de hacer esto sola. Todo el mundo dice que las madres pueden con todo, que se acostumbran a sacar fuerzas de donde no las hay, pero nadie habla del dolor que conlleva hacerlo sin la persona a la que amas. Hacer esto sola.

—Pero no lo estás. —Savannah la rodeó con los brazos—. Cuidaremos de ese bebé porque también es nuestro. Buscaremos a mi hermano y haremos lo imposible por traerlo de vuelta, y luego ganaremos esta guerra…, porque yo ya sé lo que es perderlo todo y no pienso repetirlo. No voy a perder a la gente a la que amo. Esta vez ella no ganará, Eda. Y que le quede claro al mundo entero que quien intente tocar a mi familia tendrá que pasar primero por mí.

Dalton solo pudo sentir, bajo su palma, los anillos que ambas mujeres llevaban en los dedos anulares.

Anillos de promesa.

—La esperanza es lo último que se pierde en esta familia.

No eran opuestos.
Eran la misma esencia, desdoblada en tiempos distintos.
Unidos por el mismo hilo.



Cuando una enfermedad llamada el Olvido empieza a castigar a los habitantes de Pramvera, Savannah O'Hara —hija del emperador— parece ser la única en la corte preocupada por quienes la sufren y por su origen.

Mientras la princesa intenta sanar a los enfermos, un extraño jinete la sorprende. Parece desorientado, aunque al mismo tiempo la mira como si la conociera de antes, de otro lugar, de otra vida. Este, por desgracia, sabe mucho más que Savannah sobre lo que va a ocurrir. Tiene la certeza que este es el principio del fin del imperio, de los

dragones y de la magia. Pero la incógnita sigue siendo quién está detrás de todo y sobre todo por qué.

Lucía Cerezo nos revela, en una historia independiente de la saga Fénix & Dragón y con una trama tan inteligente como adictiva, el comienzo del gran conflicto del imperio y de todas las grandes guerras:
¿cómo nace un villano?

Lucía Cerezo vive en Valencia. Tras leer a autoras como Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout, se propuso escribir su primera novela, *Imperio de fuego azul*, y enseguida obtuvo un gran reconocimiento entre las lectoras del género.

La autora continúa la historia de Eda en *Imperio en llamas* e *Imperio en ruinas*, segundo y tercer libro de la saga Fénix y Dragón, con la que ha logrado posicionarse como una de las voces más potentes del romantasy en España. Cerezo ha entrado en el panorama nacional como un vendaval.

Los hilos del imperio es una novela independiente de la saga Fénix & Dragón que cuenta el origen del conflicto que, milenios después, vivirán los personajes.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Lucía Cerezo
Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Alinne Castrejón Hernández, por la ilustración del interior
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño e ilustración de la portada: Alinne Castrejón Hernández

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8459-0

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Los hilos del imperio

Prólogo

Primera parte. Las hilanderas

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3

Segunda parte. La emperatriz

- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28

Capítulo 29
Tercera parte. La guadaña
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Sobre este libro
Sobre Lucía Cerezo
Créditos